

JIM CRACE

Cosecha

TRADUCCIÓN DE PABLO GONZÁLEZ-NUEVO

de

Lectulandia

Al amanecer, dos amenazantes columnas de humo despiertan a los vecinos de una pequeña comunidad rural inglesa, agotados tras su último día de cosecha. La primera se eleva por encima del bosque, donde, desde hace unos días, tres inesperados forasteros dos hombres y una magnética mujer, parecen haberse instalado sin permiso de nadie. La segunda, más inquietante todavía, viene del palomar del amo Kent, pasto de las llamas en esos momentos. Muchos vieron a los gemelos Derby haciendo trastadas la noche pasada, tras regresar del bosque con un puñado de setas alucinógenas. Pero siempre es más fácil culpar al de fuera, y esos forasteros resultan sumamente molestos...

Así comienza el particular armagedón de este pequeño pueblo que, a lo largo de siete días apocalípticos, pondrá en marcha su torpe maquinaria de alianzas, odios y venganzas para tratar en vano de perpetuar un mundo, agrario y feudal, condenado a desaparecer.

Crace nos arrastra a un tiempo de transición difuso para hablarnos de pulsiones tan antiguas como la propia humanidad: el abuso de poder, las lealtades grupales y el miedo a lo desconocido.

Lectulandia

Jim Crace

Cosecha

ePub r1.0

Titivillus 07.08.17

Título original: *Harvest*
Jim Crace, 2013
Traducción: Pablo González-Nuevo
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Feliz el que goza trabajando en calma
unas pocas hectáreas de labor,
feliz quien respira, dichoso,
el aire nativo de su propia tierra.

Oda a la soledad, Alexander Pope

Al amanecer, dos columnas de humo nos sorprenden en el cielo en una época del año aún demasiado cálida para encender el fuego del hogar. Por lo menos sorprenden a todos los que no hemos estado de jarana la pasada noche. Esta región está acostumbrada a convivir con las llamas. Más allá de las zanjas y fosos que marcan los límites de nuestras tierras y todavía al arropo de los bosques, en las tierras comunales, donde hasta hace poco no había nadie que pudiera encender un fuego, ciertos recién llegados han construido una cabaña —cuatro toscas paredes y algo parecido a un tejado— bajo la obsequiosa luz de una gigantesca luna de cosecha. Desde entonces han encendido varias fogatas en esas zonas apartadas. Su fuego por lo general es húmedo. Utilizan ramas verdes para conseguir un humo negro que no dé lugar a confusiones. Se eleva en una columna firme y bien dibujada que no comienza a difuminarse hasta alcanzar gran altura perdiéndose en el cielo. «Han llegado nuevos vecinos», parece decir. «Han construido un hogar con su chimenea y conocen la ley». Su primer fuego les concedió el derecho a quedarse. Ya veremos.

Pero es la segunda estela de humo la que nos llama la atención, empujándonos a abandonar nuestros hogares muy temprano en esta jornada de descanso y a correr apresuradamente hacia la casa del amo Kent. Desde la distancia, el humo es pálido. Nadie se ha molestado en añadir ramas verdes para oscurecerlo. Las llamas sin embargo son más intensas. Es un fuego alimentado por madera, de eso no hay duda. Madera antigua y de árboles fuertes, talados hace tiempo. Es fácil apreciar los años en su olor. Por un momento tememos que se trate de la casa del amo y que recaiga sobre nosotros la culpa por no haber despertado a tiempo. Será mejor que preparemos alguna excusa. Si acaso hemos creído escuchar esta mañana el crujir de sus vigas y travesaños, lo habremos confundido con la habitual danza de los árboles agitados por el viento, con el estridente trajín de nuestros sueños y los quejidos de nuestros huesos. Ayer fue el último día de cosecha, la jornada en que se recogió la última gavilla. Por eso todos esperábamos poder dormir hasta bien entrada la mañana, con los brazos cansados —naturalmente— pero con el corazón lleno de optimismo. La felicidad, se podría decir, nubló nuestros sentidos. Sólo cuando escuchamos los estridentes y aterrorizados relinchos de Willowjack, la yegua alazana favorita del amo, despertamos y acudimos a prestar ayuda, la ayuda debida. Nadie desea que el amo pierda su casa.

Al llegar a las puertas de la propiedad y atisbar los jardines podemos oler e incluso saborear la paja. El humo y las llamas no provienen de la casa sino de sus heniles y de la techumbre del establo. El hermoso palomar, pintado de vivos colores, ha desaparecido. En ese instante anhelamos contemplar las níveas alas de las pequeñas aves domésticas agitándose contra el cielo de color humo. Pero no hay ninguna.

De inmediato sé a quién debemos culpar. Cuando Edmund y Thomas Derby —

nuestros gemelos— y Brooker Higgs regresaron ayer noche, después de buscar leña, tenían un aire demasiado satisfecho a pesar de que no habían atrapado ningún ave, ningún conejo para su olla y, dicho sea de paso, tampoco traían leña. Su único botín, hasta donde pude ver, era un pequeño saco, abultado pero que apenas parecía pesar, y sus bulliciosas y arrogantes risas. Venían de buscar setas y tenían pinta de haberse comido ya crudas unas cuantas. Yo mismo lo hice el primer verano de mi llegada al pueblo, hace unos doce años, cuando era más crédulo y menos cobarde, aunque ya no joven. Recuerdo haberlas comido, vaya que sí. Algo así no se olvida. Como tampoco se olvida que durante la jornada de ayer la última gavilla de la cosecha de este año fue cortada y almacenada, y que hoy mismo yo esperaba poder recuperarme de los excesos durmiendo largo y tendido. En aquel tiempo, pues, en compañía de John Carr, mi vecino entonces y ahora, salí de casa para agradecer al Señor su generosidad recogiendo setas en estos mismos bosques. Nunca olvidaré las luces danzantes, los murmullos y las carcajadas, los fulgores y las estelas de luz que seguían a cada cosa que se movía, la increíble audacia que sentí aquella noche, el miedo sin fin (sí, incluso ahora) o el azul puro de la luz que la luna irradiaba y que poco después se volvió roja. Ojalá tuviera el valor suficiente para buscar de nuevo esa luna.

La otra noche, cuando los gemelos y Brooker Higgs se paseaban frente a nuestras casas saludándonos con las manos aún pringosas de los restos de sus trastadas, yo mismo les pregunté: «¿Ha habido suerte?». De inmediato sacaron su botín de la saca, pues se quedaron demasiado confundidos y pasmados como para intentar ocultarlo, aun a sabiendas del sólido respeto que desde hace años siento por el amo. Aparté las hojas húmedas que las envolvían y examiné las pocas setas que todavía les quedaban—reservadas para más tarde, imagino—, además de un buen puñado de botones de oro de esos que, según se dice, cocidos en leche son tan deliciosos que resucitarían a un muerto. El volumen del saco me hizo pensar que también habían recogido un bejín gigante, con su blanda piel expeliendo esporas y seguramente ya demasiado amarillenta y seca como para ser cocinado. ¿Para qué, entonces, lo habían recogido? ¿Por qué no se habían conformado desahogándose a patadas con él al pasar a su lado? ¿Qué clase de muchachos volubles e impredecibles harían algo así?

Esto es lo que ocurrió. Esta es mi crónica de lo sucedido, elaborada sin tener en cuenta a alguaciles ni magistrados, aunque no por ello menos válida, pues este lugar está demasiado alejado de cualquier ciudad como para contar con tan juiciosas criaturas entre los integrantes de su rebaño. Somos demasiado pequeños y cada día lo somos más. Nuestro último día de cosecha no fue tan alegre como era de esperar, y no solamente porque el tamaño de las espigas de cebada de este año resultó ser más bien pequeño. Un caballero desconocido nos observaba durante la siega. Un visitante, raro acontecimiento, a la vez excitante y enervante. Nosotros segábamos con guadaña, él trabajaba con plumillas y pinceles. Llevaba a cabo un registro de nuestras labores, según dijo. Más exactamente, inventariaba nuestra tierra a petición del amo Kent. Inclina levemente su tablilla de dibujo siempre que alguien le preguntaba,

mostrando sus garabatos; las figuras geométricas que, según él, eran campos y arboledas, y los cuadrados que representaban casas, estanques, veredas y plantíos.

Era un hombre de trato agradable, en mi opinión. No mucho mayor de treinta años, vestía de un modo muy parecido al amo; es decir, no para trabajar sino más bien para moverse con comodidad a la intemperie: botas robustas, jubón, pantalones de montar y un sombrero sin pluma y sin hebilla ni distintivo alguno. Lucía una barbita moldeada con cera y de forma apuntada —yo mismo tengo una paleta estrecha para trabajar en el huerto con la misma forma entre mis herramientas—. Una barba de hombre de ciudad. Una barba de hombre acomodado. Cuando caminaba se veía claramente que se movía de un modo extraño, desequilibrado, con el brazo y el hombro izquierdos rígidos. El suyo no era un cuerpo adecuado para sortear los obstáculos y desplazarse por las accidentadas pendientes de un prado. Era torpe. Además, pensé entonces, se podían percibir en su expresión, del mismo modo que en su caminar, las obvias huellas de una enfermedad pasada. Sin embargo, nunca he conocido a un hombre más dispuesto a sonreír. Por otro lado, no podíamos evitar fijarnos en él sin preguntarnos —sin manifestarlo en voz alta, obviamente— si los garabatos que arañaban su pizarrín no llegarían a arañarnos también a nosotros de algún modo desagradable.

De cualquier manera, había una labor importante a la que poner punto final aquel día a pesar de las distracciones. Si esperábamos tener suficiente grano para todo el año debíamos ganárnoslo con el sudor de nuestra frente. La cosecha de este verano no ha sido lo suficientemente buena. Los tallos son escuálidos. En las zonas bajas y sombrías, junto a la hondonada, y en las lomas más pedregosas y descuidadas, las plantas han crecido de forma miserable. Cortas, torcidas y débiles como nuestro tullido visitante y apenas merecedoras de ser cosechadas. Incluso el prado más grande, el que hemos dejado para el final, tenía otros años un aspecto mucho más vivo y prometedor. Desde la primavera hemos esperado con los dedos cruzados mientras nuestra mejor cebada renunciaba poco a poco a su verdor para ir adquiriendo un tono pardo. Desde la vereda, al contemplar la hilera de sauces que bordean el arroyo, el extremo superior de nuestro campo de cebada se extiende, erizándose y temblando bajo la brisa, exhibiendo sus últimos tonos ocres y cadmios, ámbar y cromos. Y los aromas que a lo largo de este lento verano han sido débiles y húmedos al fin han adquirido una fragancia de nuez y azúcar que nos trae la promesa de cerveza y gachas de avena para este invierno. Las aristas y bigotes de las espigas de cebada ya eran lo bastante secas y quebradizas como para susurrar cada vez que eran importunadas. Y parloteaban con diez mil voces con cada batida del viento y con el roce de cualquier pequeño animal dándose a la fuga, ya fuera conejo, ratón o ave. Parecían decir: «Ya hemos tenido bastante. Nuestras cabezas están pesadas y recalentadas. Estamos secas. Traed ya vuestras afiladas guadañas y hacedlo lo mejor que podáis».

Siega y chismorreó, esa es la norma. En días de cosecha cualquier hombre, mujer

o niño con dos brazos y dos piernas tiene derecho a ganarse el pan a base de incesante trabajo. En los últimos tiempos nuestra población ha menguado y por ello todos debemos trabajar. Ni una sola mano escapa a los arañazos de la paja quebradiza. Los niños van delante, buscando los tonos grises de los cardos que hayan podido crecer entre la dorada cebada. A continuación se agachan bajo las espigas para arrancar las ortigas, los cardones y la romaza. «Plantar cara a los agravios», lo llamamos. Después, son los hombres más fuertes los que se adelantan dejando caer sus guadañas y hoces sobre los cargados tallos, mientras las liebres, las perdices y los gorriones huyen como alma que lleva el diablo ante las afiladas cuchillas. Nuestras hijas y esposas recogen y atan las gavillas, sin demasiado cuidado. Y trabajan de acuerdo a una norma: «Diez para la comunidad y uno para la espigadora». Nuestros padres, de miembros ya quebradizos y frágiles, forman hileras con los haces de gavillas y desde ese instante es el sol quien se encarga de secar lo que hemos cosechado. Nuestro trabajo es consagrado por el sol. Comparado con el de los días de invierno, digamos, o con los días de siembra, este es un trabajo satisfactorio. Más aún por la presencia de quienes nos acompañan, pues en días como este los rostros que conocemos y amamos (del mismo modo que aquellos a quienes conozco y por los que no siento tanto apego) están reunidos en un solo lugar y trabajando dentro de los límites de nuestra tierra y nuestras esperanzas comunes. Si por casualidad escuchamos a algún ciervo ansioso por ser cazado y metido en nuestra olla o a una chocha suplicando por convertirse en pastel de carne, todos, como uno solo, alzamos la cabeza y contemplamos el bosque, como uno solo nos incorporamos y miramos hacia el sol con aire de reproche cuando de repente una nube bloquea sus rayos. Mientras nuestras hoces y herramientas charlan y parlotean al unísono al ritmo incesante de nuestro trabajo, todo cuanto decimos es oído por los demás, de modo que reinan la franqueza y la alegría.

El trabajo comunitario que requiere la cosecha también nos permite ser procaces. Nuestro humor madura a medida que la cebada cae. Es lícito chismorrear a voz en grito, es lícito poner la carnaza y picar el cebo. ¿Quiénes comparten esposa? ¿Qué barbudo soltero ha llegado a intimar en exceso con su cabra favorita? ¿Qué viudo (en este caso me miran a mí) ha mojado pan en olla ajena? ¿Cuáles de nuestros sonrojados jovencuelos serán herederos *prestados*, es decir, qué niños habrán sido concebidos en la cama de un hombre y criados en la de otro? ¿Quién la mete donde no debe? ¿Quién busca calor junto a su saco de grana? Cuando se trata de cortar el maíz no tenemos límites.

De modo que ayer fue de lo más natural que, mientras el señor Quill,^[1] sin despegarse ni un instante del amo Kent, manipulaba sus aparatos y trataba de cuantificar los volúmenes de nuestro campo en barbecho, todos nos preguntásemos en voz alta si nuestro visitante urbanita habría sido capaz a lo largo de su vida de superar sus evidentes limitaciones a la hora de conseguirse una esposa dispuesta y complaciente. ¿Era acaso marido para alguna esposa? Y si lo era, ¿qué sonrojantes

placeres obtendría la señora Quill de semejante tambaleo y rigidez o qué provecho recibiría la dama del hecho de que el torpe mentón de su amante se pareciera tanto a sus, a buen seguro, velludas partes pudendas? «Me encantaría poder pasarle la hoz a esa barbita suya», dijo mi vecino John. Otro dijo: «Pues yo preferiría ofrecerle a ella mi herramienta». Y desde ese momento, por supuesto, la obscenidad siguió creciendo y creciendo durante la noche del modo más juguetón en lo que se refería a la perspectiva de acariciar la barbita de tres picos del señor Quill y el atributo gemelo de la hipotética señora Quill; hasta tal punto que cada vez que el susodicho se mesaba la barba pensando en algo, lo que a todas luces era su costumbre, las mujeres apenas podían evitar sonreír mientras sus hombres lo observaban mordiéndose los labios. «¿Y acaso os habéis fijado en esas manos tan pálidas?», comentó una de las hijas del pueblo. «Me pregunto si alguna vez se las habrá ensuciado, a no ser para...». No, no se permitió poner fin a esa frase. Lo que tenía en mente no parecía humanamente posible.

Sólo cuando el caballero volvió a presentarse al final de la tarde en el ajetreado campo para retomar su tarea de cuantificar y medir nuestras vidas, volvimos a preguntarnos una vez más cuál podría ser el destino de nuestros amados pagos y a sentirnos inquietos. ¿Qué quería de nuestras tierras y qué pretendía evaluar con sus cálculos? Vimos cómo su dedo se deslizaba sobre sus cifras. Escuchamos cómo contaba hasta alcanzar la miserable cifra de cincuenta y ocho almas que nos representaba. Sabemos lo bastante para comprender que en el mundo exterior la harina, la carne y el queso no se dividen en partes y porciones para la despensa como se hace aquí sino que son medidos y pesados para su venta. ¿Era la aparición del señor Quill la confirmación del rumor llegado a nuestras puertas según el cual el amo Kent vivía de tal modo en la estrechez ahora que era viudo que se había visto en la necesidad de tasar y vender nuestras tierras? No habría franqueza y jovialidad en el mundo capaces de aliviar nuestro espíritu una vez que semejante miedo hiciera presa en mis vecinos. En esos momentos la siempre dispuesta sonrisa de nuestro observador nos resultaba amenazadora.

La alarma se fue extendiendo lentamente. Sin embargo emprendimos en silencio el final de nuestra tarea, con menos lascivia y más escrupulosamente al sentirnos observados. Ahora cada berrido de ciervo y cada ajeo de la perdiz era una señal de advertencia. Cada nube que oscurecía al sol nos recordaba que ya nada en esos campos estaba a salvo. Nos limitábamos a murmurar, demasiado ansiosos para levantar la voz lo suficiente como para que nuestros compañeros de fila pudieran escucharnos. Los rostros de algunos de los más jóvenes parecían afirmar que estaban dispuestos a defender nuestras escasas hectáreas de tierra con su vida o con las vidas de quienes se interpusieran en su camino. El típico pavoneo silencioso. En lugar de hablar dirigían su ira contra los pichones y los grajos y algunas de las palomas blancas del amo que de cuando en cuando descendían para robar el grano caído que por derecho como espigadores nos correspondía. ¡Esos demonios níveos! La blancura

fuera de estación de su plumaje hacía que sus diminutos ojos de guisante parecieran aún más fríos y codiciosos que los de sus congéneres de colores grises y negros. «¡Y ahora se dan un festín a costa de nuestro pan y nuestra cerveza!», se oía decir. Y enviaban a sus hijos para que las apedrearán con sus hondas o las espantaran con una lluvia de guijarros o a base de gritos, cualquier cosa con tal de dejar claro que todo aquello era nuestro. El aire estaba impregnado de alas y chillidos. Y nuestro último día de cosecha llegaba a su fin.

Como iba diciendo, tan pronto como la agotadora jornada de trabajo concluyó y toda nuestra cebada fue recogida y transportada para su almacenaje, los gemelos Derby y Brooker Higgs, hombres solteros en un pueblo desalentadoramente falto de mujeres solteras, se dirigieron hacia los bosques mientras la mayoría de nosotros —el resto de nosotros— ya de vuelta en casa, hacíamos inventario. Sacudíamos la cabeza y buscábamos en nuestro corazón motivos para persuadirnos de que el amo Kent era un hombre demasiado bueno y justo como para vender nuestros campos. Siempre había cuidado de nosotros. Nosotros siempre habíamos cuidado de él. Además, ¿qué pruebas había de tal venta? ¿La aparición de un caballero barbudo y lisiado? ¿Sus tablas y dibujos? ¿El recuento de nuestras cabezas? No, no debíamos ser tan desconfiados. Debíamos afrontar el día de descanso con el corazón tranquilo y después disfrutar de la siguiente jornada en la que nuestra Reina de la Cosecha de este año sería la primera en inclinarse sobre la tierra para recoger un grano del cereal. Después las estaciones se sucederían según su secuencia habitual y así seguiría siendo cosecha tras cosecha y año tras año. Todo permanecería como hasta ahora. O eso pensábamos. Por el momento estábamos tranquilos y ociosos. Pero a diferencia de los tres solteros, nosotros no habíamos salido al bosque a buscar setas alucinógenas para después idear alguna manera de ajustar cuentas con los pájaros que nos robaban el grano, especialmente con las palomas blancas del criadero del amo. Tampoco nosotros nos habíamos tropezado con un gigantesco cuesco de lobo, gordo como la cabeza de un herrero pero demasiado seco para comer. Una seta bomba tan grande y seca es buena, como cualquier pillastre acostumbrado a patear los bosques sabe, para provocar fuegos aquí y allá. Y también lo es, si así lo deseas, para iniciar un fuego en los corrales del amo mientras todo el mundo duerme y los negros agentes de la noche despliegan sus malas artes.

Por supuesto, estos hombres con paja en la sesera no pretendían matar a tantas palomas del amo. Ni siquiera iniciar un incendio. Su plan era únicamente provocar el humo suficiente para espantar a los pájaros. Pero su improvisada antorcha fue colocada antes del amanecer en el altillo, entre la paja seca recogida por las palomas y transportada hasta el interior del palomar para hacer sus nidos. No hizo falta mucho tiempo para que el calor se transformara en llamas y para que las llamas, avivadas por el frenético batir de alas de las palomas asustadas, se extendieran hasta las vigas interiores del tejado. Alimentadas por los esmaltes de la madera, pronto alcanzaron la parte superior de las pacas de heno recogidas durante el verano. Cualquier pájaro

huye del humo, pero lo único que estas palomas podían hacer era buscar refugio en las esquinas del altillo o lanzarse contra los puntales del tejado tratando de encontrar alguna vía de escape. ¿Aunque quién sabe realmente cómo reaccionarán las palomas ante el fuego? Quizá se limitaron a quedarse quietas y gorjear, demasiado tontas para intentar cualquier otra cosa, hasta que sus plumas estuvieron chamuscadas y su carne carbonizada hasta el hueso. Ocurriera lo que ocurriese, una cosa es cierta: en los alrededores del establo flota esta mañana un infame olor a carne quemada. Y a los gemelos y Brooker Higgs sin duda les aguarda el peor despertar de toda su vida.

En cualquier otro lugar, un acto tan deliberado de piromanía sería castigado con la horca. Los culpables serían encadenados delante de todo el pueblo y servirían de alimento a los mismos pájaros a los que intentaban alejar de los sembrados durante la cosecha. Pero como ya he dicho, estos campos nuestros están muy lejos del bullicio de cualquier ciudad. Dos días a caballo o tres días en carreta nos separan de la plaza del mercado más próxima. No tenemos alguacil ni magistrado. Y el amo Kent, nuestro terrateniente, es bueno y justo, y notablemente tímido cuando se trata de aplicar la ley y sus castigos. Prefiere tolerar los actos de un malhechor entre sus trabajadores a dejar a una familia sin padre, marido o hijo. Por supuesto, el incendio de los establos del amo junto con su palomar, la pérdida del heno y las palomas, no es un delito que pueda ser pasado por alto sin ningún castigo. Si los causantes son identificados pueden contar con una buena azotaina seguida de una larga época durmiendo a la intemperie y fuera de los límites de nuestras tierras. Es posible que alguno de sus animales —un par de cabras, quizá, algunos cochinitos recién destetados— sea reclamado como recompensa. Pero sus vidas en ningún momento estarán en peligro. No aquí. De modo que tal vez lo más conveniente es que nuestros solteros mantengan la calma, salgan a combatir el fuego que ellos mismos iniciaron y aparenten ser inocentes en espera de que todo el mundo interprete el incendio como un acto de Dios. En pocas palabras, que todo ha sido obra de la mala suerte y que no hay absolutamente nadie a quien culpar.

Pero Brooker y los gemelos no son muy duchos en el arte del engaño. No saldrían airoso representando un papel sobre ningún escenario, a diferencia de muchos otros renegados y cortadores de gargantas capaces de huir de la justicia disfrazados. Su culpa es obvia para cualquiera dispuesto a verla. Se muestran demasiado ruidosos y entusiastas, especialmente cuando el amo Kent sale a nuestro encuentro envuelto en la capa que su esposa tejió para él durante el invierno de su muerte y se detiene conmocionado, junto a su yegua —ahora a salvo—, a una distancia prudencial de las llamas para contemplar cómo su establo se viene abajo. Su hogar y su tranquilidad también perecieron bajo las llamas tiempo atrás. Los culpables hacen todo lo posible para atraer su atención, para hacerle ver lo leal e incansablemente preparados que están para servir a su causa. A diferencia del resto de nosotros, incluido el amo Kent, de ninguna manera están dispuestos a admitir la extraña e infantil fascinación que provocan las llamas y el modo en que convierten los objetos sólidos en aire y cenizas.

Al contrario, dirigen y apremian los esfuerzos por traer cubos de agua del estanque y de las cisternas. Convierten en un gran espectáculo el acto de contener las llamas con sus palas. El fuego ha dejado sus lenguas secas como el heno. Pero no muestran miedo. Es como si sus vidas dependieran del hecho de aplacar ese fuego.

Por supuesto, también son ellos, y Brooker Higgs especialmente, pues él es el orador, quienes organizan la búsqueda de los responsables. Resulta claro de inmediato —es decir, tan pronto como él lo sugiere— que nadie está dispuesto a tragarse la idea de que un fuego como este ha sido causado por el azar o por el calor excesivo acumulado en el pajar. Un buen henil es una construcción tan sólida como una casa, con gavillas a modo de ladrillos. Puede sudar y llegar a cocerse. ¿Pero qué fue lo que provocó el fuego? No hubo relámpagos durante la noche. Nadie quemó rastrojos en las casas cercanas propiciando que alguna errática chispa se perdiera en la propiedad del amo. Nadie estaba durmiendo en la cuadra a la luz de una vela. Nadie podría acusar al amo de ir a visitar a sus palomas con la pipa encendida. No, esto ha sido un acto malicioso. Brooker asiente mostrándose de acuerdo. Quienquiera que haya llevado a cabo esta obra del diablo, sugiere ahora, señalando los restos carbonizados de la escala del granero que esa misma mañana el culpable y sus cómplices colocaron para subir hasta el palomar, probablemente pretendía marcharse con algunas palomas del amo. Para comer. Pero ¿quién tiene el estómago tan vacío como para necesitar robar la comida de su vecino? ¿Por qué hacerlo si la noche pasada el amo prometió matar un ternero para poner punto final a la cosecha y celebrar la elección de la Reina de este año? ¿Quién, entonces, de entre todos nosotros robaría una paloma para llenarse el estómago antes de disfrutar de la carne de un ternero? No, el dedo de la sospecha no apuntaba a los lugareños —¡sólo de pensarlo!— sino a un forastero.

Son recién llegados, salieron de la nada y aparecieron en las lindes de nuestro bosque, dice alguien, precisamente como Brooker esperaba que ocurriera. El denunciante agita las manos señalando a la distancia, a los prados cerca de las lindes, hacia esa otra columna de humo más húmedo y oscuro que todos pudimos ver esta mañana cuando nos dirigíamos hacia el establo. Desde donde estamos, el delicado penacho negro aún se eleva hacia el cielo, levemente inclinado por la suave brisa sobre las copas de los árboles.

—Les daremos la oportunidad de hablar —dijo el amo, con suavidad—. Veremos qué responden, pero no antes de haber remojado todo esto y asegurarnos de que todos los edificios están a salvo.

Mira a su alrededor y sacude la cabeza con gesto de impotencia. Esto ha sido un duro golpe para él, otra carga que soportar. Sus ojos están húmedos. Aunque quizá sólo sea a causa del humo. «Bien...», comienza a decir mirando hacia el sombrío cielo sobre el asentamiento de los recién llegados. Pero deja el comentario a medias, suspendido en el aire entre todos los presentes. Lo que pretende decir es que su corazón está abrumado ante el mero pensamiento —la lógica sospecha, en realidad—

de que sea esa segunda columna de humo la que le conduzca hasta los asadores de palomas. En ese preciso instante se da cuenta de que su deber le exigirá hacer gala de mano dura y firme.

Comprendo que este es el momento de intervenir, de levantar las manos y exponer mi versión y hablar del bejín seco. O al menos debería llevarme a un lado a Brooker Higgs y darle un buen codazo en las costillas. Pero en vez de eso contengo mi lengua. El cuesco de lobo no es evidencia suficiente. Tampoco lo es el juego sucio. Además, percibo en el ánimo de los presentes la necesidad de que este drama siga su curso y muera entre las mismas llamas. Hoy es nuestro día de descanso y queremos que el aire vuelva a ser limpio lo antes posible —limpio de peligro y limpio de humo— para poder disfrutar como merecemos del final de nuestras fatigas. Esta noche tendremos cerveza para beber, carne de ternera para comer y escogeremos a la joven más bonita para que sea nuestra Reina de la Cosecha. Estoy seguro de que no soy el único que ha decidido permanecer callado y no alzar, como sin duda debería, su mano para hablar. No queremos echar a perder nuestro día de fiesta, y tampoco valoramos más el heno y las palomas que a los hijos de nuestros propios vecinos.

Mi mano, de hecho, está demasiado herida para poder levantarla. Yo estaba entre los voluntarios que trataron de sacar a empujones algunas de las pacas de paja aún ardientes hacia el prado, donde estaba dispuesta la línea de cubos de agua para sofocar el incendio, para al menos salvar algo del forraje de invierno del amo. Empapé mi pañuelo en un cubo de agua y me lo até alrededor del cuello para cubrirme la nariz y la boca. Acto seguido, en compañía de mi vecino Carr, entré en el establo y, bajo las ya débiles vigas que no dejaban de crujir, comprobé si aún había algo que pudiéramos salvar. Colocamos con decisión nuestras manos y pechos contra la paca de heno más cercana, posicionamos firmemente las piernas y empujamos. La bala comenzó a moverse pero sólo consintió en dar medio giro. De nuevo tensamos los músculos para volver a empujar, pero esta vez mi mano se hundió en la paca y quedó atrapada entre la paja que ardía lentamente, sin llama. Me quemé las puntas de los dedos. No me queda ni un solo pelo por debajo de la muñeca. La palma de la mano está abrasada y me duele lo indecible. He de confesar que un hombre a la parrilla no huele ni la mitad de bien que una paloma asada. La herida es grave. Mi piel está más roja que una baya de espino. Hago lo que puedo para soportar el dolor sin gritar y no dar lugar a un nuevo espectáculo. De cualquier modo, no ansío la simpatía de nadie. De hecho es el patrón en persona quien instantes después me rodeaba los hombros con un abrazo, haciendo gala de su piedad y su compasión por lo que me ha ocurrido. Sabe bien que un granjero con una mano herida es tan útil como una horqueta con un solo diente. No sirve para nada, especialmente en época de cosecha. Desde luego estoy más preocupado en esos momentos por mi propia carne que por la de cualquier desconocido. Ahora he de volver a mi casa y preparar una cataplasma para la herida a base de clara de huevo y harina fría. A continuación, una pizca de sal para apaciguar las vejigas. Por hoy habré de conformarme con mi

condición de inválido. Por hoy, al menos. Me sentaré y observaré el mundo. Ocurra lo que ocurra, cuando mis vecinos vayan a encontrarse con los recién llegados que se han asentado en los límites de nuestras tierras, tendrá lugar sin mí.

Esta noche el pueblo está en llamas, pero no a causa del fuego. Por la mañana, cuando el incendio en el establo del amo al fin fue sofocado y no quedaba del lugar más que cenizas empapadas, el ánimo de mis vecinos era atrevido y pependenciero. El aire estaba cargado de ansiedad. Con el amo Kent —por lo general, cuidadoso hasta de dónde caga su caballo— cabalgando a lomos de su yegua rescatada al final de la comitiva, el grupo se puso en marcha por el camino de carretas con el diablo guiando sus pasos, algo sólo posible en uno de esos días en que no hay nada más que hacer, en dirección al segundo penacho de humo que aún se elevaba hacia el cielo en el horizonte. Algunos de ellos iban armados —¿o es más apropiado acaso decir *perrechados*?— con palos y duelas y, en palabras de John Carr, «algunos aperos más *viles*». No somos gente violenta por estos pagos. Pero nos sentimos desnudos sin nuestras herramientas. Y tiene sentido que en un lugar tan remoto como este, donde la riqueza es escasa y todos nuestros esfuerzos están dirigidos únicamente a poner una comida más sobre la mesa cada día, nos mostremos recelosos y protectores con nuestro modesto mundo y también temerosos por nuestras raquíticas vidas. Quizá sea el amo Kent el dueño de estas tierras. Sus documentos y títulos de propiedad dan fe de ello. El señorío le pertenece por derecho de matrimonio y a través de su suegro y antiguo propietario, Edmund Jordan, y su hija Lucy Kent, ambos fallecidos y enterrados a unos escasos ochenta metros de mi casa, en el camposanto sin iglesia de nuestro pueblo.

¿Pero de qué sirven los documentos cuando las cosechas han de ser recogidas? Únicamente las manos endurecidas por el trabajo pueden llevar a cabo semejante tarea. Y el amo Kent, con todos sus legajos y pergaminos, sería el hombre más pobre de la región si solamente contara con sus manos y las de nadie más para trabajar su propiedad. Estaría cubierto de vejigas al mediodía y hambriento para siempre. ¿Qué terrateniente ha llegado a encallecer sus manos a fuerza de usar la guadaña y el arado? Nuestras son las obras que marcan la diferencia. No, nuestro antiguo acuerdo dice que, aunque solamente seamos el buey para su ronzal, nos está permitido mostrarnos posesivos con esta tierra y con los derechos comunales a ella vinculados. Y todo ello a pesar de carecer de cualquier documento que lo certifique. Y es razonable, creo yo, sentirse ofendido por una ley elaborada en un lugar ignoto que otorga el derecho a asentarse y cede una porción de lo que es nuestro a cualquier vagabundo capaz de levantar cuatro paredes y encender un fuego antes de que nos demos cuenta y podamos echarlo. Es cierto, por supuesto, que algunos de nosotros llegamos aquí de esa manera y no hace tanto tiempo. Yo mismo soy uno de esos forasteros. Pero los tiempos han cambiado. Hemos ido decreciendo en número a lo largo de los años, desde que yo llegué aquí como criado personal de mi patrón. Nuestras hectáreas de tierra no dan suficiente fruto para alimentarnos a todos. Hemos perdido a muchos amigos pero no hemos tenido demasiado éxito a la hora de criar

herederos o engendrar una prole vigorosa. Nos hacemos viejos y vacilantes. Las cosechas han sido escasas en los últimos años. Hay días en invierno en los que nuestro ganado cena y nosotros no. ¿Por qué motivo deberíamos compartir lo poco que tenemos con unos extraños?

En cualquier caso, ¿qué se puede decir sobre un recién llegado tan sólo observando el humo de su hogar, excepto que él o ella están esperando? ¿O pidiendo? Algún vendedor ambulante ocasional, algún hojalatero o carpintero de paso ya ha intentado —y fracasado— ganarse la vida entre nosotros. Sabemos que hay ladrones de ganado más allá de estos bosques, que los viajeros son asaltados en los caminos, que los vagabundos y las familias errantes descienden, como los grajos y los cuervos, sobre ciertos lugares para saquearlos antes de volver a desaparecer. Lo que hemos de preguntarnos es por qué esta gente ha llegado justo ahora que hemos recogido la cosecha. ¿Se trata acaso de otro acto de Dios? ¿Mala suerte, en otras palabras, y nadie a quien culpar? Un santo pensaría de ese modo. Un santo querría darles la bienvenida y estrechar sus manos. Nosotros, sin embargo, más temerosos que los santos, reservamos los apretones de manos para los nuestros. Además, tocar la piel de un extraño siempre es peligroso. No acojas a nadie antes de conocer el apellido de su familia, solemos decir. Este año hemos sido afortunados, después de todo. No hemos perdido a ningún vecino a causa de las plagas y hasta ahora solamente ha habido una muerte —terrible, eso sí— debida a las fiebres. Pero, como es sabido, el contagio es un pasajero astuto, un polizón. Puedo imaginar úlceras ocultas y sarpullidos en la espalda y en las nalgas de nuestros visitantes. Y comprendo por qué culparlos a ellos por lo que los gemelos y Brooker Higgs han hecho puede ser una bendición disfrazada. Es cierto, me sentía agradecido por poder estar en casa esta mañana y no en compañía de mis vecinos, aunque eso significase perderme el primer avistamiento de la criatura que nos ha abrasado con su fuego.

Me senté a la entrada de mi casa, con la mano herida reposando abierta sobre la rodilla, la palma hacia arriba, para que el aire aliviase el escozor. No es habitual poder contemplar en soledad las casas de mis vecinos, o en todo caso compartir la vista solamente con los cerdos y las aves de corral. El silencio era curativo pero también resultaba escalofriante en cierto modo el hecho de estar sentado en un banco de madera de roble, madera que yo mismo había arrancado de establos en ruinas que tiempo atrás habrían hecho las veces de vivienda provisional a alguna familia errante. Puedo ver la casa abandonada e invadida por la hiedra, junto al hogar de los Carr, un hogar que aún estaba habitado y lleno de vida cuando llegué a este pueblo; también el descuidado jardín de la viuda Goose, donde su marido solía cultivar rábanos y coles rozadas, caléndulas y tomillo; y, un poco más lejos, con su propio sendero de entrada, los escombros de la casita donde Cecily, mi esposa, se crió. No, no nos falta sitio para compartir. Y fácilmente podríamos proporcionar a los recién llegados un lugar donde vivir si fuésemos menos desconfiados ante la aparición de cualquier hombre o mujer no nacido con tierra de este suelo bajo las uñas. Algunos brazos extra nos serían muy

útiles en lo venidero, especialmente ahora que mi mano izquierda será de poca ayuda y estamos faltos de hombres y mujeres jóvenes. Golpeo el banco con mi mano sana hasta que me duelen los nudillos. No me merezco la posibilidad de relajarme.

En momentos así es cuando más echo de menos lugares más grandes, las plazas del mercado de los pueblos que conocí, libertades más propias de la juventud, las oportunidades que tuve y que dejé pasar. Mis vecinos oriundos de este lugar se han atrincherado para protegerse del mundo exterior. Están demasiado apegados a su tierra, demasiado encerrados en sí mismos para llegar a hacer buenas migas con cualquier recién llegado. No están acostumbrados a la hospitalidad y no quieren estarlo. No hay otro pueblo, de costa a costa, que reciba a menos extraños que este. En todos los años transcurridos desde mi llegada junto al amo Kent no ha habido ni una sola alma que se haya instalado aquí por mucho tiempo o esperado hacerlo. ¿Quién, después de haberle echado un vistazo a este lugar y sin ningún interés o empresa que lo obligue a quedarse, elegiría crear un hogar entre vecinos tan poco amigables? Sin embargo, ahora soy parte de esta comunidad, soy uno de ellos. También yo me he convertido en un gruñón y he llegado a acostumbrarme a este diminuto Reino de parientes cercanos en el que cualquiera que no sea pariente sanguíneo acabará casándose con alguien que sí lo es. La hija de una familia es sobrina en otra, y también tía y nuera dos casas más allá. Y si tú mismo no eres un Saxton, un Derby o un Higgs, al menos tendrás a tu alrededor a toda una patulea de allegados que sí lo son. Somos como una colonia de grajos —una casta, podría decirse—, y como los grajos también nosotros hemos llegado a emitir los mismos sonidos y a tener el mismo aspecto. Tantos gruñones, tantas rubias, tantas barbas rizadas, tantas miradas del color del berilo, tantos brazos y piernas rechonchos que nadie necesita mencionarlos ni tan siquiera fijarse en ellos... A no ser que algún visitante que se sale de la norma llegue de repente para recordárselo. Pero incluso yo he llegado a desarrollar con el paso de los años mi propio juego de brazos y piernas gordezuelos, y eso que llegué a este lugar siendo tan flaco y desgarrado como el señor Quill.

La última casa erigida dentro de los límites de nuestras tierras es, según todos los informes, bastante miserable. Los recién llegados se han limitado a recoger troncos caídos del bosque para levantar una suerte de empalizada de cuatro lados, más adecuada para albergar a una pareja de cerdos que a una familia. Esas cuatro paredes son para hombres que prefieren arrastrarse a estar de pie. Están enjalbegadas con tierra y hojas, y a modo de tejado han colocado un tipo de arpillera poco apropiada para impedir la entrada de la luz del sol y menos aún la de la lluvia. ¿Es esa madriguera motivo suficiente para adquirir derechos en estas tierras? Me temo que nadie está seguro de la respuesta. Pero de ser así, entonces los zorros, los tejones e incluso los topos podrían reclamar sus derechos comunales y comenzar a servirse libremente de nuestras aves, nuestra fruta y nuestra leña. Por eso nadie espera que estos forasteros, estos hongos que tratan de alimentarse a nuestra costa, estos asesinos

de palomas o quienesquiera que sean, decidan quedarse una noche más en cuanto descubran cuán apática, y quizá también hostil, puede ser nuestra bienvenida. Entonces continuarán su viaje. Nosotros mismos los acompañaremos hasta los límites de estas tierras y les indicaremos, gustosos, el camino a seguir.

La lumbre que produjo la leve columna de humo verdinegro al amanecer ya se había extinguido cuando mis vecinos y el amo Kent llegaron al claro cercano a la vega donde nuestras tierras limitan con densos bosques. Incluso el señor Quill ha ido renqueando tras ellos, libreta en mano, como siempre ocurre con este tipo de caballeros, tomando notas, haciendo dibujos y esperando no ser excluido de los dramas de ese día. Aunque el fuego estaba apagado en la improvisada fogata y cierta esforzada ama de casa se había encargado de remover las cenizas, la confirmación de todo cuanto mis vecinos esperaban encontrar —y por la que Brooker y los gemelos rezaban— yacía en el suelo a la vista de todos. Huesos de pájaro, mordisqueados y completamente limpios. Edmund Derby, el mayor de los gemelos y por lo general el más silencioso, señaló los restos con la gran autoridad que le confería su dedo índice y dijo: «La comida de nuestros queridos invitados. Uno de los pájaros de nuestro patrón». Sin duda la pasada noche los recién llegados habían roído carne de paloma, como si fueran «grandes señores en un festín». Aunque al parecer, según mi vecino John Carr, que se tomó la molestia de inspeccionar los restos revolviéndolos con el pie, la paloma en cuestión tenía plumas oscuras, huesos cortos y pico amarillo. En todo caso, ninguno de mis vecinos se mostró dispuesto a ser disuadido por dicho hallazgo. Era más fácil creer que, sirviéndose de alguna enrevesada argucia, los pirómanos habían logrado dar a su presa el aspecto de un mirlo.

No había ni rastro de algo vivo fuera del refugio y cuando sus habitantes nocturnos fueron convocados a gritos y exigida su presencia a base de ruido y del entrechocar de los útiles de trabajo, tampoco apareció nadie. Brooker Higgs fue el primero en levantar su vara y golpear la techumbre de la casa, creyendo quizá que de un solo golpe la derrumbaría, ganándose de paso el aplauso de la concurrencia. Su garrote produjo un sonido sordo e inesperado, como cuando se golpea un saco de paja, y para sorpresa de todos, el tejado, que tras unos instantes parecía haber soportado el golpe, se hundió. ¿Qué hombre fornido no sería capaz de derribar un pedazo de arpillera? Las improvisadas paredes de madera, sin embargo, resultaron ser más firmes y fuertes de lo que parecían.

Algunos hombres más se adelantaron entonces empuñando herramientas más pesadas y habrían puesto fin a la tarea de no ser porque, antes de que pudieran descargar un segundo golpe, un par de desconocidos —un joven con pelo estropajoso y barba rala e incipiente y un hombre de menor estatura y más viejo, el padre probablemente— salieron de entre los árboles sosteniendo sendos arcos, con las cuerdas tensas y listos para disparar en caso necesario. Igual que la mayoría de los varones de estas regiones, parecían saber perfectamente cómo lanzar una flecha llegada la ocasión. Parecían desconcertados más que beligerantes. Tenían, en otras

palabras, un aspecto más inocente del que hubiéramos deseado. Con los ojos entrecerrados y la frente arrugada, parecían decir: «¿Qué clase de villanía es esta que hace que palos y porras golpeen la puerta de un pobre hombre?».

Los gemelos y Brooker Higgs ya no quisieron seguir formando parte de las primeras filas integradas por los vecinos más agresivos, y no solamente porque las flechas de los extraños parecían apuntar directamente al pecho de Brooker. Siendo el único que había causado daños hasta el momento, sin duda él sería el merecedor del posible castigo. Se abrió paso entre la multitud hasta que su pecho quedó al fin fuera de peligro y a continuación —no es ningún idiota— se agachó para parecer más bajito. Las mujeres ocultaron a sus hijos y también retrocedieron. La viuda Goose, según me han dicho, se desmayó, desplomándose sobre un lecho de ortigas. Los otros, hombres más valientes y arrojados, plantaron cara a las flechas adoptando una postura defensiva, doblando los codos sobre la cintura para proteger sus órganos vitales.

El amo Kent desmontó entonces de Willowjack y permaneció tras ella. No estaba siendo cobarde sino sensato. Los demás se desplegaron, ampliando así el posible objetivo de los desconocidos, mientras calculaban mentalmente si las probabilidades estaban de su parte; es decir, si veinte hombres fornidos defendiendo la tierra que el mismo Dios les había dado, armados con palos e incluso con alguna hoz afilada, serían capaces de acabar con dos forasteros con un par de flechas. En cuanto sendas flechas fueran disparadas, sin importar el daño que hubieran hecho, la partida habría terminado y comenzaría entonces el linchamiento. Como he dicho, no somos gente violenta. Somos, sin embargo, asustadizos, orgullosos y obedientes. Hacemos lo que tenemos que hacer. Pero en esos momentos, según me han dicho, un ánimo sanguinario se había apoderado de los presentes. Dos cazadores furtivos, además de pirómanos, se enfrentaban a nosotros armados con arcos y flechas. Nunca antes habíamos sido objeto de semejante falta de respeto y de tan descarado sacrilegio. El día se había oscurecido de repente.

El señor Quill, a pesar de no estar lo que se dice en forma, demostró entonces gran valentía. ¿O se trataba de simple cortesía? Se adelantó torpemente, desplegando la misma estúpida sonrisa que ayer nos había acompañado durante toda la jornada en los campos. Por un momento pareció que también él se disponía a descargar un golpe sobre la madriguera, listo para recibir como recompensa una saeta de madera de álamo ensartada en su corazón. Y en efecto, uno de los forasteros apuntó con su arco al señor Quill, tensando aún más la cuerda y ajustando la flecha, y dijo con un acento que nadie había oído antes: «No te acerques». Pero el amanuense del amo Kent hizo caso omiso. Tenía otros planes. De qué planes se trataban, mis vecinos nunca lo sabrían. Cuatro o cinco de ellos se habían adelantado aprovechando lo que describieron como astuta distracción del señor Quill. Mientras él entretenía a los forasteros con su resuelta sonrisa, alzando las palmas de las manos para mostrarles que no tenían nada que temer, nuestros hombres más audaces consiguieron estrechar

el cerco a los desconocidos. Dos pasos más y todo habría terminado. Si el señor Quill resultaba sacrificado en el intento, ese era un precio que podían permitirse pagar. Después de todo, él tampoco era uno de los nuestros. Nadie se había acostumbrado aún a su presencia. Y no importaba en absoluto si sus garabatos quedaban incompletos. En cualquier caso, no me atrevo a afirmar que hayan llegado a pensar que su muerte habría sido provechosa.

En ese momento apareció la mujer. Todos los testigos se mostraron ansiosos por describir la visión de la mujer saliendo de su refugio. Había permanecido escondida todo el tiempo bajo el techo de arpillera, me cuentan excitados la mayoría de quienes la vieron salir. Ella es el principal tema de conversación esta noche. Mientras sus hombres —sólo Dios sabe qué parentesco puede haber entre los tres— se ocultaban entre los árboles, ella evidentemente estaba en el interior de su tosca vivienda observando, entre las tablas enjalbegadas con barro y tierra, los movimientos de lo que me veo obligado a denominar la turba, integrada por los hombres y mujeres de mi pueblo. Se preguntaría acerca de los motivos de la furia que los había llevado hasta allí, mientras contemplaba los garrotes y las brillantes hojas de sus hoces. Habría visto impotente cómo un joven fortachón, con ojos verdes y apáticos como los del gato doméstico, se acercaba y, a golpes de garrote, conseguía que el tejado de su casa se hundiera sobre su cabeza. El rostro que apareció entre los escombros estaba cubierto de sangre y sus negros cabellos parecían aún más oscuros a causa de la herida abierta de su cabeza.

El encuentro, según me han dicho, se transformó en algo completamente diferente con la aparición de la sangre. Lo que hasta el momento había sido un enfrentamiento rutinario entre dos grupos de hombres, dos grupos de hombres *armados*, ambos preparados para defenderse sin atender a las consecuencias, se convirtió en un instante en algo vergonzoso. La herida de la mujer era demasiado roja y fresca como para pasarla por alto. De hecho, la sangre corría por sus mejillas como las lágrimas. De inmediato, las mujeres del pueblo comenzaron a apelar a la cordura de ambas partes. Sus hombres no intentaron avanzar ni un paso más; dejaron caer las armas en la maleza o las sostuvieron ya sin intención de atacar. De nuevo fue el señor Quill quien hizo lo que no se esperaba de él. Aun a pesar de la amenaza del arco siguió avanzando torpemente, apartó las ramas más altas que hasta hacía poco cubrían aquel refugio, extendió la mano y ayudó a la ensangrentada mujer a salir hacia la luz.

¿Qué podían hacer con ella? No era hermosa, no a primera vista al menos. Tenía lo que podríamos llamar —a sus espaldas, claro está— cara de comadreja, de anchos pómulos, labios finos, mandíbula pequeña y nariz de botón. Y sus ojos y sus cabellos eran tan brillantes, oscuros y amenazadores como las bayas de belladona. Lo que llamó la atención de nuestras mujeres desde el primer momento fue el chal de terciopelo con el que se cubría los hombros. De un tejido señorial y a buen seguro costoso, de color malva turco y rematado con hilos de plata. El primer impulso fue exclamar: «¡Cuidado con el chal!». La sangre que le corría por el rostro se había ido

acumulado en la barbilla y de un momento a otro comenzaría a gotear arruinando la exquisita tela. Una segunda reflexión siguió enseguida a la anterior: una prenda así es demasiado para esa mujer. Una mujer de su clase jamás podría tener un chal como ese, a menos que lo hubiera robado. Ni siquiera Lucy Kent, la esposa del patrón, había tenido un chal así. En efecto, nunca antes, hasta donde podemos recordar, se había visto en el pueblo una prenda tan exquisita. No es sorprendente, pues, que muchas de nuestras esposas e hijas la contemplaran con los ojos llenos de envidia deseando sentir su tacto entre los dedos, mientras se preguntaban qué posibilidades tenían de llegar a lucirlo.

Los hombres del pueblo no se mostraron tan impresionados por aquel trozo de tela. Por supuesto se fijaron en él y, de algún modo, sintieron que añadía una deseable nota de color a la escena. Fantasearon haciendo uso de él, extendido en algún escondido rincón de aquellos prados, lejos de la vista de sus esposas. Pero, como es habitual en los hombres, ellos medían a aquella mujer según criterios que trascendían los límites de su ropa. La examinaron cuidadosamente —pezuñas, cuernos y rabo— y a continuación estudiaron a sus dos hombres. Lo que vieron fue algo que fácilmente podía llegar a contaminar sus sueños. Una mujer de anchas caderas cuya visión los fascinaba de un modo que nunca serían capaces de explicar, más aún por el hecho de no ser hermosa ni escultural sino más bien alguien accesible y al mismo tiempo desafiante y orgullosa. Mantenía la cabeza alta, las aletas de la nariz hinchadas en gesto de desdén, los labios apretados. Ni siquiera bajó la mirada mientras el señor Quill la ayudaba a abandonar las tristes ruinas de su hogar. Tendría, según me dijeron, más de treinta años, por lo que parecía improbable (y, por supuesto, preferible) que ninguno de los dos hombres fuera su marido. El mayor tenía el pelo cano y ya escaso, posiblemente su padre, aunque cualquier parecido facial quedaba oculto tras su barba. El otro hombre era al menos diez años más joven que ella, pero sus cabellos eran igual de negros. Su hermano, sin duda. Se trataba de una familia. Y no era arriesgado decir que la hija de aquella casa aún estaba disponible a pesar de su edad. Posiblemente era viuda, con todo lo que ello implica: sería una mujer curtida y experimentada y también hambrienta de compañía. En un pueblo como el nuestro, donde las mujeres mueren antes que los hombres, muchos de mis vecinos habrán visto de inmediato en ella una tentadora oportunidad. Mientras las mujeres la habrían acogido como a un miembro más de su pequeño reino, llegando a aceptarla como una compañera de juegos de sus hijos y a considerarla incluso como una prima o una sobrina y alegrándose de que alumbrara a varios querubines de negros cabellos, aquellos hombres la habrían encerrado en su madriguera desde el primer momento en que la vieron aparecer. Difícilmente algo así podría considerarse un grave pecado. Las mujeres locales son vistas como la tierra, propiedad vitalicia de sus padres, sus esposos y después sus hijos; son primero adjudicadas y después cercadas, y cuando es necesario se habla por ellas. No está permitido traspasar sus límites ni adentrarse en ellas más allá de lo debido. Pero esta recién llegada —esta forastera— era diferente,

no era mejor que cualquier porción de terruño ignorado y sin dueño en tierras comunales. Y como cualquier pichón o liebre en un coto, era una espléndida pieza de caza.

Sin embargo, había que respetar la ley escrita. El amo Kent, que aún debía hacer valer su presencia y autoridad, montó de nuevo a Willowjack y se acercó lentamente hasta el claro cercano a la casa, donde los tres forasteros y el señor Quill permanecían quietos como boliches y sin pronunciar palabra. Comprendo el proceder del patrón y entiendo por qué hizo lo que hizo. Comprendió que había permitido que ocurriera algo descabellado, de modo que decidió ponerle fin del mismo modo y, señalando los dos arcos, dijo:

—Bajad las armas. Este no es lugar para ruf... —los habría llamado rufianes de no ser por la feroz mirada que le lanzó la mujer. De modo que se corrigió—: ¡Este no es lugar para malos modales!

Ella soltó una carcajada.

—¡Pues no hemos visto otra cosa desde que llegamos aquí! —dijo—. ¿Qué delito hemos cometido para que vengáis a amenazarnos agitando vuestros palos?

—No es mi intención amenazar a nadie. Y no lo voy a hacer. Pero ustedes dos, señores —dijo señalando a los dos varones— deben pagar por las aves que cenaron ayer y que no les pertenecían —hemos visto los huesos limpios— aprendiendo mejores modales en la picota. Digamos durante una semana. Entregarán sus arcos... Y ambos serán rasurados, como marca por su condición de sospechosos viajeros.

¿Una semana? ¿Desarmados? ¿Afeitados? Un modesto castigo, sin duda. Y una feliz oportunidad para mantener a la mujer en nuestros dominios y separada de sus hombres durante el tiempo suficiente para que cada uno de los nuestros tenga ocasión de probar suerte con ella. Entonces ella escupió en el suelo, entre las pezuñas de la yegua. En cualquier caso se trataba de una grave provocación que el amo Kent no podía pasar por alto.

—Puedes considerarte afortunada, porque no hay espacio suficiente para los tres en la picota —dijo sin dirigirse a ella, por si de nuevo le lanzaba una de sus miradas—. Y da gracias que en estos pagos somos gente amable y nos preocupamos por nuestra agua, pues de otro modo te ahogaríamos en la charca del pueblo. Sin embargo serás esquilada, igual que tus hombres. Así, mientras tu pelo vuelve a crecer, tendrás tiempo para considerar tu desdén hacia nosotros.

Esta vez la flema de la mujer alcanzó a Willowjack, dejando un rosario de perlas deslizándose por su flanco.

A nochece al final de esta agitada jornada de descanso y el granero que ha sobrevivido al fuego está lleno de recolectores cansados, recostados ahora en las pacas de heno y ansiosos por probar el delicioso pan de los platos de madera de olmo del amo Kent. Bebemos cerveza de cebada de la última cosecha. Una vez más nos beneficiamos del paso de las estaciones. La luz de los faroles produce sombras tan profundas e inquietas que me cuesta identificar los rasgos del vecino que está a mi lado. Por un instante su rostro me resulta grotesco. No necesito contar cabezas para saber que todo el mundo está aquí. No hay una sola alma que se haya quedado en casa esta noche. Incluso la anciana madre de los gemelos, que no es capaz de dar un paso sin que alguien la sostenga por los codos, como a la efigie de yeso de una santa, al parecer ha conseguido llegar hoy a la fiesta sentada sobre un tamiz para la cebada. Hay bolitas de perejil, callos y estofado de menudillos. También hay tocino curado. Y el ternero criado a mano, rechazado por su madre la pasada primavera y acogido por el amo en este mismo establo, ha sido sacrificado, desollado y ensartado en la estaca del asador, especialmente para nosotros. Su pellejo está colgado de una de las vigas, sobre el fuego, para que el humo y los efluvios de su propia carne lo vayan secando y curando.

Debemos estar satisfechos. La cosecha ya ha sido recogida y almacenada. Nuestros platos están colmados de carne y la grasa gotea del mentón de todos mis vecinos. La cerveza se nos sube a la cabeza. Y a pesar de todo siento que el pueblo está inquieto. Los fuegos y los altercados de esta mañana pesan aún sobre el ánimo de la concurrencia, especialmente sobre los gemelos y Brooker Higgs, pero también sobre los hombres que con demasiada rapidez se prestaron voluntarios para sujetar a la mujer contra el suelo para esquilar su cabeza. A decir verdad, ninguno de nosotros se siente del todo cómodo, del todo libre de vergüenza. Los rumores se extienden rápido y no tengo la menor duda de que, con excepción del amo Kent y del señor Quill, cualquiera que tuviera interés en saber quién incendió el palomar ya lo habrá adivinado a estas alturas. Los secretos son como los embarazos por estos pagos. Puedes esconderlos durante un tiempo pero enseguida salen a la luz. De modo que esta noche todos somos conspiradores. Y sólo podremos salir absueltos si esos tres culpables amigos reúnen en su pecho el coraje suficiente para acercarse al amo y susurrar en su oído que los dos hombres —aún sin nombre— que en este mismo instante están encadenados con grilletos y con el cuello inmovilizado en el cepo de la picota del pueblo, en el camino de entrada a la iglesia que nunca llegamos a construir, soportando el frío del anochecer y la llovizna que lo acompaña, deberían ser liberados de inmediato e invitados a participar de nuestra fiesta en el granero a modo de disculpa. Una ración de carne sería nuestra manera de compensarlos.

Es posible —no, probable, diría yo— que el amo Kent no tome represalias contra los gemelos y Brooker Higgs si se deciden a revelar la verdad. Esta noche son como

una gran familia, en cierto modo. Esta noche todos somos familia. Y el amo Kent, especialmente desde que su mujer falleció dejando sus telares sin atender y ni un solo hijo como descendencia, también disfruta de nuestra compañía. Además no hace falta mucha cerveza para dulcificar su carácter. A diferencia de muchos de nosotros, cuanta más cerveza bebe más valora la armonía. Por eso, creo yo, esta sería la ocasión idónea para que nuestros jóvenes calaveras, notablemente silenciosos, a mi parecer, y sentados junto a uno de los grupos más alejados evitando la luz de los faroles, expusieran sin excesivo miedo una versión más o menos honesta de cómo se inició el fuego de esta mañana y se enmendaran así con el amo y con los forasteros — y, por qué no, también con la escocida palma de mi mano, ya que después de todo he sido yo el único lugareño que resultó abrasado—. Pero no lo hacen. No se arriesgan a contar la verdad.

Tampoco, dicho sea de paso, lo hago yo. A pesar de lo que he visto mientras iba de camino hacia el establo, parece injusto pero también lo más sensato, creo yo, no pensar por el momento en la picota. La copa de la hospitalidad ya se ha roto. Me parece bastante improbable que nuestros visitantes deseen quedarse entre nosotros una vez transcurridos los siete días que aún ha de durar su castigo. No nos hemos ganado su afecto precisamente. Recogerán su retal de arpillera y se marcharán en cuanto queden libres. Por eso quizá sea de sabios contener nuestras lenguas por el momento y dejar que sean ellos quienes carguen con toda la culpa. Siete días no suponen una gran diferencia con hombres así, hombres sin tierra ni descendencia, hombres que no tienen raíces y son como el muérdago. Es más, hay todavía otro detalle que me impide concederles mi simpatía, aun habiendo estado ausente durante la escena de esta mañana, y que me hace pensar que de cualquier modo estos forasteros merecen estar encadenados ahora mismo en la picota sin importar quién incendió las viejas vigas del amo Kent. Porque nadie puede olvidar esos dos arcos con sus tensas cuerdas apuntando hacia nosotros ni la insolencia de haber conminado a nuestra gente a apartarse de su camino.

No obstante, estamos indudablemente nerviosos. La picota no ha sido utilizada desde hace muchos años. La llave de perno que la abre y que el amo Kent guarda junto a otra docena de llaves en una cadena de bronce en algún lugar de su salón, está oxidada y defectuosa. Los últimos ocupantes fueron dos primos, ambos Saxton, y por lo tanto parientes de mi esposa, que montaron una grave trifulca a causa de los derechos de propiedad de un cerdo. No es un asunto sin importancia. No me lo tomo a la ligera. Los cerdos son los hermanos de nuestro patio trasero y merece la pena luchar por ellos. Hicieron falta seis de nuestros hombres para contener a los dos Saxton. Para derribarlos, de hecho. Fue una tarde muy entretenida. Los primos sólo pasaron una noche encadenados, si no recuerdo mal, y cuando llegó la mañana ya habían limado sus diferencias. Compartieron el puerco desde el morro hasta la cola, pesando cada pieza, e incluso dividieron a partes iguales el hígado y el corazón de la bestia con la misma precisión con que los comerciantes parten una onza de oro o

cortan un retal de una preciosa tela. Desde entonces, los dos son considerados por unanimidad nuestros pillastres favoritos. Solamente han de soltar un gruñido para que empecemos a darnos codazos y a sonreír. Hasta el día de hoy, raras veces dejaban pasar la oportunidad de afirmar públicamente, por lo general asegurándose de que el otro también lo escuchara, que pasar un día en la picota no era un castigo tan cruel como el hecho de haber estado encadenado a ella en compañía de su primo. Y aún siguen juntos. Ciertamente pagaron un alto precio a causa de un cerdo.

Eso ocurrió hará unas diez cosechas, durante el tercer año del matrimonio del amo y de su tutela sobre todos nosotros. Nunca hasta ahora ha creído necesario volver a hacer uso de la picota. Más bien ha desempeñado para nuestro pueblo la función de una cruz. La cruz de la iglesia que nunca hemos tenido. No tenemos mucho más. La parcela de tierra reservada para construir la iglesia sólo ha servido a lo largo de los años para acoger las tumbas —demasiadas— de los que hemos perdido, un montón de bienintencionadas piedras que no han sido utilizadas para su propósito original. En algún lugar, bajo los helechos, las ortigas y las hojas de los arbustos de sauce, reposan los cimientos de la iglesia que nunca se construyó. Hasta el momento nadie ha encontrado tiempo ni sentido el impulso de ponerse a cavar una zanja, preparar una buena mezcla de mortero y comenzar a apilar las hileras de piedra que se conviertan en los muros de nuestra iglesia. No nos atrevemos a decir que estamos por encima del Reino de Dios, aunque ciertamente no es nuestra costumbre acurrucarnos en su seno. Más bien consideramos que estamos al alcance de sus dedos. En ocasiones nos roza, pero muy levemente. Trabajamos hombro con hombro con bestias que cloquean, bufan y mugen, pero nunca con el Padre que nos creó a ambos. No he sentido nunca su presencia a mi lado mientras trabajaba, hoz en mano. Jamás lo he visto aligerar el peso del arado. No; nos atrevemos a pensarlo e incluso lo decimos entre nosotros, no habría cebada si dejásemos la tarea en manos del Señor, ni un solo grano. De hecho, ni tan siquiera habría campos de cultivo, tan sólo un erial azotado por el viento e invadido por las malas hierbas, las ortigas, las arvejas, los espinos y las zarzas que Él mismo nos dejó al abandonar el Edén. Jamás lo hemos visto plantando semillas para nosotros. Del mismo modo que nunca nadie nos verá sembrando malas hierbas. Pero aun así hemos de hacer frente a sus cizañas y a su fumaria, hemos de sufrir el asedio de sus pulgas, sus mosquitos y todas sus pestes. Nos hacen pagar por el pecado de Adán. En algunas ocasiones nos sentimos agradecidos por el hecho de que el campanario más cercano (¡y, dicho sea de paso, también la cervecería más cercana!) esté a más de un día de camino de aquí. No podemos permitirnos mantener a un cura. De todas formas seríamos un rebaño demasiado pequeño y mezquino para él. Nuestro resentimiento eclipsaría a nuestro temor de Dios. De modo que seguimos adelante, no como ateos pero sí conservando nuestra independencia. Preferimos no pensar muy a menudo que existen el Cielo y el Infierno y que gran parte de lo que hacemos día tras día es pecado.

Sin embargo sí tenemos una cruz de madera, nuestra olvidada picota, erguida

justo a la entrada de la iglesia nunca construida. Es un poco más alta que un hombre de estatura media, hecha con madera de roble. Los dos postes articulados que forman sus alas, con espacio suficiente para encadenar a dos hombres, son más anchos y algo más largos que el asta vertical que los sostiene. Esto convierte a nuestra cruz en un estandarte más robusto y eficiente que los habituales crucifijos, más delicados por así decirlo. Los orificios, que en un lugar más cruel estarían ocupados por los cuellos y muñecas de los delincuentes, se han convertido con el paso del tiempo en un útil espacio donde poder colgar los rosarios para la oración o cadenas del amor elaboradas con flores. Es en este lugar donde el amo Kent oficia nuestros matrimonios y bautismos y donde celebra las honras fúnebres por aquellos que nos han dejado —las de mi esposa y la suya tuvieron lugar allí mismo— para consuelo de los afligidos. Y también en ese escenario nos reunimos para consagrar el maíz para la siembra, para dar las gracias por la cosecha y bendecir nuestros arados.

Por eso horas antes, al anochecer, me resultó endiabladamente triste tener que contemplar a esos dos hombres, con las manos y las cabezas colgando inertes, atados a la cruz de nuestro pueblo, lugar en el que se veían obligados a permanecer durante siete días. Hasta ese momento yo sólo había contemplado desde la distancia el humo de su hogar y oído hablar de estos forasteros, de su actitud desafiante y de sus arcos, gracias a los jactanciosos y coloristas relatos de mis valientes vecinos, en especial los de John Carr y Emma Carr y de la viuda Goose, hacia la cual, debo decir honestamente, he desarrollado en los últimos tiempos un especial apego. Por su indignada narración me había imaginado a hombres de aspecto más fiero. Todo lo que pude apreciar desde una cauta distancia, mientras caminaba siguiendo los aromas de la ternera y el tocino, fue la inofensiva parte superior de sus dos cabezas apresuradamente afeitadas y humilladas, segadas tan recientemente como nuestro gran campo de cebada, una de ellas de un color gris fantasmal, la otra ya en vías de oscurecerse con una pelambre que volvía a crecer negra como la pez. El mayor era el más bajo de los dos. Estaba de puntillas y en una posición evidentemente penosa. De haber intentado posar las plantas de los pies habría sido estrangulado por el artilugio que mantenía atrapado su cuello. En ese momento decidí buscar un madero plano sobre el que pudiera apoyarse cuando más tarde regresara a casa por el mismo camino.

El amo Kent acaba de ponerse en pie y contempla nuestras expectantes sonrisas. Es en momentos festivos como este, estimulado por la cerveza, cuando disfruta recordando ante sus convidados la vida que llevaba antes de su feliz llegada a esta región. Desgrana para nosotros exuberantes historias acerca de un mundo extraño y peligroso repleto de pícaros, un mundo de salvajes océanos, palacios y guerras, que siempre consiguen que mis vecinos se sientan afortunados por el mero hecho de no ser parte de él. Esta noche, sin embargo, su ánimo no es tan provocador. En lugar de eso ha invitado al señor Quill a compartir con él la improvisada mesa en la que degusta su cena y en este instante ha tocado palmas pidiendo silencio. ¿Es este un

momento que debamos temer? «Os presento a mi buen amigo, Philip Earle», dice agarrando al señor Quill por el codo y empujándolo hacia delante para que podamos saludarlo y examinarlo. «Lo conocisteis ayer y podréis verlo por aquí durante más de una semana. Ha venido a petición mía para elaborar los mapas detallados de los suelos comunales y de nuestra tierra en general. Para ello utilizará como vitela la piel de ternero que ahora mismo cuelga sobre mi cabeza. Tomaremos nota de todo y a continuación presentaremos nuestros ruegos a la corte indicada. Lo que nos aguarda es —con vuestro benévolo y amable consentimiento— un nuevo orden provechoso para todos. Durante demasiadas estaciones hemos padecido la necesidad...». Llegados a ese punto del discurso, el señor Earle (nombre con el que nunca nos referiremos a él) desenrolla uno de sus pergaminos y nos invita a que nos acerquemos para contemplar nuestro mundo «tal como es visto por los vencejos, los milanos y las estrellas». Nos adelantamos, apretujándonos unos contra otros, hasta conseguir entrar en el halo de luz del farol. «Estos son más completos que los de ayer», dice el señor Quill, pero una vez más lo único que podemos ver son sus cuadrados y demás figuras geométricas. Sus mapas nos han reducido a un conjunto de líneas y trazos en forma de red. En ellas no hay sombra alguna de vida. A continuación nos muestra un segundo diagrama con distintos espacios. «Este es vuestro porvenir», dice. «Así es, nuestro futuro será parecido a esto», añade el amo Kent. Aunque su afirmación resulta más vacilante de lo que debiera. Hace una pausa, sonrío. «Seré preciso...», promete. Aunque, al parecer, no ha llegado el momento.

Dilo, dilo ahora, pronuncia las palabras, le insto a seguir silenciosamente. No necesito convertirme en un vencejo o en un milano para saber cómo funciona el mundo y cómo está cambiando —cambiando de forma, como sugiere el amo Kent— ni tampoco para escuchar el gemido aún lejano de animales que se aproximan y que no son vacas ni cerdos ni cabras, que no son nuestros hermanos. Lo comprendo al instante. He temido ese «así es» desde el día de la muerte de mi esposa: el *nuevo orden provechoso para todos* que el amo tiene en mente —diametralmente opuesto a su habitual carácter y conmiseración, y también contrario a sus promesas— implica la explotación y el cierre de nuestros campos mediante muros y verjas, zanjas y cancelas. Equivale a colocar un roncal alrededor de nuestro cuello y nuestras vidas. Significa la desaparición de nuestras tierras comunales, la tala de nuestros árboles. Significa que este pueblo lejos de todo, que siempre ha sido un lugar con vacas, cerdos, maíz y poco más, está destinado a convertirse en otro proveedor de lana. La palabra que ni él ni nadie se atreve a susurrar y mucho menos a gritar es *ovejas*. En lugar de eso el amo Kent nos expone, ansiosamente, el sueño que ha tenido. Espera que, si es capaz de describir esos cambios como algo extraído de un sueño, entonces seremos capaces de comprenderlo mejor y de temerlo un poco menos, pues es bien sabido que los sueños son moneda corriente entre los comuneros. Por supuesto. También nosotros somos soñadores.

En este sueño ninguno de sus «amigos y vecinos», es decir, nosotros, se verá ya

obligado a trabajar largo y tendido durante todo el año y sin certeza alguna sobre la cosecha por venir. Tenemos años buenos. También los tenemos malos, nos recuerda. Compartimos alegrías, pero también sufrimiento. El sol no es digno de confianza. Y tampoco lo es la lluvia. El gemido del viento trae consigo la ruina de nuestros cultivos. Los hongos los reducirán a pulpa inútil. Nuestro ganado puede ser diezmado a causa de la fiebre amarilla. Los cuervos robarán nuestra cosecha al más mínimo descuido —y las palomas, dice una vocecita, la mía—. Sin embargo, la lana es predecible. Un vellón de lana no requiere el calor del sol. De hecho, un vellón de buena lana crece y se tupe en la oscuridad. A la lana no le afecta el viento ni los cambios de estación, dice, ya dispuesto a afrontar su tarea, pues también esta oratoria suya es un trabajo, una labor de persuasión. Además, hasta donde nos concierne, a los cuervos no les interesa la lana. A pesar —ahora sonrío, para alertarnos de que lo que sigue es una broma— de su gusto por los rebaños.

No, el amo Kent sólo ha tenido un sueño que nos hará más ricos y ociosos. Cada nuevo día es para nosotros un día de descanso. Paseamos cayado en mano por nuestros pastos cerrados. Nos sentamos en las suaves pendientes de los prados simplemente para contemplar el paisaje. Ya no arrastramos el arado, somos pastores. No utilizamos la hoz sino las tijeras. No nos helamos hasta los huesos recogiendo piedras del suelo durante los húmedos y fríos días de invierno, eliminando las malas hierbas y arrancando raíces hasta que nuestras espaldas están más tiesas que un yugo. No, estamos sentados junto al fuego del hogar satisfechos por nuestra buena suerte. Y nuestra única ocupación es lanzarnos la pelota de un lado a otro como si de un juego se tratara, un juego de niños. El trabajo es tarea fácil: tensar suavemente los hilos en el telar, vigilar la urdimbre y la trama con las puntas de los dedos, evitar que se formen nudos y soltarlos. En lugar de bueyes tendremos telares. En lugar de rezar para que los tallos de las plantas crezcan rectos y fuertes contra toda probabilidad y a pesar del azote de los elementos, para que las mazorcas de maíz engorden y maduren, estaremos cerrando los cobertizos con popelín y fustán, estambre y tela de sarga. «¡Emocionante perspectiva! ¿No es así?», dice. En algún lugar demasiado lejano como para nombrarlo, en ciudades que nunca conoceremos, un hombre se envuelve en una capa hecha a base de nuestra lana y tejida con nuestras propias manos, una mujer se coloca un pañuelo en la cabeza y aún puede oler en su urdimbre el aroma de nuestros hogares, las fragancias de estos campos. Todo empieza con la untuosa lana que cubre el lomo de nuestro ganado —nuestras Pezuñas Doradas— y termina por convertirse en las delicadas prendas que cubren las espaldas de los aristócratas. «Se trata de un sueño que dudo que a ninguno de nosotros le parezca vil». Pero ni siquiera habiendo llegado a ese punto ha pronunciado la palabra *ovejas*. ¿Acaso soy yo el único capaz de darse cuenta de lo que esconde en realidad ese sueño? Es simple: las gavillas darán paso a las ovejas.

El amo Kent ha calculado bien el tiempo de su revelador sermón. El ternero es suyo. La cerveza es suya. Ya no tenemos hambre. Ciertamente no estamos sobrios.

Estamos en deuda con él por la velada de esta noche y le conocemos lo suficientemente bien como para confiar en su palabra, al menos por ahora. Sus planes pueden ser a cinco años. Quizá incluso diez. Lo que importa es esta noche y esta noche nos ha obsequiado con una fiesta. Sólo ha de levantar la mano para hacernos olvidar cualquier motivo de ansiedad y permitir que la gente siga bebiendo. Nos hemos convertido en animales, cada uno a su manera, tal como dice la balada del cervecero: «La cabra borracha, lasciva es; borracho, el perro rabioso ladra; ebrio el toro, busca pelea; terco como una mula, beodo el puerco es». Nosotros, sin embargo, nos emborrachamos como caballos de posta —su sed nunca se sacia— y por eso, durante esta noche al menos, olvidamos nuestra inquietud.

Queremos música y baile. El joven Thomas Rogers es el único gaitero y nuestro ruiñeñor. No hace falta convencerlo para que coja su instrumento. A la menor oportunidad llena de aire sus pulmones y los vacía para nosotros. Comienza marcando toscamente el ritmo en el suelo con el pie y a continuación empieza a jugar con las yemas de sus dedos sobre los diminutos orificios del puntero. Hemos sido testigos de sus esfuerzos en numerosas ocasiones. Cuando Thomas se sienta por las noches y comienza a practicar es imposible no escuchar sus fallos y sus sonos por más que uno intente conciliar el sueño. Sin embargo disfrutamos con su música. De no ser por él nunca podríamos bailar. De modo que esta noche lo animamos. Lo que menos esperábamos era que una segunda voz a nuestras espaldas se uniera a la suya y con gran maestría, además. Es el señor Quill, el señor Earle. Tendremos que llamarlo señor Fiddle, señor Violín, a partir de ahora. Avanza hasta las primeras filas con su torpe caminar, dejando que sea su hombro y no su pecho el que dirija sus pasos. Encuentra un taburete para sentarse junto a Thomas Rogers, coloca el instrumento sobre las rodillas y sigue frotando las cuerdas con su arco. Al principio repite la melodía de la gaita, pero poco a poco empieza a adornarla y enseguida es él quien dicta la melodía que el gaitero ha de tocar.

Rogers no parece tan complacido como el señor Quill con el entusiasmo de nuestro aplauso. El gaitero pierde confianza y aplomo. La voz del violín, al menos desde el instante en que nuestro visitante se sienta en su taburete, provoca por momentos lágrimas y risas por igual. Su cancioncilla parece a la vez feliz en su melancolía y pesarosa por volverse demasiado alegre. Pronto los niños dejan de jugar a lanzar listones, arrojan los últimos palos a la concurrencia y se hacen dueños de la improvisada pista de baile. En ese momento, el resto de los camorristas del pueblo — los gemelos Derby, por supuesto, pero también otros embajadores del desorden— salen a bailar, cogiendo de la mano a sus hermanas y sobrinas y haciéndolas girar como remolinos. A continuación son las parejas casadas las que salen. Y finalmente un puñado de muchachas solteras se levantan y se unen a las danzas, con gran solemnidad al principio, aunque pronto sus mejillas están teñidas de rojo por el esfuerzo. Una de ellas, aquella cuya devoción y belleza sean consideradas las más notables, será reina de las espigas, nuestra Reina de la Cosecha. Será elegida en

cuanto termine la música, si es que tal momento llega, si es que permitimos que eso ocurra. Y mañana será ella la primera en pisar el campo de cebada al fin derrotado. Caminará sobre los restos de los tallos, se inclinará y buscará el primer grano de los que después guardaremos para aprovisionarnos contra la fría estación que nos aguarda.

El señor Quill, el violinista, de nuevo nos toma la medida, haciendo de nosotros algo coherente y geométrico con sus melodías, del mismo modo que antes lo ha hecho en los campos con sus diagramas y su tinta. Su danza es circular y después cuadrada, nos hace girar y patear el suelo, nos hace tambalearnos y recuperar el equilibrio, el alboroto es ensordecedor. Los juerguistas sienten que han de ir un poco más allá de lo habitual, hacerse líquidos, se diría. Yo mismo siento el impulso de unirte aunque soy un viudo. Pero no me atrevo a exponer la dolorida palma de mi mano y las escocidas yemas de mis dedos a ese vaivén de roces y estrechar de manos. De modo que permanezco de pie y observo la escena en compañía del amo Kent, el otro viudo reciente, que se balancea tímidamente a mi lado. Las mujeres batallan con sus hombres, zapateando en el suelo salpicado de paja y haciendo girar sus pañuelos. Las damitas están a todas luces demasiado cerca de los muchachos. Se cogen de las muñecas, se agarran de la cintura. Es posible que con esta escasa luz y con el alegre caos que reina se intercambien algunos besos e incluso alguna que otra promesa. Somos una banda de paganos, más devotos a las costumbres de los días santos que a la santidad en sí misma. Hallamos más placer en las canciones y las danzas de Dios que en su piedad. Demos gracias al cielo por no tener a un sacerdote entre nosotros para presenciarlo.

Debimos haber imaginado que la mujer de los escupitajos volvería a hacer acto de presencia justo en el momento en que éramos más felices. Era inevitable. Es la primera vez que la veo. Está de pie a las puertas del granero, fuera del alcance de las luces y tan silenciosa e inmóvil que parece estar incluso a salvo del influjo de la música de la gaita y el violín. Pero no hay duda de quién es, a menos que se trate de la visita de un espectro, alguna de nuestras esposas e hijas salida de su tumba y ahora consumida por la muerte. Es más menuda de lo que había imaginado, de algún modo imponente en su pequeñez. Y ahí está el grueso chal de terciopelo del que he oído hablar y también su cabeza torpemente esquilada, como un césped recién cortado. Está empapada y echa unos zorros, como una bruja o una mala mujer con la que alguien se hubiera desquitado. «Es la señora Beldam», murmura en mi oído el amo Kent, poniéndole al fin un nombre que a buen seguro recordaré. Beldam, la hechicera. *Belle Dame*, la bella dama. Los danzantes aún no han reparado en ella. Solamente cuando el violinista deja a un lado el arco poniendo fin a su tonada y, levantándose del taburete, dirige la mirada sobre las cabezas de mis vecinos hacia donde está nuestra visitante de rasurado cráneo, los demás se detienen y se giran para ver qué ocurre. Casi no pueden verla. Es apenas la sombra de una sombra, una esquiva silueta. Aún no somos capaces de ver sus ojos o su rostro ni de distinguir las

costras de su cabeza herida y desnuda. Ella no pronuncia ni una palabra. Quizá la hemos imaginado. Es un espectro convocado por el alcohol y la danza. Los ánimos han cambiado bruscamente. El ambiente es más denso. Hace un instante éramos líquidos, ahora somos piedras. La noche termina con una nota discordante.

Sabemos que debemos enmendarnos de algún modo por haberle afeitado la cabeza. Por eso está ahí de pie, esperándonos. Espera que contemplemos lo que hemos hecho. Por un momento tengo la sensación de que cualquiera de nuestros hombres —también alguna mujer— podría acercarse hasta donde está, tenderle su mano y acercarse con ella a los demás danzantes para unirse al baile. Durante unos instantes, la aparición de la mujer no nos avergüenza, más bien parece que hemos encontrado a nuestra Reina de la Cosecha. Sólo tendríamos que conducirla hacia la luz y coronarla allí mismo y todo terminaría bien. Otro sueño. En éste su cabello es largo y negro otra vez, sus hombres caminan libres sin cadenas ni grilletes. Nuestra cruz de madera ha recuperado su santidad y de nuevo está engalanada con rosarios y flores. Tampoco nos ha sorprendido al amanecer de ese día ninguna columna de humo. Y las palomas no han desaparecido, vuelan en círculos sobre nuestras cabezas sin encontrar un lugar donde alimentarse. Ese es su porvenir. Buscan los campos cubiertos de espigas pero ya no hay ninguno.

Al contemplar los movimientos de los danzantes, la mujer retrocede sin dejar de observarnos, quizá desconfiando aún de nosotros. Sabe que si por un momento mostrase un ápice de duda o flaqueza, todos esos hombres la rodearían como un enjambre de avispones. Solamente al llegar al umbral de la puerta vuelve la mirada un instante hacia el exterior, hacia la oscuridad, y se adentra en ella dejándonos otra vez solos e intercambiando miradas de desconcierto. Sabemos que el violín y la gaita no volverán a sonar esa noche. No podemos bailar. Nos damos con desgana las buenas noches y corremos a casa deseando conciliar el sueño para poner fin a la noche cuanto antes o, en el peor de los casos, permanecer despiertos o, quién sabe, quizá algo peor.

Como todos los demás, deseo encontrarme con la mujer en el camino de vuelta a casa. Pero yo tengo mejores motivos que los demás. El amo Kent me lo ha pedido. Me ha dicho que he de regresar con ella, he de volver al granero con la señora Beldam y permitir que pase allí la noche utilizando el heno como colchón y su chal de terciopelo como cobertor. No le parece adecuado que una mujer, cualquier mujer, sin importar qué delito haya cometido, pase la noche sola y a merced de cualquier peligro. Percibo sus dudas. Desea especificar qué clase de peligros puede haber allá fuera pero no le parece decoroso. Ya no hay lobos a los que temer. No hemos visto huellas de lobos desde hace mucho tiempo. No hay osos ni linceos. Y el amo Kent no es un hombre supersticioso que tema al diablo ni a los malos espíritus, a los dragones o a los espectros de los bosques. Por supuesto, la nieve y la escarcha tampoco han hecho aún su aparición. No hará mucho frío esta noche. El frío de finales de verano, esperable cuando llegue la madrugada, no supondrá ningún peligro real para alguien

que duerma al raso, todo lo más una molestia. En cualquier caso, tras haber visto a la mujer con mis propios ojos y observando la notable preocupación del amo, comprendo que esté inquieto por lo que le pueda suceder. Y no le falta razón, pues también yo he sentido y sigo sintiendo esta noche el mismo impulso que los demás hombres del pueblo, incluido el valiente y pacífico señor Quill, algo con lo que ahora a buen seguro estarán soñando.

—Haz lo que sea necesario para que esté a salvo —me dice finalmente.

Pero primero he de volver a visitar la picota y la cruz para cumplir una promesa. No me sorprendería encontrar allí a la señora Beldam, atendiendo a sus hombres. De hecho, rezo para que esté allí. Entre otras cosas, deseo que sea testigo de mi bondad. Abandono el granero aliviado por mi tarea, pero mi ardor no tarda en enfriarse. Mientras estábamos festejando y bailando y el sonido del violín y la gaita apagaban el clamor de los elementos, un administrador de mayor rango que nuestro amo Kent se ha dado cuenta de que la cebada ha sido al fin cortada y debidamente almacenada y ha dado orden a los cielos para que descarguen su lluvia. Es esa lluvia de medianoche que carece por completo de forma hasta que te alcanza, golpeándote con la fría y aguda insistencia del mazo de un platero.

Sólo he de avanzar unos pocos pasos para darme cuenta de lo fuerte que llueve. Mis vecinos ya se han escabullido a sus casas, o eso me parece, pues no soy capaz de ver otra silueta humana a mi alrededor. Yo mismo debería irme y dejar mi tarea y mi promesa para cuando no diluvie. Sin embargo, la lluvia es agradable. Limpia nuestras impurezas. Pronto ya no queda grasa de cordero en mis dedos ni en mi barbilla. Un agua más pura y gratificante que la extraída de nuestros estanques y arroyos lava mi boca. Incluso mi mano herida duele menos bajo esta balsámica lluvia. Deslizo la lengua por el labio superior saboreando el aguacero. No es dulce ni completamente insípido. De repente me siento sobrio, lúcido, pero es que he bebido mucho menos que la mayoría.

Esta noche la luna no asoma por ningún lado, por supuesto. Las nubes, tal como las imagino, son bajas, un pesado manto tejido de negro y gris. Por el momento no se ha levantado ni un soplo de viento que aleje de aquí esta lluvia para que empape las lejanas tierras de nuestros vecinos en lugar de las nuestras. Es de esperar que la tormenta se acomode sobre nosotros y persevere hasta el amanecer. Mañana nuestros campos y veredas estarán salpicados de charcos y lodazales. Nuestros aljibes y albercas estarán a rebosar y todos nos alegraremos. Aunque ahora mismo, empapado por este aguacero, me cueste aceptarlo, somos los beneficiarios de una más de las dotes de la naturaleza. De cualquier modo dudo bastante que la señora Beldam se deje persuadir de que el granero es el mejor lugar donde buscar un refugio seguro esta noche contra los elementos.

Camino por la embarrada vereda dejando atrás los edificios de la hacienda del amo, sus jardines y establos, en dirección a la soñada aguja de la iglesia que nunca fue. No me vendría mal algo de luz, aunque no hay farol en este mundo —por bien

cerrado que esté— cuya llama pueda sobrevivir por mucho tiempo a esta lluvia. He de confiar en mi experiencia de doce años aquí, más de doce años viviendo, trabajando y caminando por estas tierras. La tormenta ha despojado al mundo de todos sus colores, los habituales malvas y azules que visten la noche. Pero ahora soy capaz de distinguir algunas siluetas. Ese viejo roble achaparrado, esa sibilante hiedra, el olmo polvoriento que pronto tendrá que ser talado y hecho leña antes de que se venga abajo bloqueando el paso en el sendero. Reconozco las formas y ondulaciones de las cercas a ambos lados del camino, dónde hay huecos y dónde portillas, cuándo me aproximo a una bifurcación y cuándo se acerca una leve pendiente y dónde se pueden encontrar las ciruelas de las que obtenemos cada año el jugo más delicioso. Percibo un sinfín de olores que soy capaz de nombrar. Los establos del amo, por supuesto, y también el granero. Pero también hay aromas más agradables. El olor acre, avivado por la lluvia, de los árboles centenarios. El olor a pan horneado de la madera en descomposición. El tufo a orina y miel de los manzanos. Me muevo por mi pueblo a medianoche como lo haría un ciego, dejándome guiar por la nariz, los oídos y el tacto y por las más vagas y negras formas que yacen a mi alrededor.

Veo a los hombres antes de que escuchen mis pasos o perciban mi presencia. O más bien distingo la cruz de anchas alas, más voluminosa ahora de lo habitual, engalanada como está con los cuerpos empapados de los prisioneros. Permanezco de pie y observo la escena desde una distancia prudencial sin atreverme a revelar mi presencia y disfrutando un poco más de lo que para ellos ha de ser una pesada condena, la incesante lluvia. No pueden hacerme ningún daño, es cierto. Sus brazos están encadenados y sus cuellos inmovilizados. El único riesgo posible es que me suelten una coza. He de acercarme a ellos como quien se aproxima a un par de caballos de tiro, evitando sus cuartos traseros. Contengo la respiración para no ser descubierto. Qué silencioso está todo a pesar de la lluvia inclemente. Tengo la sensación de que no hay un solo ser vivo a mi alrededor. La noche es abrumadora. Ningún búho ni zorro se atreve a aventurarse en esta negrura. Incluso los árboles parecen haberse detenido, resistiéndose al arrullo del viento, para contener el aliento y contemplar como yo el triste espectáculo de la picota.

Si yo pudiera, si tuviera los poderes de un mago o de un dios, construiría ahora mismo la entrada de nuestra iglesia. Levantaría un arco sobre este patíbulo. Lo cubriría con un palio para que esos dos hombres no se mojaran. Ahora que mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad puedo verlos mejor. Esta misma mañana me convencí a mí mismo de que era lo mejor para todos mordernos la lengua por el momento y permitir que fueran estos forasteros quienes cargaran con la culpa de lo ocurrido. Ahora, sin embargo, bajo estas pesadas nubes, me doy cuenta de mi estupidez. No, llamemos a las cosas por su nombre, mi cobardía y mi falta de honestidad. Y la palabra *cargar* en este caso no ha de decirse a la ligera. La lluvia sólo es disfrutable para quienes no están obligados a dormir al raso, para quienes tienen a mano un paño con el que secarse, un tejado sobre sus cabezas, una cama en

la que calentarse y dulces sueños a cuyo ritmo mecerse. Esta noche ni la señora Beldam ni su familia están entre los beneficiarios de este don concedido por la Naturaleza.

Me aproximo a ellos y les hablo. «Me llamo Walter Thirsk... Walt». No hay respuesta. «No estaba allí esta mañana, cuando tensasteis vuestros arcos», digo. Han de entenderlo lo antes posible, yo no estaba entre sus acusadores. Yo no agité mi garrote contra ellos. No ayudé a afeitarles la cabeza. No los conduje hasta la picota. No deben saber que tampoco yo hablé en su favor. De hecho, soy el único en todo el pueblo contra el que no habrían de albergar rencor alguno. Pero no responden. Permanecen inertes como el ganado mientras se alimenta, con la cabeza inclinada hacia el suelo. La lluvia cae sin cesar sobre sus cabezas y cuellos y les arroya por la espalda. Se diría que una soga de agua de lluvia inmoviliza sus cuerpos. El más joven levanta levemente la mandíbula y me mira, después deja caer de nuevo la cabeza. Está exhausto a causa del peso de su propio cráneo. El más bajo mueve los pies tratando de acomodar su cuerpo en una posición menos penosa.

Como era de esperar, no consigo encontrar un leño para que el padre apoye los pies. No con esta oscuridad y con este tiempo. La madera más cercana está a un buen paseo de distancia, más allá de los campos de labor. No tengo la menor intención de ir de expedición a estas horas de la noche. Debería haberlo planeado antes. Quizá haber enviado a un par de chiquillos a buscar un tronco. Me olvidé. Pero sé que hay una gran pila de piedras destinadas a la construcción de la iglesia a escasos metros de la picota. No sería difícil levantar una que no fuera muy pesada y llevarla hasta donde están los dos hombres. Y no lo es, al menos al principio. Después la mano herida, de la que no me acordaba desde hacía un rato, me vuelve a doler. La he tratado mal, la he puesto a prueba demasiadas veces durante esta noche. La escasa costra que hubiera podido formarse se habrá caído. No puedo examinar ahora el daño pero sin duda puedo sentirlo. Dejo caer la piedra e intento hacerla rodar con una sola mano, pero el suelo es demasiado irregular y la piedra demasiado angulosa para eso. Consigo darle la vuelta una o dos veces pero parece tener vida propia y entre sus intenciones no figura la de avanzar en dirección a la picota.

No se me ocurre ningún objeto de los que tengo en casa que pueda servir como percha para sujetar a un anciano. Tengo un banco junto a la puerta, pero es de roble y demasiado pesado. Harían falta dos hombres fuertes para transportarlo. Tengo un arcón y un pequeño cofre, pero no están reforzados con hierro y por tanto son demasiado frágiles para soportar el peso de un hombre, incluso uno de baja estatura. Mis dos barriles están llenos, con lo cual también son demasiado pesados como para moverlos de un lado a otro. A menos que esté dispuesto a cargar su peso sobre mi espalda y permanecer sobre el suelo mojado el resto de la noche, será mejor esperar a mañana. He de cuidar mi mano si quiero volver a trabajar. Además, este asunto de la picota no es sólo problema mío y probablemente no sea tan urgente como había pensado. El viejo ya ha aguantado la mayor parte del día de puntillas, así que seguro

que podrá soportar esta noche. Al amanecer llamaré a John Carr y juntos lograremos mover una de esas piedras o transportar el banco sujetando cada uno un extremo, algo que sí podré hacer con una sola mano. Mejor aún, puedo agarrar a un par de chiquillos y enviarlos al bosque a buscar algunos troncos. Pero por el momento he de preocuparme por mi herida. De repente me siento avergonzado. Vuelvo a caminar en la oscuridad bajo la lluvia. Ninguno de los dos hombres ha pronunciado palabra.

Ahora podré dedicar todas mis atenciones a la señora Beldam y, como el amo Kent me pidió —me ordenó, en realidad—, buscarla y acompañarla hasta el granero. Raras veces lo he decepcionado. Es algo de lo que me enorgullezco. Mi padre antes que yo fue empleado de su padre. Mi madre fue su nodriza. Tenemos prácticamente la misma edad y probablemente mamamos de su pecho y engordamos mejilla con mejilla cuando éramos lactantes. No puedo decir que seamos hermanos, pertenecemos a clases sociales muy diferentes. Sin embargo jugamos juntos en los jardines de su padre. A veces compartía conmigo sus libros y en su compañía pude aprender a leer, a escribir y a calcular —menos torpemente que él, me atrevo a decir—. He sido su sirviente desde que ambos éramos imberbes. Y fui yo el único a quien eligió para acompañarlo cuando Lucy Jordan aceptó convertirse en su esposa y él se hizo cargo de estas tierras y de esta vieja finca señorial. Demostró ser mi amigo al permitirme abandonar mis obligaciones directas para con él cuando yo mismo encontré esposa, mi dulce Cecily, hallando un insospechado consuelo, para un hombre acostumbrado a trabajar toda su vida en los mercados de los pueblos, al poder laborar junto a ella y sus vecinos en estas apartadas tierras. Le dije que me había enamorado de Cecily, de su risa franca, de las pecas de su cuello, de su fortaleza, pero también de las fértiles tierras de esta región. Él me respondió: «Ve entonces y comienza a labrar esa tierra». Esa es mi historia.

Nunca olvidaré esos primeros días de juegos ni mi deuda con la familia Kent. Siempre he considerado mi deber particular hablar en su favor ante mis vecinos cuando alguien mostraba su descontento. En más de una ocasión incluso me he dirigido directamente a él para comunicarle alguna negligencia o motivo de queja que podía llegar a dañar su posición aquí. Si el amo Kent me ha pedido que me ocupase de su ganado, de recolectar sus árboles frutales o de arreglar un daño en su tejado siempre lo he hecho de inmediato y sin murmurar queja alguna ni pedirle nada a cambio. No pretendo parecer un santo aureolado de obediencia. Sólo he sido sensato —y leal—, en interés de ambos. *Por el bien de todos*, se podría decir. A pesar de haber compartido juegos y diversiones en nuestra juventud, nunca me he permitido decirle: «Tu tejado puede esperar. He de atender a nuestros bueyes». Jamás le he preguntado: «¿Qué son esas dos cosas que cuelgan a tus costados, Charles Kent? A mí me parecen manos y brazos. Así que recoge tú mismo el fruto de tus huertos». No, siempre me he ganado su respeto mostrándole mi apoyo. Por tanto confía en mí y se inquietará, se decepcionará probablemente, si mañana voy a su casa para decirle que ni siquiera intenté llevar a la mujer a su granero porque mi mano estaba dolorida. A

buen seguro pensará: ¿acaso hace falta una mano sana para hacer lo que he pedido? En ningún momento me dijo que debía levantar del suelo a la señora Beldam y llevarla a cuestas.

Por eso, en vez de largarme chapoteando a casa para secarme, ponerme ropa seca y dormir el resto de la noche, únicamente hago una breve parada para cambiarme de calzones, buscar mi sombrero de ala ancha y mi jubón de cuero. Sólo pienso en recorrer a toda prisa el camino en dirección al claro cercano a la vega desde donde esta mañana ascendía hacia el cielo el penacho de humo más oscuro. No esta mañana, *ayer* por la mañana. La medianoche ya nos ha dejado atrás hace rato. Sin duda la mujer habrá regresado a su ruinoso y chorreante madriguera. ¿Adónde si no? Allí la encontraré.

Mis pensamientos no son del todo generosos. La señora Beldam me ha echado el lazo, no se trata del perenne amor de mi Cecily. Es algo nuevo y diferente y más perturbador. A primera vista mi esposa era al mismo tiempo la promesa de un hogar acogedor, una mujer hermosa, vital, alentadora y cálida. Cuando me dejó, lo hizo tranquila y llena de esperanza. Sostenerla en mis brazos durante nuestra noche de bodas —bueno, en realidad *antes* de la noche de bodas— fue para mí como llegar finalmente al perdurable destino del cual ya nunca tendría que alejarme en los años venideros. No obstante, ella nunca fue el fulminante rayo que cantan los juglares. En cambio, al ver por primera vez a la señora Beldam algo se removió dentro de mí. Cuando vi su rasurada silueta aparecer en el umbral del granero me sentí como si también yo hubiera estado comiendo las setas mágicas de Brooker Higgs. Y ahora que espero volver a verla, ahora que me acerco al lugar donde podría haber buscado refugio, mi cabeza comienza a danzar bajo unas luces más oscuras y espectrales. Mi corazón late más rápido. Siento una audacia repentina e instantes después un miedo que me consume. He sido viudo durante demasiado tiempo. Si hay una luna tras esas nubes, sin duda ha de ser azul y sensual. Hay deseo y magia en este aire nocturno.

Está claro que no soy el único que se siente así. Hay otros hombres en los alrededores. Oigo sus pasos y distingo sus figuras en la distancia, demasiado altos y anchos de hombros como para ser la mujer que persigo. Sin duda ellos también pueden verme y se dirán en voz baja: «Ese es el sombrero de Walter Thirsk. ¿Qué habrá traído a ese vejestorio hasta aquí a tales horas una noche como esta?». Al menos mi recado no es clandestino. Sólo cumplo los deseos de mi patrón. No tengo esposa ni familia a la que ocultar mis intenciones como esas otras exaltadas figuras que hoy vagan en mitad de la noche. Aún no he pecado contra esa mujer, excepto de pensamiento, claro está. He pensado que quizá no quisiera pasar la noche sola en ese inhóspito granero y preferiría una cálida cama en un hogar como Dios manda. Yo mismo la secaré con mi mano herida. Mi mano herida conseguirá compensarla por los sinsabores de este aciago día.

Me resulta difícil encontrar la choza, aunque poco a poco mis ojos de nuevo se acostumbran a la oscuridad. Las nubes de algún modo parecen menos densas. La luz

de la luna no ha aparecido pero al menos se vislumbra la callada promesa del amanecer, lo suficiente en todo caso para distinguir formas y contornos. Ahí está la gran masa negra de árboles, de cuyas ramas el agua cae sin cesar, ruidosamente. También lo que queda de lo que fue su hogar. Estoy a punto de gritar su nombre. No me importa que mis vecinos me oigan. Quiero que sepan que no tengo nada que ocultar. Pero hemos descuidado nuestra hospitalidad. No sabemos el nombre de la mujer. *Señora Beldam* no servirá. Entonces, solamente *señora*. Y eso es lo que grito. Pero no hay respuesta. Tampoco cuando me acerco a la cabaña y, como un joven lunático, aparto los restos de arpillera y las tablas caídas. El bosque es un tumulto de ruido y lluvia. Bajo un estruendo de cascadas oigo inseguras pisadas que podrían ser de cualquiera, una tos —de un hombre o de un zorro— y el chasquido de las ramas al partirse. Grito unas veinte veces: «¡Señora!». Pero en vano. Se habrá refugiado en otro lugar. O quizá me esté escuchando y no quiere responder.

Quiso la suerte que a la mañana siguiente fuera designado ayudante del señor Quill durante toda la semana. Mi mano herida me exime de las labores de trilla en los graneros. El amo Kent insiste en que así sea. Una vez más, demuestra ser mi amigo. No debo coger herramientas ni intentar transportar objetos de ninguna clase, me advierte. Cualquier esfuerzo o movimiento brusco provocará que las ampollas que se han ido formando alrededor de la quemadura estallen. Resumiendo, no soy apto para trabajar. «Y nunca lo has sido», le gustaría añadir. Quizá le gustaría acogerme de nuevo como su ayudante personal. El grano será separado de la paja sin mi ayuda durante los próximos días. Mi principal deber ahora es cuidar mi mano. Todos hemos conocido a hombres y mujeres que perdieron un miembro y después la vida a causa de una herida mal curada. He de mantenerla fresca y seca y al descubierto para que le dé el aire, de modo que la piel lacerada del centro de la quemadura se vaya cayendo por sí sola o formando una costra. De momento está demasiado tierna para secarse y endurecer y rezuma líquidos como los que normalmente fluyen de mi nariz cuando me resfrío. Y el dolor, aunque menos agudo de lo que ha sido, es difícilmente soportable. Es implacable. No conseguí pegar ojo durante la noche anterior, es decir, la parte de la noche que pasé temblando en la cama y no caminando bajo la lluvia persiguiendo a mi hechicera. Ahora camino con la mano extendida y protegida delante de mí. Durante toda la jornada representaré el papel de mendigo, según parece. Mis vecinos observan con detenimiento la palma de mi mano, levantan las cejas y me desean que me recupere. Pero yo sospecho que están celosos a causa de mi sencilla ocupación. Ya me han etiquetado como *palafrenero mayor* del señor Quill. Estoy seguro de que nos ven como a una pareja algo cómica: el cojo y el mendigo, ambos heridos en la parte izquierda y con un solo par de manos útiles entre los dos. En cualquier caso no estoy tan inútil como para evitar pasar por el prado antes de que comience mi jornada de trabajo junto al señor Quill. Los muchachos llevan trabajando entre los rastrojos desde el amanecer, manteniendo alejados a los pájaros a pedradas, haciendo sonar carracas y con la ayuda de sus hondas, pero sin poner un pie en el campo propiamente dicho. Ellos no se han ganado aún ese privilegio. Su coro matutino nos apremia a levantarnos de la cama lo antes posible para acudir al encuentro de nuestra nueva Reina.

El pueblo ha sido purificado y cubierto de barro a partes iguales después de la tormenta, pero las nubes al fin se han retirado. El nuevo día promete ser difícil y soleado. Ya a estas horas es lo suficientemente luminoso y cálido para obligarnos a emprender el camino tocados con sombreros de paja. Todos nos sentimos cansados tras la cosecha en mayor o menor medida, y no es modorra por la cerveza de anoche —bueno, no sólo es eso—, ni el hecho de tener los hombros abrasados por culpa de los dos fuegos todavía recientes y de los disturbios que siguieron. Son las fatigas de todo un año. Los deberes diarios han conseguido postergar la aparición del

agotamiento para después minar aún más nuestras fuerzas concediéndonos una jornada de descanso. Nuestros músculos no están acostumbrados. Un músculo que no se ejercita se queda rígido como una rama secándose al sol. En eso nos parecemos a todo cuanto nos rodea, a todo cuanto podemos ver, escuchar y oler. A pesar de la reparadora lluvia reciente y de los charcos que anegan el paisaje, incluso nuestra tierra está cansada tras la cosecha. También nuestros caminos y veredas. Hasta hoy hemos estado demasiado ocupados para darnos cuenta de lo destrozados que están por el hollar de las pezuñas y el paso de las ruedas de los carros. Deteriorados, desfigurados e irreconocibles a causa de las constantes idas y venidas motivadas por el penoso trabajo y por el esfuerzo de nuestras bestias de carga. Cada paso que hemos dado desde la última helada del final del invierno anterior —se diría que han transcurrido eras— ha quedado grabado en esta tierra.

El viento que se levantó ayer después de haber despachado las últimas gavillas desperdigó por el campo las barcias más finas y ligeras. El pueblo entero ha quedado salpicado y cubierto de cascarilla. Los serbales que se alzan entre nuestras casas y los campos de labor aún están engalanados con ella a pesar de la lluvia. En los márgenes del sendero que separa el campo de cultivo y el de la seca han ido cayendo, desde los carros y carretillas, pequeños manojos de cebada de las gavillas mal atadas que atraen a los gorriones y a los petirrojos que ahora se pelean por el cereal. También hay huellas en el suelo que indican que los cerdos de algún vecino se han escapado y han estado husmeando y escarbando en busca de granos caídos. Hay una silenciosa calma en el aire, tan dulce y lleno de vida está que queremos respirarlo lentamente, a pequeños y preciosos sorbos, como quien bebe un saludable reconstituyente. Nadie que conozca este ajetreteado, benévolo y fragante universo de plantíos y las inequívocas huellas de su calendario podría confundir esta paz balsámica y este silencio con algo que no sea el Día de la Cosecha.

Ahora que estamos reunidos a la entrada del prado, permanecemos de pie y esperamos. Con el repentino final de nuestro baile la noche pasada y la irrupción de la tormenta no pudimos elegir a nuestra Reina. Semejante negligencia podría traer mala suerte. Nunca antes nos habíamos despertado el Día del Espigador sin haber escogido a nuestra soberana y acudido a su encuentro en este campo al inicio del día. Sin embargo, el amo Kent ha dicho que lo arreglaríamos esta misma mañana. Así que todas las muchachas y las mujeres solteras se han vestido con sus mejores galas, o para ser exactos las han tomado prestadas de sus madres. De los cofres de sus dotes, de sus cestos de costura y de los jardines y setos de sus casas han escogido lo necesario para confeccionarse adornos y lazos amarillos y guirnaldas a base de hierba cana, lombriguera y pilosellas. Las más ambiciosas se han untado las mejillas y los antebrazos con una pasta hecha a base de pétalos dorados. Todas ofrecen a la concurrencia un aire regio y a la vez pestilente.

Ya podemos ver cómo se acerca el amo Kent, botando sobre los setos de la avenida de su heredad mientras cabalga a lomos de su Willowjack. También él ha

realizado un gran esfuerzo para este día. Lleva su mejor chistera —reservada por lo general para celebraciones poco frecuentes como bodas y funerales— y la ha adornado con dos cenefas de colores, una amarillo limón y otra verde manzana, reliquias de su difunta esposa. Ella estaba enamorada de la luz. Ahora dedicamos unos minutos a examinar a nuestras muchachas y a escoger a aquella por la cual alzaremos nuestras voces. También es la oportunidad para contemplar con calma, de un extremo al otro, nuestro campo de cebada y dar las gracias, no a un ser superior sino a la misma tierra. ¿De verdad ha transcurrido casi un año ya desde que sacamos del prado al último buey con el arado, los ojos puestos en las lejanas copas de los árboles del valle, trazando surcos profundos y rectos, en aquel día que recuerdo oscuro y frío? Después, en cuanto el frío endureció los terrones, regresamos para limpiar los surcos y robustecer los bordes hasta conseguir el lecho más adecuado para acomodar la cebada, retirando todas las piedras de la superficie. ¿Medio año ha pasado desde que en primavera contemplamos de nuevo esas copas lejanas, que ya comenzaban a cubrirse de hojas, y nos desplegamos por el campo para repartir las semillas, lanzando a cada paso generosos puñados de grano, esparciendo pequeñas promesas a manos llenas? Este año las primeras lluvias suaves tardaron en llegar. El campo se tiñó de verde con lentitud y los primeros brotes que se atrevieron a asomar fueron tímidos y endebles. Contemplábamos la cebada con ansiedad, primero temiendo la sequía y después, una vez que las plantas alcanzaron la altura de la rodilla de un hombre adulto, rezando al cielo para que no nos trajera vendavales.

Esta es nuestra costumbre. Vivimos siempre temerosos por nuestras cosechas, y hay épocas, en mi caso al menos y especialmente por las noches, en la soledad de mi frío lecho, en que mi cuerpo termina por resentirse bajo los envites de esta tiranía del miedo. Escucho el azote del viento y su fuerza incansable y, sin saber por qué, mis ánimos se encienden. En los últimos tiempos, me agito en sueños ante visiones de campos arrasados. Me despierto abatido e incapaz de cruzar la mirada con mis vecinos. Deben pensarse que ya no los aprecio, que he dejado de amar este lugar.

Cuando por primera vez llegué a estas vecindades pensé que había descubierto, si no el paraíso, sí al menos una fructífera posibilidad, cierta honesta libertad y cierta perspectiva a la hora de contemplar el mundo. ¡Qué tierras tan fértiles! Jamás había visto antes unos cielos y una tierra tan generosos. Recuerdo la primera semana que pasé aquí siendo todavía el sirviente de mi patrón. Salí a caminar por las tierras comunales hasta la linde del bosque sin osar adentrarme en él pero tocando todo cuanto veía a mi alrededor. Creí haber encontrado un tesoro. Apoyé mi nariz contra el tronco de un árbol y me sorprendió el añejo dulzor de su corteza. Permanecí de pie observando a las hormigas, sin adivinar aún los trabajos que me aguardaban, tan laboriosos como los de ellas. Recogí una flor y la guardé bajo mi gorra. Y poco después mis ojos descubrieron a Cecily y entreví la posibilidad de construir un futuro aquí. Comencé a cortejarla trabajando a su lado en los campos, codo con codo, atendiendo el ansia de la tierra que la vio nacer. Mi labor era un acto de amor. Mis

músculos, poco acostumbrados al trabajo, crecieron y sufrieron por ella. El arado descansó sobre mis hombros por ella. Me volví tan duro como la madera de fresno. No tenía otra alternativa. La naturaleza es dura y peleona. Si busca enfrentarse contigo, la lucha acabará dejándote sus marcas y sus cicatrices. Quiere callos en las palmas de tus manos, quiere tus ojos llenos de tierra. Quiere arañar y desgarrar la piel de tus brazos y tus piernas con zarzas y espinos cada vez que te sales del camino marcado. Pero eso era precisamente lo que más me gustaba de la vida en el pueblo, el modo en que uno se ve obligado a plantar cara a la vida y a un mundo impredecible y voluble, un mundo que, en el lugar de donde procedemos el amo Kent y yo, sólo se manifestaba mediante las malas hierbas en las grietas del pavimento y con la forma de los productos procedentes del campo que se ponían a la venta en los mercados, siempre maduros y aparecidos como por arte de magia traídos de Dios sabe dónde. En la ciudad no importaba si llovía o soplaban el viento día y noche, bastaba con cubrirse la cabeza con una capucha o cerrar puertas y ventanas a cal y canto. Los elementos no suponían ninguna amenaza para nosotros. Por aquel entonces el sol no era mi amigo ni mi enemigo.

No puedo decir que eche de menos aquello, sin embargo hoy en día estoy menos satisfecho de lo que debería. Aquí poseo un escenario donde moverme y un papel que representar. Soy afortunado. Pero doce años en este lugar no han conseguido que me sienta como en casa. No, ya no tengo un verdadero hogar y no lo he tenido desde que la fiebre, ese despiadado saqueador nocturno, brutal como un zorro, me robó a mi Cecily. Sin mi Cecily ya no queda rastro de amor en mi trabajo. Sólo cumplo con mi deber. Nunca seré un Rogers, un Derby o un Higgs, tan enraizados en la urdimbre de este lugar que ninguna otra vida les parecería posible. Su mayor riqueza es la ignorancia de la opulencia ajena. Yo no soy un fruto de estos pagos, de estas tierras comunales. Sólo soy un visitante que se ha quedado. Y ahora que estos nuevos forasteros han llegado —estos tres invasores de nuestra tierra, estos tambaleantes vagabundos con sus carromatos— estoy más inquieto. Su presencia aquí es el recordatorio de que existe otro mundo más allá de las copas de esos árboles, un mundo que está por encima del tiránico paso de las estaciones, un mundo «reinventado», como dijo el señor Quill, donde existen infinitos «porvenires». De pie ahora, en el umbral de este campo de cultivo, me pregunto qué tendrá reservado para mí el futuro.

El amo Kent llega al fin con su alegre sombrero y consigue que mis ensoñaciones se desvanezcan. Además de las cintas de su sombrero, se ha anudado lazos dorados a la altura de los tobillos y ha decorado la crin de Willowjack con cintas amarillas. El señor Quill, que los ha acompañado durante todo el camino a pie, lleva calzas cortas y lazos en los puños y en el cuello de la camisa, una alegre efigie en tela de nuestra picota. Por supuesto, es todo sonrisas. Es difícil leer el rostro de un hombre que siempre se esconde tras una máscara sonriente. El amo no desmonta. Imagino que ha decidido permanecer sobre la silla durante toda la ceremonia y hoy tiene un aspecto

algo frágil e inusualmente ansioso. Sin embargo, se las arregla para pronunciar un bonito discurso, dirigiéndose a nosotros desde lo alto, como un cazador hablando afectuosamente a sus perros y a sus bateadores. «Es este un noble día», dice, ciñéndose a la tradición. «Todo cuanto hemos cosechado es nuestro por derecho, así es. Somos libres de recoger los restos de cebada para las ollas de nuestras cocinas, para guisar, para hacer cerveza o como rastrojos». La comunidad no necesita ni un grano de más. «Después de nosotros» dice, «y siguiendo el orden del escalafón, soltaremos a nuestro ganado en los campos para que dé buena cuenta de lo que queda y elimine las malas hierbas. A continuación será el turno de los gansos, para que engorden. Y finalmente permitiremos que los cerdos escarben y olisqueen la tierra con sus pezuñas y hocicos». Sorprendentemente no menciona, como es costumbre cada año, que los cerdos precederán a nuestros arados. Cada año, este campo de cebada se reserva para plantar trigo durante el invierno (como siempre «la cerveza antes que el pan»), de modo que tendremos que comenzar a ararlo pronto, antes de que el verano se extinga. Quizá me inquieto sin motivo, pero el silencio en lo referente a esta cuestión, su elección de «y finalmente nuestros cerdos» en lugar de «finalmente los bueyes y los arados» me resulta alarmante. Quizá ese *nuevo orden provechoso para todos* que reveló la pasada noche podría ser ya a estas alturas mucho más sustancial que un simple sueño o una intención a largo plazo por la que no merezca la pena preocuparse. Es posible que el amo Kent no espere que volvamos a utilizar nuestros arados. Quizá esta haya sido nuestra última cosecha.

En cualquier caso, ahora tenemos asuntos más alegres que atender. El amo Kent sugiere que sea Philip Earle —nuestro señor Quill, nuestro violinista— quien tenga la gentileza de elegir a la Reina de la Cosecha de este año: «Sin duda podemos esperar de él que sea un juez imparcial». Las chiquillas y las mozas se adelantan y forman una fila delante de él, haciendo mohines y pequeñas reverencias. Él hace todo lo posible por mantener la sonrisa y aparentar que es un buen juez, pero no podemos evitar fijarnos en que su mirada reposa durante más tiempo en las mozas más crecidas y con más curvas, y en cómo estas se ruborizan. No es que el señor Quill sea un hombre atractivo o con buena planta, aunque su aparente fortuna y su amabilidad puedan llegar a ser, llegado el caso, cualidades a su favor. Tampoco hay nada que indique que el señor Quill esté buscando novia. Es sólo que este pequeño ritual conlleva ciertas connotaciones y matices que hacen que a veces prefiriéramos que en este día a ninguna de esas niñas les hubieran crecido aún los pechos. Los padres se sienten a la vez seducidos e incómodos, pues se ven obligados a contemplar a sus propias hijas y a las hijas de sus vecinos bajo una nueva e incierta luz.

Ahora mismo el señor Quill está meditando su decisión, considerando dramáticamente sus opciones. Para nuestro regocijo, se mesa su encerada barba en forma de pala. Nuestras risas son sonoras y algo exageradas. Observamos cómo contempla el horizonte sobre nuestras cabezas, con la esperanza quizá de que los árboles le sirvan de inspiración o con el secreto deseo de ver aparecer a la señora

Beldam tocada con su chal de terciopelo. Posiblemente nuestro lisiado violinista, nuestro juez imparcial, pretendiera alzar su mano para escogerla a ella como Reina de la Cosecha, convirtiéndola así en una de los nuestros. Los hombres se dan la vuelta y dirigen la mirada hacia los bosques donde algunos de ellos —doy fe— caminaron buscándola bajo la lluvia la noche pasada y donde todos —no me cuesta imaginarlo— vagaron persiguiéndola en sueños. En cierto modo espero, y temo, descubrir una sonrisa de complicidad en el rostro de alguno, la sonrisa de un avisado muchacho que supo sacar provecho de la lluvia al encontrar a la angustiada señora Beldam y ofrecerle un lugar cálido y acogedor donde poder pasar juntos la noche.

El juez escoge, dulcemente, a la que menos esperamos. Elige a la pequeña Lizzie, la sobrina de John Carr y posiblemente uno de nuestros *prestados*. No ha cumplido cinco años y es una chiquilla desgarbada y poco bonita aún. Pero sin duda hoy ha hecho todo lo posible por engalanarse. Es con diferencia la flor más amarilla de todas las presentes. Su felicidad por haber sido escogida está cargada de inocencia y es incapaz de disimularla. De modo que, al parecer, el señor Quill ha hecho una buena elección al descartar a las chicas mayores. De todas formas, ella evita que la coja de la mano. Da un paso atrás cada vez que él se le acerca, algo asustada por su sonrisa y su extraña forma de caminar. Así que es el amo Kent quien se hace cargo de la situación. Retira de su chistera la banda de color verde y se agacha sin desmontar de su silla para colocarla sobre su cabeza. Su corona. «Has de guardarla con cuidado», le dice. En esos momentos, las mayores están rojas de celos.

El padre de Lizzie Carr y su tío John hacen un sillón para la Reina uniendo sus manos y la llevan en volandas hasta el límite del prado. La pequeña no está del todo segura de qué es lo que ha de hacer exactamente a continuación. Sólo sabe que ahora es el centro de atención, y no del todo bienintencionada en algunos casos. Su propia hermana la ha pellizcado y le ha hecho daño en la pierna. Le gustaría echar a correr o esconderse y poder dar rienda suelta a las lágrimas. Pero el amo Kent ha desmontado del caballo y se acerca a ella para ayudarla a descender de su improvisada silla. «Quítate las zapatillas, ve descalza y camina sobre el prado», le susurra. «Lo único que tienes que hacer es encontrar un solo grano, uno solo. Después te aclamaremos y serás nuestra Reina durante todo el año». Posa su mano sobre el hombro de la pequeña empujándola suavemente y ella hace lo que se le ha dicho, bendiciendo el prado con los dedos de sus pies descalzos. Los tallos son demasiado duros para sus piececitos al principio, pero tras unos pasos de tanteo encuentra suelo más limpio. Entonces se arrodilla y se inclina hacia delante para buscar el cereal. La corona se cae de su cabeza —es el único toque de verde en todo el campo—, pero Lizzie Carr no se da prisa en recogerla. Ha encontrado algo más que un grano, ha encontrado una espiga entera, perfecta e intacta, tan larga y ancha como el dedo corazón de un hombre, con aristas tan afiladas como hojas de cardencha. Ya es lo bastante mayor como para saber separar el grano de cebada deslizándolo contra las cerdas. Sopla en la palma de su mano para limpiar los copos y segundos después la levanta

para mostrarnos las perlas de cebada. Este momento siempre es emocionante. Nuestros esfuerzos de todo un año están dirigidos hacia este preciso instante. Doce pequeños indicios de lo que será nuestro pan y nuestra bebida, cada uno de ellos escondido y envuelto en un diminuto grano de forma ovalada, dispersos sobre la inmaculada piel de una niña. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino lanzar al aire nuestros sombreros y vitorear?

El señor Quill está a mi lado. Se siente agradecido por haberme ofrecido a ayudarlo, dice. Comprende bien que hoy estoy impedido pero no tiene en mente otra cosa más que leves tareas. Se sentirá en deuda conmigo si lo acompaño hasta los límites del pueblo nombrando todo cuanto vemos. También espera que le preste mi hombro para transportar la bolsa con sus herramientas y diagramas y que después utilice mi mano sana para preparar sus botes de pinturas de colores y finalmente curtir la piel del ternero que aún se está secando colgada de una de las vigas del granero a la espera de servirle como vitela. La necesita con urgencia para elaborar los mapas de la tierra del amo Kent. Normalmente no me gusta perder la oportunidad de recoger mi parte de los restos de la cosecha. Siempre espero hacerme con el suficiente grano para poder elaborar mi propia cerveza y un poco de harina para las gachas, además de algo de alimento para que pasen el invierno George y Gorge, la pareja de cerdos que comparto con John Carr y su familia. En esta ocasión, sin embargo, el señor Quill me propone una actividad más disfrutable —además de una oportunidad para descubrir lo que le ocurrió la pasada noche a la señora Beldam— mientras los demás doblan el lomo para examinar los rastros de nuestro prado.

El amo Kent permanece a nuestro lado disfrutando del ruidoso ajeteo de los espigadores en su exhaustivo y meticuloso deambular. Muchos de mis vecinos ya han conseguido recoger el equivalente a una gavilla de buen tamaño. Sostienen el botín, una lacia crin de rubios tallos, en una mano, mientras con la otra seleccionan el grano como gallinas picoteando en su corral. El amo Kent se ha colocado una espiga de cebada en la banda amarilla que aún queda en su sombrero, para que le dé buena suerte. La necesita. Sabe que mi búsqueda de la mujer ha fracasado, pues no acudió a su granero durante la noche. Tímidamente admite que esperó su llegada hasta una hora que consideró «insensata», con lo cual quiere decir, imagino, que permaneció vigilante hasta que el último de los toneles de cerveza estuvo vacío. Atribulado por algo más que los efectos de la cerveza o por la aparente desaparición de una mujer que hasta hace dos días era para él una completa desconocida y cuya cabeza ordenó afeitar sin demasiados miramientos. Se sintió confundido y al principio incluso avergonzado esta mañana al pasar a caballo a una distancia prudencial ante la picota, me dice, al ser abucheado e insultado de forma estridente, maníaca e incivilizada y con el más vulgar de los lenguajes por el más joven de los dos prisioneros. No, no está dispuesto a repetir semejantes palabras en tan noble día. «Cualquiera pensaría que era yo el criminal. Ese hombre es un rufián, no me cabe la menor duda. Pero al parecer yo soy un monstruoso asesino, o algo peor. Dijo que se vengaría, y después

me maldijo. “¡Asesino! ¡Asesino!” , siguió gritando mientras me alejaba». El padre ni tan siquiera levantó la cabeza, lo que en cierto modo le hizo sentirse incluso peor, me confiesa.

Supongo que ya no tiene importancia si conseguí o no aliviar el sufrimiento del más bajito llevando a rastras hasta allí una piedra o un leño sobre el que poder reposar sus pies. Al final han demostrado su insolencia. Pero el amo Kent puede permitirse el lujo de ignorar sus insultos. Cualquier duda que pudiera albergar acerca de si merecían o no ser encadenados en la picota ya se habrá disuelto a estas alturas. De modo que no se trata solamente de eso. Una carga más pesada reposa sobre sus hombros esta mañana, algo más penoso que la reciente pérdida de su establo y su criadero de palomas. No lo había visto tan hundido desde el día en que su esposa Lucy y su hijita murieron durante el parto. Arqueo las cejas y hago una inclinación de cabeza a su paso para hacerle saber que me ha dado que pensar verlo así y que estoy preocupado.

—Ven a verme a casa, Walt, cuando el señor Earle dé por concluida la jornada — me dice, haciendo uso de la forma familiar de mi nombre, algo poco habitual—. Hay algunos asuntos que quiero comentarte.

Y lleva un dedo a sus labios, confiando en mi silencio.

El señor Quill no es un hombre ágil. Tiene más de erizo que de zorro. Es cuidadoso y tranquilo. No le gusta perder detalle. Pero su apacible compañía me resulta agradable. Espera de mí el mismo sosiego y paciencia a la hora de contemplar cada cosa que encontramos, como si fuera algo nuevo para mí. Los escollos y contrariedades de nuestra vida cotidiana se convierten en algo menos trivial bajo su atento escrutinio.

—¿Adónde piensas llevarme primero? —pregunta.

Y la mera cuestión ya me confiere un cierto estatus de autoridad y solvencia a sus ojos. Es muy de agradecer la consideración que me muestra.

—Empezaremos por inspeccionar la vega. Y desde ahí iremos ascendiendo — sugiero sonriendo interiormente.

La mencionada vega no es otra cosa que una húmeda vaguada que todos conocemos por el nombre del Cagadero. Se trata de tierra pantanosa, situada a un nivel más bajo que el arroyo, por lo que es seguro utilizarla no sólo como osario donde arrojar los cuerpos y esqueletos de las reses muertas y a cualquier animal demasiado enfermo para servirnos de alimento, sino también como improvisado retrete al aire libre. Se drena por sí solo y todos los detritus desaparecen con el tiempo bajo esa húmeda tierra. Las letrinas cerradas de madera construidas cerca de nuestras casas son más cómodas, sobre todo en mitad de la noche y durante el invierno, pero muchos de nosotros, principalmente los hombres, preferimos vaciar las tripas en un lugar en el que la Naturaleza se ocupa de llevar a cabo el trabajo sucio y de hacer desaparecer el hedor tan pronto como se produce. En las letrinas, en cambio, el olor permanece a pesar de que el encargado de las heces —tarea de la que todos nos

hacemos cargo tarde o temprano semanalmente—, tras cubrirse nariz y boca y pala en mano, las retira con ayuda de un carretillo. Sin embargo, los hedores no se retiran a paladas. Nunca verás un carretillo cargado de olor.

Mientras nos acercamos al Cagadero trato de avanzar lo más ruidosamente que puedo y de alzar la voz para que el eco se la lleve bien lejos. Cualquiera que nos haya precedido agradecerá la advertencia de nuestra llegada, especialmente cuando a mi lado camina un recién llegado a estas pedanías al que probablemente no le agrada el dudoso espectáculo de contemplar a un hombre con el culo al aire *in medias res*. Pero no espero encontrarme con nadie allí, aunque se trata de un lugar en el que, en un día normal, hay muchas otras tareas que realizar además de arrugar el entrecejo en cuclillas esperando un poco de intimidad. Allí se recogen juncos para las velas, helechos para los jergones, barro para hacer ladrillos y turba que se utilizará como combustible para el invierno y para cubrir los tejados. Hoy, en cambio, yo voy en representación de todos —menos de la señora Beldam, a la que me muero por encontrar—. Todos mis vecinos estarán espigando cebada hasta el mediodía y después se reunirán en el granero para la trilla hasta el anochecer; hoy y durante los días que haga falta, hasta que se termine el trabajo y mientras inexorablemente se aproximan los meses del hambre. No, no creo que encontremos a nadie. Hoy el señor Quill y yo tendremos las lindes y las tierras comunales para nosotros solos.

El sendero está cubierto por la vegetación y deliberadamente abandonado. La hiedra lo invade todo procurando a los usuarios cierta privacidad a ojos de los posibles visitantes. Abro un hueco para que el señor Quill siga avanzando y pronto llegamos a los límites de la vega, con los pies enterrados en el barro —y nada más que barro, lo compruebo— a causa de la lluvia de la otra noche. Podemos ver cómo la ciénaga, en los lugares que no están ocultos por un denso telón de hayas y robles, despidе vapores que dibujan formas imposibles bajo los rayos del sol. El aire hoy es extraordinariamente cálido y está cargado de aromas. De no ser por el cielo azul, sólo salpicado por pequeñas plumas blancas de niebla que se levantan de cuando en cuando, pensaría que se acerca otra tormenta. Por lo demás, todo me resulta familiar. El montón de huesos del ganado, los habituales puercos escarbando y olisqueando entre las inmundicias, los cadáveres hinchados de algún otro miembro de su especie muerto a causa de los quistes, el sendero de pronunciada pendiente que solemos utilizar para sacar la turba en carretilla, el brillo oleoso en las zonas donde el cenagal es más profundo y el murmullo de las aguas más enérgico, la barrera de matorral y sauce de cabra con cuya madera hacemos cayados y a cuyo arropo cualquier hombre necesitado de privacidad puede acucillarse y hablar a solas sin temor a ser molestado. Tampoco hay rastro aquí de la señora Beldam.

El señor Quill está demasiado encantado con nuestro paseo para percibir alguna cosa que no le cause placer. El olor es aún peor de lo habitual pero, si acaso es consciente de él, parece no molestarle. Lo confunde con la naturaleza salvaje. Ni siquiera parece haber visto el osario, con su ejército de moscas zumbando alrededor.

Se limita a comentar que es un lugar pacífico y aislado cuya belleza hace que uno se sienta más pequeño. Está ciego ante los nudos y espinas que envuelven nuestra vida aquí. Se agarra a mi brazo, presa de la excitación. Señala en la distancia, hacia el claro, a una enorme profusión de clavellinas, altísimas y de un estridente púrpura. Estridentes como también hoy lo son los pájaros, a pesar de las trampas que hemos puesto para atraparlos.

—Escucha su titeo —dice.

Deja un dedo extendido apuntando a las alturas e inclina la cabeza. Un pinzón le conmina: «¡Paga rentas, paga rentas!». Y un zorzal se queja: «¡Tax-tax-tax!». [2]

Aunque para ser sincero, he de reconocer que la presencia del señor Quill me entristece en cierto modo. No pretendo exagerar, pero veo algo de mí mismo en él, algo que he perdido. Recuerdo la primera vez que contemplé esta vega, poco después de mi llegada aquí como hombre de confianza del amo Kent. El motivo de mi excursión, he de decir, no fue otro que ir al retrete. Era primavera. Las clavellinas apenas habían florecido. Pero las primulas de largos tallos se alzaban en las pendientes sobre los botones de oro, las celidonias y los lirios que brotaban junto al fango. Los árboles exhibían sus primeras hojas, tan insolentes y alerta como las orejas de un ratón. Por eso, también yo me sentí diminuto rodeado de toda esa belleza y poco después por los carnales y fétidos olores que lo envolvían todo. Yo era inocente. Durante esa primera estación aquí, me enamoré de todo cuanto veía. Cada amanecer era como la Creación. La luz ascendía en el cielo y con ella llegaba la vida. Yo quería sumergirme en ella, implicarme en esa tierra, contribuir en el trabajo de esos campos. ¿Qué mayor propósito podía encontrar? ¿Había un mejor modo de pasar el resto de mis días? Nada de cuanto había visto antes me había hecho tan feliz. Me sentía más como un ángel que como una bestia.

A mis vecinos les divertía mi presencia, por supuesto, mi ansiedad de principiante. Para ellos el bulbo de un lirio era forraje para los cerdos, las celidonias no eran algo hermoso sino un enjuague para gargantas irritadas. Y las primulas brotaban del suelo con el propósito de ser recogidas, hervidas y bebidas en infusión como remedio contra la parálisis, no para que yo las contemplara en un cagadero al aire libre.

—¿A qué lugar hemos venido a enterrarnos en vida? —me preguntó el amo Kent en una ocasión—. ¿Es que nadie sabe hablar aquí de otra cosa que del mejor modo de engordar el grano y a los cerdos?

—La cerveza y el tocino es lo único que importa aquí —respondí yo entonces, suspirando a modo de asentimiento.

En aquellos primeros tiempos temía que solamente los nacidos en este lugar pudieran soportar sus agonías. Pero desde el momento en que conocí a mi Cecily y me convertí en marido no tardé mucho en ser uno de ellos, un hombre de cerveza y tocino que sabía para qué sirven realmente los bulbos de los lirios. No necesité muchos días de trabajo para llegar a comprender que la tierra misma, ya sea césped o

prado silvestre, es inflexible y severa. Es impaciente, en realidad. No puede esperar. No hay estación en la que podamos permitirnos detener el tiempo para dedicarnos a la meditación y el ensueño. Esta tierra no permite que dudemos o descansemos. No quiere que nos hagamos a un lado para comentar su belleza o componer canciones en su honor, pues no tiene tiempo para escucharlas. Lo único que quiere es que no nos agotemos para poder seguir adelante con nuestro duro trabajo. Quiere ver callos en nuestras manos, quiere ver nuestros cuellos y antebrazos negros como el roble en la chimenea; nos quiere flacos y nervudos a causa del trabajo. Nos somete bajo su yugo desde el amanecer hasta que las últimas luces se extinguen, sólo para después atormentarnos durante la noche. Esas son las rentas que hacían graznar al zorzal. Nuestra gran tarea año tras año es defendernos del hambre y derrotarlo con nuestros aperos y herramientas. El clamor es ensordecedor. Pero así es como hemos de vivir nuestras vidas.

Por eso la experiencia de esta mañana me afecta especialmente y me parece mucho más valiosa que estar atando gavillas. Me emociona que el buen humor del señor Quill me haga recordar mi juventud.

—¿Cómo se llama este sitio? —pregunta mientras de nuevo apartamos las cepas de hiedra para ascender a un nivel más alto.

—No tiene nombre —digo—. Es sólo una ciénaga. La ciénaga. ¿Qué nombre podríamos ponerle a un lugar así?

Prefiero no echar a perder sus diagramas con nombres como la Vega, el Cagadero o incluso el Osario.

—El Pantano de las Flores, quizá —dice.

—Sí, escriba eso.

Seguimos nuestro camino a paso de caracol hasta alcanzar los límites del pueblo. Llevo al señor Quill por la misma ruta que seguimos cada primavera, como comunidad, cuando hacemos inventario de lo que hemos recogido hasta el momento y de lo que esperamos recoger. Es entonces cuando golpeamos la cabeza de nuestros niños contra el mojón que marca los límites de nuestras tierras. Para que no olviden de dónde proceden, el lugar al que todos nosotros pertenecemos. Y los desafiamos a que se coman la hierba sobre la que están arrodillados para que prueben por sí mismos el forraje que alimenta a nuestro ganado. Normalmente este es el día en que ponemos en común nuestras quejas, en compañía y al aire libre, en un lugar donde las quejas no pueden sino ser expresadas con moderación y voces sosegadas. Ya puedo predecir cuáles serán las rabietas del año que viene, si es que el año que viene llega. Una de las mujeres de Higgs, por ejemplo, querrá ver incrementado el cupo que le corresponde a su familia. Ahora que tienen una boca más que alimentar en casa se creará con derecho a más tierra comunal, a otro cerdo o, en caso de que eso no sea posible, a unos cuantos gansos extra. La madre de Thomas Rogers se quejará porque las casetas donde arrojamamos los desperdicios de la comida, que después han de servir como abono, están demasiado cerca de su casa. Se ve obligada a sufrir los olores de

nuestras cocinas y a soportar a las moscas de todo el pueblo. «Y nosotros tenemos que aguantar a tu hijo», le responderemos. Alguno de los más viejos refunfuñará con la misma cantinela de siempre, que los gemelos Derby, a pesar de su juventud, siempre llegan tarde al prado y se marchan antes que nadie. Esta próxima primavera, sin embargo, no tendremos que escuchar el habitual cacareo acerca de las palomas saqueadoras del amo: «Ellas se comen nuestro grano, él disfruta de sus huevos y nosotros no vemos beneficio alguno».

El paseo de hoy no servirá para hacer inventario de nuestras provisiones y no tengo intención de obligar al señor Quill a agacharse y golpear su cabeza contra el mojón que marca el límite de nuestras tierras ni le pediré que se coma la hierba. Él no ve nuestra parroquia con los ojos diligentes de un aldeano o un trabajador. No quiere escuchar nuestras quejas ni que le haga una lista detallada de nuestras tareas. No toma nota de que alguien debería arrancar las malas hierbas que han invadido el estanque si queremos atraer algún pato real hasta nuestras trampas. Tampoco le preocupa si algún roble centenario se ha vuelto demasiado frágil o si las abejas han formado un panal en su tronco, o si el árbol ha perdido su hermosa vestimenta de hojas y está ya dispuesto a caer bajo nuestras hachas y proveernos de leña para el invierno. No sabe qué tierra hemos de sembrar y cuál debemos dejar en barbecho el próximo año para que se recupere. Desconoce cuáles son los mejores juncos que hemos de emplear para urdir la estructura de vigas de un tejado o qué muro y qué cercados necesitan ser reparados y quién de los nuestros es el mejor para llevar a cabo ese trabajo.

Sin embargo, sí disfruta deteniéndose a cada paso, engalanado con sus alegres cintas amarillas, y comentando los detalles y la belleza del paisaje. Desea que nombre para él las plantas que vemos. Toma nota de ellas y en ocasiones arranca una hoja o una flor que después guarda entre las páginas de su cuaderno, su personal *Naturalis Historia*, imagino. Parece que inventariarlas es su manera de conocerlas. No me supone ningún esfuerzo nombrar hasta la última de las hierbas que descubrimos durante nuestro paseo. Hierbas medicinales, hierbas que sólo utilizamos para tratar a nuestras bestias, hierbas venenosas, hierbas del diablo, hierbas reservadas exclusivamente para los muertos, hierbas para los borrachos, hierbas con propiedades mágicas. Incluso me tomo la licencia de bautizar alguna que otra especialmente para él con nombres que invento. Debería existir una planta llamada purgatorio. Y otra llamada flechero. Le enseño espinosos cardos con cuyas raíces, está bien que lo sepa, es posible preparar filtros de amor. Le muestro hojas de bardana con las que envolver la manteca y también hojas de almendro para mantener a las polillas alejadas de la ropa. Me dice que soy el hombre más sabio que ha conocido. Aunque sospecho que no le impresionan los nombres de nuestros lugares. Le gustaría ponerles nombres con más relumbrón para después anotarlos junto a sus características y sus medidas. Pero sólo son nombres prácticos para el día a día. «Campo del este», le digo. «Campo del oeste y Campo sur. El plantío de lino de John Carr. El corral de los gansos de Higgs. El bosque de avellanos. La turbera. La madriguera». Solemos indicar también

direcciones, le explico, o nombramos a una familia o indicamos lo que crece en cierto lugar. Somos gente sencilla e intentamos no complicarnos la vida.

—Tengo una pareja de cerdos llamados George y Gorge —digo finalmente—. Y el amo Kent llama a su caballo Willowjack aunque es en realidad una yegua, una Jill y no un Jack en todo caso. Estos son los mejores nombres que le puedo ofrecer. Ni siquiera tenemos uno para nuestro pueblo. Es simplemente el Pueblo. Y el pueblo está rodeado por las Tierras —añado—. Ni siquiera en los títulos y documentos del amo Kent recibimos un nombre. Constanos simplemente como Hacienda Jordan o Propiedad de Edmund Jordan, caballero. Fallecido tiempo atrás, por cierto.

—Es algo poco habitual —reconoce el señor Quill, aunque no toma ninguna nota.

En lugar de eso, por una vez y con evidente esfuerzo, consigue borrar la sonrisa de su cara y, tras comprobar que nadie nos observa, me coge del brazo.

—Tengo una difícil confianza que hacerle —dice— y el amo Kent está de acuerdo en que debería compartirla exclusivamente con usted. Hay otro caballero... Esperamos su llegada. Se trata de otro Jordan, en realidad, que reclama sus derechos sobre... —el señor Quill dibuja con sus manos un gran círculo a su alrededor, abarcando con un solo gesto todo lo que poseemos— todo esto.

Al fin logro comprender el motivo de la evidente angustia de mi patrón. El viejo Edmund Jordan y su esposa tuvieron una hija, Lucy, pero ningún varón. De modo que cuando el padre murió, poco después de que Lucy se casara con el amo Kent, la hacienda y las propiedades fueron su única herencia. Herencia que según la ley debía ser dividida a partes iguales entre sus hijos varones. «Los hijos que concibiera», aclara el señor Quill.

—No hay hijos —digo—. Ella murió durante el parto esta primavera y, en cualquier caso, esperaba una niña... El amo Kent es el único heredero de la señora Lucy.

—Me temo que no. No es de su propia sangre. Un marido no es un pariente sanguíneo. Además, hay un primo. También llamado Edmund Jordan. Los cambios que el amo Kent propone no son idea suya. Cuesta creer que él desee hacer algo así. Esas ovejas, estos diagramas y tablas que preparo, como puede imaginar, han sido encargados por él. Y llega hoy mismo para hacer valer los que considera sus derechos.

De nuevo hemos ganado altura en nuestro paseo cuando la magnitud de las revelaciones me impacta verdaderamente. El campo de cebada ya está vacío. En estos momentos me resulta difícil no teñir de un oscuro significado esa imagen. No hay ni rastro de verde, ni siquiera está el lazo de Lizzie Carr. Las hectáreas de tierra cultivable parecen ondular y hundirse ante mis ojos, infinitas y monótonas. Vastas e insondables, sólo hablan de labranzas y cosechas, son un mar cuyo confín no se pierde entre las nubes o la niebla sino en una crepuscular distancia teñida de rojo. Los únicos restos que quedan por recoger se abandonan para disfrute de nuestras vacas y de los pájaros. Los pichones salvajes hacen pequeñas pausas y sacuden su plumaje,

repleto ahora de grano y de un quisquilloso amor propio. Intento imaginar a la gente regresando para trabajar una vez más en este campo pero sólo puedo escuchar el extraño y fantasmal balido de las ovejas.

La reina y todos sus súbditos continúan la jornada de trilla en el granero y están demasiado ocupados cuando llego en compañía del señor Quill como para querer hacer una pausa y entablar conversación con nuestro curioso visitante. El mayal no dejará de girar sólo por él. Cada uno de sus golpes significa comida. Las gavillas de hoy han de quedar preparadas y las espigas han de ser almacenadas. Hay mucha paja que agitar para separarla del grano que después se volcará en cestos de mimbre. Y a continuación, a menos que esperemos alimentarnos a base de pan de hojas o carne de caballo, el grano ha de ser cribado antes de guardarlo en sacos que serán almacenados en los altillos. Lo que sobre o lo que se haya derramado es propiedad de ratas, ratones y cerdos. Introduzco mi mano sana en un saco medio lleno. Se hunde hasta el codo tan fácilmente como si la hubiera sumergido en el agua de un estanque. En efecto, los granos corren entre mis dedos como si de un líquido se tratara. He conocido mejores cosechas, años en los que el grano de cebada es gordo y claro. Uno no podría sacarse algo tan gordo de la nariz, solemos decir. Pero también he conocido años de hambruna en los que el cereal era duro y seco y nos vimos obligados a sobrevivir al invierno royendo huesos secos. Este año el grano es bastante bueno, pero sólo lo justo. No pasaremos hambre, pero tampoco engordaremos.

El señor Quill y yo nos mantenemos a cierta distancia de los grandes portones abiertos de par en par para no quedar cubiertos de polvo de cereal, observando como caballeros en una pelea de gallos. Él tiene las manos recogidas detrás de la espalda, preocupado quizá por el hecho de que sus palmas son demasiado blandas y están poco curtidas por el trabajo, y sin duda consciente del alto precio que todos los presentes tendrán que pagar por el hecho de que la señora Lucy no fuera capaz de alumbrar un hijo. Hago todo lo que puedo para que no se perciba en mi cara el peso de sus tristes confidencias. Dejo que mi mano herida cuelgue en mi costado izquierdo para que nadie ponga en duda el motivo por el cual hoy no estoy ayudándolos, y aun así espero —y creo merecer— mi parte de harina y de malta. Conozco bien a mis guasones vecinos. Sus sospechas acerca de cualquiera que no haya nacido dentro de los límites de estas tierras son inquebrantables. La próxima vez que me vean sentado en el banco a la entrada de mi casa, tomando una taza de té y una rodaja de pastel, se preguntarán si su sabor es más dulce por habérmelo ganado sin necesidad de trabajar. ¿Necesito ayuda, acaso, —ya que tengo la mano herida— para llevarme ese pedazo de pastel de cebada a la boca? ¿O quizá también quiero que alguien me lo mastique?

Me apresuro a llevarme de allí al señor Quill. Ya ha sonreído bastante, en mi opinión. Pero está de tan buen humor y es tan considerado que no parece dispuesto a marcharse del granero hasta haberse despedido de todo el mundo. Nadie le recompensa devolviéndole el saludo. Sólo uno o dos dejan de trabajar un instante y levantan la mirada confusos para averiguar quién se dirige a ellos. ¿Qué pretende este

forastero? ¿Por qué se despide si nadie piensa marcharse hoy a ninguna parte?

Al fin, a solas de nuevo, avanzamos por la vereda que nos llevará, después de dejar atrás las vigas carbonizadas del establo y las cenizas de lo que fueron pacas de heno, hasta la torreta de la heredad del amo Kent. Nos hemos sacudido bien el polvo y la paja de los hombros, barbas y cabellos, aunque resulta evidente que el encerado y lanudo apéndice en forma de cuña del señor Quill no está del todo limpio de restos de cereal. Caminamos sumidos en una sombría conversación. A pesar de acarrear ahora el peso de lo que el señor Quill me ha revelado, el paseo ha sido tranquilo y agradable. Creo haber conseguido algo y, sin embargo, al mismo tiempo no puedo evitar sentirme estafado. Me gusta este hombre. Veo en él algún tipo de oportunidad, una manera de obtener beneficios de los cambios que se avecinan.

Cuando nos aproximamos al terreno de la iglesia me doy cuenta de que no he pensado en todo el día en la señora Beldam y en sus dos hombres. De repente me siento intranquilo. Desleal. De hecho, hago todo lo posible por evitar la vista de la picota de madera a nuestro paso. Y lo consigo. O al menos lo hago hasta que casi hemos llegado al huerto en cuyo sendero se amontona la fruta caída. Comienzo a dar patadas a las manzanas más grandes. Por supuesto, estoy inquieto. Y tengo buenos motivos para ello. Pero el señor Quill acaba de localizar al amo Kent. Desde donde estamos sólo podemos ver los hombros y la cabeza del patrón a lomos de su yegua, tocado con su mejor sombrero aún adornado con su banda amarillo limón. Da vueltas alrededor de la cruz y habla en voz alta consigo mismo. Su voz parece rota y alarmada. Se balancea adelante y atrás sobre su silla golpeándose los muslos con los puños y, como ha hecho en tantas ocasiones dentro de los límites de este terruño todavía sin santificar, recita sin cesar sus oraciones por los muertos.

El joven Edmund Jordan nunca había visitado la región. Nos alertó de su llegada con seis toques de cuerno tan pronto como él y sus cinco acompañantes —un administrador, un caballerizo y tres ayudantes— avistaron por primera vez el valle esta misma tarde. Descendieron al trote por nuestros caminos y veredas sin encontrarse con nadie. Imagino que el amo Jordan esperaba una recepción más especial a su llegada. Sin duda iba vestido para tal ocasión. Al menos esperaba ser recibido debidamente en la casa y poder descansar un poco antes de ocuparse de los asuntos que le habían traído hasta aquí. Sin embargo, lo que le aguardaba no eran ofrendas de reposo y refrigerio para sus caballos, sino los restos de un granero recién quemado y poco después la penosa visión de su anfitrión y primo político sosteniendo la cabeza de un cadáver gravemente mutilado. El señor Quill, con su habitual sonrisa ahora convertida en un rictus de repugnancia, sujetaba el otro extremo de ese lamentable cuerpo mientras yo, libre aún del trabajo a causa de mi herida, los seguía a poca distancia agarrando por el bocado a Willowjack. Debían de formar la más extraña pareja, vestidos con sus brillantes telas amarillas, las manos y los calzones negros de sangre y con los hombros hundidos por el peso que portaban, cuando finalmente llegaron al patio de la casona y colocaron el cuerpo sobre el largo banco de piedra del porche de entrada ante el inesperado público visitante, todavía subidos a lomos de sus caballos.

No sé por qué pensamos que podríamos revivir a ese hombre. Claramente estaba muerto y sin duda llevaba muerto el tiempo suficiente como para que un cerdo que se había escabullido de su piara tuviera ocasión de abalanzarse sobre él y desgarrar la carne de sus pies y pantorrillas. Una de las piernas había quedado tan mal parada que el señor Quill se vio obligado a levantar el cuerpo desde las rodillas y a soportar durante todo el camino que lo que quedaba del roído miembro fuera golpeando contra sus piernas. Pero en momentos así, solamente un hombre sin corazón dejaría pasar la oportunidad de hacer un último intento por salvar una vida. Además, en cuanto los tres estuvimos reunidos al pie de la picota y comprendimos lo que le había ocurrido al mayor de los recién llegados, nos dimos prisa por largarnos con tal de evitar escuchar las maldiciones del más joven. Jamás he sido testigo de semejante furia y desesperación. El estado del cuerpo resultaba aún más penoso por el hecho de seguir encadenado al poste. Sus muñecas y su garganta habían adquirido un tono purpúreo a causa de las laceraciones. Se diría que había intentado escapar, sin importarle si conservaba o no la cabeza y las manos en el intento.

Ninguno de nosotros tenía experiencia alguna en hacer ese tipo de reparaciones, aunque sabíamos que debíamos ser los primeros... Pero, ¿los primeros en qué? ¿En subsanar lo ocurrido? De modo que hicimos lo poco que se podía hacer: limpiar la sangre, coser las heridas lo suficiente como para ocultar el blanco de los huesos, tratar de transformar el rictus de agonía del hombre, con los ojos fuera de las órbitas,

en el de alguien que soporta una pesadilla en mitad de la noche y, finalmente, cubrir al desgraciado con un improvisado sudario de sarga para tapar las pacas. El amo Kent pronunció una oración, con voz no demasiado alta. Daba la sensación de que trataba de introducir, en las habituales fórmulas, algún tipo de intercesión por sí mismo, pidiendo perdón posiblemente por ser cómplice de esta muerte. He de decir que incluso yo recé, algo muy poco habitual. Pero aun así podía sentir los truenos y relámpagos que se cernían sobre nosotros. Una poderosa tormenta pronto llegaría para castigarnos, si es que aún quedaba justicia en el mundo. El aire estaba cargado de amenazas y maldiciones, y en el fondo de mi corazón sabía que algunos de nosotros nos lo merecíamos. Recé para que todo fuera sólo un sueño y para que, cuanto antes, el indiferente canto de los pájaros del amanecer me despertase para afrontar un nuevo día, un día mejor, un día sin sangre, uno en el que, a pesar de mi mano herida, cumplía con mis obligaciones y arrastraba una piedra o un pedazo de madera en el que ese pobre hombre podía apoyarse. Recé para que el tiempo pudiera retroceder y en cualquier momento el sudario que cubría el cadáver se hinchara ante nuestros ojos con el aliento que da la vida. A punto estuve de ponerme a gritar, llamando a los gemelos Derby para que trajeran algunos de sus botones de oro para revivir a este hombre.

Este es mi relato, insisto, hilado sin intención de apelar a ningún alguacil ni magistrado. Tampoco a ningún doctor, cura o sepulturero, llegado el caso. Sí, también influye el hecho de que vivamos tan ajenos y alejados de cualquier tipo de práctica civil, pues un alguacil o un magistrado tendrían la voluntad y el poder de establecer con claridad las causas de la muerte de este hombre. De su cuello roto y de sus miembros destrozados. En cualquier caso, esto es lo que debió ocurrir. En algún momento, entre mi visita pasada por agua a la picota de la otra noche y el encuentro esta mañana del amo Kent con los dos hombres represaliados, cuando el más joven de ellos, tan maníaca e incivilmente, lo insultaba, el mayor debió de perder el frágil equilibrio que a duras penas mantenía sobre las puntas de los pies, resbaló y se partió el cuello. Debió ser la lluvia lo que lo hizo caer. Esperemos que el accidente tuviera lugar de forma repentina mientras dormía. O, Dios no lo quiera, su caída también pudo ser causada por sus propios esfuerzos por espantar violentamente a algún cerdo hambriento hasta que sus huesos se partieron. Por supuesto, también se le pudo detener el corazón. Ojalá haya sido su corazón. O cualquier otra cosa poco fuera de lo común. Ocurriera lo que ocurriera, está claro que, si el padre no alzó la cabeza ante el amo Kent esta mañana, no fue a causa de su insolencia sino porque ya estaba muerto.

No soy el único que se culpará a sí mismo, y al que no le faltarán motivos para hacerlo. Cuando esta tarde dejamos el cuerpo sobre el banco de piedra del porche y retrocedimos, avergonzados y ensangrentados a causa del esfuerzo y sin atrevernos a volver la mirada hacia los visitantes aún a lomos de sus caballos, contemplé la expresión del amo Kent y del señor Quill. Un actor en un teatro no sería capaz de componer en su rostro una más honda expresión de culpa. Y en cuanto se corra la voz

de lo ocurrido, muchos aldeanos se arrepentirán de haber gritado y agitado sus hoces y sus garrotes ayer por la mañana, y tantos otros se apresurarán a comprobar si alguno de sus cerdos sigue desaparecido o si ya ha regresado con aire demasiado satisfecho, tras haber dado cuenta del pie y las corvas de un forastero, con la misma tranquilidad de quien hunde el morro en la gamella para devorar su habitual pitanza. Y si los gemelos Derby y Brooker Higgs sienten algún tipo de afecto por los forasteros —una cuestión abierta a debate, lo sé— saldrán corriendo desnudos hacia el bosque para flagelarse. Esta muerte nos atañe a todos y aun así seguimos sin saber cómo se llama este hombre.

Pero por el momento, y es de agradecer, verdaderamente, hemos de cumplir con nuestro deber y ser hospitalarios. Los cuatro caballeros por nacimiento —es decir, el señor Quill, el amo Kent, su primo y su administrador— son conducidos hasta la estancia que actualmente hace las veces de salón principal de esta casa señorial. Los tres ayudantes se ocupan del equipaje y las alforjas. Yo, como cualquier sirviente, abro camino con Willowjack para indicarle al caballerizo del amo Jordan dónde puede guarecer a sus caballos a falta de establo. Cuando regreso, escarmentado e irritado por la fanfarronería y el desdén del caballerizo —¿cómo es posible que la solemne custodia de un puñado de sillas de montar haga que un hombre se sienta superior a otro?—, los caballeros se han retirado a sus cuartos en las plantas superiores de la casa. Puedo oír el siseo y el murmullo de sus voces y en una o dos ocasiones entiendo lo suficiente como para saber que el amo está contando lo ocurrido en la picota y su primo está expresando su consternación por el hecho de que la que hasta hace unos años era una elegante casa solariega se haya convertido en algo «raído y andrajoso como la saca de un mendigo».

Me gustaría escuchar algo más. Me quito los zapatos para poder moverme silenciosamente por las habitaciones. Sé que mi presencia no será requerida por los caballeros. No he de hablar a no ser que se dirijan a mí. El amo Jordan enseguida se habrá dado cuenta de mi condición por las ropas que llevo, especialmente mi sombrero de paja, y por el color tostado de la piel de mis manos y mis mejillas. Pero a pesar de todo estoy dispuesto a convertirme en el espía. Aunque si espío por mí mismo, por mis vecinos o para proteger a mi patrón, no lo tengo del todo claro. Cuando haya escuchado cuanto tienen que decir, lo sabré.

Por una vez, contemplo el interior de la casa con los ojos de un extraño. Ciertamente, este caserón no es un lugar que nos haga sentirnos celosos a quienes habitamos humildes casitas. No nos hacen falta ventanas o una planta superior. Lo único necesario en nuestra propiedad es un lecho de tierra a modo de alfombras, paredes de cascotes y un par de sólidas vigas de madera que eviten que el tejado se caiga. Sin embargo, la gente con mejor pedigrí está acostumbrada a otras delicadezas. Hemos oído hablar de prodigiosas mansiones en otras zonas rurales, en las que los caballeros y las damas descansan en lechos tan enormes y de maderas tan robustas que parecen galeones, con colchones rellenos con millones de plumas y guarecidas de

la luz procedente de grandes ventanales por elegantes doseles. Duermen bajo el lino y el sedoso camelote de exquisitas sábanas, con perros spaniel a sus pies, mientras en las numerosas habitaciones de la casa decenas de criados se levantan antes del amanecer para sacar brillo a los azulejos del suelo, pulir las sillas de mullidos reposabrazos, limpiar el polvo y espantar a las polillas de pinturas y tapices y colmar con manjares las bandejas de los desayunos, deliciosos dulces y confituras y otras exquisiteces que nunca tendremos ocasión de probar. He oído hablar de los palacios de cierto terrateniente, cuyas enormes fincas albergan lagos y bosques con ciervos y con tales lujos en su interior que hay un perro mastín de guardia noche y día solamente para vigilar las alacenas donde la señora esconde su costosa plata y guarda un cofre repleto de joyas. De hecho, cuando era joven y aún no había llegado a este remoto lugar, serví al amo Kent en la lujosa residencia de piedra de su familia, con jardines amurallados por los que se paseaban los pavos reales, una torre almenada, más de cuarenta habitaciones y otros tantos sirvientes para atenderlas.

El amo Kent no posee semejantes exquisiteces y por tanto no necesita mastines en su casa, ni siquiera spaniels. En caso de que haya algún tipo de lujo u opulencia aquí, sin duda alguien se ha encargado de ocultarlos bien, o simplemente han ido perdiendo lustre con el tiempo. La casa era visitada a menudo y estaba mejor atendida cuando todavía vivía Lucy Kent. Las habitaciones eran utilizadas y siempre estaban inundadas por los dulces aromas del enebro y la lavanda. Algunas de nuestras esposas la atendían a diario, la ayudaban a vestirse, mantenían limpia la casa y también cocinaban. Pero cuando ella falleció, su viudo eligió un tipo de vida más simple. La antigua galería ha permanecido cerrada hasta esta tarde, igual que las habitaciones de la planta superior. Los bellos revestimientos de madera han perdido el lustre y sus barnices han empezado a desconcharse, pues ya nadie se encarga de pulirlos. El señor Quill está confortablemente instalado en la planta baja, en el que, aún en tiempos de Edmund Jordan padre, fuera el cuarto del administrador y en el que más tarde Lucy Kent se sentaba con sus agujas y tejía hasta el anochecer. El amo Kent se las apaña en el salón, su refugio, con su chimenea. Tiene una cama con zócalo sin doseles pegada a la pared, pero sin rastro alguno de sedas ni de plumas. Duerme en un colchón relleno de paja como todos los demás y sus edredones de verano son unas gastadas colchas del tejido más vulgar. Tiene un cofre lleno de documentos y manuscritos, una mesa de bastidor de roble en la que come a solas y descansa a la luz de una vela, un banco de respaldo alto para protegerse de las corrientes y dos recuerdos de su esposa: el más pequeño de sus telares y el cepillo con el que se alisaba el cabello cada noche. Tiene más espacio, más posibilidades que nosotros, pero ¿quién se atreverá a decir que disfruta de más comodidades? De hecho, no querría intercambiar mi casa con la suya. Y dicho sea de paso, tampoco mi vida. No ahora.

Esta es la primera vez desde hace muchos años —desde los tiempos en que dormía en el ático y en la habitación del torreón, de hecho— en que he tenido motivos y ocasión de examinar la amplia segunda planta de la casa. Había olvidado lo

melancólicas que pueden llegar a ser estas habitaciones, especialmente cuando no hay niños ni perros que corra por ellas. Apenas consigo ver dónde estoy, tal es la oscuridad que aquí reina, mientras me acerco al cuarteto de voces. En el exterior, la tarde es aún luminosa. Me veo obligado a forzar la vista buscando algo de luz, pero incluso cuando mis ojos se han acostumbrado a esta penumbra, la escasa iluminación de este caserón resulta opresiva. El edificio es demasiado viejo, más todavía comparado con las luminosas celosías y los amplios ventanales tan del gusto de las construcciones de hoy día. No hay en toda la casa ni una ventana acristalada, tan sólo rendijas y pequeños vanos y, por si eso fuera poco, la escasa luz que estos dejan pasar queda siempre atenuada por la hilera de hayas que en tiempos fueron plantadas cerca de la casa, según la costumbre, como protección contra los relámpagos. Pero al menos esta oscuridad me permite moverme sin ser visto. Consigo subir las escaleras, esquivo los débiles rayos de sol vespertino que se aventuran hasta el interior y llego al descansillo que conduce a la galería superior, donde el amo guarda lo que aún queda del mejor mobiliario y varios arcones de cobre que sin duda albergan incontables reliquias. Permanezco entre las sombras, tras el cortinón que hay junto a la puerta, observo la escena y escucho atentamente la conversación que tiene lugar.

Sólo el amo Jordan está de pie. Es alto, de huesos grandes y hombros fornidos, y va vestido con un largo jubón, tan rígido que apenas le permite moverse. Sostiene en su mano un frasquito de cristal con agua de rosas, como protección, imagino, contra la fetidez de esta descuidada galería. El en otro tiempo blanco enyesado de los techos está ahora lleno de manchas. La habitación es húmeda y apesta a pelo sucio y madera mohosa. Los otros tres están sentados en un banco tan remilgadamente como si fueran cortesanos, con las manos sobre las rodillas y la cabeza erguida, escuchando atentamente. Edmund Jordan dice entonces, como comentario ante algo que acaba de comentar el señor Quill: «Por supuesto, para usted es algo natural, me doy cuenta de ello». Está claro que considera un idiota al proyectista, un idiota sonriente y emperifollado. Y con restos de cebada aún en su barba. Incluso la palabra «natural» resulta punzante en su tono de voz. Es como si hubiera etiquetado al señor Quill como el tonto del pueblo, el idiota local que resultaría menos fastidioso si se convenciera de que nadie espera que airee sus opiniones.

Yo no soy el idiota local. Me dedico a escuchar durante la mayor parte de la tarde.

Esta noche duermo en la cama de la viuda Goose. De vez en cuando me deslizo sigiloso como un gato a medianoche para frotar mi cara contra su puerta y susurrar su nombre por la rendija tan suavemente como puedo para que nadie me escuche. Nadie salvo ella, claro está. A veces ni siquiera ella me oye y, en el silencio de la espera, tengo tiempo para recuperar el sentido y volver arrastrándome hasta mi casa, insatisfecho y rabioso conmigo mismo. En otras ocasiones, en cambio —aunque menos a menudo, dado que su casa está más apartada del camino principal y por eso es más difícil oír lo que ocurre en su interior, de ahí que sea más adecuada que la mía para, en fin, acallar el escándalo de nuestros gritos—, es ella la que se presenta en mi puerta movida por similares impulsos. Es una prueba de que ambos tomamos parte en igual medida de nuestro pecado. Esta no es la fábula del zorro y la liebre. Su excusa para visitarme, su subterfugio, por emplear una palabra elegante que he escuchado esta tarde, es que ha venido a pedirme un trozo de vela o un poco de grasa, aunque nunca estoy seguro de si lo dice con segundas.

Una o dos veces he fingido no escuchar sus golpes en la puerta o incluso no haberme acostado en absoluto, sino estar llevando a cabo algún tipo de misión nocturna en otra parte; en el Cagadero, posiblemente, gozando de un tipo de desahogo bien diferente. En tales ocasiones me he sentido reacio a responder, como de costumbre, con un «Kitty, gatita, entra ya», pues al fin y al cabo esta es la misma cama que mi Cecily, mi pequeño tordo, mi esposa, compartió conmigo. Nuestra cama de matrimonio. Y aunque no soy tan estúpido como para pensar que aún me estará observando desde el cielo, no puedo negar que una mujer siempre deja su huella en nosotros, especialmente una mujer con la que has compartido tu vida durante once años y por la que tus sentimientos no han sido meramente físicos. En efecto, a veces, cuando me asalta la melancolía y me siento atrapado en las zanjas más profundas de la noche, deslizo mi mano por la superficie de nuestro tosco jergón y encuentro consuelo al percibir de nuevo el hueco donde mi Cecily durmió (y murió), donde sus hombros y sus caderas han dejado tras de sí los fantasmas de su cuerpo.

He de decir que mis sentimientos por la viuda Goose son meramente físicos. Ni siquiera estoy seguro de que seamos amigos. Creo que nos abrazamos el uno al otro con cierto desprecio mutuo. Para ella soy algo inexplicable —mi ensimismamiento, mi negligencia para con el jardín de mi patio trasero, mi vocabulario plagado de palabras poco corrientes—, soy un perro vagabundo que merodea por el pueblo y que ladra mucho pero muerde poco. Me recrimina mi cautela. «Has estudiado demasiado», me dice a veces despectivamente. Yo la encuentro a ella más bien mediocre, excepto en las labores del campo, y poco inteligente. Pero en la cama, cuando hacemos el amor, no es ninguna boba. A diferencia de mi Cecily, tiene un apetito insaciable. Por las noches, su mano de dedos ávidos se desliza siempre hacia mi abdomen, en lugar de dejarla tiernamente sobre mi pecho como hacía mi mujer.

Ha sido todo un descubrimiento. Posiblemente sea la intensidad de nuestros encuentros nocturnos lo que hace que me avergüence de ser su compañero de cama. Somos, pienso a veces, como dos animales, no muy diferentes de las bestias del bosque, incapaces de resistirse a un apetito puramente físico y bárbaro. Tampoco es especialmente hermosa, ni lo ha sido nunca. Debe de tener casi cincuenta años y desde que su marido murió no se cuida demasiado. A su ropa no le vendría mal algún remiendo y tampoco un buen lavado de vez en cuando, posiblemente. Su cuerpo está salpicado por los habituales bultos y verrugas propios de una vida larga y del duro trabajo. Su pelo ya ha encanecido, a pesar de que podría recurrir a los tintes de asfódelo que el resto de las mujeres del pueblo utilizan obstinadamente para mantener sus trenzas rubias. Y es difícil decir, incluso cuando está tendida a mi lado desnuda, si Kitty Goose es gorda o delgada. Su rostro es alargado y sus caderas estrechas, pero su cuerpo resulta grande y acogedor a la altura del vientre y la cintura. Ella lo llama generosidad de viuda y no le preocupa en absoluto —al contrario— cuando, tumbada boca abajo conmigo encima, su suave barriga se bambolea y se arruga como cuando se agita un pudín.

Reflexiono sobre lo que la viuda ve en mí. Tal como yo me considero, sigo siendo el mismo tipo escuálido, pálido y de brazos flacos, y todavía conservo una densa mata de pelo, de un color castaño atípico por estos pagos. Soy incluso atractivo, me atrevería a decir. De hecho, me han llegado a decir que soy bastante guapo, especialmente cuando llevo puesto mi sombrero o mi gorra. Y ciertamente, así es como me vi la última vez que tuve ocasión de mirarme en un espejo. El caso es que no he tenido oportunidad de volver a hacerlo desde hace años. A veces, cuando la señora Kent estaba aún viva y yo encontraba motivos para estar a solas en la casa del amo, me arriesgaba a entrar en el vestidor y me colocaba ante su gran espejo de cuerpo entero para contemplar mi imagen. Entonces escrutaba el rostro del único habitante del pueblo al que nunca veía y que, sin embargo, todos los demás contemplaban a diario. Su espejo oscurecía mi imagen y desdibujaba el contorno de mi cuerpo justo en los lugares en los que el mágico cristal reflectante, con el paso del tiempo, había sido invadido por el moho, una especie de hongo brillante decidido a apoderarse de esa luz. A pesar de todo, ese cuerpo era el mío. Cuando levantaba una mano, también se alzaba ante mí su reflejo. Respondía con una sonrisa a cada una de mis sonrisas. En más de una ocasión me acerqué al canapé donde ella dejaba extendida su ropa. Entonces, cogía alguno de sus abigarrados vestidos y cuando lo sostenía contra mi cuerpo —tan sólo me movía la curiosidad, nada más que mera curiosidad—, la mujer cenicienta y fantasmal cuya imagen devolvía el espejo no era otra que yo mismo.

Desde hace al menos un año no he visto mi cara. Las lentejas de agua de los estanques no me lo permiten. Las ventanas de la mansión se cierran con postigos y no tienen cristal. La cuchara de plata que el amo me regaló el día de nuestra boda se ha deslustrado con el paso de los años y no refleja la luz. El gastado cobre de la tetera

atrapa mi sombra cada vez que me acerco, pero el reflejo es amorfo y mi cara parece marcada por la viruela, hasta tal punto deforme que soy incapaz de reconocermelo. De hecho, no creo que haya un solo espejo en toda la parroquia, aunque sin duda algunas mujeres conservan en secreto objetos de plata ante los que poder horrorizarse y que sabiamente evitan. No, hasta donde yo sé, el espejo más cercano no está a menos de dos días de distancia. El amo, como es costumbre entre los caballeros de estas regiones, hizo trizas el gran espejo de su esposa y enterró junto a ella sus pedazos en la misma fosa para evitar el embrujo de su recuerdo. De modo que, a diferencia de la ciudad de la que procedo, donde todo aquel que salía a la calle podía detenerse cada poco para contemplar su imagen en un espejo o donde, cada veinte pasos, un escaparate le devolvía su reflejo, en este pueblo todos merodeamos de un lado a otro por sus caminos en la más ciega ignorancia. Cerramos un ojo y sólo vemos un lado de la nariz o quizá algo de vello facial o los contornos de una barba. Conocemos nuestras manos y rodillas pero no nuestros ojos y dientes. Por eso sólo puedo suponer qué es lo que la viuda Goose ve en mí. E imagino que ella se siente exactamente igual. Quizá, en ausencia de su marido, no tiene quien le diga lo arrugada que está. Eso es lo que significa ser viudo. No tenemos ni idea, pero esperamos lo mejor.

Cuando empecé a llamar a su puerta, Kitty Goose y yo apenas podíamos mirarnos a los ojos. Yo sólo era capaz de pensar en mi Cecily —aunque Cecily nunca se rindió en mis brazos de esta manera— y ella, supongo, imaginaba que ya no era viuda y que de nuevo gozaba bajo los envites de su jadeante, y durante años hostigado por la gota, Fowler Goose, quien, según se dice, murió entre estas mismas piernas. Abrazado hasta la muerte, con los cabellos de su amada entre los dientes, como ha dicho algún chistoso. Con el tiempo, sin embargo, me he atrevido a estudiar cada parte de su cuerpo y he gozado mucho entre sus entusiasmados miembros. Esta noche, en cambio, nos ha dejado a ambos insatisfechos. Estoy demasiado ansioso y actúo con demasiada prisa. Mi propósito al presentarme aquí, al llamar a la puerta de su casa, no es tanto el de intercambiar fluidos y disfrutar de una noche de descanso en compañía, sino de intentar olvidar o al menos desterrar de mi cabeza durante unas horas las oscuras perspectivas de las que he oído hablar mientras me ocultaba en la galería del amo Kent.

No puedo decir —aún no— que el amo Jordan haya demostrado ser un hombre rudo o desconsiderado, aunque sí ha evidenciado una total despreocupación a la hora de darle a un hombre un entierro adecuado. Es eficiente, eso es todo. Y nada ceremonioso. Habla de manera juiciosa, aunque en ocasiones el buen juicio es más frío que un carámbano. Y más afilado también. Escuchó pacientemente mientras el amo Kent contaba la historia de los recién llegados —las palomas, el fuego, los arcos, la picota— y sus respuestas sólo evidenciaban una leve exasperación. «Me da la impresión, primo Charles, de que te buscas problemas por ser demasiado amable». Los dos hombres de la picota sólo habían obtenido su merecido castigo, a su modo de ver. Si uno de ellos había muerto, bien, también eso entraba dentro de lo permitido

por la ley. «Un vagabundo testarudo y pirómano» merece que le corten las orejas antes de ser conducido al patíbulo. No es algo poco habitual. Y en cuanto al joven... Bien, aún ha de cumplir íntegramente su sentencia de una semana en la picota. «¿De qué sirve ser indulgente? Ha ofendido a la comunidad y por eso ha de soportar el peso de la justicia bajo la mirada de todos sus miembros. Además, primo, tú mismo has dicho que te ha amenazado y te considera culpable de la muerte de su pariente. ¿De veras deseas verlo caminar libremente, mientras maquina su venganza? No, nos lo llevaremos lejos de aquí cuando nos marchemos para que no pueda hacer daño. Lo amarraremos a la silla de un caballo y sólo lo soltaremos cuando sea seguro para todos. Quizá le dejemos una advertencia, una pequeña cojera como recordatorio para que sea bueno de ahora en adelante. Y más sabio. No me cabe duda de que la mujer que me has descrito, la hermana o la hija o la esposa, quienquiera que sea... en fin, no tengo la menor duda de que seguirá al superviviente lejos de aquí. Mientras tanto olvídala y deja que merodee picoteando por los bosques como lo haría una oca. No te preocupes por ella. Una mujer no puede hacer daño alguno».

¿Y qué pasa con el cadáver? Una vez más, el amo Jordan no consideró que supusiera el menor problema. Hizo chasquear sus dedos restando importancia al asunto. Si el amo Kent era demasiado delicado en estas lides, él mismo encargaría a sus hombres que llevaran el cuerpo al lugar donde son arrojados los cadáveres de las reses muertas. «En mi opinión no se ha ganado un lugar en el camposanto. De modo que dejemos que los cerdos terminen lo que empezaron». Dio una palmada y continuó. «¿Lo ves, lo ves?», dijo tan satisfecho de sí mismo como un chiquillo. «Nada es tan complicado como lo pintas. Ahora, caballeros...». En ese momento bajó el tono de voz. No estaba dispuesto a perder ni un minuto más con frivolidades. Había cuestiones más urgentes e importantes que abordar.

Yo escuchaba los pasos del amo Jordan por la habitación mientras exponía sus planes de Progreso y Prosperidad. «No me culpen por tener este impulso de mejorar, esta ansia de progreso», dijo esta tarde ante su audiencia de cuatro personas. «No responde a ningún plan ni subterfugio el que estas tierras y sus rendimientos venideros hayan caído en mis manos, no... Sin embargo, las últimas voluntades del testamento han de ser respetadas sean cuales sean las consecuencias. Creo que estamos de acuerdo en eso».

En fin, que sea él quien exponga su caso. Yo prefiero no entrar en detalles en lo que se refiere a sus métodos y a su proceder, a sus cálculos y estimaciones. Al fin y al cabo, ya los hemos escuchado antes de labios del amo Kent en persona cuando se dirigió a nosotros mientras disfrutábamos de la carne y del baile. La versión del primo, sin embargo, no era una melodía tan dulce para los oídos. No había remordimiento en sus palabras. No había tenido ningún sueño en el que «amigos y vecinos» se convertían en ciudadanos ricos y ociosos, en el que sentados ante el fuego del hogar desgranábamos historias acerca de nuestra buena fortuna. Creo que, a su modo de ver, ya somos lo suficientemente ricos y ociosos. No, el amo Jordan

únicamente tenía un plan, una «simple visión» en la cual la vida en esta región era mucho más simple y estaba encaminada tan sólo a asegurar el beneficio de aquellos —se refiere a él mismo— que poseen el don de ser emprendedores.

Lo más importante ahora es que al amo se le permita seguir aquí. No es la intención de su primo convertirse en un «ratón de campo», según sus palabras. Prefiere permanecer al frente de su gran casa comercial en la gran ciudad y comprobar las cifras de cuando en cuando. Cuánta lana ha salido de estos viejos campos, cuánta tela han tejido en sus telares las mujeres que trabajan para él; qué beneficios se han obtenido de su venta y cuánto se ha perdido a causa de los avariciosos sastres, los tramposos distribuidores y los perezosos limpiadores y teñidores de lana; qué telas son las más demandadas, desde el estambre o la sarga hasta el fustán, y cuáles son las que sus comerciantes y roperos le pueden conseguir. «¡Hay tantos cuervos a los que satisfacer y alimentar!», dijo dejando caer los hombros bajo el peso de sus responsabilidades. No debemos engañarnos pensando que, en un mundo moderno, nuestro sistema comunal, que solamente beneficia a los comuneros, y eso sólo en los años buenos, puede llegar a granjearse la admiración de los sagaces observadores, para quienes la «agricultura que no rinde beneficios» es un absurdo.

«Cada uno de nosotros desempeña su papel para el bien de todos», concluyó el amo Jordan. «Es de ley que nuestro cometido convierta la labor de los otros en algo más cómodo. Así funciona la sociedad», dijo dirigiéndose a su *tonto del pueblo*. «Usted, señor, continúe con sus tablas y dibujos y completaremos los mapas que necesitamos antes de que la semana termine. Este caballero es el señor Baynham...», en ese instante escucho unas cívicas palabras de presentación murmuradas por el tímido ayudante, «y, como podrá comprobar, es muy eficiente a la hora de preparar la tierra para las ovejas. Esta no es la primera comunidad que se beneficia del buen hacer del señor Baynham. Por supuesto, necesita familiarizarse con esta tierra vuestra, mi tierra. Se guiará por los mapas. Y cuando lleguen las primeras nieves ya habrá reorganizado y cerrado cada hectárea de estos campos con cercados, diques y muretes, según lo crea conveniente, y reclamado para ello cuanta superficie de bosque sea necesaria. ¿De qué modo puede beneficiarnos que haya árboles, robles por ejemplo, que proyecten su sombra sobre la tierra mientras no den un solo fruto que pueda ser consumido excepto por nuestras bestias? Lo más provechoso sería talarlos y vender su madera, y no permitir que sigan en pie derrotando a la luz del sol, con la mera excusa de su belleza... ¡Y a mi costa además! Del mismo modo, las tierras comunales serán desbrozadas y cerradas para su uso privado. Ahora serán pastos. Estas tierras son tan sólo hierba a partir de ahora. Nunca más serán aradas. Tú, primo...».

«Tenemos casi sesenta almas que alimentar aquí...», dijo el amo Kent al fin, con la voz insegura y temblorosa. Era su responsabilidad, al fin y al cabo. Sin embargo, el amo Jordan se limitó a extender las manos y a encogerse de hombros, como si

nuestras inquietudes fueran tan sólo un inevitable inconveniente menor ante sus imparables avances. «Eso ahora es competencia del señor Baynham», dijo. «Estoy seguro de que habrá sitio aquí para esquiladores y pastores. Algunos, al menos. Contratará a cuantos trabajadores sean necesarios. Pero tristemente habrá que apretarse el cinturón...».

—Dudo que sea *usted* quien vaya a apretarse el cinturón —dijo entonces el señor Quill, quien, he de insistir, ha resultado ser un alma brava a pesar de sus obvias taras.

El amo Jordan entrelazó los dedos de ambas manos y contempló pensativo la urdimbre que formaban. Le dedicó al señor Quill una sonrisa cargada de malicia y serenidad. «No me corresponde a mí hacer economías sino cubrir los gastos», dijo finalmente. «No piense que he venido aquí con las manos vacías. También habrá caridad. Gratificaciones incluso. Al fin será financiada la construcción de la iglesia y contrataré a un sacerdote. Os traigo ovejas y también traeré al Santo Pastor. Habrá un campanario, más alto que la torreta de esta casa, más alto que cualquier roble que podamos talar. Este lugar será visto desde la distancia. Y tendrá una campana para convocar a los fieles a la oración y para que todo el mundo se apresure a llegar a su puesto de trabajo. Es decir, a los que aún queden». Una vez más observó sus manos y después, sin alzar la mirada, añadió, como si hablara consigo mismo: «Es el señor Earle el único que no tendrá que apretarse el cinturón, pues su única responsabilidad es elaborar mapas, y además resulta tan endemoniadamente torpe que cualquiera diría que...». Se detuvo entonces para pensar algo ingenioso.

El señor Quill no necesitó tiempo para elaborar una respuesta. «Sí, que debo haber sido pateado por un caballo o azotado por un rayo. Ya he oído todo eso antes. Que los cielos se abrieron y una lengua de luz me concedió el cuerpo de un viejo y nudoso árbol. ¡Oh, sí! Ciertamente, el mismo diablo me creó en un tarro de cristal. Y por eso soy deforme. Bien, así sea si tal cosa os divierte». Apenas si se percibía cierta crispación en su voz. Sin duda se trataba de un discurso pronunciado ya en muchas ocasiones, o eso me pareció. En ese instante, los pasos del amo Jordan se dirigieron hacia la galería, entre cuyas sombras me escondía —sonreía para sí mismo, no sin cierta dulzura—, y me vi obligado a marcharme.

Ahora siento la tentación de aferrarme una vez más al cuerpo de Kitty Goose y susurrar en su oído todo cuanto he escuchado esta tarde. Es una carga que sólo se puede aliviar al ser compartida con alguien. He vislumbrado en secreto nuestro futuro. He visto el verde y el blanco de los pastos y las ovejas. He podido escuchar el tañido de la campana de nuestra iglesia. Soy el único que sabe que nuestro amo ha sido desplazado, aunque todavía ocupe su lugar. Todos lo seremos, supongo. Sin embargo, aún conservo el suficiente sentido común como para morderme la lengua —debo velar por mis propios intereses antes de que mis vecinos se enteren—, aunque sentir de nuevo el calor de la espalda de la viuda Goose sobre mi pecho mientras, sin poder evitarlo, pienso en la señora Beldam vagando por el bosque me vuelve efusivo de un modo bien distinto. Así que volvemos a hacer el amor. Y estoy seguro de que

no somos los únicos. La oscuridad sofoca los jadeos de mis vecinos en este instante en muchas otras casas. Las camas crujen bajo su peso. Hay susurros. Rodillas que se hunden con fuerza en la paja de los jergones. En noches como esta, en la que la ansiedad se percibe en el aire, se desbordan las ansias por hacer el amor. Entonces la luna es nuestro maestro de ceremonias. Marca el ritmo, haciendo que todos nos movamos al unísono. Nos incita a trinar y a canturrear alegremente en el oído de nuestra amante hasta que las mismas estrellas se hinchan y maduran ante el coro de nuestros gemidos. Como siempre en este lugar, encontramos consuelo esparciendo semillas.

Al despertar nos enteramos de que Willowjack está muerta. La noticia llega al amanecer hasta la misma puerta de Kitty Goose de la mano de Anne Rogers, la madre de nuestro gaitero. Parece divertirse aunque para nada sorprenderle encontrarme allí, vestido sólo con mi holgada ropa interior, desnudo de cintura para arriba y tirando de mis calzas, a los pies de la cama de su amiga. Alguien «con manos hábiles», dice, afanó una escarpia de metal del arcón de herramientas del granero que aún está en pie y la clavó con gran fuerza y precisión en la cabeza del caballo, por encima de la oreja. La piedra rectangular que el carnicero cogió del solar de la iglesia y que fue utilizada a modo de mazo fue encontrada entre la paja, cubierta de sangre, cuando el cadáver del animal fue arrastrado fuera de su establo y ahora reposa sobre la repisa de la chimenea del amo Kent. La gente se está organizando para dar caza a quien la blandió.

«Ha tenido que ser alguien con manos grandes», dice Anne Rogers. «Alguien grande y fuerte. Un hombre por supuesto. Un hombre que ya ha hecho antes este tipo de cosas. Un hombre en quien el caballo confiara...». Titubea, pues no quiere decir lo que sin duda espera que ambos estemos pensando, que Willowjack conocía a quien la mató. ¿Cómo si no podría un extraño acercarse lo suficiente como para colocar un clavo contra su cabeza y clavárselo, aunque lo hiciera de un solo golpe? Nunca ha sido fácil acercarse a Willowjack. Incluso el arrancarle una garrapata de la oreja podía ser recompensado con una coz. Anne Rogers dirige nuestras sospechas hacia el herrero, Abel Saxton —primo segundo de mi esposa—, al que años atrás ella misma había echado el ojo para después despreciar, tras casarse con Rogers.

—Podría ser cualquiera similar a él, por supuesto —añade al ver la expresión de mi cara, haciendo un gesto de asentimiento mientras mira *mis* manos.

—Yo tengo coartada —digo señalando la cama e intentando aportar ante las dos mujeres algo de luz sobre esta situación que me trastorna y que, no me cabe duda, debe ser insoportable para el amo Kent. Los lazos que mantienen unida a esta tranquila comunidad comienzan a deshacerse—. Además, esta mano aún no está bien.

Les enseño mi herida en proceso de curación. La costra es más oscura y flexible. Si no tengo cuidado pronto me pondrán de nuevo a trabajar.

—Todavía me duele —me sincero, no del todo seguro de por qué las dos se están riendo—. No podría ni aplastar una mosca con ella.

—Ni siquiera desgranar una espiga de cebada.

De modo que ahora hemos de llevar dos cuerpos hasta el Cagadero, el de la amada yegua del amo y el del hombre de la picota. No sé a quién debemos culpar por la muerte del caballo. Mis primeras sospechas me hacen pensar en el caballero del amo Jordan. No me causó buena impresión cuando ayer le enseñé dónde podían amarrar sus caballos. Miró hacia Willowjack apretando los labios, o eso me pareció. «No le vendría mal un cepillado», dijo, a pesar de que, se mire por donde se mire, era

dos veces mejor caballo que cualquiera de sus monturas. La envidia puede llegar a enloquecer a un hombre. Quizá le pateó y él se tomó su venganza.

Tampoco me resulta difícil creer en la culpabilidad de Brooker Higgs y los gemelos Derby. Es bien sabido por todos que son hombres de puños grandes. Quizá ya se ha difundido la noticia, gracias al señor Quill o posiblemente a los ayudantes del primo Jordan, de que el pueblo tal como lo conocemos y también nuestros empleos sucumbirán bajo los dientes amarillentos de tres mil ovejas. Nos superarán en una proporción de cincuenta a uno, y será pronto. Una vez más, nuestro trío de solteros habría encontrado motivos para desatar su ira y su indignación sin disponer esta vez de unas pobres palomas sobre las que descargarla. Y tampoco ovejas, claro está. Esta noche habrán escuchado el concierto de gemidos, trinos y susurros en camas que no eran las suyas. Se habrán comido las setas alucinógenas que les quedaban de su última visita al bosque hace tres noches (aunque cualquiera diría que fue ya hace mil). Y sólo entonces habrán ido a buscar el maldito clavo con el que mataron a Willowjack, un caballo al que todo el mundo amaba y por eso la criatura más merecedora de su furia y sus golpes. Sin embargo, he observado cómo Brooker y los gemelos merodeaban por el pueblo como perros escarmentados durante los últimos días, temerosos de que sus correrías como exterminadores de palomas acabaran por causarles un disgusto. Haber asado a todas esas palomas fue un acto deplorable, aunque hasta cierto punto parecía responder a alguna absurda lógica. Pero después los forasteros fueron injustamente castigados a causa del silencio y del engaño de nuestros hombres y uno de ellos, el más pequeño, ha muerto estrangulado en la picota. No existen setas lo suficientemente fuertes como para hacer que esos jóvenes mataran al caballo del amo. Ahora mismo están asustados hasta de su sombra. Y en cualquier otro lugar, sin duda temerían por sus vidas.

Otra posibilidad: me avergüenzo por el mero hecho de mencionar a mi vecino, el apreciado John Carr. Es un hombre apacible, muy querido por los suyos y amante de los animales. John Carr es capaz de detener él solo a todo un rebaño de vacas, incluso aunque estén especialmente inquietas por la presencia de algún toro o de sus crías. Lo he visto tumbar a un perro enloquecido con la punta del dedo: un firme toque en la nariz es suficiente para que deje de ladrar y otro más para que empiece a menear la cola. Es un don, un don del que nos servimos siempre que es necesario llevar a un animal al matarife. Fue John quien sacrificó el ternero que comimos la otra noche a expensas del amo Kent. Su pellejo aún se está secando en salmuera colgado de las vigas del granero, aunque entre mis desafíos de hoy está bajarlo de ahí y hacer con él un pergamino para los mapas del señor Quill. Sí, John Carr es el matarife del pueblo, y conozco a muchos otros capaces de ejecutar a Willowjack con la rapidez y habilidad que la señora Rogers ha descrito. Pero mi vecino Carr tiene manos pequeñas y regordetas, un par de manos torpes y encogidas a causa del trabajo. Y es un buen hombre.

Anne Rogers no será la única en señalar a Abel Saxton, nuestro herrero, como

sospechoso. Estoy seguro. Una sola de sus manos es lo suficientemente grande como para inmovilizar la pezuña de una bestia mientras la calza con la otra. Pero la idea no me convence en ningún momento, pues Abel Saxton ha estado siempre muy unido a Willowjack desde que nació —la ha cuidado, alimentado y herrado— como para desear su muerte bajo cualquier circunstancia. El amo le paga bien por su trabajo como herrero y curtidor. El tipo es un idiota, pero no tanto como para morder la mano que le da de comer.

Estoy confundido, a decir verdad. En cuanto la señora Rogers se marcha apresuradamente para seguir difundiendo el chismorreo de que «el viejo Walter Thirsk» se ha pasado la noche dando el callo, comienzo a desgranar mentalmente un rosario de nombres, los de los veinte hombres lo bastante altos para situarse a la altura de la oreja de un caballo. Sin embargo, no encuentro a ningún candidato que me convenza.

—Habría sido el bajito el que lo hizo —sugiere Kitty Goose mientras prepara unas gachas para empezar el día.

Había olvidado lo irritante y simplona que puede llegar a ser.

—¿Quieres decir el hombrecillo que ha muerto? Sí, es probable que haya sido él, ¿verdad?

—¿Quién si no? Si te encadenaran a la picota por quemar un palomar con todos los bichos dentro y después estuvieras a punto de ser devorado por los cerdos, matar a un caballo sería el tipo de travesura que disfrutarías —dice, segura de sí misma—. ¿No te parece motivo suficiente?

—El hombre está muerto.

—A los muertos es a los que más hemos de temer. Su alma no descansará hasta que esté satisfecha, hasta que el tipo haya sido vengado.

—Es demasiado bajo para alcanzar la cabeza de un caballo —le digo.

Intento ser razonable.

Se me queda mirando como si fuera un bufón.

—Todo el mundo es bajo cuando está arrodillado —dice, mirándome de lado.

Por supuesto, tiene razón. Qué idiota soy. El caballo no estaba de pie. Estaba tendido y durmiendo cuando murió. Ocurrió en mitad de la noche. ¿Qué otra cosa hace un caballo entonces sino tenderse en la paja y dormir? No tenía por qué conocer al asesino ni confiar en él. Tampoco tuvo que estirarse para golpear. El asesino ni siquiera necesitó levantar la roca muy lejos del suelo para hacerlo. Probablemente usó ambas manos. Lejos de ser un hombre fuerte y de manos fibrosas, el asesino pudo ser una mujer o incluso un niño. Si obviamos el fantasma de la viuda Goose y a su compañero de picota e incluimos al señor Quill y a los seis invitados del amo Kent, hay en este pueblo más de sesenta hijos e hijas de Caín que pueden haber regresado a hurtadillas hasta sus jergones de paja esta noche con sangre de caballo en las manos y en la ropa.

Y en efecto, esa es la prueba que el amo Kent desea encontrar una vez que ha

reunido a todo el mundo en el granero de trilla para una nueva jornada de trabajo. Los caballos tienen corazones grandes y musculosos que bombean con fuerza la sangre por todo su cuerpo. Un vigoroso chorro de sangre salió de la cabeza de Willowjack en el mismo instante en que el clavo penetró en su cráneo. La paja está negra y pegajosa en el lugar donde se derramó. Quienquiera que sea el responsable, no habrá escapado limpio a su fechoría. Lo único que el amo necesita es encontrar una pila de ropa empapada de sangre. Los aldeanos reciben la orden expresa de no abandonar el granero en todo el día. Mientras tanto, la búsqueda se llevará a cabo en sus casas, sus jardines y sus huertos. De modo que debemos prepararnos para ver a uno de nuestros vecinos colgando de un roble —a falta de cadalso— antes de que acabe el día.

«¿Y quién eres tú?». Esa es la pregunta que nadie se atreve a hacer cuando el amo Jordan aparece. El primo no ha dicho su nombre ni dado la más mínima explicación acerca de su estatus o sus intenciones. Lo único que mis vecinos pueden ver es que se trata de un hombre que goza de una obvia autoridad, asistido por tres lacayos que aparentan estar peligrosamente aburridos. Los cuatro tienen un aspecto extremadamente limpio y pálido. Inmaculado, en una palabra. Ni a una pulga le interesaría pasar la noche con ellos. Los ayudantes van vestidos con calzones iguales, jubones con cuello de lino y sombreros sin ala, como los soldados de a pie. Desde atrás, donde estoy yo junto al amo Kent, es imposible diferenciarlos. El caballero —pues al menos sí es posible suponer que se trata de un caballero— ha prescindido de la capa de cuero de montar y del jubón acolchado que llevaba ayer y va vestido más cómodamente, como dicta la temperatura de esta época del año, con unas calzas cortas o pantalones cebolla, como también se les llama, y un gabán de lino bordado. No hay ni una brizna de lana en toda su vestimenta, si la vista no me falla. Lleva la barba muy arreglada y el pelo recogido. Pero lo que atrae de veras nuestra atención y nos convence de que se trata de un hombre al que es mejor no importunar es su sombrero de copa alta y cónica, su *capotain*, adornado no sólo con la insignia de la familia Jordan sino también con una pluma y un broche incrustado con piedras preciosas. Solamente el sombrero ya es un símbolo de poder, riqueza y noble cuna. Ese sombrero es suficiente para comprarnos a todos.

Para ser sinceros, este señor, este noble caballero, está teniendo serios problemas para mantener el sombrero en su sitio. Se ve obligado a levantar la mano y sujetarlo por el ala mientras describe, con gestos y palabras, lo que espera de nosotros esta jornada. En resumen, desea poner fin a todo el desorden que se ha adueñado de esta región últimamente. Vivimos demasiado ajenos a «las leyes y ordenanzas», dice. Hemos olvidado el Beneficio de la Ley, el Justo Castigo, los Deberes y Costumbres de todo ciudadano... «y de todo campesino», añade. Hasta el momento, los daños de los que se nos puede hacer responsables solamente afectan a una parte de la hacienda del amo: un inmueble y un puñado de criaturas muy queridas.

—Uno de vosotros, alguno de los que ahora estáis bajo este techo, será encontrado culpable de la desaparición de una yegua de gran valor —dice—. Esa

persona ya no volverá a caminar por estas veredas y que no espere que su cuerpo reciba un entierro religioso. Sus restos irán a parar a vuestro osario junto al cuerpo del caballo que asesinó. Y allí se encontrará con su hermano en la vergüenza, con el bellaco que pensó que podía prender fuego al palomar y a todas las palomas y penar su delito con tan sólo una ociosa semana en la picota, cuyo cadáver ha sido llevado a rastras hoy mismo para que sus huesos compartan el mismo lecho que los de las bestias.

No puedo evitar buscar con la mirada a los gemelos y a Brooker Higgs entre la silenciosa concurrencia. Cuando no están con la boca abierta tragan saliva. Ya se imaginan el par de cadáveres en el Cagadero mientras se preguntan quién de entre los ahora presentes en el granero dormirá para siempre junto a Willowjack y el forastero estrangulado al que casi devoraron los cerdos. Pero todo el mundo piensa lo mismo. Está tan claro como que el trueno siempre precede al rayo que se aproximan graves problemas y que uno de esos relámpagos pronto fulminará a uno de los aldeanos. Este hombre de alto sombrero, sea cual sea su relación con la insignia de los Jordan, no estará satisfecho hasta que alguien sea castigado.

El amo Kent no dice nada. Todo el mundo puede ver cómo le cuelgan las manos a la espalda, cómo inclina la cabeza asintiendo con demasiada vehemencia —hoy sólo es un miembro más de la audiencia—. Está claro que, sea quien sea este caballero recién llegado, está por encima de nuestro amo y él lo sabe. Esta es una nueva experiencia, y nos confunde. Nadie ha visto antes al amo dando tales muestras de deferencia ante nadie. Estamos acostumbrados a que sea él quien está al mando, aunque nunca ha sido de los que necesitan dejarlo patente a cada momento. Siempre ha intentado ser justo, un sutil César entre nosotros, más predispuesto a lograr sus propósitos rodeándonos con su brazo que gritándonos al oído. Nuestro César hoy parece indefenso. Por supuesto, está triste por la pérdida de Willowjack y quizá su dolor le ha dejado mudo. Es posible que de un momento a otro levante la cabeza y de nuevo tome las riendas. Pero no, esta evidente sumisión ante un hombre más joven raya en el servilismo. Más bien parece temor. Y es peor aún a causa del porte oficioso y de la gélida y enérgica actitud del otro a la hora de buscar y conseguir la obediencia de todo el mundo. «Que Dios os bendiga», dice al fin. «Y que Dios se apiade también de uno de vosotros».

El amo Kent me agradece que lo acompañe al marcharnos del granero. Necesita «una mano amiga que lo reconforte». No sólo ha perdido a su yegua, también ha tenido que luchar para salvar su cuerpo de los oportunistas.

—Mi primo me ha llamado derrochador por no permitir cocer el cuerpo *inútil* de un animal para aprovechar su grasa —me dice—. Yo le dije que el caballo había sido demasiado leal y amado como para ser recompensado de ese modo.

La respuesta del amo Jordan fue que también él había querido mucho a su mastín Blunt. Evidentemente, había sido un perro tan fiero y eficaz como cualquier carcelero. Pero aun así donó sus seis kilos de grasa cuando se hizo demasiado viejo

para cumplir con su deber y tuvo que ser despachado.

—Quizá soy poco previsor al no dejar que Willowjack sirva a ese mismo propósito —añade mi patrón, acercándose para que nadie le oiga—. Pero me he mantenido firme y he ganado la discusión... por una vez. Si lograra ganar al primo Edmund en todas las disputas... —nervioso, de repente se lleva un dedo a los labios—. Los dos deberíamos mantener la boca cerrada por el momento. ¿Me entiendes?

El amo debe sospechar que el señor Quill me ha contado ya cuáles son los motivos de la gira campestre de su primo. Me pide que mantenga en secreto no sólo lo que ya parece obvio —que su primo le ha usurpado legalmente su hacienda y sus tierras— sino también los detalles de la difícil y lanuda prueba que se cierne sobre todos nosotros. Espera poder ganar alguna de las próximas discusiones antes de que una sola pezuña comience a hollar esta tierra. Pretende aplacar primero los argumentos de su primo antes de que este se dirija de nuevo a nosotros, sus amigos. Estoy convencido de que el plan que trazó, nada más recibir el aviso de que el amo Jordan venía de camino a reclamar su herencia, justo antes de que comenzáramos a recoger la cebada, fue el de plantar batalla, protegernos con sus buenas razones y hallar el modo de librar al menos alguna de las tierras comunales para que nosotros —los pastores y esquiladores del próximo año— pudiéramos soltar libremente a nuestras bestias, además de preservar parte del bosque. «Mientras mis convecinos gocen de seguridad», le dirá, «y tengan trabajo, pan y un techo sobre su cabeza hasta el día en que los llame la muerte, estoy seguro de que tu rebaño de ovejas será recibido con hospitalidad...».

Pero no ha sido así. Y de algún modo el pueblo entero ya arrastraba consigo la desgracia antes de que el futuro llegara montado a lomos de un caballo, antes de que el Sueño de las Doradas Pezuñas se acercara a esta región. Estaban los fuegos, las palomas, los arcos tensos y amenazantes. La mujer y su inquietante rostro arruinando el baile. Estaba el cuerpo inerte en la picota, o lo que los cerdos dejaron de él. Es como si una fuerza impía hubiera salido del bosque durante los últimos días con el único fin de disfrutar sembrando el caos en este tranquilo lugar. Y ahora, lo peor —si es que es correcto pensar que la muerte de un caballo es peor que la de un hombre—, su Willowjack ha muerto. Es algo doloroso. Era el caballo de la señora Kent. Y también aterrador, pues quien mató al caballo también estaba apuñalando al amo Kent. Por supuesto, no se puede sincerar conmigo de ese modo ni abrirme aún su corazón. Estamos rodeados por los hombres de su primo. Y el amo Jordan también está cerca en todo momento. Tan sólo se encoge de hombros, un pequeño gesto de sus manos, mandíbula y boca pero tristemente elocuente. Parece decir: «Estos son nuestros días más oscuros, viejo amigo». Yo levanto las cejas a modo de asentimiento. Efectivamente, nunca hemos vivido un día más estremecedor.

Nos hemos alejado del granero lo suficiente como para que nadie nos oiga. El trabajo sigue su curso y el grano pronto estará limpio. El señor Quill, el administrador Baynham y el caballerizo son los únicos que no han estado presentes, aunque

imagino que los dos primeros están trabajando, como improbable pareja, en sus dibujos y manuscritos. Espero poder reunirme con el señor Quill esta tarde mientras prepara sus pinturas y pergaminos, como era su intención originalmente, pero por el momento he de actuar como el «hombre de confianza del primo Charles» y dirigir al grupo hacia los hogares de nuestras familias, el corazón de todo, identificar con su nombre a sus ocupantes ausentes y después permanecer junto al amo Kent mientras su primo político y sus ayudantes entran en las casas para descorder cortinas, arrancar mantas y cobertores, abrir baúles y arrastrar de un lado a otro barriles y bancos en busca de un puñado de harapos ensangrentados. Me resulta extraño contemplar tantas estancias privadas y ser testigo de lo exiguas que resultan algunas de ellas, ver las abultadas camas, las modestas posesiones, los desvencijados muebles. Me sorprenden el orden y la suciedad, los restos de la cena de la noche anterior en algunos casos y la ausencia de ellos en otros. Lo que es seguro es que es imposible adivinar, por su modo de trabajar o de cuidar a sus gallinas, qué tipo de vida lleva una persona tras los muros de su casa.

Me siento avergonzado cuando llegamos a casa de los Carr. John y yo nunca hemos visitado la casa del otro. Somos buenos amigos pero solamente nos vemos y hablamos al aire libre. Nos sentamos en el banco junto a la puerta y estamos de acuerdo en que los vecinos no deben fisgonear. Los vecinos deberían ser sordos y ciegos. «Tengan cuidado», les digo a los hombres antes de que entren. Pero son demasiado impacientes y fríos para preocuparse. Siento que mi petición sólo ha conseguido levantar mayores sospechas sobre los Carr. Tengo que alejarme. No puedo soportar escuchar semejante alboroto. John nunca podrá comprender por qué no entré con ellos e intenté detener sus destrozos.

También resulta embarazoso esperar junto a la puerta de la viuda Goose y escuchar cómo vuelcan la cama, todavía cálida, imagino, por nuestros cuerpos. Aún meciéndose, posiblemente. Pero hasta el momento no ha aparecido ningún rastro de la carnicería, ni siquiera en casa de Abel Saxton. La única sangre que aparece es la de un pañuelo en mi casa. Me veo obligado a enseñarles la mano y además cuento con el apoyo del amo, que les informa de mi valor durante el incendio del establo. Evidentemente conseguí salvar buena parte de su heno. Sólo entonces el amo Jordan se convence de que no soy un sospechoso.

Así llegamos a la última de las aproximadamente veinte casas habitadas y podemos hacer un descanso mientras los tres ayudantes van a mirar en la pocilga, en las letrinas y en el cobertizo del alambique, en las barracas y en cualquier rincón o grieta donde pudiera ocultarse una camisa ensangrentada. El amo Jordan en persona camina por el sinuoso sendero que conduce a la casa en la que se crió mi esposa Cecily. Y es él mismo quien casi de inmediato vuelve a salir hacia la luz dando un grito de satisfacción y sosteniendo un pesado trozo de tela empapado en sangre. Al principio, el amo y yo pensamos que es demasiado oscuro para ser el chal de terciopelo de la mujer. Pero enseguida la verdad es innegable. Desde un primer

momento, la luz del sol hace brillar sus hilos de plata y, cuando a continuación extiende la prenda, ya no hay duda sobre el color, un intenso y profundo malva turco. «Vuelve a sacudirlo», siento el impulso de decirle a quien lo sostiene, «para que veamos cómo cae sobre ese lecho de cardos».

Pero consigo apaciguar mi lengua y también lo hace el amo Kent, incluso cuando su primo arroja el chal por encima de un cercado y nos invita a identificar a su propietaria.

—Dime su nombre —exclama el primo dirigiéndose a mí, el aldeano, alguien en quien a pesar de todo parece confiar, aunque posiblemente sólo sea por el mero hecho de que soy menos robusto o mi cabello es menos rubio que el de los demás.

—No sé cómo se llama —respondo, y en efecto no es del todo mentira. Le pongo rostro sin embargo. Puedo describir su cráneo bruscamente afeitado que, días después ya, estará cubriéndose de nuevo de pelo. No confundiría sus ojos oscuros y brillantes como la belladona con los de ninguna otra mujer del pueblo. Pero aparte del sobrenombre de señora Beldam con el que el amo Kent la bautizó, carece de título con el que poder identificarla.

—Nunca he visto a ninguna de mis vecinas llevando algo así. Honestamente —digo.

Dejo en manos de mi patrón la responsabilidad de reconocer la prenda y al culpable y de llevar a cabo su incómodo deber. Ya habrá llegado a la conclusión de que la mujer que escupió a Willowjack también la asesinó. Se coló a escondidas en el granero en el que poco antes había puesto fin al baile, buscó una escarpia entre las herramientas y de algún modo se las arregló para levantar la pesada piedra del solar de la iglesia y dejarla caer sobre la pobre bestia con malévola y colérica fuerza. De otro hombre que no fuera el amo Kent yo mismo esperarí una respuesta igualmente malévola y colérica. Amaba a su Willowjack. Sin embargo, ni siquiera parece sorprendido al relacionar a la mujer con el caballo. No cree que su acción tenga justificación posible, en todo caso. ¿Por qué descargar su ira con un caballo? De cualquier modo, la mujer actuó de forma comprensible. Su pariente —y aún no sabemos qué parentesco los unía, probablemente su padre— fue arrastrado hasta la picota por orden del amo Kent y abandonado allí para ser devorado por los cerdos. ¿Qué hombre con corazón negaría que la mujer tenía motivos? Tampoco me sorprende que el amo Kent no revele a su primo Edmund Jordan la identidad de la propietaria del chal. Está preparado para asumir él mismo la culpa por la muerte de Willowjack pero no se escuda en una esquivada y engañosa verdad, como he hecho yo. En lugar de eso, dice: «Ese chal era de mi mujer, tu prima Lucy Kent». No hay ni un solo aldeano en los alrededores que pueda permitirse un chal como ese, ni tampoco la oportunidad de conseguirlo. Y eso sí es cierto.

El amo Jordan asiente.

—¿Entonces quién vive en esta casa abandonada? A mí me parece que alguien ha estado durmiendo ahí.

—Posiblemente un vagabundo. Un saqueador nocturno.

El amo sacude la cabeza, tratando de ganar tiempo al hacer gala de su perplejidad. La historia que finalmente sugiere es esta: alguien llegó en mitad de la noche, algún rufián. Se coló en la hacienda y, al descubrir en ella más actividad de la esperada y a demasiados hombres de sueño ligero, decidió marcharse con el chal de terciopelo de Lucy como único trofeo.

—Estaba colgado en su viejo telar hasta la otra noche —explica—. Nuestro visitante nocturno probablemente querría tratar de venderlo en cuanto llegara a algún pueblo, o quizá sólo quisiera abrigarse con él durante la noche en esta vieja casa. Pero antes intentó robar la mejor montura para sus futuros viajes —el amo Jordan asiente de nuevo—. Por supuesto escogió a Willowjack en lugar de fijarse en tus serviciales caballos, primo Edmund —el amo Kent prosigue, calentando su historia—. Pero Willowjack es leal y asustadiza. No me resulta difícil creer que nuestro hombre recibió una coz. O quizá un fuerte mordisco. Una persona vulgar y violenta a buen seguro sentiría el impulso de vengarse por algo así.

El amo Jordan frunce los labios. Está meditando sobre lo que acaba de escuchar. No es un simple moralista de corazón duro como la piedra que pretende dar una lección sobre lo ocurrido a costa de cualquier aldeano. Sin embargo, la muerte del caballo podría servir a sus propósitos, pues sin esfuerzo alguno conseguiría dejar una profunda huella sobre toda esta futura prole suya. No hay nada como la exhibición de fuerza y justicia —y la de un cadáver balanceándose en el cadalso— para persuadir a un populacho tan poco acostumbrado a cualquier disciplina formal, un grupo de gente cuya conformidad en cualquier asunto, incluidos los relacionados con la lana y los cercados, sería casi imposible de conseguir de otro modo. Ya ha hecho promesas y amenazas. Ya ha invadido y asaltado los hogares de toda la comunidad. Perderá control y credibilidad si lo que el amo Kent ha contado es cierto. El bellaco no era un hombre del pueblo. El miserable llegó y se fue por donde había venido, al parecer.

—Que así sea entonces —dice dubitativo y al parecer sin darle importancia a que mi amo haya cogido el chal de terciopelo, empapado en sangre de caballo, mientras dice que lo hará lavar enseguida para devolverlo al lugar donde pertenece, la habitación de Lucy.

Pero el amo Jordan aún está buscando el modo de salvar su posición y de demostrar su lealtad a la justicia.

—Ese hombre que pasa la semana ocioso en la picota es el responsable de quemar tus propiedades y de matar a tus palomas, ¿no es eso cierto? —pregunta finalmente, casi con una sonrisa. Mi patrón apenas es capaz de encoger levemente la barbilla en gesto de asentimiento. Ni siquiera un sí—. El mismo, según creo, que te amenazó de muerte para vengarse.

—Es cierto. Pero sólo en el calor del momento. Además, está bien encadenado y no es posible que haya hecho ningún mal a Willowjack, excepto con alguna brujería —responde el amo.

El primo no está escuchando.

—No es mi intención cargarle con la culpa de lo ocurrido al caballo. A menos, por supuesto, que se pueda probar tu sugerencia sobre algún tipo de brujería. Pero debemos interrogarlo —dice—. Es lo mínimo que podemos hacer por tu honor, querido primo, acusarlo de sedición e incitación. Tú eres mi testigo. Él mismo dijo que pensaba asesinarte. Ahora soy el amo de este lugar sin haberlo pedido expresamente y me descubro de repente en el papel de magistrado. Creo que ya es hora de que llevemos este caso ante un tribunal. Y lo digo con gran pesadumbre.

Entonces se vuelve hacia nosotros, se gira lentamente contemplando el horizonte, abarcando con la mirada todo lo que hasta ahora no le pertenecía. Está claro que la conversación se ha terminado. Nuestro modo de vida lo enfurece. Le exaspera el desorden que ha descubierto en este pueblo. Suspira dramáticamente, para que no tengamos ninguna duda. Nosotros mismos nos hemos buscado este problema. Y él mismo le pondrá fin, de forma repentina e impaciente, si es necesario. Contemplo su mirada.

—¿Y bien, Walter Thirsk? —dice, tratando de catalogarme.

Intenta sopesar, creo yo, cuán útil le puedo ser. Yo asiento, admitiendo que así me llamo, nada más. Posiblemente lo interpreta como un gesto de complicidad por mi parte. Me ve como el hombre que no hace demasiado tiempo —doce años— pudo haber visto el pueblo como él lo ve hoy día, una pánfila y perdida mancomunidad sierva del hábito, de la costumbre y la rutina, de la pérdida de tiempo, de la indolencia y de la lentitud.

Una vez más se da la vuelta, pero esta vez sonrío. Levanta los brazos, con las palmas hacia arriba como un predicador, extiende los dedos hacia la tierra que hay ante él.

—¡Nada más que ovejas! —dice, y ríe a carcajadas.

Su broma, creo yo, es la siguiente: nosotros somos las ovejas, y ya estamos aquí rumiando hierba. No hay nada más penoso que nosotros, piensa. Nadie tan débil. Nada puede igualar nuestro temeroso mal humor, nuestras vacías vidas, nuestros escuchimizados y estúpidos rostros, nuestra dependencia, nuestra cobardía y nuestras quejas. Estoy seguro de que le encantaría perdernos a todos de vista. Poner fin a toda esta parsimonia nuestra. Reemplazarnos por un ganado más noble.

Esta tarde disfruto de la agradable compañía del señor Quill y no puedo evitar imaginar el tipo de vida que tendría junto a él si consiguiera escapar al lanudo porvenir de nuestros campos marchándome para trabajar a su lado. Ese al menos es el plan que estoy madurando. Podría irme de aquí en una semana si él me aceptara y mi amo consintiera que me fuera. No me resulta agradable la idea de separarme de Charles Kent después de toda una vida en su compañía, de tantos años a su lado, pero menos agradable aún es la perspectiva de pasar los días que me quedan bajo la tutela de su obcecado primo. Así que hago todo lo posible por llevar a cabo mis tareas del modo más meticuloso para el señor Quill, aunque —la verdad sea dicha— he exagerado ante él mis cualidades a la hora de preparar la vitela que necesita para la copia definitiva de sus mapas con el cierre de los pastos. «La mejor vitela», me dice mientras se frota delicadamente la parte interior del brazo a modo de ejemplo, «es suave y uniforme pero al mismo tiempo ha de poseer una textura especial. Y ha de ser lo suficientemente fina para que la luz de una vela pueda brillar a través de ella». Haré todo lo que esté en mi mano para conseguir la pieza que necesita. No puede ser muy diferente de curtir la piel para un delantal o un zapato.

He sacado la piel de ternero del balde con agua salada, estiércol y cal donde ha estado sumergida durante los dos últimos días, desde que fue retirada de lo alto de las vigas del granero y traída aquí, goteando grasa y salmuera, dejando atrás el lugar de la muerte de Willowjack, siguiendo la vereda que rodea la casa del amo hasta llegar a la trascocina reservada especialmente hoy para la elaboración de los mapas. Puedo decir con alivio que mi mano se está recuperando muy bien. La herida no ha conseguido vencerme, aunque aún está muy tierna en la parte central para permitir que me una de nuevo a los espigadores y los aventadores con sus pesados aperos. Por eso es un alivio poder llevar a cabo una tarea útil tras estos tres últimos días de angustiosa ociosidad.

El señor Quill necesita que prepare la piel del ternero mientras él revisa sobre el papel los mapas de nuestros prados y tierras comunales y elabora la versión definitiva de cuanto ha observado a su alrededor desde su llegada. Hablamos en voz baja para que ni el amo Jordan ni ninguno de sus sirvientes pueda escuchar una sola palabra de mi narración de las intrigas y engaños escuchados esta mañana. Y las amenazas. «Temo por nosotros», dice. Su uso del *nosotros* es accidental —tan sólo ha estado con *nosotros*..., ¿cuánto?, ¿cuatro días?—, y sin embargo muy revelador. Puedo ver en su expresión que él mismo se ha sorprendido al decir *nosotros*. Evidentemente, el señor Quill está echando raíces aquí involuntariamente mientras mi intención es arrancarlas de esta tierra lo antes posible.

—Es la mujer quien más ha de temer... —digo.

Los dos estamos de acuerdo en que es necesario encontrar y advertir a la señora Beldam, quien indudablemente ha despertado en ambos ciertos sentimientos, a pesar

de sus desmanes y ofensas, o posiblemente a causa de ellos. Es sólo cuestión de tiempo que nuestro novísimo magistrado o alguno de sus tenientes relacione el chal de terciopelo con su más reciente propietaria, pues no hay nadie en el pueblo que no la haya visto luciéndolo, bien la mañana en que los aldeanos visitaron la choza de los recién llegados el día de descanso o en el granero durante el festín y el baile esa misma noche. Alguien hablará tarde o temprano. La historia del amo Kent afirmando que la prenda pertenecía a su mujer quizá servirá para ganar algo de tiempo para la señora Beldam, pero tan sólo será una pequeña prórroga que posiblemente le hará merecedor del desprecio de su primo.

Podríamos y deberíamos dejar a un lado nuestras herramientas y dirigirnos a la vivienda donde fue encontrada la prenda ensangrentada. Ambos tememos que, en efecto, la señora Beldam ya haya regresado al refugio donde evidentemente pasó la noche. Y eso es peligroso. No hay duda de que el trío de esbirros, que actualmente no tiene nada más que hacer aparte de jugar a ser alguaciles, andará husmeando en este preciso instante, buscando en cada grieta y en cada rincón nuevos cuerpos del delito que poder presentar ante Edmund Jordan. Ninguno de nosotros quiere que esos hombres le pongan siquiera la vista encima a la señora Beldam. Comprendemos bien la impresión que pueden causar sus ojos y su cabello. Especialmente sus cabellos, pues ahora que han sido afeitados y crecen tan tímidamente como el pelaje de un conejo sólo intensificarán su natural insolencia y vulnerabilidad. Es demasiado tentadora para la vista. Semejantes caballeros, con demasiado tiempo libre, no serán precisamente amables con la señora Beldam si la encuentran sola en mitad de esas ruinas más allá del granero de trilla. Ojalá tenga el suficiente sentido, tras haberse vengado, para volver a perderse en los bosques de donde vino y construirse un nuevo refugio de troncos y turba. Pero fuera de los límites de nuestra parroquia esta vez, donde ninguno de nosotros tiene libertad para moverse.

—Nosotros la buscaremos —dice el señor Quill con la voz quebrada por cuanto implican sus palabras—. Pero no mientras... —señala entonces su oreja con un dedo — alguien pueda escucharnos.

Baynham, el administrador, está cerca al parecer. Escuchamos sus pasos en la habitación de arriba y poco después lo encontramos en la escalera. Revolotea como una abeja alrededor de una ciruela, y las abejas —como he podido aprender a lo largo de estos años— adoran las dulces travesuras por encima de todas las cosas. Algo desagradable e insólito nos ha ocurrido a todos. Y en cuestión de unos pocos días nos hemos vuelto todavía más desconfiados con respecto al mundo exterior.

—Podría estar en cualquier sitio —digo—. Pero sin duda hay un lugar que tarde o temprano visitará.

Su pariente que aún sigue con vida ha de comer y beber. Ella no permitirá que muera encadenado a uno de los brazos de la cruz de nuestro pueblo. Irá de noche, cuando es más seguro y nadie pueda verla, excepto los búhos, los zorros y la luna, para reconfortarlo y cuidar de él. Es ese un deber que ninguno de mis vecinos está

dispuesto a asumir pero que sin duda la señora Beldam ya ha hecho suyo. De modo que hemos acordado que, en cuanto los hombres del amo Jordan se hayan retirado a dormir, el señor Quill y yo seremos como los búhos de grandes ojos redondos y pacientes, esperando escuchar los apresurados pasos de unos diminutos pies. Escondidos en un improvisado refugio de ramas y hojas y con nuestras capas de monótonos colores, que también nos harán parecer envueltos en un oscuro plumaje. Pero, ¿y cuando aparezca? Bueno, no somos capaces de imaginarlo. De momento estamos satisfechos por poder estar ocupados con nuestro trabajo, pero es obvio que no podemos pensar en otra cosa que no sea esa mujer.

Limpio el leve manto de briznas de paja que cubre las baldosas y extendiendo en el suelo la piel de ternero. Ahora puedo distinguir el punto exacto donde comenzaron a rajarse a este animalillo criado a mano, cuya jugosa y succulenta carne fue nuestro manjar durante la fiesta de la cosecha. La punta del cuchillo penetró a la altura de su nuca y siguió deslizándose por la espina dorsal, a continuación se despegó la piel a la altura de los costillares y finalmente fue abierto en canal para su despiece a manos del matarife. Ambos flancos todavía están unidos a la altura de lo que fue su vientre, donde se percibe un irregular pliegue en la piel. En toda su extensión, el pellejo es lo suficientemente amplio como para proveer al señor Quill con un amplio y proporcionado rectángulo para completar su trabajo. Cojo un cuchillo de filo romo y me arrodillo sujetando firmemente la piel aún empapada con las rodillas mientras comienzo a rascar con la mano buena. El cuchillo elimina cualquier desperdicio, cualquier resto de cal y jirón de carne, pero tengo que arrancar con los dedos uno por uno los pelos que hayan quedado. La piel todavía no se ha vuelto elástica, *vitélica* podría decirse. Aún es demasiado gruesa y resistente. He de conseguir que sea flexible. No puedo decir que sea un trabajo fácil. Tampoco disfruto lo más mínimo intimando de este modo con un animal al que conocí y que me agradaba (y al que de hecho me comí). Pero veo todo esto como un examen. Para el señor Quill esta puede ser la demostración de que, si alguna vez necesita un ayudante, yo soy su hombre. Así que hago todo lo que puedo por no quejarme. Me concentro para conseguir que el pellejo sea suave, fino y uniforme. Estoy decidido a pasar la prueba de la vela encendida.

En un lugar tan exiguo y cerrado el olor es nauseabundo. La carne que no se ha desprendido durante el remojo ha empezado a pudrirse. Tengo que apartarme cada poco para respirar algo de aire un poco más limpio. Si me pusiera en pie demasiado bruscamente me desmayaría. Pero poco a poco puedo sentir que la piel empieza a ceder bajo mi mano. Se ablanda y se hace más fina. No creo que esta vitela vaya a ser de la mejor calidad posible. Es un trabajo apresurado y carezco de la experiencia y la habilidad necesarias. He cometido errores. Ni siquiera estoy seguro de si debía remojar la piel en estiércol y cal. Hasta ahora nunca había sido necesaria una vitela por estos contornos. Sin embargo, el señor Quill no parece descontento después de acercarse para constatar mis progresos y palpar la piel con sus dedos. Evidentemente,

la superficie es aún demasiado correosa, lo bastante para retener sus tintas y colores pero no tanto como para absorberlas.

El señor Quill trabaja en sus bocetos preliminares. Experimenta esperando descubrir qué trazos de colores puede emplear para escribir una historia de nuestros campos de cultivo —que pronto serán pastos para las ovejas— fácil de descifrar. Desde donde yo estoy, arrodillado en el suelo, el suyo me parece un trabajo femenino. Sus herramientas son cubiertos, piedras de afilar y morteros no más grandes que una cáscara. Casi espero de un momento a otro oler las especias de un pastel. Nuez moscada al menos. Pero lo único que percibo aquí, además de la podredumbre de la carne del ternero, son los empalagosos olores de la cola y la lejía. Es obvio que se siente cómodo en mi compañía, ahora que puede hablar libremente, sin necesidad de susurrar. No tiene importancia si algunos de los hombres de Jordan le escuchan. Ahora sólo habla de procedimientos, me mantiene informado y al mismo tiempo se recuerda a sí mismo cada paso que habrá de dar durante la elaboración de las mezclas para obtener colores. Utiliza palabras que raras veces he escuchado antes, como lapislázuli y esmalte. Están relacionadas con los tonos azules emergentes que ya adornan las puntas de sus dedos y también sus mejillas y su apuntada barba. Se supone que he de percibir los matices, las diferencias —aunque la luz aquí es muy tenue— entre el azulón, el tornasolado y el índigo que, uno por uno, me va mostrando en pequeños fragmentos de pergamino. Se siente tan cómodo con sus colores como yo he aprendido a estarlo con los de las nubes y con las extrañas mezclas que consigue el cielo. Yo tengo mis propios azules: unos anuncian los días de cosecha (pues no lloverá) y otros prometen terribles heladas; y hay algunos, más profundos, oscuros y pesados, que sólo se exhiben, silenciosa y brevemente, en el instante en que el sol ha comenzado a retirarse a su alcoba pero los vitrales del cielo aún no se han oscurecido por completo. Es el azul que nos dice que ya podemos relajarnos, dar la jornada por concluida y descansar.

De modo que la tarde transcurre cómodamente ante la perspectiva de nuestra cita nocturna. Algo en el ambiente de esta habitación me hace recordar el invierno, no porque haga frío sino por las tareas que nos ocupan. Y eso es algo reconfortante. Lo que más echo de menos, desde que mi Cecily se fue, y más ahora que siento la tentación de abandonar este lugar, son esos días fríos, silenciosos y aplastados por densas nubes en la estación muerta, en los que si era lo bastante estúpido para salir de casa y exponerme al frío y a la oscuridad sin luna de la noche, no veía otra cosa que a alguno de mis vecinos encogido a la luz temblorosa de una vela, y lo único que se podía escuchar, aparte del crujido del hielo bajo mis pies, era el laborioso trajín de ciertas herramientas. Esta es para nosotros la estación de los remiendos y los apaños. Los chiquillos labran cucharas en madera de tejo o tapan los agujeros de tazones y cántaros. Los padres cambian los mangos de las horcas y los rastrillos y sus mujeres e hijas confeccionan ropas nuevas o zurcen las viejas. Las familias se reúnen apretujadas ante las ascuas del hogar en concentrado silencio y se preparan para el

nuevo año.

En nuestra casa, mi mujer y yo nos disponíamos a trabajar la cisca y el mimbre que yo mismo recogía durante el otoño; hacíamos cestos y fuentes por encargo a cambio de un pedazo de jamón, digamos, o de un tarro de miel. Esas noches eran las más dulces y reconfortantes. No tenía importancia que la primavera aún estuviera lejos ni que lo único que podíamos llevarnos a la boca fuera un poco de pan ázimo de cebada mojado en caldo, que cada día fuera un viernes sin carne. Del mismo modo ahora, en la atenta compañía del señor Quill, vuelvo a escuchar los mismos ajetreos sonidos. Mientras mi mirada no traspase el umbral de esta estancia seguiré perdido en épocas lejanas y más felices.

Durante un tiempo y mientras estamos absortos en el trabajo, los encuentros y descubrimientos de esta mañana consienten en alejarse y ser olvidados. Nuestra conversación es íntima y relajada. El señor Quill tiene la gentileza de mostrar interés por mi historia. Esta es mi oportunidad de decir lo ansioso que, ahora que mi Cecily se ha ido, estoy por un cambio. Un cambio y una aventura.

—Ninguna que suponga pasar un solo día rodeado de ovejas —añado—. Trabajar la vitela, en cambio, es una agradable tarea.

Él asiente mientras hablo. Me comprende, o eso creo. Su asentimiento me permite suponer que discutirá el asunto con su anfitrión.

—¿Y a usted, señor? —le pregunto al señor Quill—. ¿Le aguarda acaso alguna aventura?

Su historia es breve. Nunca ha estado enamorado. No tiene mujer a la que dejar viuda y sus padres han fallecido. Su hermano mayor es el heredero legítimo de la herencia familiar: la casa, un almacén y una embarcación fluvial comercial que transporta todo tipo de mercancías, desde pescado hasta telas. Pero el señor Quill no es un hombre de fortuna, dice, «ni en bienes materiales ni tampoco en lo personal, como puede ver. El lado izquierdo de mi cuerpo es como madera desde el hombro hasta las costillas. Una parálisis repentina. Algo relacionado con los huesos cuando era niño».

«¿Entonces no fue a causa de un accidente?», aventuro yo. «No fue fulminado por un rayo ni pateado por un caballo, como le oí decir al amo Jordan la tarde pasada».

—Ese era mi chiste en la escuela, mi habitual escudo contra... —comienza a decir, pero sacude la cabeza. Evidentemente no quiere volver a hablar de rayos—. Sea lo que sea no tiene importancia. Me criaron de tal modo que pudiera llegar a comprender que no soy apto para el trabajo al aire libre y sin embargo soy muy competente para ciertas tareas, digamos, de interior. No puedo ayudar a mi hermano a bordo de su embarcación ni en su almacén. ¿De qué le serviría? A causa de mi torpeza ni siquiera he podido encontrarme una esposa. De modo que he hallado la felicidad en esto... —dice señalando los apuntes y bocetos que hay sobre el escritorio—. Acércate, Walter. Observa cómo los colores ennoblecen cada uno de mis trazos.

Mientras yo trabajaba la piel para obtener la vitela, el señor Quill ha transformado

sus garabatos y dibujos en algo sumamente extraño y hermoso. Hasta el momento no hay caligrafía por ningún lado. Sólo formas, líneas y color. Sin embargo, reconozco enseguida su misterio y su magia. He observado diseños de la misma complejidad, no menos inefables que estos, al pelar la corteza de árboles moribundos y la fina película blanca como el papel que recubre el tronco de los abedules. Los he visto en los líquenes que crecen sobre las piedras, en los musgos que rodean los cenagales y escondidos en la cara inferior de las alas de algunas mariposas. A lo largo de los años he encontrado esbozos semejantes en los lugares más insospechados de esta región. Solamente tenía que levantar una piedra o darle la vuelta a un tronco caído en mitad del bosque o a una hoja. Las estructuras y adornos que revelan parecen tener el mero propósito de ser descubiertas por el ojo del ser humano. Sin embargo, ninguno de ellos puede compararse en viveza con los diseños del señor Quill. Sus esfuerzos son más pulcros y alocadamente bellos y coloridos —y ciertamente más azules— que cualquier espectáculo que la naturaleza pueda ofrecer. Son un goce en sí mismos y desde luego mucho más hermosos que una espiga de cebada.

—Este que ves aquí y ahora —me dice— es mi auténtico inventario. Es cuanto existía en este lugar antes de que Edmund Jordan el Joven trajera su progreso...

—¡El rey Edmund II! —sugiero.

—Eso es, dejemos que el hombre se corone como tal.

El señor Quill quiere saber si soy capaz de identificar el campo de cebada. Vuelvo a mirar, esperando encontrar alguna pista. En esas líneas negras como el carbón, quizá. O en los lugares donde los trazos de pintura son más gruesos, o puede que donde han quedado más finos y casi imperceptibles a causa de las burbujas del papel. Pero solamente cuando recoloca la pintura, girándola algunos grados ante mí, creo reconocer los pliegues y la pendiente del prado, las zonas bajas en las que la cebada se ve obligada a crecer en suelo hostil, los extremos más elevados donde la cosecha siempre es más rica y valiosa, el sombreado más oscuro donde la maleza comienza a apoderarse del entorno, la sinuosa silueta de lo que sin duda ha de ser nuestro arroyo.

—Exactamente —dice el señor Quill cuando le indico mi respuesta con un dedo, dejando un leve borrón en la pintura—. Y aquí he colocado la línea de demarcación de vuestras tierras.

Ahora puedo distinguir el camino cenagoso y también el Cagadero, que aún no ha sido bautizado oficialmente como el Pantano de las Flores. Ahí está el altozano. Y un poco más allá se extienden nuestros densos y hermosos bosques de espigados árboles. Nuestros muros defensivos erigidos a base de zarzas y matorrales. La iglesia que nunca se construyó. Nuestras tierras comunales y nuestros hogares. Nuestro reino otrora seguro y tranquilo.

Vuelvo a mirar, pero esta vez de soslayo, sin fijarme en los detalles. Nunca había tenido realmente una visión tan general de cómo es esta tierra, de las formas que adopta; de cómo las estrellas brillan sobre nosotros o qué es lo que ven los halcones y los cernícalos al planear. Han pasado muchos años desde la última vez que contemplé

estas tierras a una distancia mayor que la loma de los tréboles. Fue el primer día, de hecho, cuando hace doce años llegué junto al amo Kent y contemplé a lo lejos, desde el manto verde pálido de las vaguadas más elevadas, el cuenco verde oscuro —no, *valle* no es la palabra adecuada— en el que se asienta nuestra comunidad, escondida entre ríos distantes y a salvo de lo que carece de nombre. Pero si olvidamos ese momento, nunca le había puesto forma a esta región. Ahora sé que el contorno del pueblo es el perfil de un hombre de recio cráneo, un busto, para ser más preciso. El cuello y los hombros son los pastos, donde se alimentan nuestras vacas y cabras. Los cuatro grandes campos dan forma a su rostro. Su oreja, el estanque, es tan pequeña como la de un niño. Apenas tiene nariz, donde se supone que está la colina de los tréboles. Los bosques son su cabello.

Es una extraña experiencia —algo enervante en cierto modo— poder contemplar al mismo tiempo el bosque, las tierras comunales y los campos de cultivo. Verlos unos al lado de otros o separados tan sólo por el grosor de mi dedo pulgar, cuando sobre el terreno jamás los he podido observar con semejante proximidad. Aquí, el campo en barbecho de un color verde savia parece estar pegado, gracias al cautivador azul oscuro de un bosquecillo en la cima de un risco, al amarillo grisáceo de los rastros del campo de cebada. Son como vecinos que intercambian miradas a través de los árboles. He atravesado a pie un millar de veces esa espesura que ahora cubre mi pulgar. Es fácil hasta que te acercas al risco. El campo en barbecho posee una suave pendiente, de manera que se drena fácilmente y la tierra se mantiene en su sitio. Por lo general casi no hay barro, pero sí cantos rodados que se clavan en los pies al caminar. Después, al llegar al risco, hay que seguir avanzando por la pista de ganado y descender un poco colina abajo mientras el bosquecillo se espesa a tu derecha, para llegar a otra suave elevación. Una vez allí, un estrecho sendero se abre camino entre los zarzales hasta llegar al prado en el que ahora mismo, esta tarde, nuestro ganado continúa espigando el grano. Es precisamente en ese punto donde los árboles se elevan en toda su exuberancia y no permiten ver ninguno de los prados. Estás rodeado de vegetación. De hecho, no hay ningún lugar a lo largo de todo el paseo — que lleva su tiempo y no poco esfuerzo— desde el cual se puedan ver a la vez el prado en barbecho y el campo de cebada. Para conseguirlo habría que trepar a un árbol. O ser un pájaro.

De modo que el testimonio del señor Quill no es tan honesto como a él le gustaría. Bajo su plumilla, nuestra tierra resulta excesivamente simple y colorista. No hay sombra ni penumbra por ningún lado. Hay demasiado malva y demasiado azul. Ha plantado demasiadas clavellinas por todas partes. No hay pendientes ni lomas. La tierra no supone ningún desafío: es una mentira. No ha capturado el tiempo: cuánto puede durar un paseo, cuántas horas requiere determinada tarea, cuánto duran las estaciones o cuán larga es una noche. Ningún hombre ha contemplado antes semejante vista. Y sin embargo, no deja de ser hermoso. Además, llegados a ese punto y aunque me cueste reconocerlo, se trata al fin y al cabo del mapa del señor

Quill, el mapa de los pastos ovejeros que se ciernen sobre nosotros. Pero este mapa es aún más colorista y recargado que el mundo que conocen mis ojos. Los retales de que se compone están bien ordenados. Los prados son más pequeños y han sido parcelados y delimitados. El frondoso bosque, con sus palotes agrupados a modo de árboles, casi ha desaparecido. Ya no puedo encontrar ni ojo ni oreja. El hombre de recio cráneo ha perdido su rostro.

—¿Qué le parece entonces? —me pregunta el señor Quill.

Me tomo la cuestión como una prueba. No quiero decirle que sus pinturas no son tan honestas como él pretende. Pero a la vez me resulta difícil alabarlas de forma demasiado efusiva por el mero hecho de ser simplemente bonitas, una especie de visión del mundo —nuestro pequeño mundo, de hecho— que nunca antes había contemplado y que me ha dejado extrañamente conmovido y sin aliento. Con su ayuda, al fin consigo encontrar el sentido a estos papeles coloreados todavía limpios de nombres y de marcas. Complican el mundo para simplificarlo. Finalmente he conseguido traducirlos y sería capaz de decir dónde nos encontramos en cada momento. Puedo señalar con el dedo el lugar en el que estoy de pie ahora mismo. Pero aun así sigo sin ser capaz de adivinar dónde estaremos dentro de unos días o unos años. De ahí mi aliento entrecortado. Hay algo en esas líneas y esos trazos, en esos azules y verdes aparentemente fortuitos, que a pesar de su viveza los hace parecer desolados.

La pequeña Lizzie Carr y su lazo verde pasarán esta noche bajo la custodia del amo Jordan, y también lo estarán (o al menos ese es el rumor por el momento, pues el señor Quill y yo aún no hemos visto evidencia viva de ello) la viuda Goose, *mi* Kitty Goose, y Anne Rogers, su mejor amiga. Debemos organizarnos, por supuesto. Este es el momento en que los más exaltados del pueblo pueden comenzar a empuñar sus hoces y garrotes. Pero según ha dicho John Carr, los exaltados ya han empaquetado sus cosas y se han marchado a estas alturas. Y es cierto, nadie sabe nada de Brooker Higgs desde el anochecer. Y los gemelos Derby fueron vistos por última vez camino del promontorio, en dirección al sol poniente, con sus hatillos a la espalda y andando más rápido de lo que lo han hecho jamás en su vida. Su madre tiene un aire más oscuro que el estaño y sólo asiente con la cabeza cuando alguien se dirige a ella. Tres de nuestros hijos son ahora vagabundos, descarriados sin ataduras que han decidido que estarán mejor en cualquier otro lugar.

¿Qué versión de los hechos debo creer? Las voces más rotundas que se alzan a mi alrededor han decidido —igual que yo lo he hecho, algo reacio bien es cierto— que la mujer esquilada de negros cabellos es la culpable de todo. Una docena de versiones distintas considera a la señora Beldam responsable de los destrozos de nuestras casas, y ya puestos, también de cualquier olor desagradable, de cada jarra de leche agria y de la inminente llegada de las ovejas a nuestros prados. Todo el mundo se siente inseguro y trastornado por su culpa. Ha traído una maldición a nuestra tierra, una plaga. Según mis vecinos, no estará satisfecha hasta que todos nos estemos pudriendo junto a Willowjack. Cuando los hombres del «nuevo amo» se presentaron este mediodía en el granero de trilla para llevar a cabo una inspección, eso fue lo que escucharon de labios de mis vecinos. Eso, y que el chal de terciopelo ensangrentado que según el amo Kent era de su mujer no pertenecía a la susodicha sino que era propiedad de la feroz y seductora mujer. Pero ya nadie les presta atención y ahora se quejan. Nadie ha comenzado a buscar a «la hechicera» a pesar de sus advertencias. Y esos hombres sólo se dedican a detener a aldeanos inocentes, dos mujeres del pueblo y una niña.

Lo que sí es cierto, según sus excitadas lenguas, es que mientras yo estaba de rodillas esta tarde trabajando en la vitela de piel de ternero, Lizzie Carr, nuestra flamante Reina de la Cosecha, tocada con su lazo verde y harta ya de almacenar cebada, se escapó del granero de trilla con la esperanza de encontrar flores frescas para renovar las de su coronación. Era inevitable que los hombres de Jordan la encontraran. Y era inevitable que la pusieran a prueba. La chiquilla, engalanada por encima de los de su clase y condición con su valioso lazo verde y su corona de flores color mostaza, tan bonita como una pequeña hada, era demasiado joven y dócil para ajustarse a la descripción de la mujer salvaje de la que los hombres habían oído hablar recientemente a mis vecinos más osados y con la que ahora estaban ansiosos

por encontrarse. Sin embargo, su aparición debió desconcertarlos. Y sus ropas eran sospechosas. Los hombres supondrían que cualquier tela de aspecto valioso —la banda verde de Lizzie Carr, el chal ensangrentado de la mujer— podía ser una prueba importante en la búsqueda del asesino de Willowjack. El significado de estas prendas, por no mencionar las mentiras del primo del amo Jordan, se revelaría sin duda a su debido tiempo y gracias a un exhaustivo interrogatorio que comenzaría con esta desconcertante chiquilla.

Puedo imaginar la escena. Los tres esbirros de Jordan agarraron a la pequeña por sus irresistibles trenzas, como habría hecho cualquiera, incluso yo mismo. Su actitud era más juguetona que malvada al principio, y encaminada más que nada a evitar que se les escapara. ¿Por qué motivo estaba allí sola caminando por la vereda?, quisieron saber. ¿Acaso no había escuchado las claras instrucciones del amo Jordan de que nadie debía abandonar el granero en todo el día? Y, por ir directos al grano, ¿qué hacía una vulgar chiquilla como ella engalanada con un tocado tan elegante y fino? Cuando ella les dijo la verdad, es decir, que el amo Kent se lo había dado y que ella sería la Reina durante todo el año, ellos dudaron de su palabra, la aferraron todavía más fuertemente por sus delgados brazos y la arrastraron camino abajo para que respondiera a un interrogatorio más exhaustivo y judicial en presencia del amo Jordan.

Lo que aún no está claro —al menos no para mí, pues al parecer por el momento he sido excluido de los corrillos del pueblo— es cómo se vieron implicadas las dos mujeres adultas en todo esto. Anne Rogers es de las vehementes, bien lo sé. No es recomendable llevarle la contraria, incluso aunque seas pariente. Y Kitty Goose puede ser muy terca si se lo propone. Si estaban trabajando a la entrada del granero, desde donde se puede contemplar bien la vereda, y pudieron ver cómo se llevaban a Lizzie esos tres hombres rudos y desalmados que esta misma mañana eran partícipes de la profecía que anunciaba que antes del anochecer veríamos a un hombre balanceándose colgado de un roble —«Que Dios os bendiga a todos y que Dios se apiade de uno de vosotros», fueron sus palabras—, entonces no me cuesta imaginar que no se quedaran quietas contemplando la escena. No me cuesta imaginar el consiguiente forcejeo y los tirones entre hombres y mujeres por conseguir liberar a la pequeña Reina de la Cosecha. Pero las mujeres llevaban las de perder. Eran inferiores en número y también en fuerza física. Aunque sin duda serían necesarios algunos golpes antes de que admitieran su derrota y fueran arrastradas como marranas para hacer frente a las consecuencias de su intromisión.

No me cabe duda de que los gritos de furia de Anne Rogers fueron escuchados desde el granero. Posiblemente todos salieron entonces, agradecidos por tener una excusa para soltar sus herramientas, y pudieron ver los últimos forcejeos en el camino. Esos tres zoquetes con sus uniformes, tan poco afables y tan peligrosamente aburridos horas antes, ahora la emprendían a golpes con dos mujeres y una niña y las llevaban a rastras hasta Dios sabe dónde con Dios sabe qué intenciones en mente. Por

supuesto, la jornada de trilla y criba terminó de forma prematura en ese mismo momento. Debió ser entonces cuando Brooker y los gemelos, nuestros pirómanos locales, decidieron que lo mejor era empaquetar sus cosas y largarse antes de que sus secretos fueran descubiertos. No estaban dispuestos a servir de decoración de ningún roble al anochecer.

Conozco a mis vecinos lo suficiente como para compartir su ira y su miedo, aunque al parecer ellos no me consideran lo bastante cercano para compartir conmigo esta noche lo que sienten. Se limitan a responder a mis preguntas con un: «¿Por qué preguntas eso?» y «¿Quién quiere saberlo?». Están cerrando filas y yo no estoy incluido en ellas, a pesar de haber vivido doce años a su lado en este pueblo. Viejos amigos evitan mi mirada. Se esconden cuando me ven acercarme. Incluso John Carr se muestra reacio a hablar, y si lo hace es con pocas palabras. Mis otrora oscuros cabellos de nuevo se enfrentan a sus rubias cabezas. ¿Es esta su manera de recordarme que soy el hombre de confianza del amo antes que un aldeano más? ¿Que he pasado la tarde en compañía del señor Quill en lugar de ayudarlos a preparar el grano para el invierno? Tampoco estaba su lado cuando unos forasteros les amenazaron con sus arcos ni me uní a sus bailes en el granero la otra noche. Ni siquiera participé en el espiguelo de esta cosecha en el campo de cebada, y eso sí era algo inexplicable para ellos. Saben que cuando esta mañana sus casas fueron asaltadas y puestas patas arriba, yo fui testigo y no hice nada para impedirlo. El chismorreo, que estoy seguro que Anne Rogers se encargó de difundir antes de ser detenida, sobre la otra noche en el lecho de la viuda, no habrá pillado a nadie por sorpresa, pero tampoco me habrá ganado el favor de ninguno de mis vecinos. La mitad del pueblo emparentada con Kitty y con Fowler Goose me verá como un cazador furtivo. Y la otra mitad, Saxton o parientes de los Saxton, me considerará un traidor al recuerdo de mi —y de su— dulce Cecily. Los hombres envidiosos se sentirán ultrajados. Muchos de mis vecinos que esperaban su oportunidad con Kitty Goose estarán ahora resentidos a causa de mi éxito. Quizá incluso una o dos de entre sus esposas en alguna ocasión acariciaron la idea de tirarme los tejos. Cuando llegué aquí, para ellas debí representar todo cuanto desconocían, el mundo entero, y cuando después me quedé viudo... Bueno, he de decir que recibí más de una dulce proposición, pero las rechacé todas menos una. De modo que no puedo culpar a mis vecinos por cerrar filas y dejarme a un lado. Son tiempos difíciles y agitados para todos ellos.

Y conozco lo suficientemente bien las expresiones de sus rostros, incluso en esta oscuridad del anochecer, como para saber que estos también son tiempos peligrosos para mí. Si hay algún ofrecimiento que hacer, si hay que susurrar algún nombre a oídos del nuevo amo, un nombre fácil de relacionar con un crimen o que evite que las sospechas recaigan sobre algún nativo, sin duda antes el mío que el de uno de sus hombres. Mejor si es mi cuerpo y no el de alguno de ellos el que yace junto al de Willowjack. A diferencia de los gemelos y Brooker Higgs, a los que ya hemos

perdido de vista, al parecer yo nunca he sido una especie local, plantada en esta tierra y destinada a crecer y morir aquí. Pueden arreglárselas sin mí y seguramente no me echarán de menos. Prescindir de mí no sería un gran sacrificio para ellos.

En realidad no los culpo. No soy una persona en la que deban confiar, no en estos momentos en cualquier caso. Últimamente no he sido leal, ni siquiera he tratado de aferrarme al afecto recibido durante estos años. Me he guardado demasiados secretos y confidencias. No les he contado lo que oí en la galería de la casa del amo ni lo que el señor Quill me confió acerca del anciano Edmund Jordan, su testamento y sus derechos. Me declaro culpable del cargo de mantener la boca demasiado cerrada, aunque he de decir en mi defensa que mi silencio era más juicioso que deshonesto. No puedo servir a todos mis amos y a todos mis amigos por igual. Ni siquiera yo mismo sé a ciencia cierta a quién quiero complacer, además de a mí mismo, o dónde me gustaría sentar la cabeza finalmente. Supongo que como empleado del señor Quill, aunque hay algo en sus planos a color, en su visión del mundo a vista de pájaro, que me hace preguntarme si el tipo no será demasiado asustadizo y vulnerable para mí, con su incansable sonrisa y su torpe caminar. Él mismo lo dijo esta tarde: «Soy un mueble de lo más tosco». En otras palabras, no estarás cómodo conmigo. Y me acuerdo de ese refrán que dice: «Sólo un idiota pondría su silla de montar en un banco de madera esperando que este lo lleve galopando a casa».

Quizá ahora que mis vecinos me han puesto en barbecho debería tener esa conversación con el amo Kent y persuadirle de que vuelva a emplearme como su hombre de confianza. Podría permitirme regresar a su casa y ocupar de nuevo las habitaciones del ático. Necesitará un aliado cuando su primo reclame lo que es suyo, aunque sea desde la distancia, y cuando las ovejas invadan estos prados. Al fin y al cabo él es mi único hermano, aunque no puedo considerarlo parte de mi familia. En fin, sea cual sea el futuro que me espera, no puedo tomarme el presente a la ligera. Me entristece comprobar esta noche cómo mi pueblo me ha dado la espalda. Mis vecinos me han dejado solo. Y ahora me pregunto si no me he estado engañando con respecto a este lugar. Mi inquietud es una maldición, un demonio que se ha instalado en mi corazón y cuya maligna intención no es otra que alejarme de estas pocas hectáreas de terruño que me han dado la felicidad. Por otra parte, no me cabe la menor duda, por lo que he visto y oído hasta el momento, de que la felicidad —o al menos la tierra que la habría de nutrir— no sobrevivirá a las heladas de este otoño.

De modo que me mantengo apartado del resto, olvidado por todos o al menos ignorado entre las sombras. Y no sumo mi voz a las suyas mientras discuten acerca de lo que pueden hacer con respecto a la desaparición de sus hijos, a las dos mujeres detenidas y a la pequeña Lizzie Carr. Somos mayoría, protestan. Están obligados a escucharnos. Oigo mencionar la palabra *petición*. Podría decirles, si no hubieran decidido hacer oídos sordos a cuanto comento, que las cifras no tienen peso en este tipo de asuntos. La disconformidad no se cuenta, se pesa. Y es siempre el amo el que pesa más. Además, no pueden redactar una petición y colocarla en la puerta de la

iglesia como se hace en otros sitios. Sólo es necesario un trozo de papel y un clavo, es cierto. Pero incluso aunque tuvieran una puerta y una iglesia, su firma no tendría valor.

Por supuesto, las voces que más se oyen son las de los que quieren empuñar cuanto antes sus garrotes y cuchillos y marchar hacia la casa del amo como una manada de gansos enloquecidos para salvar a sus crías de la ley. Pero lo único que hacen es graznar, lanzar vacías amenazas. Nadie desea en realidad asaltar la mansión del amo, no al menos con el amo Kent en su interior, no con todos los ecos y recuerdos que atesoran sus pasillos. Además, esos tres esbirros tienen un aire bastante amenazador. Y serán utilizados para espantar a una multitud airada, y cuanto más airada mejor, para así tener una excusa para dar rienda suelta a su propia furia golpeando cabezas, rompiendo huesos y dejando cicatrices y cuerpos tendidos en el suelo.

Otros vecinos dicen que es mejor dejar que la noche siga su curso. Finalmente el amo intercederá en su favor. Sin duda las mujeres tendrán que pasar por un desagradable interrogatorio. Después de todo ha habido una trifulca. ¿Y quién puede tener la certeza de que Kitty Goose y Anne Rogers no fueron demasiado vehementes o incluso violentas en la vereda? Nadie se sorprendería. Lo más inteligente es dejar que el agua cueza y borbotee esta noche. De nada sirve levantar una olla ardiente. Es mejor dejar que se temple para no quemarse. Por tanto, el consejo es esperar. Las tres arrestadas estarán de regreso a casa esta medianoche o la medianoche de mañana como muy tarde, y de todos modos no arreglaremos nada preocupándonos.

Pero son los primos Saxton, esa pareja de cómicos gruñones que una vez se hicieron célebres por haber llegado a las manos por el reparto de un cerdo, quienes finalmente han sugerido la estrategia aceptada por todos. No tomarán las armas, pero tampoco esperarán como niños hasta que las aguas vuelvan a su cauce por sí solas. Se presentarán esta misma noche en la casa del amo —lo antes posible— con el aire más dócil y manso. Desplegarán sus sonrisas, se descubrirán y, gorra en mano, aguardarán hasta que los dos caballeros comprendan que todos los problemas que han tenido lugar durante los pasados días han sido obra de los forasteros y a continuación les propondrán comenzar, tan pronto despunte el alba, la búsqueda del culpable —obviamente en este punto se refieren a la señora Beldam— hasta que sea atrapado y expulsado de aquí o caiga víctima de algún accidente.

Pero yo no estaré presente ni seré testigo de estas peticiones en la casa del amo Kent, ni tampoco intercederé personalmente por Kitty Goose, como quizá debería, porque cuando nos acercamos a la inexistente entrada de nuestra nunca construida iglesia descubro al señor Quill —tal como habíamos acordado esta tarde, aunque con toda la confusión que siguió me había olvidado de ello— conversando con el inquilino superviviente de nuestra picota. Es su tercera noche encadenado allí. Mis vecinos ni siquiera se detienen o se descubren ante los dos hombres —tienen asuntos más urgentes que atender en casa del amo Kent—, aunque a su paso se puede

escuchar una especie de chillido ahogado y todos sacuden la cabeza al mismo tiempo. La noche se impregna de repente de un sentimiento de rechazo. Claramente se sienten disgustados y aún más nerviosos al descubrir la nueva alianza entre estos dos forasteros, en un principio en bandos opuestos, que ahora susurran en la oscuridad. Pueden ver que el señor Quill ha extendido su brazo sobre los hombros del joven. Se fijan en la escasa distancia que separa los labios de uno del oído del otro. Y es algo inquietante. Sin embargo todos admitirán, en el fondo de su corazón, que no hemos sido justos con este harapiento y pelado visitante, y mucho menos con el viejo que murió. Su destino es demasiado cruel para no resistirse a contemplarlo y volver la vista hacia otro lado. Por eso nadie se ha presentado aquí estos días, ni siquiera para lanzar fruta podrida o para insultar por mera diversión al cautivo, como habría ocurrido en el caso de que su crimen realmente fuera más grave que el mero hecho de no pertenecer a este lugar. Y esa es la misma razón por la que ninguno de nosotros ha mostrado ni un ápice de amabilidad, ofreciéndose a compartir con él la carga de su duelo o unas migas de pan, unas raspas de comida o, al menos, un trago de cerveza. Un saludo ya sería algo. Un simple gesto. Estamos avergonzados, creo yo. Y perplejos, a decir verdad. Perplejos ante el modo en que nos hemos comportado. Algo así no es propio de este pueblo. El suelo de esta iglesia que nunca se construyó ha sido profanado con nuestra hosquedad y rudeza. Nuestras propias escrituras han sido mancilladas. Este cuerpo en la cruz no es el que nos habían prometido. Y una vez más, es el señor Quill quien ha sido capaz de dejar en evidencia nuestros defectos. Es el señor Quill quien se muestra cercano y amable. Es el señor Quill el valiente. Y ninguna de esas cosas lo hará más popular.

La mujer y el hombre son marido y esposa, me explica el señor Quill cuando nos sentamos en las piedras de la iglesia a esperar la aparición de la señora Beldam. Son fugitivos de las ovejas, exiliados de sus propias tierras comunales, a unos seis o siete días a pie. Llegaron aquí porque cerraron con vallas y cercados lo que antes suponía su sustento. El hombre que murió era papá Beldam, el padre de la mujer. Esta es la información que ninguno de nosotros quería escuchar. En nuestras fantasías ella era tan sólo la hermana y la viuda, una mujer, digámoslo, libre de ataduras y por tanto a nuestro alcance. Ambos estamos solos, uno soltero y otro viudo, por lo que no hemos de responder ante nadie. Pero ahora supongo que nos vemos obligados a contener nuestras ansias. No es lícito perseguir a una mujer casada, al menos en principio. Sin embargo, y aunque no puedo hablar por el señor Quill, mi atracción por la mujer, basada nada más que en la fugaz visión que de ella tuve en el granero pobremente iluminado durante la noche del baile y en el más reciente descubrimiento de su chal cubierto de sangre, no sólo no ha disminuido sino que ha crecido aún más al descubrir los lazos que la unen a este hombre. El matrimonio de una mujer mayor con un joven casi imberbe de algún modo excita mi imaginación. Me incita a fantasear con la idea de que soy más joven, que soy él... Bueno, mejor dejarlo. Este es el tipo de historias que no compartimos con nadie, y es mejor que así sea.

Pero el caso es que no puedo dejarlo correr. Ardo en deseos de ver aparecer a esa mujer en mitad de la noche. Puedo ver cómo se pone de puntillas para besar la mejilla y la oreja en la que hace un rato el señor Quill casi posó sus labios. Puedo imaginar cómo acaricia y masajea todos los músculos y articulaciones del cuerpo de su marido para despertarlos de su rigidez y aliviar su dolor después de tres noches colgando de esa cruz. La veo mientras le ofrece la comida que ha traído del bosque envuelta en un pedazo de sarga raída —en esta época hay manzanas en abundancia, también moras y caza—. Y me resulta fácil escuchar sus susurros: ella le dice que ya casi ha cumplido la mitad de su sentencia, que sólo ha de aguantar un poco más. Le dice que nuestro pueblo será castigado por sus pecados. Le promete que el fuego que encendieron para reclamar su porción de las tierras comunales volverá a arder. Tensa su arco y lanza sus flechas a la noche. Le hace el amor.

El señor Quill también guarda silencio. Mantiene las manos firmemente agarradas a las rodillas. La luna no nos es pródiga esta noche con su luz, pero cuando nos ilumina brevemente puedo ver las manchas de pintura en sus dedos y en sus nudillos, algo de azul y verde, y un suave brillo como de laca, y compruebo que, con excepción de su gorro habitual, va vestido con ropas mucho más finas y masculinas que las que lucía esta tarde para mí. Es como un zagal emperifollado en una feria que ha venido a buscarse una mujer. Permanecemos así sentados en silencio un rato más, absortos en nuestras propias conjeturas y alzando levemente la cabeza sólo cuando el flujo de nuestros pensamientos se ve interrumpido por el sonido de una rama al partirse, el merodeo de algún animal —un murciélago quizá—, pasos que se acercan y voces que se alzan en la entrada de la hacienda, la bulliciosa excitación de una noche de fines de verano.

Creo que es el marido el primero en escuchar sus pasos. La viga superior de la picota cruje, hueso contra madera, cuando intenta moverse para girar la cabeza por encima del hombro. No estoy seguro de que sea consciente de nuestra presencia, a unos escasos veinte metros a su espalda. No sé qué le ha dicho el señor Quill o si han llegado a algún tipo de acuerdo. No me sorprendería que el joven Beldam (al menos ahora puedo referirme a él por un nombre) la llamase en voz alta. Unas palabras de advertencia. Hay otros hombres por aquí, le diría. Sin embargo no pronuncia palabra, sólo silba suavemente, un silbido no más fuerte que el de una leve brisa. Creo que su intención es hacerle saber, a medida que se acerca, que aún le queda aliento en los pulmones. Y que no encontrará otro cadáver.

El señor Quill toca el dorso de mi mano con un solo dedo y levanta la barbilla para dirigir mi atención hacia la izquierda, hacia donde, más allá del cúmulo de piedras, el terreno de la iglesia empieza a descender suavemente hasta una zanja cubierta por zarzas y ortigas, y después se alza titubeante la silueta de los árboles. Él inclina la cabeza. Yo hago lo mismo, hasta que oigo un crujido. Podría tratarse de un cerdo merodeando con la esperanza de darse un nuevo festín royendo los corvejones de algún otro desgraciado, pero es demasiado sutil y deliberado.

Había olvidado lo pequeña que es y cuán silencioso es su fulgor. La recordaba más rechoncha y recia, pero sin el pesado chal sobre los hombros, su frágil aspecto de ave aún resulta más evidente que la otra noche en el granero. Sus hombros parecen especialmente estrechos, sobre todo a causa del contraste con la plenitud de sus caderas. ¿Podrían acaso esos hombros encontrar la fuerza suficiente para atravesar el cráneo de un animal con una escarpia de hierro? Es evidente que no nos ha visto, pues camina atravesando la negrura que hay entre donde nosotros estamos y la espalda de su marido, no de manera descuidada pero tampoco de puntillas. Se muestra confiada. Quizá sabe que todos se han ido a enarbolar los puños educadamente ante la casa del amo. Su pelo, por lo que su gris silueta me permite adivinar en esta oscuridad, ha crecido lo suficiente para ocultar la blancura de su cráneo. Es ligeramente más oscuro ahora —tras unos días de vigoroso crecimiento— y aterciopelado. Eso es, aterciopelado. Al menos, pienso, me gustaría poder tocarlo para salir de dudas. Me gustaría que se diera la vuelta hacia donde estamos. Quiero ver su cara una segunda vez. La primera vez apenas resultaba visible. Apenas era una sombra en la penumbra, la silueta de un cuerpo. Así la recuerdo. Si tan sólo se diera la vuelta ahora y la luna nos concediera la gracia de su luz por unos instantes, así podría convencerme de que no se trata de un espectro invocado por mi soledad.

Lleva un trozo de sarga repleto de comida en una mano y una botella oscura y aún corchada en la otra. Reconozco esa botella, o al menos otras exactamente iguales. William Kip tiene una estantería llena de ellas —sidra dulce, jugo de bardanas y agua de rosas sobre todo—, su verano embotellado para aguantar todo el invierno. Supongo que pronto descubrirá que le falta una, a menos que ella tenga pensado devolvérsela vacía. Al parecer la señora Beldam ha estado buscando comida, pero no en los bosques como esperábamos. De nuevo el señor Quill toca mi mano con el dedo. Me da a entender que hemos de ser pacientes y no caer en la tentación de revelar nuestra presencia hasta que haya abrazado, reconfortado y alimentado a su marido. Sólo entonces saldremos de estas sombras. Y le haremos saber que somos sus amigos.

Es duro para mí ver cómo lo besa, pero no es un dolor que se alargue demasiado. Cuando apenas ha colocado la boca de la botella en sus labios, nos sobresaltan las voces de nuestros vecinos que regresan de la hacienda por la vereda repleta de manzanas caídas. Miramos en esa dirección, los cuatro al mismo tiempo, como ganado de un mismo rebaño, y cuando de nuevo volvemos la cabeza, ella ha desaparecido. El señor Quill ha salido a la carrera tras la mujer. Ha recogido y arrojado a las ortigas la botella robada que ella ha dejado olvidada a los pies de su marido, y ahora corre lo más deprisa que puede, dando zancadas con su extraño estilo —el hombro derecho abriendo la marcha—, y sigue los pasos de la señora Beldam perdiéndose en mitad de la noche.

He logrado convencer a mi vecino Carr para hablar hoy mismo. Prefiere no hacerlo. Pero lo he acorralado en su puerta cuando menos lo esperaba. Está demasiado avergonzado y es demasiado amable para resistirse con brusquedad. En cualquier caso, es obvio que no se siente cómodo en mi compañía y no se sentará a mi lado en el banco junto a la puerta, donde hay sombra y hace fresco. Por una vez, y rompiendo lo que viene siendo una tradición, prefiere entrar en mi casa mal ventilada y atestada de trastos en busca de un lugar apartado de las miradas de los posibles paseantes. Toco su hombro cuando entra, pero no hay reacción alguna por su parte. Creo que incluso ha intentado soltarse. Cuando se siente a salvo y comienza a hablar, apenas puedo oír su voz. No quiere que nadie le escuche. Sospecho que preferiría que tampoco yo escuchara lo que tiene que decir. Su historia, me dice, es «desagradable». Nadie ha vuelto a ver a ninguna de las mujeres cautivas y tampoco a Lizzie Carr, su sobrina. De hecho, el trato recibido por la implorante multitud que se presentó en la casa del amo la otra noche no fue en absoluto «considerado». Es deliberadamente cauto al elegir sus palabras. Está poniendo a prueba sus alianzas. Nos conocemos lo bastante bien como para ser capaces de juzgar este tipo de cosas por nuestro modo de sentarnos, de cambiar de postura o de respirar.

—John Carr —le digo—, acabemos con esto.

Estiro la mano para tocarle la rodilla, pero en lugar de agarrarla como habría hecho días atrás, ahora sólo consigo dejarla caer suavemente sobre ella, con el puño cerrado, dándole dos leves golpecitos, la más suave reprimenda.

—Lo sé —responde. Y es suficiente. Se incorpora en su silla, respira para recobrar la calma y se inclina hacia delante colocando los codos sobre las rodillas, de tal modo que ahora me mira directamente a los ojos—. Dios te ayude, Walt, si nos estás engañando.

—Dios te ayude, John, si de verdad crees eso.

Me alegra que no pueda ver, con esta penumbra, cómo me ruborizo. De nuevo cambia de postura, tratando de decidir qué ha de hacer o qué decir. Está atrapado entre zarzas y ortigas.

—¿Y bien...? —dice.

Espera que sea yo quien dé el siguiente paso.

—¿Y bien? ¿A qué te refieres con que el trato no fue «considerado»?

—Yo te lo diré. Esos esbirros suyos nos tuvieron esperando en la entrada como a perros o caballos —dice, perdiendo algo de su anterior compostura.

Al parecer el amo Kent no estaba «disponible».

—Siempre ha estado disponible para nosotros. Nunca nos ha dejado de lado.

John Carr sacude la cabeza de cabello pajizo moteado de gris, dándose ánimos — más bien exaltándose— para continuar su historia.

—Y en cuanto a este nuevo caballero... Es un Jordan, según tengo entendido. Y

algún demonio le ha concedido la propiedad de nuestras tierras...

No puedo saber si al decir «nuestras» también me incluye a mí.

El nuevo amo Jordan tampoco estaba «disponible» la otra noche, según me cuenta John. Los aldeanos podían desplegar sus mejores sonrisas y descubrirse hasta el fin de los tiempos, pero ni aun así saldría a recibirlos. Al final fue el administrador Baynham quien se dejó ver. «Nos estamos ocupando del asunto», fue lo que les dijo a los aldeanos. Así de preocupado estaba. Y su única respuesta a las incesantes preguntas fue un encogimiento de hombros. Al parecer, sus atribuciones no tenían la menor importancia. «Por lo que he oído, la brujería podría ser la causa de todo esto», dijo finalmente el administrador.

—¿Qué brujería? Nadie había hablado hasta ahora de brujería —le digo a John, aunque ayer mismo sí escuché la palabra «magia».

Estoy preocupado y verdaderamente sorprendido. Una acusación formal de ese tipo siempre es capaz de desatar un torbellino. La mera mención de esa palabra trae mala suerte. Les decimos a los niños que no la usen, ni siquiera en broma. Si dices «bruja», les advertimos, el señor Caos y la señora Pandemónium vendrán a por ti.

—Nunca ha habido ninguna brujería —repito.

—Es lo que nosotros le dijimos a ese hombre —dice John Carr—. Pero respondió que él estaba mejor informado. Ya tenían a tres diablasas bajo custodia. Dijo que lo mejor sería que nos marcháramos y empezásemos a recoger leña para su hoguera. En ese momento los ánimos comenzaron a exaltarse...

Se queda en silencio. Puedo escuchar sus humillados suspiros. Ahora es él quien se ruboriza y está avergonzado. Una vez más, se inclina hacia delante y apoya los codos sobre las rodillas.

—¿O quizá debo decir que fue entonces cuando nuestras lenguas se soltaron? No quedamos en buen lugar, Walt. Tampoco a ti te dejamos en muy buena situación, dicho sea de paso. Siento tener que decírtelo, pero es mejor que lo sepas. Hemos de cuidar de los nuestros.

No me sorprende. Ya no estoy incluido en esa categoría.

Según he entendido de la breve y desordenada historia de John Carr sobre lo ocurrido la pasada noche en el porche de la casa del amo, el señor Quill y yo formamos parte de algún tipo de conspiración. Por razones que sólo nos atañen a nosotros y que son demasiado siniestras como para decirlas en voz alta, en algún momento nos hemos conchabado con los tres asesinos de palomas, llegados casual y recientemente al mismo tiempo que el Cartógrafo. Mis vecinos ya no se refieren a él como el señor Quill, al parecer. Ese nombre no suena lo bastante taimado ni está revestido de los estafalarios colores con los que han tejido su nueva historia. Si el delicado chal pertenece a su difunta esposa, como el amo Kent ha afirmado —y de lo que al parecer ya nadie duda—, entonces ¿quién podría haber tenido mejor oportunidad de robarlo de la hacienda y cubrir con él los hombros de esa mujer que el invitado del amo Kent, el Cartógrafo? Fue el Cartógrafo quien le ofreció su mano a la

mujer, la misma mañana del incendio, cuando su frágil refugio era derribado a golpes. Fue el Cartógrafo quien le dio la bienvenida a nuestro baile. También él quien fue descubierto ayer noche en la picota rodeando con su brazo los hombros del joven vagabundo. Es evidente que eran viejos amigos. Quizá incluso estén emparentados. Hermanos de sangre, probablemente.

¿Y en cuanto a Walter Thirsk? Bien, si uno se ha de fiar de los exabruptos que se pudieron escuchar la pasada noche, ya no soy el mismo hombre al que han conocido y en quien han confiado durante estos años. Paso horas en compañía del Cartógrafo. Ya no trabajo junto a mis vecinos ni me tomo la molestia de acompañarlos a la casa del amo, ni siquiera a sabiendas de que mi «amorcito» está encerrado tras sus muros. Yo, que en otro tiempo fui su hombre más leal, ahora he dejado de lado al amo Kent, al cual debería estar agradecido hasta el día en que me muera. Resulta obvio que mi conducta es sospechosa. Ese es el provecho que sacan al acusarme. Al dejar que la sombra de la duda y la traición caigan sobre mí, Anne Rogers, la viuda Goose y la pequeña Lizzie Carr pueden ser consideradas inocentes de... En fin, inocentes de cualquier acusación que el amo Jordan pueda dirigir contra ellas y que sería más conveniente colgar en otras puertas, incluida la mía.

«Le contaré al amo cuanto me habéis dicho, palabra por palabra», prometió entonces el señor Baynham según John Carr, cuya palabra —he de creer— es digna de confianza. «Igualmente inocentes por cierto», añadieron entonces mis vecinos tratando de afianzar su posición y para mayor deleite del administrador, que en esos momentos asentía con una sonrisa falsamente cómplice con la puerta ya casi completamente cerrada, «son los tres buenos y jóvenes varones que empaquetaron sus escasas posesiones y se han marchado a Dios sabe dónde».

—Creo que lo más sensato sería que tú hicieras lo mismo, Walt —dice mi vecino Carr, poniéndose de pie y dispuesto ya a huir de mi casa—. Sigue el ejemplo de Brooker y los Derby y sálvate. Regresa a...

Se detiene entonces. No se atreverá a decirlo: Regresa al lugar al que perteneces.

Todo esto empieza a inquietarme, a decir verdad. Nuestro aburrido y otrora confortable pueblo ha volado por los aires en estos últimos días. El señor Caos y la señora Pandemónium se han puesto manos a la obra. Ahora somos nosotros el bejín gigante al que alguien ha dado una insultante patada por el mero placer de hacerlo. Nuestras esporas se dispersan en el aire. Y al parecer yo también debería hacerlo, quizá de inmediato. Siempre es mejor volverle la espalda a la tormenta que darse de narices con ella. De hecho, ya estoy considerando mis escasas posesiones, tratando de decidir cuáles debería llevarme y qué camino será el mejor para asegurar mi libertad.

Pero en realidad soy el único para el que es seguro permanecer aquí. Por primera vez desde el día en que encontré el cuerpo frío y sin vida de mi Cecily, el amo Kent ha venido a visitarme. Está sentado en el mismo sitio que hace poco calentó y hundió el

trasero de John Carr. Está conmocionado. Sus manos tiemblan visiblemente y su aliento apesta, pero las noticias que trae son tranquilizadoras para mí, aunque no puedo decir lo mismo de mis vecinos.

Las mujeres detenidas han soportado una larga noche de tormentos, me cuenta el amo Kent con un gemido ahogado. Tengo que acercarme a él para entender sus palabras, aunque lo que dice es casi insoportable. La pasada noche, antes de que mis vecinos concibieran siquiera la idea de marchar en son de paz hacia la hacienda, Kitty Goose ya había confesado cuanto el amo Jordan necesitaba para satisfacer sus propósitos.

—Tengo la sensación de que mi primo disfruta sembrando toda esta ansiedad, del mismo modo que a nosotros nos complace plantar semillas en la tierra —dice el amo Kent—. Temo que llegue pronto el momento de su cosecha. Creo que su intención es esquilarnos a todos y echarnos a hervir en su olla.

En cualquier caso, mi patrón no desea ser testigo de semejante escena. La otra noche se le pidió que permaneciera en su cuarto y que descansara hasta que su presencia fuera requerida. «Apostaron a ese tipo bajito...», el caballerizo del amo Jordan, imagino, «junto a mi puerta, por si se me ocurría la idea de salir y convertirme en un estorbo», me cuenta. «¿Qué podía hacer yo, excepto quedarme impotente en mi habitación?». Sin embargo, los suelos de entarimado permiten oír lo que ocurre en el resto de la casa y el sonido reverbera fácilmente en la madera. Escuchó claramente —demasiado— los golpes y los gritos procedentes de la galería de la planta superior. La mención de la palabra *brujería* licitaba en adelante cualquier comportamiento por parte de los ayudantes del amo Jordan. Evidentemente, Kitty Goose no fue tan fácil de persuadir como Anne Rogers, pero desde el momento en que los inquisidores descubrieron en su cuerpo desnudo los bultos y verrugas y los consideraron las perfectas tetillas de las que el diablo podría mamar a su antojo, el interrogatorio se volvió más violento. Además, y puedo dar fe de ello, ella es, a su manera, la más atractiva de las dos y precisamente por ello habrá sufrido más bajo su eficiente custodia. El amo debió prometerles libertad de acción hasta que obtuvieran algún indicio de la deseada brujería y al menos un nombre. ¿Era también Anne Rogers la hechicera que buscaban? ¿Y la niña? ¿Era acaso la pequeña un cordero para sacrificio?, ¿algún tipo de ofrenda floral para el maligno? ¿O quizá estaba siendo criada para convertirse en una bruja?

El amo se muestra reacio a decir mucho más acerca de lo que sus oídos escucharon anoche. Está avergonzado, me parece, por haber permanecido impotente y bajo su propio techo, además. Pero ya conozco lo suficiente a esos tres esbirros para imaginar cómo pudo transcurrir el resto de la noche. No son precisamente inteligentes, de eso estoy seguro, pero se alentarían mutuamente, fortalecidos ante la excitante perspectiva de estar, por una vez, al mando de la situación. Estaban lejos de sus esposas y madres, sin testigos a quienes tener en cuenta y sin que nadie pusiera freno a sus acciones. No importa lo que hicieran la otra noche, pues alegrarían que

actuaban siguiendo las órdenes directas de su patrón. En cierto modo incluso fueron provocados por él. Estoy seguro de que Kitty Goose hizo todo lo posible por resistirse, pero sin duda pronto comprendió que la cosa sólo iría a peor hasta que esos hombres escucharan lo que querían. Aunque también cabía la posibilidad de que desearan que retrasara al máximo su confesión para no verse obligados a poner fin a sus tormentos y poder así seguir turnándose con ella hasta quedar completamente satisfechos.

Por lo que dice el amo Kent puedo intuir que finalmente Kitty Goose daría su nombre, cosa que esperaban, para salvar el pellejo. Quizá no hizo otra cosa más que asentir casi imperceptiblemente cuando los nombres de Anne y Lizzie salieron a relucir. Ciertamente tuvo el valor, dice el amo, de jurar que ni ella ni su amiga ni la pequeña eran las cabecillas en modo alguno. Sin embargo... «¿Sin embargo, qué?», dijo uno de los esbirros. En fin, sólo somos estúpidas segundonas. «¿Quiénes son entonces?». Kitty, a la que en ese momento se había unido Anne Rogers, demasiado dolorida y exhausta para hacer algo que no fuera cooperar, chilló entonces una docena de nombres. El amo, con la mirada fija en ese momento en los listones de madera del techo, pudo escuchar claramente cada uno de ellos. «Creo que escogió a mujeres que no eran parientes tuyas ni de Rogers o que quizá nunca han sido amigas especialmente cercanas», dice. Y a continuación comenzó a enumerar a los hombres.

Me sorprende descubrir que el nombre de mi vecino Carr está incluido en la larga lista y el mío no. Estoy seguro de que yo era una elección fácil, el forastero sin un solo pelo rubio en la cabeza. Quizá me engaño, pero es tentador pensar que ella ha querido protegerme. Si vuelve a ser libre querrá volver a gozar de la compañía de un amigo en su cama. Sin embargo, los ayudantes del amo Jordan no se dieron por satisfechos con las últimas revelaciones. Los nombres de todos esos aldeanos no les interesaban. Ni siquiera habían llamado al señor Baynham para que se presentara en la galería cargado con sus tintas y dejara constancia de ellos sobre el papel. «¿De modo que todos estos son también tristes segundones?», preguntaron. Las dos mujeres respondieron «¡Sí!» de inmediato, viendo así la oportunidad de redimir en lo posible la reputación de sus hombres y la de sus amigos. Entonces, ¿a quién consideraban responsable? Llegados a ese punto ya se les habían agotado los nombres. ¿Quién les quedaba por culpar?

—¡El caballero! —dijo Anne Rogers.

—¿Qué caballero?

—El caballero... —el amo Kent escuchó cómo hacía una pausa. Uno de los ayudantes se rió entonces, me explica. Debió haber descrito con mímica el extraño caminar del señor Quill, posiblemente encorvando la espalda—. Este caballero...

Ni siquiera tuvo que pronunciar su nombre.

Sólo entonces pudieron los tres esbirros darse el gusto de ordenar la estancia y bajar al primer piso, donde el amo Jordan y el administrador fumaban sus largas pipas. Tras el violento y agotador interrogatorio, están en situación de informar,

presuntuosamente y con voz lo bastante alta para que el amo Kent pudiera oírlo, que han conseguido desvelar por completo la enmarañada intriga. Poco después llevaron a rastras a la pequeña Lizzie Carr —que había pasado toda la tarde maniatada— hasta la sala donde el amo Jordan aguardaba y, tan pronto le prometieron que podría quedarse con su hermoso lazo verde si era capaz de demostrar que era una niña lista y honesta, les fue fácil obtener la confirmación de cuanto las mujeres habían revelado. Quede claro que el amo Jordan no necesitaba corroboración alguna para actuar según su santa voluntad. Pero en fin, sea como fuere, el individuo al parecer se considera a sí mismo un caballero meticuloso y pulcro por naturaleza y respetuoso de las leyes, además. De cualquier modo, todo acabó según lo esperado. El sonriente señor Earle —¿se llama así realmente el tipo? ¿no era ese el nombre de algún tipo de gnomo maligno?—^[3] siempre se ha declarado un genuino amante de las bellas artes, de las cuales las negras artes van siempre cogidas de la mano. Lizzie Carr admite que el hombre la asustó. Fue él quien «me nombró Reina y después intentó tocarme». Prácticas oscuras, indudablemente. Además, ¿no había admitido el hombre ayer mismo que había sido fulminado por un rayo o alguna hechicería por el estilo?

—Dijo que los cielos se habían abierto sobre su cabeza —confirmó el señor Baynham— y que una lengua de fuego le concedió el cuerpo de un viejo y nudoso árbol. De ahí su deformidad. Fue a causa de la alquimia. Algo relacionado con el mismo diablo y con una vieja y descascarillada marmita.

—Id a buscarlo y traedlo aquí.

El señor Quill no estaba en su habitación, por supuesto. Hacía horas que se había marchado para tratar de reconfortar al hombre encadenado en la picota y después se había lanzado en persecución de la señora Beldam en mitad de la noche. Sin embargo, había muchos objetos en su cuarto que hacían aún más evidente su complicidad en todo el asunto: morteros, manos de molienda y cuencos demasiado pequeños para ser utilizados en la cocina; polvos, tinturas y limaduras que, vistos fuera de contexto y alejados de los pergaminos y pinceles, resultaban bastante amenazadores. También había un violín, el instrumento de Satán. Encontraron una *Historia Natural de las Plantas* con notas escritas a mano en los márgenes con sus propias recetas para elaborar pociones y filtros amorosos y, por si fuera poco, con sospechosas hierbas alojadas entre sus páginas. Además estaban sus dibujos sin anotación alguna, demasiado coloristas y extravagantes como para servir a los propósitos del terrateniente. No, el señor Baynham nunca antes había contemplado semejante despropósito, aunque a lo largo de los años había acumulado gran experiencia. Al menos esperaba encontrar ciertas claves, signos reconocibles, pero lo que allí halló no le parecieron otra cosa que encantamientos garabateados con pinturas.

Y por eso mis vecinos llegaron demasiado tarde la pasada noche para pedir respetuosamente, sombrero en mano, la liberación de dos de sus mujeres y una niña. Las cautivas ya habían descubierto el pastel y a continuación habían sido atadas por

las muñecas y los tobillos a los sólidos postes del pasamanos del rellano de la escalera. Los tres ayudantes del amo Jordan, excitados y algo avergonzados al mismo tiempo, ya esperaban porra en mano el regreso del hechicero en el vestíbulo inferior. De modo que el administrador recibió órdenes de expulsar de la hacienda a los aldeanos. «Sé bien que debería haber actuado en ese momento», dice el amo Kent, «pero seguía encerrado en mi habitación. Supongo que podría haber gritado...». Al menos al señor Baynham no le importaba en absoluto quién de mis vecinos era nombrado. Su patrón ya conocía la identidad que más le interesaba. Aún podía servirse de los otros si la situación lo requería. Además, la mayor parte de cuanto habían dicho confirmaba lo que los tres esbirros habían descubierto por sí mismos. El Cartógrafo —siniestro apelativo, ¿no es así?— era también el alborotador. Y por si fuera poco, también era él, según los nativos, quien estaba detrás del robo del chal perteneciente a la difunta esposa del amo Kent. Del mismo modo, el sujeto estaba relacionado de alguna manera, emparentado quizá, con la mujer errante que vagaba libremente por la comarca mientras su hombre permanecía encadenado en la picota. La sangrienta muerte de la yegua comenzaba a tener cierto sentido. Sin duda fue parte de algún oscuro ritual. Los hechos resultaban evidentes. Fue entonces cuando el administrador les dijo a mis vecinos: «Le contaré al amo cuanto me habéis dicho, palabra por palabra».

—¿Y se mencionó mi nombre en algún momento como parte de la conspiración? Me han dicho que sí —pregunto.

—En efecto, así fue —me dice el amo—. Pensé que el corazón me saltaba del pecho cuando lo oí. —Parece algo molesto al decirlo—. Pero, Walter Thirsk, al parecer eres el tipo de hombre en quien mi primo está... dispuesto a confiar.

Extiende las manos y encoge el mentón, como dando a entender que ello le resulta un misterio, y bastante preocupante.

—¿Y qué ocurrió cuando el señor Qu... cuando el señor Earle volvió la otra noche?

—No ha regresado a casa, aún no, al menos —dice mi patrón, cubriéndose los ojos mientras habla. Se siente especialmente incómodo por la respuesta que ha de dar—: Habrá dormido en... —De nuevo extiende las manos en un gesto inútil—, algún otro lugar. Los hombres de mi primo lo siguen buscando en estos momentos.

Había olvidado al caballero del amo Jordan. No me cuesta imaginar lo celoso que se sentirá de los otros tres subalternos por el tiempo que pasaron anoche en la galería con las mujeres cautivas. Estoy seguro de que habrá escuchado el interrogatorio y sentido el impulso de arrastrarse escaleras arriba para aportar su granito de arena. Pero no lo tenía permitido. Tú sólo te ocupas de los caballos, le habrán dicho. Y por eso sus camaradas obtuvieron todo el placer, y él ninguno. Tuvo que resignarse a hacer guardia ante la puerta de la habitación del amo Kent sin obtener ninguna gratificación. De ahí que sea peligroso. Ha tenido demasiado tiempo libre durante estos últimos días. De todo el grupo de Jordan, él es en todo momento el que menos tiene que hacer. En cuanto ha terminado de alimentar y cepillar a los caballos los deja salir para que troten libremente por la propiedad del amo y desde ese momento dispone del resto del día para holgazanear. Deambula ocioso por los caminos y veredas del pueblo provocando a todo aquel con quien se cruza y propasándose con las mujeres. Incordia al ganado y saquea nuestros frutales. Irrumpe en la privacidad de los hogares que de otro modo le estarían vedados. Él es el único, hasta el momento, que ha sentido el impulso y tiene el tiempo suficiente para ir a la picota a insultar y a lanzar fruta podrida al marido de la señora Beldam. Y también el único que ha seguido buscando insistentemente a la mujer. Hoy ha redoblado sus esfuerzos pues, por lo que ha podido escuchar la otra noche en casa del amo, hay una hechicera vagando libre por estos bosques a la que él ha de atrapar y que no ha de convertirse en un juguete para el disfrute exclusivo de esos tres mimados esbirros.

Sin embargo, tiene la mala suerte de ser visto conmigo mientras estoy sentado en mi banco con la vana esperanza de que alguno de mis vecinos me salude. Quiere saber dónde pienso que una mujer así podría tener un escondite secreto desde el cual salir noche tras noche para perpetrar sus crímenes. Creo que no se da cuenta de los enemigos que se ha ganado por el mero hecho de pertenecer al grupo de Jordan. ¿Cómo podría suponer, en su inocencia, que yo no soy en absoluto popular hoy en día y que el mero hecho de estar en mi compañía no le hará ningún bien? Por otra parte no me cabe duda de que en algún momento se habrá parado a pensar lo temerario que puede ser salir a pasear por nuestro pueblo la mañana siguiente a todo lo ocurrido sin más protección que un pedazo de brida. Supongo que pretende llevar a rastras y atada con ella ante su amo a una escarmentada señora Beldam.

Cualquier día menos hoy sería seguro para él. Todos estaríamos trillando, cribando y ensacando y la mayoría obviaría su presencia con un simple encogimiento de hombros, dándole menos importancia que a un mosquito impertinente o a unas briznas de paja entre el grano. Pero nuestra Reina de la Cosecha y dos de nuestras mujeres siguen retenidas, y además está toda esa cháchara sobre brujería. Sé que es mejor mantener la boca cerrada y no decir nada acerca de lo que tanto inquieta al amo Kent. Y, en cualquier caso, a estas alturas no creerían ni una palabra salida de mis

labios. Es más, tres de nuestros hijos, cuyas camas estaban frías y vacías la pasada noche, tampoco han regresado a sus hogares. No somos el amo y yo los únicos cuyos corazones se desesperan. Estamos tensos e irascibles como un enjambre de avispas. Nadie, ni uno sólo de nosotros —*nosotros*, sí, sigo diciendo *nosotros*—, ha empuñado esta mañana sus herramientas de trabajo. Ni siquiera yo, con la mano aún herida, he acudido a primera hora a la hacienda para seguir trabajando en la vitela. No tengo nada que hacer allí, ni siquiera aunque regrese el Cartógrafo. Ya no puedo servirle de nada, ya no. A menos que logre encontrarlo para advertirle sobre la bienvenida que le espera. He de buscarle. Siento que he adquirido algún tipo de responsabilidad para con él. Sin embargo, desde que ayer noche vi cómo se perdía en la oscuridad siguiendo los pasos de la señora Beldam, no quiero ni imaginar dónde podría estar. Temo que se encuentre herido. Temo que haya intimado de algún modo con la señora Beldam. Así que por el momento me limito a pasear por el pueblo y a sentarme y holgazanear en mi banco, accesible pero nervioso y apático.

Nuestro pueblo todavía le parecería un lugar tranquilo y ocioso a cualquier viajero que se dejara caer casualmente por aquí. Nuestras manos, al menos, sí están ociosas hoy. Pero no a causa de ninguna fiesta o en espera de inminentes placeres. No bailaremos al ritmo de la gaita de Thomas Rogers esta noche, y tampoco del violín del señor Quill, huelga decir. Nuestra desidia no es menor que nuestra inquietud. Las costuras de este pueblo ya han comenzado a deshacerse. Nadie se ocupará hoy de la cebada recogida. Un saco a rebosar se ha caído y el grano se desparrama. Nadie se ocupa de espantar a las ratas. Alguien ha de recoger las boñigas del ganado para que sirvan de abono, hay que cubrir las madrigueras de los topos, arrancar las garrapatas a las vacas, si no queremos ver cómo nuestros animales se debilitan y enferman. Las letrinas siguen limpias de mierda y de moscas, pero nadie se ha molestado hoy en comprobarlo. Los cerdos no han sido alimentados esta mañana. La rama enferma del viejo cerezo de los Kip finalmente ha caído bloqueando el sendero, pero nadie ha salido a retirarla del camino para hacerla astillas. Al menos aún queda leña para otras dos noches. Quienes pasan por allí apenas le prestan atención, se limitan a rodear el obstáculo con aire inexpresivo. Las vacas protestan en las tierras comunales porque nadie las ha ordeñado esta mañana. La puerta de un corral ha quedado abierta —algo insólito— y los gallos y gallinas corretean libremente como si intuyeran que esos caminos y veredas pronto serán suyos. Pero hay asuntos más importantes que atender que las gallinas. Se ha convocado una reunión, según he oído, para el mediodía. Por supuesto, yo no asistiré. Hasta esa hora, mis vecinos están tan aburridos y desconcertados como una camada de gatitos sin nada que arañar en el salón de una casa. Sin nada que arañar, al menos, hasta que me ven hablando con el caballero, y cuando digo hablando quiero decir ocultándole cualquier posible indicio acerca de dónde puede haberse escondido la señora Beldam.

El hombre es más bajo que cualquiera de los tres alguaciles de Jordan y más menudo que el administrador, quien a pesar de su corta estatura es recio como un

roble. Con esto no digo que el joven no sea peligroso, aunque lo sería más para las mujeres y los caballos que para el padre de Lizzie Carr, Gervase Carr, un hombre taciturno... y violento cuando la ocasión lo requiere. Quiere saber dónde está su hija. Y así lo pregunta con brusquedad manteniendo cierta distancia en cuanto nos ve. El caballero se limita a encogerse de hombros, pero no se da la vuelta. Es consciente de que el lacayo de un caballero, que ha visto mundo, es más de temer que otro patán cualquiera. Gervase da un paso adelante hacia el banco donde estoy sentado. El caballero le da la espalda. Un paso más y podría tocarlo.

—Te estoy hablando de Lizzie Carr. ¿No la has visto? Es sólo una chiquilla, una ramita aún tierna en un árbol. Tu amo la tiene encerrada en la casa...

—Se lo tiene merecido —responde el caballero. Sería listo si tomase distancia ahora mismo. En lugar de eso, sigue sin darse la vuelta.

No es consciente de la gravedad de la situación, aunque no creo que le sorprenda descubrir la turba de gente que poco a poco crece tras Gervase Carr. Intenta ser sarcástico:

—Si de verdad es una ramita tierna, entonces arderá bien junto a esas otras brujas —dice, extendiendo las manos como para calentarlas junto al fuego—. Nos vendrá bien un poco más de combustible para el invierno.

Es la madre de Lizzie quien lo agarra primero. Gervase no comprende de inmediato el sentido de las palabras del caballero y parece más confundido que furioso. Pero su mujer es más espabilada. Coge al tipo por la oreja —tiene dos hijos y por tanto mucha práctica en ese arte— y en un segundo lo tiene en el aire. Gervase es el siguiente. Su mujer ha abierto el camino. Desde ese momento lo único que sé es que todo se precipita. Un cuerpo golpea el extremo del banco y me caigo de espaldas, con escasa dignidad, en la zanja de guijarros para canalizar la lluvia que rodea mi casa. Podría haberme puesto de pie enseguida, pero un nuevo golpe me devuelve al suelo. Un pie calzado con una recia bota me ha pateado en la cara. Espero que haya sido un accidente, aunque soy lo suficientemente listo para encogerme como un erizo y darle la espalda a la ahora extrañamente silenciosa trifulca. Nadie levanta la voz ni dice nada. Lo único que oigo es un golpe tras otro, ruidos típicos de una granja, ruido de ganado. Un millar de punzadas de dolor caen sobre el caballero, cien puños furiosos como avispas lo golpean ahora. Podría haberse ido de aquí sólo con unas cuantas magulladuras —y sin heridas— de no ser porque uno de los Saxton decide llevar un paso más allá la labor de sus vecinos al sacar su acero de podar y dibujar sobre la boca de bufón del caballero una sonrisa aún más amplia de un limpio y eficiente tajo.

De no ser por el súbito borbotón de sangre que salpica al menos a una docena de mis vecinos, además de mi banco y mis calzones, nada habría puesto fin a la lluvia de golpes que sigue cayendo sobre el desdichado, estoy seguro. Pero la sangre nos perturba, nos espanta. Nos alejamos de ella. A menos que sea la nuestra, sentimos el impulso de limpiarla de inmediato. De modo que la paliza pierde intensidad tan

rápidamente como minutos antes la había alcanzado. Gervase Carr se aparta a un lado para limpiar sus nudillos ensangrentados en la hierba. El muchacho de los Saxton se marcha corriendo a lavar el filo de su cuchillo. Dos hermanas escupen en sus delantales intentando limpiar las espantosas salpicaduras. Todo el mundo se mira, comprobando su ropa.

Pronto estamos de nuevo a solas, el caballerizo de Jordan y yo. Yo estoy aturdido, furioso y asustado. Me cuesta recuperar el equilibrio y volver a ponerme en pie. Él apenas se mueve, pero ciertamente está vivo. Un muerto no hace ese tipo de ruidos. Pero yo soy el único que escucha sus gemidos de dolor. Y el único también, he de decir, que no ha golpeado a este hombre. Me alegra que haya sobrevivido para ser testigo de la verdad, si es que esa boca es capaz de volver a pronunciar palabra.

El camino está desierto de repente. Todos huyen. No hay ni un solo habitante de este pueblo que no se haya dado cuenta de inmediato, al contemplar la sangre fluyendo a borbotones y la sanguinolenta herida abierta en su cara, que todo ha cambiado irremisiblemente a peor. Matar a las palomas del amo ha sido un acto casi inofensivo. También es posible asesinar a su más preciada yegua y salir impune. Pero haber golpeado y acuchillado a uno de los hombres de Jordan nos arrojará sin duda a todos a un lugar del mundo mucho menos misericordioso que este. Un lugar que no descansará, ni permitirá que descansemos, hasta que haya cumplido con su deber y hasta que la justicia haya sido satisfecha. Dios nos bendiga a todos, Dios nos ayude a todos. Ni uno sólo de nosotros —no, de *ellos*— está a salvo ahora.

No me sorprende descubrir esta tarde que los Carr y los Saxton son los primeros en abandonar el pueblo. Saben que son ellos quienes más tienen que temer. Fueron sus puños y su afilado cuchillo los que hicieron el mayor daño. No hay modo de que eviten el castigo. Incluso mi vecino John y su esposa Emma han sido persuadidos de que lo mejor es empaquetar sus pertenencias y sus pesares y unirse a la familia de su hermano en su huida. Nadie que lleve su nombre estará seguro aquí desde el momento en que el caballerizo llegue tambaleándose, cubierto de sangre, hasta la hacienda y todos vean lo que le ha ocurrido por el mero hecho de ser un leal sirviente del amo Jordan.

John es una sombra, una cáscara vacía. Sus hombros están hundidos y no sólo a causa del peso de sus pertenencias. También, al parecer, por verse obligado a dejar atrás el cuerpo inerte, los huesos, de su antigua vida. Este será un amargo día para él, para todos ellos. Ni siquiera me mira cuando atraviesa —quizá por última vez— la puerta de su casa y se aleja caminando lentamente. Al menos sellamos la paz esta mañana, en la oscuridad de mi habitación, pero ni aun así me atrevo a mencionarle ahora la suerte de su sobrina. ¿Qué se supone que deberían hacer? Sé que no es su intención abandonar a su triste suerte a la pequeña Lizzie. Pero ahora hay otros Carr por los que preocuparse, otros Carr a los que proteger. Es necesario ponerlos a salvo

lejos de los límites de estas tierras. Sólo desde ese momento podrán volver a hacer planes para reunir a toda la familia o pensar en una nueva vida. Cualquiera granjero sabe que hay que poner el rebaño a buen seguro antes de salir a buscar al animal extraviado. Huir ahora no supone una gran diferencia. Quedarse en el pueblo no garantiza la seguridad de la niña y de un modo u otro se va a quedar huérfana. Sus padres han sido los instigadores de la brutal paliza y no es probable que conserven la vida en cuanto aparezcan los alguaciles. De hecho, ya habrán escuchado el relincho de un caballo —montado por el señor Baynham, casi con toda seguridad— y sentido el retumbar de sus cascos mientras cabalga, ahora en dirección contraria, por el mismo camino por el que descendía hace tan sólo unos días junto al resto de la comitiva del amo Jordan. Pronto regresarán los tres esbirros para amenazarnos y golpearnos. Pronto todo el pueblo escuchará los cuatro toques de cuerno del administrador para hacernos saber que ha conseguido llegar a terreno seguro.

Nadie en el pueblo está ocioso esta tarde después de todo. Es como cualquier otro día de trabajo. La diferencia es que la tarea principal es empaquetar lo imprescindible y ajustar el nudo de los hatillos. Se suceden las despedidas, de las que yo estoy excluido. Me limito a observar y en sueños abrazo a mis vecinos. Los siguientes en hacer pública su partida son los Higgs y los Derby. Para ellos la decisión es más fácil. Sus hijos ya se han marchado antes que ellos. Lo único que hacen es seguirlos. Se reunirán por el camino. Su separación habrá sido breve. Los cuatro hombres restantes de la familia Derby cogen por los cuatro extremos el aventador para el grano a modo de trono para llevar a la anciana señora Derby. Se llevan también su ropa y algunas pertenencias, pero ella se mantiene inmóvil en posición fetal, con las rodillas contra el pecho, tratando de aligerar su carga en lo posible. No hay lágrimas en sus ojos cuando se marchan —¿adónde?, no lo sé—. Se muestran tranquilos y capaces. No son estúpidos. Es mejor irse antes de que comiencen los problemas. Han adivinado cuál es la misión del señor Baynham. Pronto regresará con un grupo de veinte hombres peores que los tres que ya están aquí, o con una tropa de soldados armados para la batalla que se sentirán decepcionados si no tienen ocasión de librarla. El sonido del cuerno no hacía otra cosa que anunciar su perdición.

Al principio, algunas de las familias más reacias a marcharse, las que apenas golpearon al caballero y por eso imaginan que quizá todavía puedan evitar lo peor de los castigos por venir, afirman que se arriesgarán a quedarse. No se han parado a cuantificar el peligro. Tan sólo han cuantificado las posibles pérdidas. Entre sus razones están el miedo y el servilismo, por supuesto —«Aún no hemos terminado de ensacar la avena. ¿Qué será de nuestras gallinas?»—, pero también el legado de sus familias y su tierra, demasiado pesado como para transportarlo sobre sus espaldas. «Hemos labrado estas tierras desde los tiempos de Adán», dicen tratando de hacer la suma de todos sus antepasados con las puntas de los dedos. Son familias antiguas.

No se dejarán arrastrar tan fácilmente por el torrente de la ley para desaparecer en pueblos o ciudades donde sus nombres no signifiquen nada, perdiendo su espíritu y

su futuro además de sus campos. Pero la gente que, como ellos, ha lidiado durante toda la vida con el hambre y la necesidad, es testaruda y perseverante. Un saco de cebada no vale una vida. Se dan perfecta cuenta de ello esta tarde, mientras el sol se esconde tras una celosía de árboles. Les queda poco tiempo, de modo que también ellos empiezan a recoger sus cosas. Muertos o encadenados de por vida a un muro no volverán a arar ningún campo. Además, partir ahora no tiene por qué significar un final definitivo, se dicen a sí mismos. El hijo pródigo volvió a casa. Las golondrinas y los vencejos regresan cada primavera. Es prudente, por tanto, pensar lo peor y huir buscando un lugar seguro cuando las nubes se vuelven demasiado oscuras. Y sin duda hoy lo son, se han vuelto negras. No importa lo que piensen ni desde qué punto de vista lo enfoquen, el haber apuñalado a uno de los sirvientes del amo supondrá el fin de su tranquilidad. Ahora tendrán que buscarla en otra parte. La vida lejos de estos campos no puede ser tan siniestra y peligrosa, tan temible, aborrecible y extraña como solía afirmar el amo Kent cuando bebía más de la cuenta y hablaba de demonios y océanos, de peces árbol, sirenas y caníbales, de hombres con pezuñas y mujeres que ponen huevos. Sólo trataba de impresionarnos. No hay duda, su intención no era otra que provocarnos.

O sea que a lo largo de la tarde la cifra sigue creciendo hasta que finalmente todos aquellos que he conocido en esta plácida comunidad aceptan que lo mejor es poner tierra de por medio entre ellos y los hombres del amo Jordan, especialmente ese caballero, especialmente su cara de gárgola recién tallada. Tiemblan sólo de pensarlo. En cuanto han tomado la decisión, puedo ver —y a la vez me sorprende y me emociona— que una especie de resuelta y bulliciosa alegría hace presa en ellos. Si bien es cierto que la tristeza y la ira están en el aire, también se percibe cierta jovialidad. Algunos de los más jóvenes casi sonrían aliviados cuando atraviesan por primera vez en su vida los límites del pueblo; aliviados por marcharse antes de ser capturados, por supuesto, pero también alegres ante la imprevisibilidad de cuanto les aguarda a partir de ahora. Han encontrado una razón para caminar con valentía. Sus corazones laten con fuerza y piensan con claridad por primera vez en mucho tiempo. Por fin son libres y, a cada paso que dan, la esperanza crece en su interior. Quizá en su camino descubran prodigios.

La mayor parte de ellos elige el camino principal, el mismo por el que el señor Baynham partió hace poco a lomos de su caballo, porque es lo bastante amplio como para poder llevar por él a una vaca o a una cabra, y también gallinas y gansos metidos en cestos que transportan en sus carretillas. Los Kip incluso han conseguido embridar a un buey para colocarlo en el eje de un carro de heno y partir con casi todas sus pertenencias, incluidas sus preciadas botellas de licor y varios sacos de grano. Por supuesto, su nombre también se va con ellos. Pronto todos los nombres importantes del pueblo habrán dejado atrás los senderos hollados por las ovejas de la Heredad de Edmund Jordan, caballero, para alcanzar las maravillas de los caminos cubiertos de grava deteriorados por el incansable paso de carruajes de tiro, carretas de caballos y

carromatos con las más inverosímiles cargas. Y desaparecerán en ciudades y pueblos hasta convertirse en uno más de sus azorados y pálidos habitantes.

Solamente los Carr y los Saxton han decidido tomar la ruta más lenta y penosa a través de los bosques, a pesar del miedo a caminar sin la certidumbre de la caricia del sol ni la luz de la luna. Es posible que esos árboles que se alzan en el mismo corazón del bosque nunca hayan visto antes un rostro humano. Es posible que ni tan siquiera existan caminos por los que transitar. Como consecuencia de ello, saben que no podrían avanzar con sus carretillos ni llevar consigo a sus animales más preciados. Los dejan libres, pues, para que pasten a sus anchas. «Dejad que se alimenten de lana», murmuro a espaldas de mis vecinos, tratando de aligerar con ironía la carga, presente y futura, que a partir de ahora habrán de arrastrar, su lamentable *porvenir*, como el señor Quill lo denominó. Pero viajar a través del bosque significa que al menos estarán a salvo de sus perseguidores a caballo. Con un poco de suerte conseguirán escapar y no serán cazados como los ciervos. Quién sabe, dentro de uno o dos días es posible que lleguen al límite de otras tierras comunales donde podrán asentarse y construir su propio refugio —con cuatro toscas paredes y algo parecido a un tejado— y encenderán un fuego. Tendrán su propia casa con su lumbre. Conocen las costumbres y la ley. Y el humo de su hogar les dará derecho a quedarse allí donde lleguen.

Una vez más me encuentro en la cama de Kitty Goose. Por supuesto, ella no está tumbada a mi lado esta noche y los únicos dedos que se deslizan por mi abdomen son los míos. No le he puesto la vista —ni las manos— encima desde primera hora de ayer. Su ausencia es una agonía. Me sorprende sentir tanta añoranza, pues últimamente mi pequeño mundo sólo giraba en torno a la reciente muerte de mi esposa. Después de todo, Kitty y yo nunca hemos sido unos amantes muy melosos, aunque a falta de eso nos habíamos acostumbrado a disfrutar de algo más simple y menos emotivo. Sin embargo, ser consciente de los tormentos a los que ha sido sometida en la hacienda del amo Kent es como tener plomo en el estómago, un nudo que crece y crece a medida que pienso en ello y hace que la bilis suba por mi garganta.

Espero evadirme en sueños. Pero antes de quedarme dormido, antes de atreverme a dormir, he de arreglar este desastre causado por los tres esbirros de Jordan, los mismos tres hombres que han torturado a mi Kitty Goose. Tuve ocasión de elegir entre varias camas de entre todas las camas del pueblo, es cierto. Nunca un vecino me cerró las puertas de su casa. Pero no es fácil renunciar a los hábitos adquiridos a lo largo de media vida. No me siento con derecho a invadir sus hogares abandonados, mucho menos a descansar mi cabeza y mi cuerpo sobre las marcas que hasta hace poco dejaron los suyos sin que antes me inviten a hacerlo. En cierto modo espero poder recuperar algo de su confianza perdida, a pesar de que ya están muy lejos de

aquí como para poder ser testigos de mi tímido y leal respeto por las costumbres o para que les preocupe siquiera lo que yo haga. El hogar de la señora Goose, sin embargo, es un viejo conocido, así que no tengo inconveniente en dejar que mi cansado pellejo repose sobre las marcas de un cuerpo que, hasta cierto punto, me pertenece.

No habría sido capaz de descansar en mi propia cama, o al menos no me sentía con fuerzas para intentarlo. Lo que he de considerar como el último y amable consejo de John Carr, es decir, que siendo considerado parte de la conspiración debería recoger mis cosas y marcharme lo antes posible para ponerme a salvo, aún me inquieta. Mi cabeza hierve con amargas y descorazonadoras posibilidades. Si los hombres del amo Jordan están buscando al señor Quill, no me cabe duda de que también disfrutarán si consiguen atrapar a su ayudante, su curtidor de vitelas, su compañero de correrías por estos pagos. Me resulta demasiado fácil imaginar lo que ocurriría si me atraparan en casa, durmiendo en mi cama, envuelto en mis mantas y en mi propia habitación. Despertaría con el estruendo de sus patadas echando abajo la puerta y me arrastrarían por los tobillos hasta la casa del amo. Ya me duele bastante la cabeza hoy. Es muy posible que esté fracturada. Tengo la mandíbula tensa como una maroma. Me costó incluso masticar la manzana y el pedazo de pan que tomé a la hora de la cena. Pero sería peor castigo ser arrastrado por encima de las frutas podridas por estas veredas en mitad de la noche. Puedo imaginar mi cuerpo tendido en el largo y frío banco de piedra del porche, aún manchado con la sangre del cadáver del padre de la señora Beldam. Soy yo el que duerme con Willowjack. Encontraré mi descanso eterno en el Cagadero. Cargaré con todas las culpas.

Sin embargo, he de recordar que nada de eso concuerda con la versión que el amo Kent me dio sobre mi actual situación a ojos del amo Jordan. Me dijo que no era sospechoso. Siento decir que tal vez sí lo soy. En todo caso, y según su versión, para el primo soy un hombre «en quien se puede confiar». A diferencia de mi vecino Carr, el amo Kent fue testigo de los excesos de la pasada noche, aunque el entarimado del techo de madera le impidiera ver, por lo que su palabra tiene más credibilidad. Me ha jurado que la viuda Goose no mencionó mi nombre en ningún momento. Podría estar equivocado o las circunstancias cambiar, por supuesto. De un día para otro la historia de nuestras vidas cambia forzosamente de dirección, es un hecho. Nada parece imposible. Pero mi instinto casi me convence de que no se equivoca. Había algo en el modo en que el amo Jordan me miraba desde su llegada —me está tomando la medida, pensé, considera mi talla como quien tasa el ganado— que me ha hecho preguntarme si no espera de mí algún servicio en el futuro, que sea su bestia de carga. Se ha dado cuenta de que no pertenezco a este pueblo. Sabe que probablemente he vivido en la casa del amo y que fui su hombre de confianza. Percibe que soy diferente. Que estoy aislado en este lugar. De hecho hace años que me siento así. Quizá, después de todo, no sea tan mala esta reciente y penosa separación del rebaño. Casi me alegra. Estar libre de esas raíces quizá sea lo que me salve.

De modo que alcanzo cierta paz en la cama de Kitty Goose, aunque de manera fugaz. Mis breves cabezadas son efímeras y huidizas. No consigo seguir durmiendo porque los demonios enseguida regresan. Se burlan de mí. «Ahora eres el burro del amo Jordan. No mereces tener vecinos amables y buenos amigos. De veras te ganaste la paliza recibida cuando te caíste a la zanja esta tarde. Y te esperan cosas aún peores. Ten cuidado». Ahora imagino por segunda vez que echan abajo a patadas mi puerta y de nuevo me agarran por los tobillos para arrastrarme en mitad de la noche hasta Dios sabe dónde. Sin embargo, esta vez no se trata de los esbirros de Jordan sino de los Saxton, los Rogers, los Derby, los Kip y los Carr. Sí, alguien a quien consideraba mi vecino o mi amigo me pateó la cara esta misma tarde. Las magulladuras han florecido en mi mejilla y me duelen cada vez más. Esta noche estoy tan triste y furioso que ya ni siquiera espero que llegue el bálsamo reparador del sueño.

Contar ovejas no es la solución. Es la noche misma la que me mantiene despierto. El viento sacude las estrellas en mitad de la noche. Los árboles gimen invocando a sus amigos muertos. Los animales abandonados chillan suplicando cuidados, a pesar de la oscuridad. Es como si supieran que estoy aquí y se mostraran impacientes por mis servicios. Debería sacar a rastras de esta cama mi cara herida y mi magullado cuerpo e ir a atenderlos, a ocuparme de todo y de todos los que me necesiten esta noche. Pues no puedo olvidar que también hay otros corazones humanos ahí fuera, más fríos y empapados que el mío. Me obsesiona lo que le ha podido ocurrir al señor Quill, y no sólo por miedo a que haya sido apresado sino también a causa de las últimas palabras del informe del amo Kent: que el desaparecido ni siquiera durmió en la casa la pasada noche. La última vez que lo vi fue en la picota. Un momento tocaba mi mano, y al siguiente casi había desaparecido de mi vista cojeando entre las ortigas mientras intentaba seguir los pasos —y el aroma— de la señora Beldam.

Pero no estoy siendo generoso ni sensato. ¿Qué importancia tiene si la encuentra o no? ¿Qué pierdo yo? De hecho quizá eso sería lo mejor, que consiguiera encontrarla lejos de aquí y lograra sofocar sus gritos hablándole del peligro que la amenaza. Después regresaría de inmediato a casa del amo, con el deber cumplido y la conciencia tranquila. Sin embargo, ha pasado la noche en algún otro lugar. Y me inquieta la mera idea, el tormentoso drama en realidad, de imaginar esa delicada y afeitada cabeza reposando en el hundido pecho del señor Quill. Casi puedo ver cómo sus labios se posan sobre los de ella, cómo su cuerpo sin gracia —blanco bajo la luz de la luna— descansa en los brazos de la mujer. Me irrita tanto la idea que aplaco la tensión con ayuda de mis manos, a solas en la cama de la viuda Goose, donde en tantas ocasiones fueron las suyas las que consiguieron aliviarme. Por supuesto, cuando acabo mi ánimo es aún más sombrío que cuando empecé. Mi soledad toma cuerpo en las semillas desperdiciadas y en todas estas casas vacías.

¿Quiénes son ahora mis vecinos? Puedo contarlos con los dedos de mi mano herida. El total de la suma es insólito. No queda nadie aquí que realmente pertenezca a estos prados y a estas tierras comunales. Aparte de Kitty Goose, Anne Rogers y

Lizzie Carr, si todavía están vivas, ninguno de los que se han quedado ha nacido aquí. Ninguno de los que se han quedado tiene familia. El total es de siete cuerpos durmiendo plácidamente bajo el mismo techo: cuatro hombres de Jordan —el administrador ya se ha marchado a buscar refuerzos—, los dos amos de la hacienda —y primos políticos con posturas opuestas— y yo mismo (aunque no consigo dormir). También está el marido encadenado a la picota, es cierto. No puedo olvidarme de él. Y finalmente la pareja desaparecida, la más improbable, la hechicera y el Cartógrafo. No me resisto a decirlo: la bella y la bestia.

Me obligo a concentrarme. Si consiguiera volcar mi atención en una sola tarea; olvidar a la mujer, al señor Quill, mis magulladuras y a los vecinos que las causaron, toda esa cháchara sobre brujería, los horrores que promete el amanecer... No, basta ya. Si pudiera pensar en una cosa nada más e intentar solucionarla a pesar de este cansancio, entonces me dormiría. Sé que me dormiría. El trabajo es la puerta a una noche de descanso reparador. Me dirijo al granero. Cierro los ojos y vuelo como un murciélago. Allí encuentro las herramientas tiradas por el suelo. Y comienzo —o al menos vuelvo a empezar— a trillar nuestra cebada. Pronto cojo buen ritmo con el mayal. Mis vecinos estarían orgullosos de mí. La velocidad de mis manos mientras trabajo pronto se acompasa con la de mi corazón. Sueño con arados y bueyes, surcos, grano.

El amo Jordan parece tranquilo y alegre esta mañana. Me dice que soy precisamente el hombre que necesita. De hecho, en cuanto llego a la hacienda después de amanecido, sin otra intención que la de mostrar mi magullada cara y aceptar las consecuencias, él mismo sale a la puerta a recibirme y me acompaña desde el porche hasta la sala en la que está desayunando. Me dice que me siente. Me ofrece su pan y su cerveza, aunque se reserva los quesos y las carnes. Se comporta del modo más civilizado, pero sus reservas también son obvias. No puedo adivinar lo que ocurrió la pasada noche, aunque es obvio que le complace. Incluso al amo Kent, cuando se presenta en la habitación y se sienta a mi lado en la mesa, se lo ve menos pálido y nervioso que los últimos días. Esta mañana las aguas parecen haber vuelto a su cauce. Es como si se hubiera alcanzado algún tipo de tregua y los dos hombres reivindicaran su victoria.

Pero antes, para ganarme mi pan y mi cerveza, al parecer, me interrogan sobre lo ocurrido ayer en el pueblo. Quieren saber si se ha quedado alguien. ¿Alguien habló acerca de un posible regreso? Y cuando mi respuesta es «No», a ambas preguntas, el amo Jordan da una palmada, su seña personal de que se siente bien, y se ríe con sonoras carcajadas.

—¡Menuda panda de ratoncillos asustados, tus vecinos! —dice—. ¡Y los mansos heredarán la tierra!

Se refiere a sus ovejas, obviamente.

Edmund Jordan puede ser un hombre muy agradable cuando está relajado y sonriente. No parece peligroso. De modo que me arriesgo a hacer una pregunta, aunque la elijo con mucho cuidado. No diré nada acerca de la niña y las dos mujeres que tienen retenidas, aunque no deben estar encerradas a más de sesenta metros de esta mesa. No debo mostrar preocupación por ellas si aún cree que son brujas. No me atrevo ni a mencionar al señor Quill, pues ya estoy demasiado asociado al Cartógrafo. En vez de eso, asiento a modo de disculpa por mi temeridad y digo:

—Temo que mi querido amo lo pierda todo.

Extiendo mi mano hasta donde está sentado y toco suavemente el codo de Charles Kent. Esa es mi muestra de lealtad. Mi recordatorio de que hubo un tiempo en que ambos mamamos del mismo pecho. Vuelvo a su lado una vez más. Ahora parece mi única opción.

—No te inquietes inútilmente por tu amo, Walter Thirsk —responde. Entonces hace una pequeña pausa y, sonriendo, echa la cabeza hacia atrás y dice—: ¡Agua! ¡Sed!^[4]

Se ríe alegremente y da palmadas como un niño. Nunca había visto a un hombre tan contento y satisfecho de sí mismo a esa hora del día. Se inclina sobre la mesa y apoya las manos en nuestros respectivos antebrazos.

—Tu amo es mi primo político, como bien sabes. Es parte de mi familia. Es un pariente del campo, como quien dice. Y le tengo afecto, ciertamente. No, también yo me beneficio si él sale bien parado de todo esto. Tenemos un plan. Hoy mismo nos marchamos. Nos vamos y mi buen primo Charles nos acompañará.

Ahora me toca escuchar un sermón acerca de cuáles son las virtudes que ha de tener un buen administrador. Es necesario tener un propósito claro y firme, dice. Habla de Beneficio, de Progreso y de Iniciativa como si fueran sus musas personales. El nuestro ha sido hasta ahora un pueblo que se conformaba con Mantenerse, pero él propone que de ahora en adelante sea un lugar que aspire en todo momento a Crecer. Es decir, tan pronto como haya cercado y limpiado estas tierras y convertido todo esto —nuestros campos, nuestras tierras comunales y «esos bosques desperdiciados»— en una región de «hermosos pastos ovejeros».

—Y ha querido la desgracia —concluye, recalcando esa *desgracia* con una luminosa sonrisa— que los aldeanos que más se habrían beneficiado de todo este progreso hayan preferido, y de manera unánime, al parecer, descargar su villanía y su ira en mi pobre caballerizo para después marcharse a buscar otro lugar donde seguir disfrutando de sus ociosas vidas. De modo que la tierra ha vuelto a manos del Señor —me refiero a mí—, que es su auténtico propietario. Tengo la ocasión de empezar de cero. O, como diría nuestro señor Earle, tengo la oportunidad de comenzar a escribir en un immaculado pergamino.

—¿Ya ha terminado sus mapas el señor Earle? —pregunto. No veo que haya demasiado riesgo en ello.

—¡Ah, no creo que el señor Earle vaya a finalizar nunca su tarea!

—¿Quiere decir porque ha sido acusado?

—¿Acusado de qué?

—¿De magia negra, quizá?

El amo Jordan nuevamente se inclina sobre la mesa y aprieta mi brazo.

—Veo que tu cara ha sido brutalmente golpeada —dice. Su sonrisa ya no es tan amplia—. Espero que no haya motivo para que se agraven tus heridas. No deseo tener que volver a ver una mejilla magullada de ese modo. No, una vez más, no debes inquietarte inútilmente. Y no lo harás. Magia, blanca o como sea, hechicería... ¿Ese tipo de cosas...? No se volverán a mencionar.

Y al pronunciar esas palabras, como invocado gradas a algún embrujo, el primer rayo de sol del día se abre paso a través de la cortina de hayas, ahora teñida de un rojo sanguinolento, hasta dibujar una deslumbrante línea de luz sobre la mesa. Por fin comprendo el motivo de la esperanza en el rostro del amo Kent y su serenidad en tiempos tan turbulentos. También su resignación. No habrá juicios. Nadie arderá en la hoguera. Tan sólo el tan deseado Progreso tendrá lugar.

Lo que el primo finalmente propone, y el amo Kent apoya con múltiples asentimientos acompañados de golpecitos de su rodilla en la mía pero sin decir palabra, es que cuando el grupo de Jordan parta hoy mismo al mediodía, con las tres

prisioneras a remolque, yo me quede aquí para convertirme en los ojos y oídos del amo. Su administrador ya se ha marchado para organizar la compra de las ovejas — no para buscar soldados, como creí— y en los próximos meses llegará la mano de obra contratada para alojarse en nuestras casas ahora vacías mientras los árboles son talados, los arbustos arrancados y muros de piedra seca y rediles para el invierno son contruidos. Cuando llegue el otoño vendrán dos pastores, o incluso tres quizá, y traerán consigo las monedas que constituirán mi salario. Pero durante las próximas semanas estaré solo.

—Tú y el señor Picota —dice—. Según tengo entendido, aún le quedan tres días para completar su sentencia. Hoy, mañana y pasado mañana. Sé que eres un hombre recto, de modo que no seas demasiado benevolente con él. Simplemente déjalo libre cuando llegue el momento. ¿Tengo tu palabra?

El amo Kent hace un gesto de asentimiento para infundirme valor. Ya me explicará cuando estemos a solas, parece decir.

—Tiene mi palabra —y me odio a mí mismo al decirlo.

—Bien, entonces empieza tu jornada a mi servicio preparando nuestros cinco caballos para el viaje. Mi caballerizo no tiene ánimo ni cara para ello. Se ha quedado en la cama, cosa que le agradezco, pues no ha podido quedar más feo.

El amo Jordan se levanta y me tiende la mano. No puedo evitar estirar la mía hacia el otro lado de la mesa y estrechársela brevemente. Sus anillos arañan suavemente las articulaciones de mis dedos. Las palmas de sus manos son frías y suaves, tersas como una vitela.

El amo Kent me acompaña hasta la pradera donde los caballos pastan libremente sin que nadie les preste atención desde que el caballerizo quedara fuera de combate. Podríamos ser tomados por iguales mientras caminamos, hombro con hombro, por la vereda. Dos hombres encanecidos que han rebasado la mediana edad, vestidos sin elegancia y curtidos por el trabajo en esta tierra.

—Te lo agradezco, Walt —dice, cogiendo mi mano. De nuevo somos viejos amigos—. No puedo expresar con palabras lo mucho que me alegré al ver tu cara esta mañana. A pesar de las magulladuras. Temía que te hubieras marchado como todos los demás. No te hubiera culpado si así hubiese sido. Yo mismo he estado a punto de largarme. Incluso pensé en prenderle fuego... a la casa... y terminar lo que empecé con el palomar y los altillos. Cualquier cosa antes que ser testigo de... —no tiene ánimos para enumerar los cambios que vendrán—. Estos son tiempos tristes y vertiginosos. En cuestión de cinco, ¿seis días?, el pueblo se ha perdido para mí. Se ha perdido para todos nosotros.

A pesar de todo, el amo Kent ha sido capaz, según me informa, de obtener cierta ventaja de este éxodo. En cuanto su primo supo que el pueblo había quedado desierto y que todos los aldeanos habían huido por miedo, como él había deseado desde el principio, su interés por las prisioneras y por cualquier sospecha de brujería se desvaneció de inmediato. Una triunfante quietud se apoderó de la hacienda del amo

Kent. Los comentarios sobre el señor Earle —o mi señor Quill— no suscitaban ahora más que bostezos en el amo Jordan. La señora Beldam ya no preocupaba a nadie. La alquimia y la magia eran meras trivialidades comparadas con la Tierra de Progreso que él proponía.

—Fue entonces cuando me arriesgué a interceder por la pequeña Lizzie y las mujeres —me dice el amo Kent—. Si mi primo fuera capaz de restarle algo de importancia a sus innegables pecados —su necedad, por ejemplo—, sin duda pondría fin a sus castigos. Sería una muestra de amabilidad y sabiduría, y algo honorable, por supuesto —ese hombre ama la idea del honor tanto como adora la lana—, acabar con sus tormentos.

«¿Quieres decir que debería acabar con su sufrimiento de inmediato?», dijo el primo con guasa. «¿Me estás pidiendo que las deje reunirse lo antes posible con su creador? Podría utilizar tu leña para encender la hoguera ahora mismo...»

«Lo que te propongo es que dejes que se presenten ante el Señor cuando llegue su hora. Y por el momento permite tan sólo que se vayan lejos y sin ataduras».

«¿Dejar que se vayan como hechiceras y pecadoras?». Al amo Jordan le divertía la inútil ternura de su primo.

«No, sólo dejarlas ir como campesinas que han sido separadas de sus familias y que lo único que harán cuando de nuevo estén libres será intentar reencontrarse con ellas, sin causarte ningún problema. Ni tampoco a mí... Quiero decir, a mi conciencia».

«No queremos que tu conciencia salga mal parada de todo este asunto, ni tan siquiera puesta a prueba, primo Charles».

Y finalmente Edmund Jordan dio su beneplácito, aunque resulta obvio que pretende incluirme a mí entre las muchas pérdidas que el amo Kent ha de sufrir en todo esto. Si acepto hacerme a un lado y vigilar su hacienda hasta que lleguen las ovejas y salpiquen nuestra tierra con sus cagadas amarillas, él aceptará dejar en libertad sin cargo alguno «a las tres brujas».

«Pero no volverán a pisar nunca más la propiedad de Edmund Jordan el joven», dijo. «Estas tierras permanecerán vedadas para siempre a todos los Rogers, Goose y Carr. Su peor brujería ha sido tratar a toda costa de detener el tiempo en esta región. Su mayor delito, obstaculizar mi camino. Y eso jamás se lo perdonaré».

De modo que, de acuerdo a las órdenes de Edmund Jordan, la niña y las dos mujeres serán escoltadas y liberadas únicamente cuando lleguen a la plaza del mercado más próxima, a tres días de camino. El amo Kent será quien las acompañe para tener la seguridad de que su primo cumple su palabra.

«Mi primo ha de ser testigo de que así sea», remató, «y confirmar que viuda, hija y esposa caminan libremente por las calles del pueblo».

—En cuanto a mí —concluye el amo Kent—, no creo que regrese nunca a este lugar.

Charles Kent me abraza y estamos a punto de ir a parar al suelo, repleto de

manzanas caídas bajo las pezuñas de los caballos. Si un halcón sobrevolase ahora el huerto con forma de claustro, con la mirada vigilante en busca de alguna presa —un apetecible escarabajo o algún ratón distraído—, podría ver los elaborados trazos que los árboles dibujan en el suelo con sus sombras y la melancólica soledad de estos prados engalanados con flores. Contemplaría los robustos lomos de los caballos, la hierba salpicada por el tono rojizo de las manzanas caídas, el aspa que dibujan los dos caminos que se cruzan, cuyo trazado se ha ido suavizando con el paso de los siglos y, por supuesto, nuestras dos cabezas grises, girando en una danza de enamorados, como las cáscaras de las semillas a merced de un viento travieso y severo al mismo tiempo, que no pueden saber dónde o cuándo volverán a caer al suelo.

Ya es mediodía y estoy esperando con los caballos en el exiguo rectángulo de sombra que hay en el patio a esta hora. La silueta de la casa destaca a contraluz, solemne y anquilosada. Su decadente majestuosidad parece poner nerviosos a los animales. Esta mañana se resistieron a ser ensillados y aún se muestran picajosos e inquietos. Es preferible estar a la intemperie, bajo un cielo immaculado y un sol de justicia o al arropo de los árboles, que aquí. No me cabe duda de que los días que han pasado en este lugar han sido los más apacibles de cuantos han vivido. Con todo este espacio y esta libertad. Nunca antes habían sido alimentados con un heno tan fresco como el que hoy les he dado y tampoco habían disfrutado de tal abundancia de manzanas. Si el caballero hubiera estado esta mañana al pie del cañón, en lugar de recuperándose de sus heridas, los habría mantenido alejados de las manzanas —especialmente de las más picadas, a causa de las larvas que albergan— por los cólicos que pueden producir al fermentar en su estómago, los dolorosos retortijones y las ventosidades. A mí, sin embargo, no me preocupa el bienestar de los caballos de estos forasteros. Me limito a observar mientras mastican, a sabiendas de que sufrirán por culpa de nuestra fruta. No les deseo un buen viaje. Mañana a estas horas es posible que estén demasiado enfermos para cabalgar y mis amos se verán obligados a ejercitar un poco las piernas por una vez. Pero, por el momento, los adoquines resuenan bajo los cascos de los caballos y el aire se enturbia con su aliento. No quieren estarse quietos, por mucho que les susurre al oído. Saben que pronto soportarán una pesada carga de alforjas y hombres.

Siento un gran alivio cuando veo aparecer a los tres esbirros arrastrando el equipaje y comienzan a prepararse para el viaje. Por fin puedo hacerme a un lado y disfrutar siendo ignorado. Los ayudantes del amo evitan toparse con mi mirada. Me gusta pensar que se sienten avergonzados o que incluso me tienen algo de miedo. Quizá ya saben que ahora soy el favorito de su amo, sus ojos y oídos, su vigilante y su custodio. Y estarán tan ansiosos por cabalgar lejos de mí como yo por contemplar sus cargadas y bamboleantes espaldas alejándose de una vez por todas de la hacienda.

La última pieza de equipaje que sacan de la casa es el caballero en persona. Lo llevan en una improvisada camilla de mantas sin demasiado cuidado. No puedo ver su cara ni sus heridas hasta que lo ponen de pie y después lo ayudan a montar al caballo más pequeño y menos nervioso, un capón de grupa y costados moteados. Le han vendado las heridas pero su cabeza y su pelo están cubiertos de sangre seca e incluso desde donde me hallo resulta obvio, por su forma de moverse —trémulo como una polilla— que el más mínimo gesto le causa dolor. Después de tres días a caballo por caminos escabrosos, no me cabe duda, se volverá loco o morirá. Su pequeño caballo, si sobrevive a mis manzanas, se desquitará por cada latigazo y cada golpe que el caballero le haya propinado. Me acercaría para poder ver mejor. Me gustaría mirarle a los ojos. Supongo que quiero que vea las heridas de mi cara, de las

cuales hasta cierto punto él es responsable. Pero apenas me he adelantado un paso cuando se abre la puerta en el porche de la casa y aparecen las prisioneras, caminando en fila y atadas por la cintura y las muñecas. Creo que Kitty Goose me ha visto nada más salir, aunque el sol le da en los ojos y yo estoy oculto a la sombra de los árboles. Su rostro se contorsiona, pero debe de ser a causa del dolor y no por haberme visto. A continuación aparecen Anne Rogers y la pequeña Reina de la Cosecha con las manos cruzadas sobre sus delantales y los hombros hundidos, como penitentes.

En ese momento vacilo. Debería atravesar el patio corriendo para reconfortarlas. Quizá incluso para infundirles algo de esperanza. No quiero que inicien el viaje sin que antes sepan al menos que gracias a la intervención del amo Kent —aunque seré yo quien pague realmente las consecuencias— pronto serán libres para retomar sus vidas lejos de aquí. Sin embargo, me temo que estoy demasiado conmocionado para moverme. No se trata solamente de que estén heridas como el caballero, al menos no de manera visible. Simplemente ya no son las mujeres que conocí. Y Lizzie Carr no es la misma niña. Sorprendentemente, aún conserva su lazo verde. Lo lleva atado alrededor de la garganta. Está sucio, puedo verlo, y desgarrado. En realidad podría ser sangre. De repente me acuerdo de cómo caminó entre nosotros, tan pequeña y nerviosa, después de que el amo Kent la invitara a descender de su sillón de reina, hecho con las manos y brazos de su padre y de su tío John, para recoger de la tierra un solo grano de cereal, «Uno solo. Y después lo celebraremos. Y tú serás nuestra Reina durante todo el año». Aquel día ya lejano ella fue la más dulce y rubia de nuestras mujeres. No olvidaré cómo sopló suavemente para limpiar de cáscaras las perlas de cebada y lo pesadas que estas parecían en la diminuta palma de su mano. Ahora, sin embargo, la pequeña ha perdido todo su brillo. Un estornudo podría levantarla del suelo y hacerla desaparecer. Parece vacía y aterrorizada. ¿Qué sentirá al ver que la atan a la silla de un caballo? ¿Qué pensarán Kitty Goose y su amiga Anne, la madre del gaitero —que no tiene manera de saber que su hijo la ha abandonado y se ha marchado junto al resto de los Rogers—, al enterarse de que su único vecino hoy es Walter Thirsk, que las observa oculto entre las sombras con el rostro magullado?

No puedo negar que actúo del modo más cobarde, pero los caballos ya no están a mi cargo y ahora tengo derecho a buscar la sombra, tratando de no llamar la atención de nadie, y a procurarme un efímero refugio caminando por esta vereda. El amo Kent ha tenido la misma idea. No quiere tomar parte en los preparativos del viaje, atar a las prisioneras y obligarlas a que ensillen. Cuando me topo con él se ha vestido para viajar, lleva puesto su pesado sombrero de copa alta y contempla el paisaje con la espalda apoyada contra un olmo cuyas raíces sobresalen de la tierra tapizadas de musgo, y cuyo nudoso tronco reluce bañado por los cálidos rayos del sol. Lo he visto un centenar de veces en ese mismo lugar, relajado y pipa en mano, el lugar al que pertenece. Todos tenemos en los alrededores nuestros refugios privados, nuestro lugar donde apoyar la espalda. Hoy —tan brillante es la luz y tan intenso el verde de su

capa— se diría que el hombre se ha fundido con el paisaje, se ha transformado en una figura de madera y hojas.

—Esta tierra —dice, gesticulando— siempre ha sido mucho más antigua que nosotros.

No comprendo de inmediato el sentido de lo que dice. Asiento respetuosamente, esperando que continúe cuando haya encontrado las palabras adecuadas.

—Mucho más antigua que nosotros —repite en un susurro, sacudiendo la cabeza—. Pero ya no.

Ahora comprendo sus palabras: este antiguo lugar pronto será otro, eso es lo que quiere decir. Estamos acostumbrados a mirar a nuestro alrededor y ver lo que nos precedía y también lo que seguiría estando aquí después de nosotros. Ahora nos vemos obligados a contemplar los cambios que pronto acontecerán. Estos bosques que nos ligaban con la eternidad desaparecerán en primavera si las hachas y las sierras del amo Jordan se salen con la suya. El anciano roble del que siempre hemos dicho que es tan antiguo que debe haber llegado a nuestras tierras procedente del jardín del Edén será talado, y sus raíces arrancadas. Ese muro de piedra seca, levantado antes de los tiempos de nuestros abuelos y ahora desgajado por mil y un lugares a causa de los años y el azote de los elementos, será derribado y sustituido por zarzas de espinos o por una simple cerca tras la cual los rebaños rumiarán nuestro pasado hasta que no quede ni rastro de él. Entonces contemplaremos estos campos y diremos: «Esta tierra es mucho más joven que nosotros».

El amo se marcha. Esta mañana nos hemos abrazado en el huerto, al arropo de las ramas de los manzanos y bajo la vigilante mirada de los halcones, y somos lo bastante sabios para dejar que eso sirva de despedida. No sería posible mejorarlo. Ni siquiera me estrecha la mano, tan sólo me toca el brazo y me dedica una fugaz mirada, con los ojos muy abiertos y extrañamente brillantes —quiere que la recuerde, que interprete su significado—, antes de darse la vuelta para encaminarse a su casa, *la casa*, la de su primo y, por primera vez en doce años, subir a lomos de un caballo que no es Willowjack.

Cuando me quiero dar cuenta estoy corriendo cuesta arriba por la pendiente de los campos comunales hasta el límite de nuestras tierras, el único lugar lo suficientemente elevado para poder atisbar otras parroquias, el montículo alfombrado de tréboles que en el mapa del señor Quill coincide con la nariz en la silueta del hombre cabezón que, como ahora sé, representa nuestro pueblo visto desde las alturas. También corro porque así puedo culpar al esfuerzo por las lágrimas que anegan mis ojos. No soy un hombre acostumbrado a moverse deprisa. No recuerdo haber corrido semejante distancia desde la época en que llegué al pueblo. Aquí nunca ha habido motivos para apresurarse. Siempre hemos valorado más el esfuerzo que la prisa. Casi creo escuchar a mis vecinos gritando a mi paso. «¿Quién te ha mordido el culo, Walt?» o «¿Dónde está el fuego?» o quizá «¿Quién demonios te persigue y por qué?», preguntarían al ver mis ojos llorosos.

Me agrada poder sentarme y dejar que mis pulmones y mis piernas se recuperen en la loma de los tréboles —un nombre que le gustaría al señor Quill— hasta que los viajeros pasen de largo. He subido hasta aquí porque sé que hay un tramo del camino en el que a lo largo de unos setenta metros no hay arbustos, árboles ni muros que me tapen la vista. Solía venir a menudo hasta aquí hace años, antes de asentarme en este lugar —sí, de *asentarme*, de *encajar*, no puedo decir realmente *pertenecer*—, esperando acaso ser el primero en ver llegar a algún visitante, un carretero emprendedor, algún chamarilero cargado con sus coloristas y engañosas mercancías, un pariente del amo Kent, quizá (¿cómo podía saber entonces lo que algo así significaría para nosotros?), o un juglar con un puñado de canciones y noticias frescas acerca de ciudades y palacios. Sin embargo, nadie vino para quedarse más de un día. No, al menos, hasta la semana pasada.

Ahora descanso los brazos sobre las rodillas, apoyo la barbilla en las muñecas y dejo que el sol me seque. Espero la partida del amo Jordan. Entretanto, la última y persistente mirada que me dirigió el amo Kent aún me intriga. De nuevo visualizo los ojos desorbitados y luminosos. Nunca había visto en él semejante expresión, tan vehemente y seria a la vez. En parte acusadora, me temo, pero también implorante. A su manera afectuosa, sin duda. Mi Cecily me miraba a veces de ese modo. La suya era una mirada de esposa que indicaba que había alguna tarea que desempeñar, y que era yo quien debía llevarla a cabo. Otras veces se trataba de una advertencia por haber hablado demasiado o por haberme pasado de la raya o por haberme quedado corto. Una mirada puede ser mucho más elocuente que la voz humana, como se suele decir, y a veces los ojos perciben los matices mejor que los oídos. Las últimas palabras del amo, casi susurradas —«Pero ya no»— también me intrigan. Su voz tiembla como una paloma bajo los tempranos rayos del sol de esta mañana; como si, ya desde la distancia, canturreara para mí. Su voz se agita, como un suave lamento en el viento. Tan sólo me llegan algunas ráfagas. Pero no me cabe duda de que se trata de una llamada a las armas. Me dice que todavía hay tareas que realizar, un deber que cumplir. Me dice que aún no he hecho lo suficiente.

Los primos cabalgan hombro con hombro cuando al fin los veo pasar a los lejos. Puedo imaginar sus conversaciones. Incluso a esta distancia se puede observar que no son hombres corrientes. Supongo que sus sombreros desvelan su estatus demasiado obviamente. Un trabajador nunca llevaría ni necesitaría llevar un sombrero tan pesado ni de copa tan alta o de tan ancha ala. Ese tipo de sombreros pertenecen a caballeros que raras veces inclinan la cabeza o han de coger una herramienta. Un trabajador no puede permitirse pasar el día con la espalda tan erecta ni la cabeza así de erguida. Da la impresión de que estos dos primeros jinetes estuvieran suspendidos en el aire por sus sombreros y su única razón de ser fuera moverse de un lado a otro como péndulos desde ese eje invisible.

Es decepcionante descubrir, en realidad, lo parecidos que son ambos primos, ahora mis dos amos gemelos. Me habría hecho más feliz, me habría ayudado a

resolver mi dilema, verlos cabalgar a cierta distancia, no tan cerca el uno del otro. Van tan pegados como lo pueden estar dos capas en un perchero. No puedo soportar la idea de que sean amigos o que entre ellos haya alguna afinidad. La sangre es más espesa que el agua, por supuesto, y las familias están obligadas a respetar ciertas treguas que no sobrevivirían en ausencia de los lazos del parentesco. Pero la única sangre que estos dos tienen en común es la de Lucy Kent. Y el hilo que los mantiene unidos es extremadamente delicado. Este aparente y repentino compañerismo me confunde.

Quiero creer que el amo Kent tiene algún tipo de estratagema. Su consentimiento es sólo aparente, una treta, un *subterfugio*, palabra que hasta hace poco no conocía y que ha demostrado ser muy útil. Pero a pesar de todo temo aceptar las pruebas que se manifiestan ante mis ojos y mis oídos. Se oyen risas, incluso. Sus sombreros no se agitan pero sí sus hombros. Es posible que en la escasa distancia que hay entre el patio de la casa y este tramo del camino libre de vegetación, flanco contra flanco y en el tiempo que se tarda en azuzar a un caballo a golpe de espuela, se haya forjado una alianza entre estos dos hombres, un pacto que contemple sus mutuos intereses y que dé forma a su porvenir, a sus cuotas y beneficios. En realidad no puedo culpar por ello al amo Kent. Tiene que seguir viviendo. Necesita un techo bajo el que guarecerse. Hasta ahora ha hecho todo lo posible por interceder en favor de las dos mujeres y de la pequeña. Se ha asegurado, supongo, de que también yo siga teniendo mi sustento. Y ahora es el momento de pensar en sí mismo. Quizá eso era lo único que intentaba darme a entender con su expresiva mirada cuando esta mañana estábamos junto al olmo. Quizá no se trataba de una súplica ni de una acusación después de todo. Sólo buscaba mi comprensión, evidenciando su derrota y mostrándome cuánto más sabio es resignarse, dejarse llevar. Escudriño su silueta mientras comienza a perderse en la distancia. Por un instante siento el impulso de gritar, de llamarlo. Quiero decirle que «Ya no». Pero, al parecer, ya no es necesario. Quizá se haya dado cuenta de que lo estoy observando. Sabe cuánto me gusta esta loma alfombrada de tréboles. Es posible que incluso me haya visto aquí sentado. Lo que sí es cierto es que, cuando los dos amos montados a caballo están a punto de desaparecer de mi vista tras un grupo de saúcos y un murete que se eleva, el mío — ligeramente más bajo que el otro y de hombros menos robustos— levanta el brazo derecho como quien se estira para coger la fruta de un árbol y gira levemente la mano. Ni siquiera es un saludo. Tampoco una despedida. Es más bien la grácil floritura de un bailarín, de una inesperada ligereza, y no el gesto de un hombre abatido.

Cuando los demás caballos y viajeros aparecen en mi campo de visión me pongo de pie. No creo que se les ocurra contemplar el paisaje. Llevan la cabeza gacha. No tienen la suerte de que un pesado sombrero la sostenga en el aire. Y por supuesto, van más cargados que sus amos. El caballero herido es el primero en pasar. El trote de su caballo marca el paso del resto, y es lento y tortuoso. Hace todo lo posible por

mantenerse erguido en su silla pero es obvio que cada paso supone una tortura para él. Se lleva una botella a los labios. Estoy seguro de que se trata de la cerveza más fuerte de la bodega del amo Kent, o algo incluso mejor, o habría que decir más rápido, ese licor a base de cebada capaz de hacerte perder el conocimiento. Un trago de ese brebaje de vez en cuando debería ser suficiente para aplacar el dolor, pero demasiados lo harán caer de la silla. A su grupa avanzan los otros dos caballos cargados, y me alegra comprobar que Lizzie va a lomos de uno de ellos, sujeta entre el equipaje como una oca de camino al mercado, una hermosa oca con su lazo verde. Espero que llegue a algún lugar confortable antes de que nuestras manzanas dejen fuera de combate a los caballos. La viuda Goose y Anne Rogers caminan a su lado, atadas con sogas a las alforjas. Y por último aparecen los tres esbirros, uniformados como soldados de infantería con sus pantalones iguales, sus justillos y sus gorros sin ala. Estoy seguro de que no les hace ninguna gracia tener que caminar, no les hace felices ver al primo de su amo y a esa endemoniada chiquilla a lomos de sus monturas. Uno de ellos se adelanta para azuzar a los caballos palmeando sus flancos. No he podido verlo aún y pronto estarán demasiado lejos, pero estoy seguro de que también azuzará a las mujeres. Otro lleva una larga garrocha. Nos la ha robado. Reconozco su torneado y es demasiado pesada para ser un cayado. No quiero imaginar qué pretende hacer con ella.

Mi amo está demasiado lejos para saber lo que ocurre a sus espaldas. ¿Soy yo el único testigo ahora, el único que sabe lo que pasa, lo que representa este desfile? ¿Es esta la razón por la que me han dejado atrás? ¿Para que contemple este espectáculo? Es como una representación de disfraces en una feria de pueblo, un espectáculo de mimos. Me encantaban cuando era niño. Me gustaba ser el primero en identificar a los personajes y en reconocer a los actores bajo su disfraz. Hoy he descubierto a Privilegio bajo su elegante sombrero. Después cabalgan Sufrimiento, Culpa e Inocencia a lomos de sus bestias. Los sigue la Maldad a pie, blandiendo su larga lanza. Y finalmente, apenas visible, Desesperación cabalga sobre su jamelgo lisiado.

El camino ha vuelto a quedar desierto. Esta loma es un lugar poco amigable y oculto tras una negra nube. He atraído a todas las miserias propias del final del verano. Ahora extienden sus grandes alas negras y proyectan sus hambrientas sombras sobre mí. El sol aún brilla en el valle, pero su calor ya no me alcanza. Es media tarde, casi el final de una jornada de siega. El día debería ser seco como los granos de cebada. Sin embargo tengo más frío que una lombriz. Y no me siento más orgulloso que una de ellas. Siento la tentación de lanzarme corriendo colina abajo, hacia el camino ahora vacío, para alcanzar a la triste comitiva antes de que se desvíe hacia el pueblo más cercano. Siento pánico, no por mí mismo sino por los prisioneros, por todos los aldeanos que se han visto obligados a huir, por todos y cada uno de ellos, y también por el señor Quill. Tengo que espantar las pesadillas, no puedo imaginarme vivir aquí durante las próximas estaciones sin alguien a quien amar, alguien a quien apreciar, sin vecinos con quienes compartir mis problemas.

Puedo imaginarme viviendo allí, dondequiera que ellos estén, en esas calles bulliciosas, atestadas de gente e impregnadas de olores, junto a Kitty Goose como la segunda esposa que acaricia mi vientre con sus dedos. Puedo ver a Lizzie Carr en nuestra casa e imaginar que yo mismo cuido de ella. Le daría tanto cariño como su tío John hasta el día en que este al fin regresara. Puedo imaginar que vuelvo a ser el hombre de confianza del amo Kent, como en aquellos días llenos de vida en los que ambos estábamos todavía solteros. Esa perspectiva no me asusta en absoluto. No me costaría demasiado alcanzar a esa pequeña compañía de mimos. Me quedaría al final de la comitiva y seguiría con cierta cautela los pasos de Desesperación, aún a lomos de su extenuado caballo, haciéndome llamar... Vergüenza, quizá. O Servidumbre. Y soportaría los golpes de sus palos y garrochas con tal de que me permitieran estar a su lado y no pudrirme en soledad.

En lugar de eso trato de mantener la calma y dejo que sigan su camino sin mí, sin dedicar segundos pensamientos a la Servidumbre ni a la carga extra de mi Vergüenza. Me apresuro ladera abajo por el sendero del ganado buscando de nuevo el calor del sol. Aquí, bajo una luz más cálida, me atrevo a ralentizar el paso. Quiero aprovechar el tiempo y sacar el máximo partido a lo que queda de este desagradable día. Aún no estoy preparado para enfrentarme a las decisiones que he de tomar, o de adivinar incluso cuáles van a ser. No quiero volver a ver la hacienda y tampoco ninguna de nuestras casas. No quiero enfrentarme a la picota. Mis ojos todavía no se han secado del todo. Mi estado de ánimo vuelve a tambalearse. Estoy sufriendo uno de mis trances, como solía decir Cecily. Pero al igual que aquellos episodios, también este irá remitiendo, lo sé por experiencia, con cada nuevo paso que dé adentrándome en campo abierto y en estos prados ahora desiertos. Estoy más que familiarizado con estos fatigosos y emponzoñados trances que llegan de forma tan desconcertante e imprevisible como desaparecen, aunque últimamente se han vuelto más frecuentes. En parte a causa de la muerte de Cecily. Sin su amor soy una cáscara vacía. Lloro su pérdida en pequeños episodios y seguiré haciéndolo, imagino, hasta que el luto haya terminado. Supongo —y espero— que ese día nunca llegará. Me consuela pensar que nunca dejaré de añorarla. Del mismo modo, supongo, que me tranquiliza pensar que nunca dejaré de extrañar este lugar. En cualquier caso, sé bien que no puedo quedarme. No puedo, no debo hacerlo.

De modo que dejo que la tristeza siga su curso mientras huyo de la loma de los tréboles. Me puedo permitir revolcarme por el barro de la autocompasión como uno de nuestros cerdos durante algunos metros más. No me disgusta la idea. Soy propenso a regodearme en mi propia miseria y por lo general me siento mejor una vez transcurrido un tiempo razonable. Continúo mi camino bajo una ventisca de polvo de flores que, tras ser levantado del suelo, baila en el aire impulsado por una brisa demasiado suave como para sentirla y dejo, pues, que la tristeza se imponga antes de volver a alzar la cabeza y obligarme a reconocer lo que todo hombre o mujer nacido en el campo ha de reconocer, la armonía entre todas las cosas. Nuestros campos son

en sí mismos una medicina. Los días se muestran benévolos con quienes aman el aire libre.

Dejo atrás la cresta de los grandes robles, sus primeras bellotas y las hojas caídas al final del verano crujen bajo mis pies, y pronto alcanzo, en terreno más llano y ya en campo abierto —nuestro campo—, las tierras que han sido el escenario de nuestro duro trabajo, tan duras, fibrosas y envejecidas como cualquier campesino. Los arrendajos son mi única y silenciosa compañía. Los cuatro o cinco que he visto durante la tarde están demasiado ocupados mutilando peras caídas y cangrejos de río para graznar o para percibir mi presencia. También veo pinzones posados en los arbustos mientras camino. Al menos por el momento no les falta algo que llevarse a la boca. Picotean avellanas, bayas, escaramujos y semillas de todo tipo. Los matorrales están cargados a rebosar de restos de un color rojo intenso, como si un duende hubiera posado su varita mágica sobre las ramas para decorarlas con tan insólitas joyas. También ha comenzado la temporada de setas. Es un error pensar que, por el hecho de que la cebada haya sido recogida, la tierra entera ha decidido negarnos su generosidad. Cada arbusto y cada árbol disfrutará de su propia cosecha.

Y a pesar de ello, cada planta y cada criatura saben que el verano se bate ya en retirada. Los dientes de león que crecen al borde del camino han perdido color durante los últimos días. Palidecen con la edad. El año está a punto de dejarnos. Igual que las golondrinas. Una docena de ellas trinan sobre mi cabeza, preparándose para su arduo viaje al sur. Siempre perciben el frío en el aire antes que nosotros y saben que es el momento de marcharse. No debería preocuparme por su partida. Se han comido todas las moscas que han podido este verano. Han hecho compañía a nuestro ganado. Ahora han de buscar en otro lugar. En un lugar mejor, supongo. Por más que hoy caliente, los rayos del sol son más tenues que hace unos días. El azul del cielo es más pálido esta tarde. Los bosques, vistos desde la suave pendiente de este prado, parecen marchitos y salpicados de herrumbre, los primeros signos de la modorra previa al invierno. ¡Venid, doncellas e hijos del verano, preparaos para el hielo del invierno! Tus días se hacen más cortos. El aire mordisquea tus mejillas y el frío ya hace mella en las manos. La brillante tela de araña pronto estará recubierta de escarcha. Es hora de que empieces a rellenar tus pasteles con frutas, pues muy pronto el viento desnudará a los árboles de todo signo de vida y resonará en los huertos podando sin miramientos ciruelos y manzanos, y tú tendrás que permanecer encerrado en casa, soportando el suspense de la estación, mientras los elementos rugen fuera. Las hojas muertas levantan el vuelo. Son recogidas y atesoradas en el rico granero de la tierra.

Ahora solamente quedamos cuatro. Espero que aún seamos cuatro. La señora Beldam no puede estar lejos. Esta noche será la quinta que su marido pasa en la picota. El señor Quill también sigue desaparecido, por supuesto. Mañana comenzaré a buscarlo, si es que queda algo de él. Mi mayor deseo es no encontrar ni rastro del hombre, mi cartógrafo, hasta hace poco mi mayor esperanza. Confío en que alguien saliera de la hacienda durante la noche de las confesiones, cuando el señor Quill estaba ya desaparecido, en una misión de rescate para darle aviso de que no regresara jamás, para decirle que el amo lo ha llamado hechicero y lo ha acusado de ser el cabecilla de las brujas. Su amorfa vida pende de un finísimo hilo y pronto podría estar colgando de una rígida soga. ¿Pero quién puede haber sido ese salvador? Ninguno de los ayudantes, eso seguro. Tampoco el caballero. Ellos no se arriesgarían, ni siquiera les importaba lo suficiente. Baynham, el administrador, es una posibilidad. Un hombre consciente y educado como él podría haber tenido un repentino ataque de mala conciencia. No es más que un spaniel perezoso, leal y obediente. Como yo lo he sido, al menos hasta ahora.

Supongo que alguno de mis vecinos podría haber sido el buen samaritano aun sin pretenderlo. Es fácil de imaginar. Quizá descubrieron al señor Quill de regreso a casa esa noche y no pudieron resistirse a darle una lección por los problemas que les había causado ni quisieron dejar pasar la oportunidad de contarle la sugerencia que el señor Baynham les había hecho a las puertas de la hacienda, es decir, que fueran recogiendo leña para encender una hoguera donde quemar públicamente a las brujas: «Tengo entendido que se practica la brujería en esta región. Tenemos bajo custodia a tres de vuestras arpías». Sin embargo, no puedo imaginar al señor Quill huyendo de algo así. Ha demostrado ser un hombre valiente y honesto en varias ocasiones, despreocupado ante los peligros que se ponen en su camino o inconsciente de ellos, un inocente heroico. Habría sido capaz de liberar a la pequeña y a las mujeres. No, esa no es la respuesta que estoy buscando.

El amo Kent estaba al corriente de lo ocurrido. Él habría hecho lo posible por advertir a su cartógrafo y a sus recientes invitadas de los peligros que los amenazaban. Quién sabe, podría haberse puesto su capa sobre la camisola de dormir en mitad de la noche y salir en su busca. Es posible que tuviera la suerte de encontrar al señor Quill cuando este regresaba a casa. Ambos se habrían sobresaltado al tropezarse en la oscuridad y a continuación intercambiarían susurros y abrazos. Al menos podría haber escrito una nota de advertencia y dejarla en el porche de la casa para que el señor Quill la encontrara. Pero si el amo Kent hubiera ayudado al hombre a escapar o hubiera intentado persuadirlo de que no regresara, sin duda me lo habría dicho. Sabe que hemos hecho buenas migas. Sí, ahora que lo pienso, algo quedó sin aclarar la mañana que vino a mi casa para compartir conmigo todas las malas noticias. «¿Y qué ocurrió la otra noche cuando volvió el señor Quill?», le pregunté.

El amo Kent se cubrió la boca con la mano, como con vergüenza —o quizá para esconder una mentira—, y dijo: «No ha vuelto a casa, aún no. Debe haber dormido en otra parte...». Ese *en otra parte* tiene ahora más sentido que entonces. En aquel momento creí que en otra parte significaba en los brazos de la señora Beldam. Ahora pienso que posiblemente el amo Kent trataba de darme a entender que nuestro buen amigo estaba a salvo. *En otra parte* quería decir fuera de los límites de nuestra parroquia.

Pero de todos modos sigo preocupado por los angustiosos pensamientos que me acosaban mientras bajaba de la loma de los tréboles. En ellos mi amigo está envuelto en una piel de animal, completamente incoloro. O está derritiéndose entre las llamas, su carne desprendiéndose de los huesos como si fuera la cera de una vela. Los tres esbirros de Jordan lo encontraron y lo colgaron en una improvisada horca. Lo atraparon y lo dejaron desangrándose en mitad del bosque para que los cerdos terminaran el trabajo. O quizá fueron mis vecinos quienes se encontraron con él por el camino en mitad de la noche. En esta ocasión no son los buenos samaritanos. Es tarde y el mundo está envuelto en tinieblas. Nadie puede verlos ni acusarlos. Le dan el mismo tratamiento que el caballero recibiría la tarde siguiente. Lo han golpeado y está malherido. Podría sobrevivir, pero alguien tiene un cuchillo de podar y el señor Quill acaba desmochado como un arbusto recién podado. No queda ni un solo miembro sujeto a su torso. Y, una vez más, los cerdos se encargan del resto.

Y si el señor Quill ha sido descubierto y despachado, ¿por qué no también la señora Beldam? No hay ni rastro de ella desde hace dos días. De modo que, ¿por qué no pudo pasarle lo mismo a ella? Veo su cabeza, en la que el cabello ha seguido creciendo, golpeada y aplastada en el suelo como si fuera un nabo. Otra dulce golosina para los cerdos. La veo tendida junto al Cartógrafo entre los cuerpos putrefactos de los animales en el Cagadero. Pero entonces un miedo diferente y más verosímil se apodera de mí, uno menos dulce y mucho más creíble, si tenemos en consideración lo que ya sabemos de ella: el dolor y la rabia por la muerte de su padre. La mujer que podría haber asesinado a Willowjack, la mujer que quizá haya estado buscando venganza, salió corriendo en mitad de la noche con el señor Quill a escasos metros de ella, pisándole los talones. Él se ve a sí mismo como el perseguidor que pronto podrá rescatarla. Pero la intención de ella no es otra que atraerlo. Quiere que él la siga. Incluso afloja el paso lo suficiente para que, a pesar de su cojera, el hombre pueda alcanzarla. Veinte metros más y será mía, piensa él. La tiene al alcance de la mano. Casi puede tocarla, si al menos tuviera aún el pelo largo podría agarrarla. Salen a campo abierto, al lugar donde encendieron su fuego el día que llegaron. Siguen avanzando y llegan al pasaje entre los árboles. La oscuridad de nuevo los envuelve, la luna ha vuelto a ocultarse. Ella se da la vuelta y le planta cara. «He venido a avisarte, hermana», empieza a decir el señor Quill. No ve el palo que desciende brutalmente sobre su cabeza. Sólo siente el primero de cincuenta golpes. Yo, sin embargo, siento cada uno de ellos, del primero al último, un incansable golpeteo en mi cabeza que no

acabará hasta que no sepa si todo esto es cierto o tan sólo una fantasía. Mañana sí, mañana saldré a buscarlos. A los vivos y a los muertos. Pero ahora necesito encontrar algo de paz en sueños. Hoy ha sido el segundo peor día de mi vida.

A pesar del civismo y las convenciones paso la noche, por primera vez en muchos años, en casa del amo. Después de todo, yo soy el actual amo. O al menos quien ahora ocupa el puesto más alto en el escalafón y el único que aún habita este lugar abandonado. Después de mí, sólo los murciélagos pueden considerarlo su hogar. De nuevo he de escoger entre varias camas, todas ellas deshechas. Es fácil adivinar en cuál ha dormido el caballero. Ha dejado una costra de sangre seca. Después está el dormitorio improvisado con paja dispersa por el suelo, en una estancia de la mohosa galería superior y sobre la habitación de mi amo, donde los ayudantes de Jordan pasaban la mayor parte del tiempo: la sala de torturas. Apesta a hombres y a sufrimiento.

El amo Jordan también ha dejado rastros de su presencia en su habitación, sobre todo el olor de su agua de rosas, pero también el guardapolvo de lino bordado que llevaba puesto cuando se presentó en el granero de trilla para amenazar a todo el mundo y con el que, imagino, debía dormir. Elijo su cama. La ha preparado de manera confortable, o al menos ordenó que alguno de los sirvientes de la casa lo hiciera por él. Es evidente que no quiso utilizar ninguno de los jergones de paja del amo Kent ni sus raídos cobertores y en lugar de eso se preparó un cómodo lecho a base de alfombras, tapices y paños que luego cubrió con una de las viejas capas de montar de Lucy Kent. Nada a la altura de las finezas a las que estará acostumbrado. Un cúmulo de inconveniencias para alguien como él. Sin spaniels durmiendo a sus pies ni una bandeja de dulces y exquisiteces a su lado. Pero para mí es de lo más cómodo.

Al principio no reconozco el trapo que el amo Jordan ha dejado doblado para usar a modo de almohada. La habitación está oscura. Pero cuando poso en él mi cabeza, sospecho por su textura lo que puede ser. Nunca he tenido ocasión de restregar mi cara en un chal de terciopelo, aunque últimamente he soñado con hacerlo. Primero pienso que he posado mi cabeza encima de un topo. En mis tiempos también yo cacé topos, liebres y conejos. He sentido su tacto, frotado mis labios y mi piel contra su pelaje. No hay nada vivo que sea tan suave como un topo. Pero ningún topo huele tan bien como esto. Además del olor del amo Jordan y de los efluvios de agua de rosas, distingo, a pesar de las recientes salpicaduras de sangre, sangre de caballo quizá, restos de Willowjack, el cálido y dulzón aroma del cuerpo de ella. Lo cojo y le doy la vuelta en la penumbra esperando confirmar que se trata del chal de la señora Beldam. Con tan poca luz parece feo y descolorido. Trato de distinguir el tono malva de la tela. Pero no aparece. Sin embargo la luz de la luna me permite ver sus hilos de plata, brillantes y casi húmedos como el rastro de babas de un caracol. La primera vez que lo vi en todo su esplendor fue al final del baile. Ella lo llevaba sobre los hombros — de pie e inmóvil a la entrada del granero— y le daba un aire oriental bajo su urdimbre

pesada y señorial. La última vez que vi el chal estaba empapado de sangre tirado al otro lado de la cerca de la casa en ruinas, más allá de donde vivían los Saxton. «Dime su nombre», me ordenó entonces mi nuevo amo. «Por mi vida que no sé cómo se llama», respondí.

Por eso me alegra haber encontrado de nuevo el chal de esa mujer. He de confesar que intento dormir abrazado a él, y también a ella. Trato de invocar su presencia susurrando en su piel de terciopelo. Me froto contra él y contra ella al mismo tiempo. Lo aprieto contra la nariz y trato de perderme en ella. El pelo que ya le vuelve a crecer debe tener un tacto muy parecido a esto, pienso. ¿Se podría decir que obtengo de ella cierta fuerza renovada? Durante estas largas horas, hundido en los profundos surcos de esta noche solitaria, creo descubrir —o lo sueño o quizá el espíritu del chal lo ha traído hasta mí— el sentido de todo esto, lo que he de hacer antes de que el rey Edmund, como el señor Quill y yo lo bautizamos en una ocasión, me convierta por completo en su fiel vasallo. Despierto empapado en una escalofriante lucidez, como si mi cuerpo hubiera sido barrido por una ola de escarcha. Escarcha y surcos. Esa es la imagen. Ahora sé lo que debo hacer. Tengo que arar de nuevo esta tierra. Ha llegado el momento de labrar los campos. No importa lo que diga ningún Jordan. La escarcha continuará lo que empieza el arado. Y el invierno traerá la primavera.

Tengo frío y estoy demasiado lúcido para volver a dormirme. De modo que me levanto desnudo de la cama, me calzo las botas, me pongo el olvidado guardapolvo de Jordan y me cubro con el chal de la señora Beldam antes de salir. Mi intención es tenderle una trampa. O al menos descubrir si sigue viva, si aún sale de noche para atender a su marido y comprobar si todavía queda alguien de quien vengarse por la muerte de su padre. He de decir que la mera visión de ella sosteniendo la piedra en una mano a modo de mazo y la escarpia de hierro en la otra, junto con la imagen que antes me asaltó de la señora Beldam atrayendo al señor Quill hacia el bosque para golpearlo con un tronco hasta convertir su cabeza en sangriento abono para esta umbría tierra, me llena de un temor más oscuro que el que ningún otro aldeano de estos contornos haya podido sentir.

El cielo está despejado, pero es demasiado temprano para que la luna haya ascendido hasta situarse sobre las copas de los árboles. Mi intención es ir a la picota. Colgaré el chal cerca del marido, pero fuera de su alcance. Ella no lo pasará por alto si aparece. Incluso en la más profunda oscuridad, sus hilos de plata brillarán desvelando dónde está. Pero ahora, temblando de frío en el exterior de la casa, el absoluto silencio que me rodea me hace recordar mi soledad y vuelvo a perder la calma. Aún no estoy listo para enfrentarme al marido. No quiero perderme por esos caminos oscuros y desiertos esta noche. De modo que me limito a extender el chal sobre el banco de piedra del porche, el mismo lugar donde su padre yació, a pesar de que dudo que la señora Beldam conozca ese detalle. Acaricio sus flecos y le digo adiós. Aunque en realidad no creo que vaya a venir enseguida.

Supongo que al final sí se ha presentado, pues tan pronto como regreso a la cama

del amo Jordan y recuesto mi aún dolorida cabeza sobre los brazos cruzados a modo de almohada, demasiado tenso y preocupado para volverme a dormir, escucho el ruido de lo que debe ser un animal. Los árboles y los elementos son anárquicos, su música no es rítmica sino caótica y desordenada. Ese golpeteo y esos pasos son a un tiempo cautos y resueltos. Oigo algo en el exterior de la casa, algo que no quiere ser descubierto, algo delicado y pequeño. No me atrevo a moverme en la cama. No estoy dispuesto a abandonar mi refugio. Los suelos entarimados de la casa chirrían y crujen como si bajo ellos corretearan mil ratones. Pero cuando me estiro cuidadosamente para agarrar un candelabro por si tuviera que defenderme, por si tuviera que reducir por la fuerza o capturar a la señora Beldam, los ruidos, o los pasos, ya no se escuchan. La casa vuelve a ser sólo mía. Y por fin me atrevo a dormir, aunque tengo miedo de lo que pueda soñar o de lo que pueda encontrarme al despertar.

Al amanecer descubro que el chal ha desaparecido. No puedo adivinar qué supondrá esto para mí porque aún no he decidido cómo actuar. Por supuesto, demuestra que la mujer está viva, a menos que a algún zorro o a algún tejón les gusten los chales. Pero sea como sea, lo que me indica es la alarmante y estremecedora posibilidad de que, mientras el mundo duerme, la señora Beldam esté merodeando como un alma en pena por nuestros senderos y nuestras casas. Ella nunca duerme. Nos ha hechizado. Nos acecha incluso en los lugares más recónditos de nosotros mismos. Y ahora que todos mis vecinos se han ido, ahora que el señor Quill quizá duerma entre cadáveres el sueño de los justos, yo soy el único que queda para ella. La otra noche debió verme llegar a casa, abatido. Seguro que sabe dónde decidí dormir. La pasada noche, es de suponer, se debió quedar a vigilar la casa y me vería de pie en el porche, temeroso como un niño y vestido con el batín bordado del amo Jordan —todo un caballero, sin duda— y envuelto en el chal, demasiado bueno para alguien de su clase. Observaría cómo extendía el mantón sobre el banco de piedra. Y en cuanto cerré la puerta a mi espalda, no creo que esperara lo que dura un suspiro para empezar a moverse. Las últimas noches habrá pasado frío. Pero ahora ha recuperado su chal de terciopelo púrpura.

No era esto lo que imaginaba cuando acepté seguir el consejo del amo Kent de servir a Jordan. Pensé que, preocupado todavía por el compromiso adquirido, sería capaz de disfrutar de mi tiempo libre en los lugares que he conocido y amado, más aún, en los lugares en los que yo mismo fui conocido y amado. Todo un lujo, sin duda. Gozaría de la privacidad necesaria para llorar, de la paz del otoño. Sin embargo esta mañana, de pie entre las profundas sombras del porche de la casa del amo, con la mirada fija en la fría y desnuda piedra del banco, sólo siento angustia, un creciente y turbador miedo a la muerte. He sido un idiota quedándome aquí. Tuve ocasión de escapar. Ayer mismo podría haber huido desde la loma de los tréboles para unirme al desfile de camino al pueblo más cercano. Quizá debería haber abandonado la aldea junto a los Carr la tarde pasada, o en compañía de cualquier otro vecino que tolerase mi compañía. Esta es la verdad: debería haberme marchado en cuanto Cecily murió.

Nunca he demostrado ser lo suficientemente valiente ni rubio para quedarme.

Es tentador, incluso ahora, recoger mis cosas y largarme de inmediato. Después de todo no estoy atado legalmente a este lugar. No hay testigos a quienes pueda importarles que me vaya antes de tiempo. Tan sólo respondí con un asentimiento a la petición del amo Jordan, y apenas nos apretamos las manos al sellar el compromiso. Mis dedos sólo rozaron sus anillos. Pero al final no es un nimio gesto ni un apretón de manos lo que me retendrá aquí. Es la extraña mirada que ayer me dirigió el amo Kent y su significado, que esta noche he llegado a comprender. Qué es lo que debo hacer, qué labor he de completar antes de irme y dejar atrás los surcos de esta tierra. De modo que me visto y me armo con la vieja espada corta con la que, según se cuenta, el viejo Edmund Jordan acabó con la vida de un ladrón de ganado hace más de treinta años y que, a juzgar por la oscura mancha que aún decora su punta, ha vuelto a ser usada recientemente. A continuación busco por la casa el manojito de llaves apenas utilizadas del amo Kent. No es necesario que el marido de la señora Beldam cumpla toda su sentencia, siempre y cuando acepte ayudarme con el arado.

Tan sólo puedo imaginar cuáles son sus pensamientos mientras me acerco a la picota. Estoy seguro de que no pasará por alto mi evidente ansiedad y la expresión de vergüenza dibujada en mi cara. No hay modo de esconderla. Mi cuerpo está tenso y nudoso como el tronco de un tejo. Quiero sonreír para demostrarle que tengo buenas intenciones y que esta espada manchada de sangre que llevo en la mano no ha de preocuparle si él no me obliga a utilizarla. Pero los músculos de mi cara no se relajan. Mi sonrisa se convierte en una máscara inexpresiva y artificial. Me duele el estómago. A causa de la aprensión, imagino. Pero al menos he pasado la noche en una cama confortable, he dormido más que suficiente y soy capaz de pensar con claridad. Sé bien lo que debo hacer durante la jornada que comienza. Y no puedo hacerlo solo.

Si acaso siente miedo al ver la helada expresión de mi cara y la espada, si de algún modo intuye los tejemanejes que me han traído hasta aquí, al menos no le quedan fuerzas para demostrarlo. No había pensado en lo débil que debe estar a causa de la inmovilidad y la inactividad después de tantos días. Pensábamos que el castigo sufrido por él y por su suegro sería algo leve cuando los enviamos a la picota durante siete días, además de romper sus arcos y de haber afeitado sus cabezas. «Consideraos afortunados», dijo el amo Kent. En otros lugares menos hospitalarios habrían sido apaleados y ahorcados. Pero ahora que tengo ocasión de observarlo a la luz del día — nuestros anteriores encuentros fueron nocturnos— puedo comprobar lo exhausto que está, su palidez. Su cuerpo cuelga inerte de la cruz de madera con la única sujeción de los grilletes. Sus brazos eran fuertes y robustos cuando fue encadenado. No puedo decir que ahora sean exactamente delgados, pero sin duda no son musculosos. Están exangües y cansados. Sus muñecas y su garganta se ven amoratadas a causa de los intentos de liberarse. Sus ojos parecen vacíos por la falta de sueño. Sus labios están cubiertos de costras de color anaranjado, hongos sin duda, y de profundas llagas. Su

cuello está hinchado por las picaduras de los mosquitos, y la piel salpicada de úlceras rojizas donde ha intentado rascarse frotándose con la madera.

—Tengo la llave —digo, dirigiéndome a su cogote de nuevo cubierto de pelo negro. No me mira—. La he robado.

Frunce el ceño. Estará pensando: «¿Y qué?» o «Demasiado tarde». O quizá: «Mi cuello consumido por la comezón espera tu espada. Córta-me la cabeza y acabemos con esto».

—La he robado —vuelvo a decirle. Ha de saber que me estoy arriesgando por él—. Me han ordenado que no te libere hasta que hayas cumplido tu sentencia de una semana. Pero, ¿sabes?, creo que soy el único amigo que tienes por aquí. En ningún momento he pretendido haceros daño... —frunce el ceño por segunda vez, de nuevo: «¿Y qué?»—. Puedo marcharme si lo prefieres.

—Haz lo que quieras.

—¿Cómo te llamas? —es necesario que me haga su amigo.

—No te importa —responde.

Por un momento —es tan sólo un impulso, lo reconozco—, siento la tentación de descargar mi espada sobre su triste cuello. Su actitud me enfurece. No creo haberme ganado semejante falta de respeto. Sin embargo, me limito a posar la fría hoja sobre su exasperante frente mientras le explico pausadamente, con la boca casi pegada a su oreja, cuál es su situación:

—Ya no queda nadie que pueda ayudarte. Nadie excepto yo. Como puedes ver... —agito las llaves— soy el guardián de las llaves.

—Dime lo que quieres de mí.

—Necesito un poco de ayuda con la labranza. Sólo por un día —esta vez asiente, un día de labranza es algo que puede comprender—. Y hay otras recompensas... Por el tiempo que has pasado aquí... con nosotros.

Le cuento brevemente que todos los aldeanos se han ido. Los amos y sus esbirros también. De modo que ahora es libre. Es decir, tan pronto como acabemos de arar el campo y hayamos recorrido nuestras casas para recoger todo lo que necesite para marcharse. Hay animales que puede llevarse. Comida para el invierno. Y si se decide puede llenar un carretillo con productos y herramientas y venderlos en el mercado más cercano.

—Puedo haceros a los dos... —levanta la mirada al oír que menciono a su esposa — bastante ricos. A cambio de un día de trabajo en mi campo.

Mi campo. Ahora es mío y de nadie más.

—¿Qué me dices?

—Digo que tú eres quien sostiene la espada. Digo que tú eres el guardián de las llaves.

Espero ser menos torpe con las llaves, pero no puedo saber cuál abrirá el candado sin antes probarlas una por una. Mis manos tiemblan, así es. Tengo que dejar la espada en el suelo para poder usar ambas manos. Pongo el pie sobre la hoja para que

no pueda cogerla en cuanto quede libre. Por supuesto, no está en condiciones de hacer algo así. Cae al suelo de rodillas en cuanto levanto la viga superior. Ahora es libre para derrumbarse. Dejo que se siente y comienza a frotarse piernas y brazos mientras yo trato de decidir si puedo confiar en él. Creo que me he ganado su confianza con mis promesas de riqueza. Pero seamos sinceros, podría recuperar la energía necesaria para golpearme hasta dejarme inconsciente e igualmente sería libre para coger cuanto necesitara antes de marcharse, incluida mi espada. Sin embargo hay algo en su comportamiento que me hace confiar en él. Si tuviera segundas intenciones no me habría tratado con semejante desdén. No me habría dicho: «haz lo que quieras». Un intrigante se habría esforzado por complacerme y ayudarme y me habría dicho su nombre enseguida. Si tuviera un plan para acabar conmigo habría mentido y hecho promesas que después rompería.

Me arriesgo y lo dejo a solas para que se recupere, tendido sobre la hierba, mientras yo regreso a la hacienda. Mi intención es llevarle agua y un poco de queso y pan. También recojo fruta caída en el camino de regreso. Casi espero que se haya marchado o que haya cogido piedras del terreno de la iglesia para atacarme, como las que utilizaría su mujer para asesinar a Willowjack y quizá también al señor Quill, como soñé anoche. Pero aún está sentado junto a la picota. Ha apoyado la espalda en el poste, las piernas estiradas ahora sobre el mismo suelo que durante días sus pies hollaron. Aún le duelen los brazos y las piernas. Flexiona los hombros con claras muestras de padecimiento. Pero es evidente que, hasta no hace mucho, era un hombre fuerte y un buen trabajador. También habrá cortado algo de cebada en sus tiempos. En realidad tiene el aspecto de un segador cansado después de una larga jornada, ansioso por llevarse a la boca una manzana y un poco de pan y queso.

Le digo que volveré en cuanto haya comido y se sienta con fuerzas para trabajar. De nuevo arruga la frente. Pero esta vez su modo de fruncir el ceño me infunde confianza. La comida que le he traído y que él ha aceptado significa que hemos firmado una tregua. Ha partido el pan conmigo. No creo que haya recibido semejantes muestras de hospitalidad de otro aldeano y mucho menos de ninguno de los amos. Me arriesgo aún más y dejo la espada a sus pies. «Defiéndete si viene alguien», le digo. Aunque no tiene sentido arriesgarse de este modo. No creo que nadie aparezca por aquí. Nadie excepto quizá su esposa. O el señor Quill, por improbable que parezca. Si la señora Beldam nos está observando, y sospecho que así es, entonces podrá ver que soy un amigo. Incluso silbo cuando de nuevo me alejo de allí para demostrar cuánto confío en él, y en ella.

Pero en cuanto estoy lo bastante lejos dejo de silbar. Ahora hablo a solas. Hago una lista de las cosas que tengo que hacer. En un primer momento, este se me parece a cualquier otro día de fines verano. Hay que almacenar el grano y cortar leña para el fuego. Hay que limpiar el campo y recortar setos. Hay muretes caídos y graneros deteriorados que arreglar. Esta es la estación de las reparaciones. También es la estación para prepararse y estar listos para cuando llegue la primavera. Sé que

necesitaré bueyes para llevar a cabo mi tarea. Tenemos cuatro a los que permitimos pastar en el prado en barbecho y en las tierras comunales. Son animales nobles a pesar de sus afilados cuernos y de su papada de toro. Durante el día no hacen otra cosa que descansar y comer, y no tienen otro enemigo más que las moscas. Lo único que les atosiga es el trabajo, y por estos pagos es más bien esporádico para ellos. Por otra parte, es lo que les salva del matarife. Mientras sean lo bastante fuertes evitarán convertirse en pieles para curtir o en carne para nuestras despensas. No haremos copas o bobinas de hilo con sus cuernos ni juguetes o dados con sus huesos, ni siquiera herviremos sus pezuñas para obtener cola. No hasta que perezcan de muerte natural. Nuestros bueyes tienen una vida bastante fácil.

No recuerdo exactamente dónde están atados, así que tengo que ir de casa en casa hasta que descubro sus blancos morros y el rosado interior de sus cómicas orejas. Su pelaje gris y moteado se confunde con la maleza. Hoy sólo quedan dos. Los más pequeños de los cuatro que había. Mis vecinos se han llevado a los otros dos para arrastrar los carros cargados con sus pertenencias y quizá para venderlos después en el primer pueblo al que lleguen. Agarro con una soga a los dos que quedan, los conduzco a paso lento por la vereda —sus patas son huesudas y están cansadas por el trabajo y la edad— y los ato al llegar al granero de utillaje, en cuyos alrededores podrán pastar a su gusto hasta que comience el trabajo. Los bueyes carecen de la capacidad de raciocinio de los caballos, por lo que tienden a ser más pacientes y dóciles. Son más estables y su alimentación y cuidados durante el invierno también son más baratos. Un caballo huele la silla a metros de distancia y es capaz de oír cómo su amo se calza las botas y comenzar a dar coces en señal de protesta. Un buey no sabe que tendrá que trabajar hasta el momento en que ha de empezar a tirar del arado, y ni siquiera entonces se molesta en protestar.

Siempre me ha gustado este granero. Está destartado. Nunca me ha importado si no entraba la luz o había ratas o goteras. No guardamos nada comestible en él. Permitimos que los martines y las golondrinas hagan aquí sus nidos, y también los petirrojos. No nos preocupa que las ortigas crezcan en su interior. Cuando yo no era más que un recién llegado y trabajaba la tierra torpemente junto a los Saxton, era a mí a quien enviaban aquí, a su mocito grandullón y algo lento de entendederas, para recoger las herramientas. Creo que se divertían mucho gracias a mí, pidiéndome cosas que yo no reconocía por el nombre. «Tráenos un capacho bien lleno de granazón», decían. «Necesitamos una gamella para cerdos y un mazo de doble moqueta». Incluso cuando ya había aprendido exactamente a qué se referían seguía llevándoles las herramientas equivocadas —una fisga en vez de una guadaña de cuña, un rozón en vez de una segadera— por el mero placer de hacerlos reír. Y también para darme el gusto de volver a visitar el granero de utillaje.

Hoy en el granero hace un calor infernal, un calor que anuncia tormenta. Debo —debemos, mi voluntario y yo— ponernos a trabajar lo antes posible. El arado de balancín es el más ligero de los dos y el que está más cerca de la puerta del granero,

pero sé que con dos bueyes en lugar del habitual equipo de cuatro y con tan sólo dos pares de manos para dirigirlo, necesitaría dos ruedas para sostener la parte delantera de la cabía. Arar sin ese par de ruedas sería demasiado difícil y trabajoso. No conseguiríamos surcos lo bastante profundos y el peso se desplazaría constantemente hacia el pescuño y las orejeras sin poder hacer nada para evitarlo. De modo que renuncio a la idea de utilizar el arado de balancín y, bajo los rayos de sol que ya se cuelan en el interior del granero, entre los que se revuelve el polvo que yo he levantado, busco las partes del segundo arado, el que tiene los ruedines. Compruebo que está en buen estado, lo limpio pieza por pieza y, tras levantarlo, me dirijo a la puerta del granero.

No tengo que volver a la picota para buscar a mi ayudante, pues al salir veo que me está esperando de pie junto a los bueyes y observando cómo me muevo atareado de un lado para otro. Los tres me observan. Seguramente ha oído el ruido de las herramientas y ha comprendido que debía venir. Está listo para trabajar. No puedo decir que parezca contento, pero al menos tiene mejor aspecto que esta mañana. Su piel ha recuperado en parte el color y ya no ostenta el mismo tono gris y moteado del pelaje de las bestias. Ha traído la espada. Ya veo... En cualquier caso es un gesto de sensatez. No parece dispuesto a empezar hasta el momento en que yo lo diga. Ni siquiera me saluda. Soy un hombre mayor, así que sería de esperar al menos una inclinación, el más leve gesto. Sin embargo, esta vez habla.

—La nariz antes que las orejas —dice, sin el menor énfasis o afecto en la voz.

Asiento y lo miro sorprendido. ¿Cómo es que sabe tanto? No había escuchado esa expresión en mucho tiempo. O quizá no se trate de eso. Me toma por un agricultor poco experimentado y quiere que recuerde que a la hora de ensamblar las partes del arado, la cuchilla de siembra que rotura la tierra, la nariz, ha de ir por delante de la reja, la cuchilla más ancha. Y que la gran punta de flecha que abre el surco ha de ir montada delante de la vertedera que forma la cresta. Cualquier idiota o un hombre de ciudad —yo, quizá, a su modo de ver— haría las cosas de otro modo. Sin la cuchilla en la parte delantera la tierra no cedería. Sin la vertedera detrás la tierra no quedaría preparada para la siembra.

Pero su frase tiene otro significado aún más importante. Es una advertencia, al menos entre campesinos, un recordatorio de que la vida ha de seguir su curso lógico y natural. En otras palabras, no puedes comer antes de cocinar, no es posible tejer antes de haber esquilado, no intentas encender un fuego sin haber amontonado la leña y —ahora llegamos a lo nuestro— no es posible recoger el maíz si antes no has arado la tierra y sembrado las semillas. Obviamente ha adivinado lo que le deparaba esta jornada de trabajo. Y también comprende su sentido oculto y más importante, que labrar es nuestro sacramento, nuestra solemne promesa, el modo en que honramos y consagramos nuestra tierra. Si no dejamos nuestra huella en la tierra antes de que llegue el invierno no habrá un año próximo. Y eso no puedo consentirlo. Hemos de defender la próxima primavera que está por venir. De modo que pondré la nariz

delante de las orejas. Y después comenzaremos a labrar.

—Ven a ayudarme —le digo.

Al verlo avanzar hacia mí no me cuesta apreciar que ha sido labrador en el pasado, antes de convertirse en un vagabundo. Es fácil distinguir a un labrador por sus piernas desiguales, dicen. La larga es para el surco y la corta para la cresta. De modo que dejo que sea él quien se ocupe del ensamblaje. Coloco la reja mientras mi nuevo socio asegura las cuchillas, la vertedera y el yugo. Y a continuación nos dirigimos al campo de cebada. Un par de complacientes bueyes y dos trabajadores con la intención de remover y abrir la tierra una última vez.

El campo de cebada ha perdido su pulcritud desde los días de cosecha. Sólo hacen falta unas jornadas de descuido para que las malas hierbas vuelvan a aparecer. De hecho ya se atisban los primeros brotes y el color verde comienza a extenderse donde antes solamente había oro y herrumbre. Pero las huellas del esfuerzo de mis vecinos aún están frescas para que cualquiera que los conozca pueda apreciarlas. Cualquiera que los *haya conocido*, debería decir. Los rastros todavía conservan su firma. Esta es la prueba de que la cosecha forma parte de nosotros. Soy capaz de distinguir en qué lugares trazaron arcos con sus guadañas, de manera concienzuda, casi puritana se podría decir, mi vecino John Carr y otros hombres como él. El corte es bajo, el rastrojo muy corto, no más largo que un pulgar. No ha quedado una sola brizna de hierba sin segar y estoy seguro de que tampoco se han dejado ni una espiga de cebada. Ningún espigador se interpone en el camino del vecino John Carr mientras trabaja a menos que esté dispuesto a renunciar a su cuota de cerveza de las noches invernales. Por el contrario, lo mejor a lo que Brooker Higgs puede aspirar es a un corte ondulado. Siempre está cotorreando, con la cabeza levantada y mirando adonde no debe. Los arcos que traza con su guadaña son demasiado amplios. Y cuanto más los abre, más cereal pierde. En los lugares donde los tallos han crecido más, hasta la altura de la rodilla en ocasiones, la siega es un juego de niños. Al menos es lo único a lo que Willy Kip se puede enfrentar con su delicada espalda. Al observar su porción después de la siega da la impresión de que el campo haya sido víctima de una masacre tras la llegada de un grupo de jinetes que, inclinados desde sus sillas, se hubieran lanzado espada en mano sobre la cebada.

Parece que ha pasado una eternidad desde que estuve aquí por última vez con el amo Kent y el señor Quill. Entonces nombramos a nuestra Reina de la Cosecha y el amo dijo lo que siempre dice sobre «tan noble día», que sin importar la clase de la que cada cual provenga, todos nos beneficiamos por igual del espiguelo: las familias que tan duramente trabajan, el ganado ajeno a todo, las ocas desagradecidas e incluso los cerdos. Sin embargo este año no dijo que los cerdos eran más importantes que el buey y el arado. Tampoco nos recordó que había que reservar este campo de cebada para plantar el trigo este invierno. No nos prometió que el pan llegaría como siempre después de la cerveza. Recuerdo haber pensado amargamente: «De modo que los sueños del amo no incluyen otro cultivo de cebada. Nuestra última cosecha llegó y se

ha marchado». También recuerdo las palabras del amo Jordan: «Nunca más volveréis a necesitar el arado». En fin, ya veremos.

El marido de la señora Beldam ha tomado el control. A mí me toca ahora dirigir a los animales y azuzarlos para que avancen, dándoles golpecitos en sus rosadas orejas. Él sostiene las manceras del arado mientras clava con firmeza los pies en la tierra, inclinándose levemente hacia atrás en espera del siguiente tirón. Necesita encontrar un equilibrio que incluya a los animales, la lanza y la misma tierra, y el hecho de hallarlo lo ennoblece: no había visto tanta pasión en su cara hasta este momento, ni tanta dignidad. Sabe lo que se hace cuando labra la tierra. Si alguien está observando en este momento —y espero que ese alguien sea la señora Beldam— tendrá la impresión de que está enfrentándose a los bueyes, no aprovechándose de su vigor, y sin duda parecerá que es él el más fuerte de los tres. Durante una sola jornada, este hombre trabaja un campo que está más cerca del cielo que de la tierra, está labrando las arenas del tiempo, abriendo surcos y crestas en la misma superficie de su ardua vida. Es obvio que tiene sus propias deudas que saldar. ¿No dijo el señor Quill que estos forasteros también eran fugitivos de las ovejas? ¿Exiliados de sus propias tierras comunales? Eso explicaría el entusiasmo del joven Beldam por comenzar. Hemos partido el pan juntos. Ahora él quiere desgarrar este suelo junto a mí. Liberaremos a los espíritus de la tierra. Dejaremos que sus pequeños diablillos respiren.

La clave para arar correctamente es la simetría, saber mantener una línea recta, una habilidad que nunca llegué a dominar. Señalo, al otro lado del campo, un roble cuya copa de forma cónica se alza sobre la línea de arbustos que delimita el comienzo de la vaguada. «Avanzaremos hacia esa zona con la primera línea de surcos», digo. Me alegra comprobar que incluso los bueyes levantan la cabeza y parecen seguir la línea imaginaria que acabo de trazar. La colocan justo entre sus cuernos. El roble es una especie de árbol bien conocida por su solidez. Por mucho que lo azote el viento, permanece inmóvil e impertérrito. Siempre puedes confiar en un roble. Te ayudará a seguir una línea recta con el arado para después poder contemplar durante el resto del año un agradable patrón a la vista.

El campo parece interminable desde donde estamos. Sin duda esta es una tarea que se nos escapa de las manos. Normalmente llevaría doce días ararlo, incluso contando con el equipo de cuatro bueyes y veinte hombres fornidos para guiarlos haciendo turnos. Pero sólo somos dos y no tenemos intención de rayar la perfección, tan sólo queremos llegar enteros al final del día. Lo único que pretendemos es dejar una estrecha marca sobre la tierra detrás de nosotros: primero campo abajo, después media vuelta al llegar al promontorio y de nuevo campo arriba. Sin embargo, haremos todo lo posible por marcar esta tierra con las más nobles y honestas cicatrices. Y si la buena fortuna nos sonrío, serán también rectas y orgullosas. La cresta central tendrá la altura adecuada y los dos surcos a ambos lados resultarán lo bastante profundos. «Esto será... provechoso para todos», le digo a mi compañero de fatigas con el deseo de entablar conversación. Pero él permanece en silencio. Tira de

las riendas sobre su cabeza, con mano experta y gesto indiferente, las mantiene tensas alrededor del hombro derecho y bajo el brazo izquierdo. De nuevo azuzo a los bueyes. Comenzamos. Tres pasos y empezamos a abrir un estrecho cauce, dejando atrás la tierra rota.

No tarda en empezar a silbar. Su cresta y sus surcos sirven de canal para su tonada mientras seguimos avanzando por el prado. El silbido de un labrador es tan fuerte que ablanda los terrones y quiebra las piedras. Me siento tan bien que no puedo dejar de hablar. Le hablo de los muchos e interminables problemas de la última semana. Le hablo de Cecily y de Charles Kent, mi amigo de la infancia. Le digo lo valiente y decente que el señor Quill me ha demostrado ser. Los bueyes son criaturas nobles, le digo. Trabajan. Pero las ovejas «por lo que he oído» —¿cuál será su experiencia?— son bestias inútiles: «Tendremos que esperar por ellas como los esclavos por sus amos cuando llegue la primavera. ¡Como idiotas!». No estoy seguro de si me escucha. No deja de silbar. Los dos tenemos los labios ocupados esta tarde e intimamos gracias a esta comunión con la tierra. Cualquier cosa compartida tras los lomos de los bueyes es entrañable y fraternal. Seguimos avanzando hacia la vaguada y a continuación regresamos en dirección a la portilla del extremo más alto del prado. Las ruedas del arado se atascan a causa del barro. Tengo que limpiarlas cada veinte metros con una fuerte patada y, cuando esto falla, me agacho para hacerlo con las manos. Los grajos y los estorninos picotean en los húmedos surcos tras el paso del arado.

Le digo a mi ayudante que descanse durante la tarde después de haber limpiado las cuchillas, devuelto el arado a su sitio y soltado a los bueyes para que pasten a su antojo por donde quieran. Esta es una tarea que quiero acabar sin su ayuda. Transporte hasta el prado en el carretillo un saco de semillas de trigo para plantar en invierno y utilizo una pala y trozos de arpillera para seleccionar los granos más grandes para mis cestos. Sé que debería dejar que la tierra recién abierta descanse durante una semana aproximadamente, o al menos esperar hasta que la lluvia, que ya ha comenzado a dejar sus propias semillas en el suelo, termine de romperla. Pero no hay tiempo. En esta ocasión es necesario sacrificar las buenas prácticas. Dejo al marido de la señora Beldam descansando en un extremo de los rastrojos que aún quedan y comienzo a esparcir las semillas con las manos llenas, el más opulento regalo para la tierra. El granjero que hay en mí —sí, puedo alardear de eso— sabe que lo mejor para que esas semillas crezcan fuertes es aplastar los primeros tallos verdes que broten en el plazo de una o dos semanas. De ese modo el suelo se hace más firme y las plantas se agarran mejor a la tierra. El trigo, igual que los hombres y las mujeres, se beneficia del hecho de ser aplastado. Después de esa experiencia aprenden a mantenerse más firmes. Pero sólo disponemos de esta tarde para hacerlo, para llevar a cabo mi venganza, mi revancha de campesino, sobre Edmund Jordan y sus ovejas. Esta pequeña plantación de trigo será mi regalo de despedida. De modo que sigo caminando sobre estos surcos por última vez bajo esta vivificante llovizna y

recibo como una bendición el que estas semillas sean regadas en el mismo instante en que caen de la palma de mi mano.

En el camino de regreso desde la vaguada, cuando me quedan menos de ciento cincuenta metros por recorrer y unos cincuenta puñados de grano en el cesto, la luz del día empieza a declinar. Me doy la vuelta para contemplar, más allá de los arbustos y del roble de silueta piramidal, el horizonte cada vez más oscuro y cubierto de nubes teñidas de gris y púrpura. Los escasos retales de azul que aún resisten pronto desaparecerán. La luz del sol apenas llega ya a nuestro campo, aunque en la zona más boscosa de nuestra tierra los rayos que aún sobreviven son lo bastante fuertes para iluminar las pálidas y desnudas ramas de las hayas, las raíces de los fresnos que afloran de la tierra fuertes como garras y los nudosos troncos de los olmos. A continuación desciende iluminando lentamente el terreno que se extiende desde la tierra comunal hasta el prado, como si estuviera buscando algo. Parece reacia a marcharse. Incluso alcanza algunas chimeneas y tejados antes de volver a ascender, impregnando de plata las nubes que, durante unos instantes, han de plantarle cara a la luz. El campo se tiñe de negro. De repente brilla fugazmente. Y un momento después, el día ha terminado. La llama de su vela ha sido apagada o alguien la ha empapado. Eso es todo.

La oscuridad es cada vez más profunda. De no ser por la lluvia, ahora podría estar caminando por la nave de alta cúpula de una catedral penosamente iluminada y coronada por nubes negras como el carbón. Este chaparrón carece de fuerza suficiente para durar. Pero de momento persiste. Las nubes soportaban demasiado peso como para llegar cargadas hasta este lugar. Casi puedo oír cómo suspiran aliviadas al soltar su lastre. Los surcos del campo de cebada se llenan de agua que drenan casi de inmediato. Parece como si las nubes intentasen que cada una de mis semillas obtuviera de una sola vez el suministro de agua que necesitan para todo el año. La tierra se vuelve viscosa. Salpica mis piernas, se pega a mis pies y su peso dificulta mis pasos. Ahora incluso caminar por ella es tarea difícil. Miro hacia el otro extremo del campo y agito la mano en dirección al lugar donde vi por última vez al marido de la señora Beldam. Incluso lo llamo, pero mis palabras son engullidas de inmediato por la lluvia y la oscuridad. Da igual, ya se habrá marchado. Después de estos últimos días estará más que hartado de permanecer a la intemperie. Habrá ido a refugiarse al granero o a alguna de las casas. Por un instante me lo imagino en brazos de la señora Beldam, en la oscuridad, entre las herramientas y las ortigas. El cuerpo de ella está empapado y frío cuando se aferra a él.

Se me perdonará, creo yo, si me pregunto si soy el único ser vivo esta noche al que nadie abraza. Si no habrá otra alma en estos pagos dispuesta a abrazarme y a humedecer mi cuerpo. El día ha terminado y su luz ha dado paso a esta oscuridad. Me veo obligado a pasar esta última noche a solas, sin que nadie estreche estas manos frías y empapadas. No hay nadie a mi alrededor que levante su sombrero, como dice la tradición, cuando a causa de la paja y la humedad me viene el estornudo, una

inesperada bendición para este prado. Pero mentiría si dijera que mi ánimo es tan sombrío y oscuro como estas nubes. Creo que de un modo extraño estoy emocionado. La labranza ha terminado. Las semillas han sido sembradas. Y los elementos me recuerdan que, llueva o haga sol, la tierra aguanta, la tierra resiste, la tierra perseverará por toda la eternidad. Su aroma es acre y punzante. Esto es felicidad.

Pero mi felicidad de labriego no sobrevivió a la noche. Tan pronto como la tormenta empezó a remitir salí de casa de Kitty Goose con el deseo de contemplar la trémula llama de una vela o de escuchar el íntimo cuchicheo de unas voces. Los Beldam de nuevo están juntos gracias únicamente a mi magnanimidad y quizá también dispuestos a mostrarme algo de gratitud. No creo que me cueste encontrarlos. Sin duda se habrán refugiado en una de nuestras casas y muy cerca de mí. ¿Por qué motivo no habrían de dormir bajo un techo? A estas alturas ya han de saber que este es un pueblo abandonado y que no les pasará nada si deciden dormir en la primera cama que encuentren. Debería averiguar dónde están e ir a visitarlos como un buen vecino. Sin duda me he ganado su compañía.

La tenue luz de la luna que conseguía colarse entre las nubes me confundió en más de una ocasión, produciendo plateados brillos en los charcos y en los tejados mojados. Por momentos los confundí con signos de vida. Pero la luz de una vela es más cálida e íntima que la de la luna y jamás produce, como esos gélidos brillos, los escalofríos que entonces recorrían mi espalda. Mis ojos buscaban el color naranja. Me aventuré caminando unos sesenta metros por el camino embarrado con la esperanza de descubrir a los Beldam. Pero aunque busqué, agudizando el oído y estirando el cuello, alerta como un búho en plena caza, no fui capaz de percibir ni un susurro o de escuchar el animado sonsonete nocturno de la cama de unos amantes.

Estaba a la vez decepcionado y aliviado por no haber encontrado la convulsa llama de su vela. ¿Qué habría hecho si, al descubrir la tenue luz en su refugio o al oler el empalagoso tufillo de la cera derretida, también hubiera escuchado los gritos —de regocijo, podría decir— de la mujer? No quiero ni pensarlo. Quizá me habría colado como un zorro en un gallinero para espiarlos. ¿Y después qué? Prefiero imaginarme como su buen amigo, el afectuoso visitante que no espera de sus anfitriones otra cosa que un poco de amabilidad. Me habría mantenido a una respetuosa distancia de su puerta y habría llamado anunciando mi llegada. «Soy Walter, he venido a hablar». Sólo es Walter tratando de enmendarse. Sólo Walter, el que quiere compartir con vosotros este pequeño refugio a la luz de una vela y gozar del calor de vuestra habitación. Necesitaba compañía desesperadamente.

Pero no encontré compañía alguna. Ni rastro de ellos. Una jarra fue mi única consorte esa noche. Kitty Goose siempre ha tenido una buena provisión de cerveza de cebada en su despensa. «Me sienta bien», decía a veces a modo de excusa. Y es cierto, se dormía con ella y se despertaba con ella siempre que yo pasaba la noche en su casa, y no tengo la menor duda de que también lo hacía cuando yo no estaba. Con ella remojaba las penas de su viudez, solía asegurar. Aunque, dijera lo que dijera, lo mismo hacía cuando su Fowler Goose aún estaba vivo. Siempre estaba sedienta, esa mujer. Normalmente tengo suficiente con una jarra. No me gusta emborracharme. No he nacido para ello. Pero la pasada noche, tras poner fin a la infructuosa búsqueda de

mis únicos vecinos, decidí espantar mis penas con suficiente cerveza como para ahogar a una camada de gatitos, como suele decirse. ¿Por quién debería mantenerme sobrio? ¿Y para qué?

Las dos primeras jarras fueron alegres compañeras, aunque no tan vigorizantes como había imaginado. Creo que esperaba encontrar algo de valor en el fondo de esa jarra de cerveza, más valor del que se le supone a un labriego en todo caso. Esperaba que mi reacción animal no fuera la de una cabra, un cerdo o un perro. No necesito estar borracho para ser lascivo o cabezota ni para ladrar hecho una furia. No, lo que yo quería era estar tan borracho como un toro, fuerte y temerario y listo para pelear. Preparado para el día de hoy. Gracias a la cerveza de la viuda Goose, perseveré heroicamente. No creo que me gustase demasiado su sabor y tampoco la pesada sensación que insensibilizaba mis brazos y piernas. Sin embargo, sí disfruté al percibir que se calmaban mis nervios. Que se apaciguaba mi angustia. Las dos siguientes jarras me animaron un poquito más, como era de esperar, pero también me dejaron confundido y algo irritable. Intenté conjurar para mí un poco de compañía. Me inventé mis propios visitantes. Sencillamente llegaron hasta mi puerta y llamaron. Les di la bienvenida a voz en grito, como un zalamero anfitrión. Aunque en los últimos tiempos también actuaba a menudo de ese modo sin haber bebido ni una gota. Un viudo habla primero consigo mismo, después, cansado de eso, entabla una ruidosa conversación hasta con la llama de una vela o con las sombras juguetonas de su habitación, tras haberse convencido de que son su única familia.

La pasada noche, las llamas y las sombras en la pared eran los pocos hombres y la mujer que más quería abrazar. Imaginé que acompañaba a estos amigos soñados hasta el campo abierto por los surcos, al amanecer, para que pudieran contemplar mi trabajo y ser testigos de mi valentía y desobediencia. Hice que se pusieran en fila, mis siete sobrios testigos. A los pies de la cama de Kitty Goose. El señor Quill, mudo y sombrío. Él era el más valiente de todos nosotros. Pero yo le demostraría que también puedo serlo. La viuda también estaba allí, por supuesto. Siempre ha dicho que yo era un hombre cauto. A su juicio yo era un búho demasiado tímido, siempre dispuesto a ulular pero demasiado asustadizo para mostrar sus garras al mundo. Bien, pues pronto verá mis garras y cómo he excavado una buena zanja en esta tierra. A su lado, con la cabeza gacha y mirando sus manos pequeñas como quien no sabe qué hacer con ellas, evitando aún mi mirada, estaba mi vecino John. No puedo olvidar cómo se apartó de mí la última vez que vino a mi casa. Me sofoco cada vez que lo recuerdo. «Dios te ayude, Walt, si nos estás engañando», fue lo que me dijo. «Dios te ayude, John, si crees que lo hago», fue mi respuesta. Debería ver ahora lo que he llegado a hacer en su nombre. Después llegó el amo Kent, mi hermano de leche. De nuevo me miró fijamente y con los ojos muy abiertos. Me interrogaban. «¿Has hecho de nuevo nuestra esta tierra?». Los Beldam asintieron, infundiéndome valor. Confiaban en mí. «Tú eres quien tiene la espada», dijo el marido. La mujer se quitó el chal de terciopelo, mostrando su rostro de anchos pómulos y labios finos, su diminuta nariz y

sus ojos de hechicera. Nada podía asustarla. Nunca. Y finalmente mi pequeño tordo, mi Cecily, tan hermosa y tan viva. Había olvidado lo dulce y carnal que era la criatura, y cuán delicada su voz. «Walter, Walter, haz que me sienta orgullosa de ti», fue lo que dijo.

Llené mi quinta jarra y brindé por todos ellos. Éramos los mejores amigos. Debí dejar de beber en ese preciso instante, mientras aún tenía amigos. Cuando la cerveza todavía me contagiaba algo de alegría. Las dos jarras siguientes sólo me trajeron tristeza, y también rabia. La última fue como un garrotazo en la cabeza. Podría haberme quedado dormido entonces, de no ser porque tuve que salir de casa para vaciar la vejiga y las tripas. Eso me devolvió algo de sobriedad. El aire nocturno ayudaba. No puedo decir que mi cabeza pensara con más claridad o que mis pies ya no tropezaran. Pero me sentía lo bastante lúcido como para escuchar de nuevo a mi alrededor, entre los ahogados espasmos de mi borrachera, tratando de buscar algún sonido humano, alguna otra cosa aparte de las voces que yo mismo había inventado y el habitual e insondable silencio de las estrellas. No oí nada, por supuesto. El coraje brevemente conquistado hasta ese momento gracias al alcohol había sido meado y vomitado sobre la hierba del —en otro tiempo— aromático jardín y ya no era capaz de fingir que seguía siendo el héroe del prado. De hecho, apenas podía mantenerme en pie y no veía más que dos opciones, o me dejaba caer y dormía allí mismo entre los fantasmas de las caléndulas y el tomillo de Fowler Goose o iba dando tumbos de nuevo hasta la habitación para derrumbarme sobre el jergón. Ahora mis siete testigos se apretujaban en el extremo de la cama y se burlaban de mí. «¿Es eso todo lo que has podido hacer contra los Jordan y sus ovejas?», preguntaron. «¿Es ese todo el tumulto y el caos que eres capaz de causar? ¿Poner a un par de estúpidas bestias delante del arado y grabar tu venganza en la tierra? Nuestros enemigos se partirán de risa cuando lo vean. Tus profundos surcos y tus sublimes crestas. Sus ejércitos retrocederán ante algo así, seguro. ¿Y qué será lo siguiente? ¿Te pondrás a recortar las malas hierbas y a reparar los cercados para seguir atemorizando aún más los corazones de aquellos que no quieren que nuestro pueblo sobreviva? Sólo un hombre de ciudad podría ser tan cobarde y apocado, Walter Thirsk, y aun así confundir lo que hace con una rebelión».

Más tarde me dormí, aunque angustiado y nervioso. Mis sueños fueron agotadores. En ellos llamaba a las puertas de mis vecinos una y otra vez pero daba igual lo que dijera o hiciera, nadie me permitía entrar y disfrutar del calor de su casa. Después, la audiencia de amigos y testigos se volvió a presentar a los pies de mi cama y la expresión de sus rostros no era agradable. La señora Beldam se adelantó entonces con rapidez, ágil como un cervatillo, y quitándose de nuevo el chal de terciopelo, me lo metió en la boca para acallar mis gritos de dolor. Colocó el clavo de acero en mi cabeza, por encima de la oreja. Podía sentir el metal en el cuero cabelludo. Lo golpeó una sola vez. A continuación, los demás se turnaron para seguir golpeándolo a dos manos, con la gran piedra cuadrada que mató a Willowjack, hasta hacerlo desaparecer

en mi cráneo. Incluso Cecily. Ella fue la más cruel de todos. «No es suficiente», me decía. «No es suficiente con labrar surcos y crestas. En realidad no has hecho nada».

Lo que pronto supe a ciencia cierta al salir de casa esta mañana, en cuanto me levanté, bien tarde, con la cabeza palpitando de dolor y sin sentir el menor coraje, en un intento de recuperar por completo la sobriedad, fue que los Beldam habían pasado la noche en las mejores habitaciones de la hacienda Kent. Me sorprendió su audacia. Algo que, a decir verdad, no me gustó en absoluto. Aunque supongo que una pareja tan joven y tan pobre como ellos siempre habrá sentido curiosidad por saber cómo es el interior de una gran casa señorial. Si alguna vez soñaron con dormir en un lugar espacioso y opulento, sin darle importancia a su lamentable estado, esta noche fue su gran oportunidad. Imagino que habrán elegido la cama del amo Jordan, exactamente como yo hice la noche anterior. Mi única razón para decantarme por la cama de la viuda Goose la pasada noche fue que, por algún extraño motivo, pasar otra noche allí me parecía algo sumamente inadecuado —aunque de momento soy el guardián y único responsable de la hacienda—. Por ese mismo motivo, si entonces me pareció impropio haberme cubierto con la capa de montar de Lucy Kent, haberme tumbado sobre sus mullidas alfombras y combatido el frío con sus edredones y mantas, más inapropiado aún me ha parecido que estos dos vagabundos también lo hicieran. Pensé que tan sólo los murciélagos la ocuparían después de mí, al menos hasta que uno de los amos regrese en primavera. Pero los Beldam no son murciélagos.

Siento vergüenza aquí parado en mitad del camino que conduce a la hacienda, con el rostro gris e inexpresivo como la pizarra y sacudiendo la cabeza aún dolorida, mientras contemplo la delgada columna de humo malva que asciende desde la chimenea más baja. Deben de haber encendido la lumbre en la trascocina. No quiero pensar qué habrán utilizado para alimentar el fuego. Qué muebles, qué documentos, libros o pergaminos. O qué es lo que habrán preparado para su primera comida juntos desde el incendio del palomar. Y, llegados a este punto, qué habrá ocurrido entre ellos esta noche al calor de ese chal de terciopelo. Estaba —y estoy— decidido a morderme la lengua, a mantenerme alejado de ellos. Y no solamente porque me encuentro demasiado mal para mantener cualquier tipo de conversación. Lo que hagan ya no es asunto mío. Si fuera capaz de reunir el suficiente valor y de recuperarme de esas siete jarras de cerveza, entonces... Entonces conseguiría hacer justicia al recuerdo de mi Cecily. Sé que no he hecho lo suficiente por ella.

Por sorprendente que parezca, sin embargo, encontré en el bosque el valor que tanto ansiaba. Por pura casualidad. Quería darle a mi querido señor Quill una última oportunidad para dejarse ver, para que mostrara una vez más esa encerada y puntiaguda barbita suya. Grité su nombre, dejando que el eco lo encontrara. Tomé el camino en dirección al lugar donde los Beldam construyeron su refugio y seguí hasta llegar a los límites del Cagadero, tan silencioso y reluciente tras la lluvia de la pasada noche. La tormenta ha conseguido aplacar hasta cierto punto el habitual hedor. Los cadáveres en descomposición están casi por completo bajo el agua. Si alguien me

hubiera estado siguiendo, en ese momento habría contemplado una figura vacilante, con las piernas tan cansadas como las de un buey tras una jornada tirando del arado y con los hombros caídos como las alas de un ganso. No pude evitar tambalearme al caminar por las partes más accidentadas. Por una vez me siento como debe haberse sentido el señor Quill desde que sufriera su parálisis cuando era un niño. Insensible como la madera desde el hombro hasta las costillas. Un hombre inválido para la vida al aire libre. Aun así, hice todo lo posible por no mirar hacia mi izquierda, a pesar de los insistentes chillidos de los cerdos abandonados que se revolcaban felizmente en el lodo. No tenía prisa por descubrir los restos de Willowjack o lo que quedaba del hombrecillo de la picota. Y mucho menos todavía quería arriesgarme a descubrir el cuerpo de mi señor Quill. Prefería seguir creyendo, aunque solamente fuera durante unos instantes más, la que aún consideraba la versión más probable de su historia. Alguien lo había avisado. Había huido a toda prisa, o más bien renqueando, debería decir. Y ya estaba a salvo. Pero necesitaba cerciorarme, estar completamente seguro en cualquier caso, antes de poder alejarme de allí —también renqueando— de una vez por todas.

Las clavellinas han quedado arruinadas por la fuerte lluvia. Hoy nadie podría llamar a este lugar el Pantano de las Flores. Los colores predominantes eran los grises verdosos de los sauces y el púrpura amarronado de las hayas. Pero ni un rayo de sol avivaba sus colores ni proyectaba su reflejo sobre las aguas. Descubrí una pequeña balsa de terreno aparentemente sólido y sólo entonces me atreví a mirar hacia el otro lado del pantano. Había un pequeño túmulo oblongo hecho a base de piedras que no había visto antes. La hija de Beldam se había despedido de su padre con una humilde muestra de amor y respeto, lejos de nuestras miradas. Su padre no podía descansar en paz sin una lápida. En cualquier caso, no vi ningún rastro del cuerpo contrahecho del señor Quill. Al menos no en la superficie. De modo que separé las piernas y colocando las manos a modo de bocina grité de nuevo su nombre, a pesar de que cada chillido hacía que mi dolor de cabeza se hiciera aún más insoportable. Llamé al «señor Quill» y al «señor Earle» y el eco de los dos nombres se alejaba de mí hasta perderse por completo a la altura de la vaguada. Los cerdos ni se inmutaron. A ellos no les molestan los gritos. Pero sí eran lo bastante estridentes para hacer que algunos grajos y pichones levantaran el vuelo y que se escucharan ruidos entre la maleza. Algún ciervo sin duda. Si el señor Quill está vivo en el bosque, pensé, o escondido en algún lugar bajo techo, habrá oído y reconocido mi voz. Entonces me detuve a escuchar. Casi creí oír su voz. Pero nada respondió a mi llamada, con excepción de mi propio eco y el estornudo de alguna becacina agazapada en la maleza. Lo intenté docenas de veces antes de decidirme a desandar mis pasos para regresar a campo abierto.

Encontré las setas mágicas formando un anillo en el suelo, entre dos raíces expuestas al pie de un matojo de sauce cuyas ramas hemos utilizado en ocasiones para reparar los cercados. Al menos creo que eran setas mágicas. Es su época del año.

He visto algunas no hace mucho y creí reconocer enseguida sus sombreros apuntados y sus anillos color púrpura. Parece que ha pasado una eternidad, pero sólo han transcurrido siete días desde que los gemelos Derby y Brooker Higgs pasaron por la vereda delante de mi casa con el rostro hinchado y la bolsa repleta de excrementos de sapo. «¿Habéis tenido suerte?», les pregunté. ¡Oh, y qué amarga suerte la suya, en efecto! Aún me parece oler el botín que trajeron del bosque, las amanitas, las capuchinas y el bejín gigante envueltos en una capa de hojas húmedas y en la nubecilla amarillenta de sus propias esporas. Me atrevería a decir que, de no ser por su recolección de aquel día, no se habrían incendiado el granero ni el palomar. Ningún hombre habría sido encadenado en la picota. No habría tenido lugar el salvaje sacrificio de Willowjack y tampoco ninguno de los acontecimientos que le siguieron. Yo no habría bebido tanto y no estaría padeciendo ahora este terrible dolor de cabeza. Tal vez sus setas mágicas sean al fin y al cabo las culpables de todo. Tiene menos sentido, sin embargo, pensar que también son las responsables de la inminente llegada de las ovejas o de la repentina aparición del amo Jordan que, como si de un demonio se tratara, habría sido invocado por las llamas de nuestros jóvenes solteros. Sin el fuego, quizá habría permanecido en el lugar al que pertenece, la ciudad. Sea como sea, algo hay de cierto en todo ello. Y no puedo dejar de pensar que el cuesco del diablo que portaban en su bolsa fue la yesca que trajo la desgracia a este pueblo. Unas pocas setas mágicas han incendiado nuestras vidas.

Creo que, de no haber estado tan cansado tras la agotadora noche y tan harto de mí mismo, las setas me habrían pasado desapercibidas. Mi cuerpo aún estaba lleno de cerveza. Podía olerla en mi sudor y podía verla en mi orina cada vez que hacía una parada —y esa mañana hice muchas— para aliviarme. Me dolía la garganta de tanto vomitar. Mi cabeza palpitaba como si la hubieran golpeado con una piedra para atravesarla con un clavo de acero. ¿Cómo si no puedo explicar este abismal dolor entre los ojos? Un clavo imaginario sigue incrustado en mi cráneo.

Por supuesto, yo era un novicio en el arte de darle fuertemente a la bebida. Y no estaba preparado para semejante castigo. Me avergonzaba sentirme tan vulnerable pero también, como la mayoría de los borrachos al amanecer —he visto a menudo a mis vecinos— me sentía en cierto modo satisfecho de mí mismo, satisfecho de mi capacidad, satisfecho de haber sobrevivido para contarlo y de haberme atrevido al fin a contemplar con mis propios ojos el fondo de la botella. Deseé que al menos algunos de mis viejos amigos pudieran haberme visto hoy, especialmente aquellos que siempre han desconfiado de mi aparente equilibrio, de que nunca perdiera el control, sin importar la fiesta que se celebrara o la desgracia ocurrida.

—Tú no amas realmente la cebada, Walt —solían decir, algo terrible y que dejaba aún más en evidencia mi cobardía—. A ti no hay quien te haga fermentar.

Creo que fue en parte esa necesidad de demostrar mi valía ante ellos y en parte mi ebria insensatez —la otra noche mi amor por la cerveza fue excesivo y no podía pensar con claridad— lo que finalmente hizo que me agachase para mirar más de

cerca esas setas mágicas. Solamente las rocé con la punta de los dedos. La mayoría de las setas tienen un aspecto inquietante y un tacto todavía peor. Estas estaban tan frías, blandas y pegajosas como un cadáver de una semana. Así que imagino que el mero hecho de acariciarlas con los dedos fue suficiente para que su magia hiciera efecto en mí. De inmediato me convertí en su carroña. Les entregué un retal de mi piel, un succulento bocado. Recapitulando ahora desde el reconquistado refugio de la lucidez de esta tarde, soy incapaz de explicar mi locura o la repentina influencia que tuvieron sobre mí. Pero si mis recuerdos son fiables, aunque al parecer nada fiable puede sobrevivir a una noche como la de ayer, ese fugaz contacto de mis dedos me infundió el valor que buscaba y que tan rápidamente había perdido a causa de la cerveza. Recuerdo a medias haber agarrado las setas y haberlas sujetado por los tallos con intención de arrancarlas. Contra toda lógica, necesitaba descubrir a qué o a quién sabían.

En un primer momento mi sabiduría de campesino me detuvo. Tenía que asegurarme de que verdaderamente se trataba de setas alucinógenas. Escogí una, la menos dañada por el roce de mis dedos y mis manos, y me la acerqué a la nariz. Se dice que si un hongo es venenoso te hará estornudar al olerlo. Sus esporas te advertirán de que no es comestible. Yo tan sólo percibí las fragancias del bosque y de la tierra, la humedad propia de la estación y los ácidos efluvios propios del humus, además de un olor a cocina que me pareció levadura, levadura rancia en todo caso. La única explicación que se me ocurre es que tenía un hambre de lobo o que estaba más perjudicado de lo que creía por culpa de la cerveza de Kitty Goose y las pesadillas de la noche anterior. O quizá fue un impulso suicida, porque en ningún momento dudé. El hombre que siempre dudaba no lo hizo en esta ocasión. Sencillamente se llevó la seta a la boca y comenzó a masticarla. Y no sabía como había esperado.

La única vez que anteriormente había probado setas mágicas fue en compañía de John Carr, cuando ambos éramos jóvenes. Y en aquella ocasión, las bañamos en miel antes de comérnoslas. Recuerdo que eran dulces y con una textura cartilaginosa. No recordaba en absoluto este sabor a pezuña de caballo, pelo quemado y cera de vela, ni esta textura de cuero en la boca al morderlas. Lo único que podía hacer era tratar de romper y rasgar su carne con los dientes y tragar pedazos enteros. Debí haber parado tras ese primer mordisco y dejar que la seta comenzara a hacer efecto. En caso de que fuera venenosa, la dosis y sus secuelas no serían demasiado grandes. Sólo los ratones se acobardan, como en varias ocasiones oí decir a mis vecinos. Y yo no estaba dispuesto a seguir siendo el ratoncito cobarde. Sólo un hombre de ciudad puede ser tan apocado. Me acabé la primera seta mágica, pero pasó una eternidad y no produjo en mí mayor efecto que un eructo —y, eso sí, la certeza, salida de la nada, de que con una no sería suficiente—. Sólo tres me infundirían el valor necesario. No tengo la menor idea de qué voz susurró en mi oído esa precisa cantidad, pero en ese momento estaba seguro de que con tres bastaría. Una por Brooker y una por cada uno de los gemelos. Me volvería tan loco como ellos el día en que decidieron jugar con fuego.

Quería reír a carcajadas como ellos. De modo que cogí un par de setas. Esta vez no estaba dispuesto a masticarlas, había aprendido la lección. Así que me las tragué enteras, tan rápidamente que por poco me atraganto y me asfixio con ellas. Tuve que sentarme en la hierba, junto a las raíces del sauce, para recuperar el aliento. Las setas que habían quedado intactas, aproximadamente unas veinte, afloraban del suelo entre mis rodillas. Las arranqué todas, sin intención de comérmelas, y las arrojé una por una al Cagadero. Una pequeña exquisitez para nuestros felices cerdos. Y entonces esperé. Recuerdo que me tendí en aquel húmedo suelo y aguardé.

Quizá esperaba revivir la inolvidable experiencia de años atrás. Las luces danzantes y la alegría que hizo presa en John Carr y en mí la primera vez que probamos setas mágicas. Los objetos que parecían licuarse a nuestro alrededor, dejando tras de sí hermosas estelas luminosas. Cuando aún era de día nos sentíamos como mariposas bañadas por la luz del sol y horas después revoloteábamos como polillas alrededor de la luna. Vivimos una tarde y una noche fascinantes, irrepetibles, de las que nunca me arrepentí. Lo que más deseaba era recuperar la misma intrepidez de aquel día, ya nunca revivida, bajo una luna que cambió para nosotros su habitual palidez por un hipnótico color azul y un inolvidable rojo. Esta mañana sin embargo, en lugar de halos luminosos y de una dulce inconsciencia, lo que primero me asaltó fue un miedo paralizante. Temía que lo que acababa de comer no fueran en absoluto setas alucinógenas sino algo mucho más venenoso y terrible. Sentí pánico. Y tenía buenos motivos para ello. Yo no había nacido aún cuando ocurrió, pero he escuchado la historia muchas veces. Una de las tatarabuelas de los Kip recogió una vez excrementos de sapo de sombrero rojo pensando que eran comestibles y los echó a la olla para estofar con el conejo que había cazado con un lazo trampa. Envenenó a su marido y a su hijo. Y ella misma habría muerto esa noche de no ser por la costumbre de aquellos tiempos de que fueran los hombres los que cenaran primero. Las mujeres siempre tomaban la cena fría.

No pude evitar pensar esta mañana en la muerte de los Kip. En cómo debieron sentir al principio, como yo, mareos y náuseas y poco después, sin duda antes de que su pastel estuviera lo bastante frío como para que la mujer se sentara a la mesa, empezarían a gritar de dolor. Sentía retortijones en el estómago, como si hubiera comido carne rancia que ahora se hubiera acomodado en mis tripas para hacer tiempo. Para matar el tiempo antes de empezar a matarme a mí. Había llegado mi hora. Lo que estaba claro era que a esas setas mágicas les gustaba verme pegado al suelo, hundido en la hierba hasta que echara raíces igual que ellas. Debía ponerme en pie. Si quería sobrevivir a este día tenía que ponerme en pie y apoyarme sobre el liso tronco de un haya para que mi estómago pudiera expulsar esas setas. Pero daba igual cuántas veces lo intentara, mi cuerpo era demasiado lento o demasiado rápido para alcanzar el equilibrio necesario para poder levantarme del suelo. Las setas mágicas conseguirían su objetivo a menos que lograra tomar el control de mis brazos y piernas, que en esos momentos parecían tan débiles como sus tallos. De nuevo me

tumbé, me tendí a la larga en el suelo dispuesto a dormir o a morir o a echar raíces hasta que empezaran a brotar hojas de mi cuerpo. Al final, sin embargo, conseguí incorporarme lo suficiente como para apoyar los brazos y las rodillas en la hierba, como la más vulgar y miserable de las bestias. Tosí y me provoqué arcadas pero no salía nada, excepto un hilillo de saliva y el insoportable hedor de la cerveza de cebada en mis tripas. Y después volví a derrumbarme.

A pesar de todo tuve suerte. Al menos eso creo. He sobrevivido para contar la historia, aunque realmente no hay mucho que contar. No recuerdo la mayor parte del día. Podría haber ocurrido cualquier cosa. ¿Qué podría no haber sucedido? Estoy dolorido, eso sí. Hiciera lo que hiciese fue agotador. Lo que sí recuerdo es haber abrazado a los animales, las grotescas formas dibujadas en la corteza de los árboles me parecían hermosas y me tambaleaba de un lado a otro sin poder detenerme. Todo me resultaba a la vez nuevo y familiar. Mi corazón aún se acelera al recordarlo ahora. Hay una imagen que me sobrecoge. Algo me aplastaba contra el suelo, un peso que no me permitía moverme. Me había convertido en una semilla esperando a convertirse en trigo y que sólo piensa en la llegada de la primavera. El arado avanzaba hacia mí desde atrás. Su cuchilla estaba muy cerca. Pronto me enterraría. Podía escuchar el traqueteo del timón acercándose y el batir de la tierra a medida que se alargaba el surco. Eso fue lo peor y también lo mejor. No sé explicarlo de otro modo.

A partir de ese momento, el efecto de las setas comenzó a remitir. De pie a mi lado estaba mi gemelo, que había venido a rescatarme. Este otro tenía mi misma cara. Se parecía a mí, olía como yo y hablaba como yo. Me había agarrado por los hombros y empezaba a tirar de mí. Yo era su cosecha de ese día. Mi cabeza se balanceaba de un lado para otro. Mis huesos volvían a ser sólidos. El inesperado sosias había conseguido levantarme y sentí que de nuevo recuperaba la cordura. Entonces, hacia el mediodía si no recuerdo mal, eché a andar bordeando una vez más los límites de nuestras tierras, despidiéndome de aquel lugar e intentando desde ese momento hacer las cosas bien. Solté a todos los animales que aún estuvieran encerrados o amarrados, cerré las puertas de las casas y atranqué cada cobertizo y cada granero. Lo clausuré todo. Me detuve unos instantes y contemplé los prados a mi alrededor, recordando ensimismado lo cuidadosamente que los atendimos y labramos a lo largo de los años y cómo el cereal formaba parte de nuestras vidas. Recuerdo haber atravesado el solar de la iglesia, donde nunca se construyó templo alguno y ya no se construiría. Sé que pasé también unos minutos en silencio en la pradera donde está enterrada mi Cecily y también Lucy Kent. Me pesaban los pies, pero no a causa de los terrones pegados a mis botas sino de puro agotamiento. Creo que me sentía como se sentirían los bueyes si no fueran tan inocentes, enyugado y obligado a arrastrar el peso de los problemas del mundo. Pero entonces, al mismo tiempo, tuve la sensación de estar volando. Me pareció contemplar nuestra tierra tal como el señor Quill la había visto, la tierra de la que dejó constancia con sus lápices y

pinceles, con su carboncillo y sus pinturas. Tan sólo líneas y retazos tan hermosos como un tapiz bordado. Pero no como algo real sino en cierta medida inaprensible e inalcanzable. El tiempo y la distancia parecían no entrar en la ecuación. El color era el único amo. Y entonces yo mismo me sentí como una paloma cuyo refugio había sido pasto de las llamas, volando en círculos en torno a una columna de humo y sin la perspectiva de un techo bajo el que guarecerse cuando llegara la noche.

Ahora mi búsqueda, mi decidido peregrinaje, mi aturdimiento, mi alucinada odisea están a punto de terminar o al menos de adquirir un cariz más tranquilo. Estoy solo, parado en mitad del patio de entrada de la hacienda. No sabría decir con precisión cómo ha ocurrido. No recuerdo los últimos pasos que he dado para llegar hasta aquí o cuánto tiempo llevo plantado en este preciso lugar, a escasos metros del porche, simplemente mirando hacia la puerta. El hecho es que aquí estoy, ese soy yo. Nunca he tenido tanta certeza acerca de algo ni he estado más decidido a llevarlo a cabo. Alguien ha preparado mis pertenencias en dos fardos, quizá mi inesperado gemelo. En todo caso no recuerdo haberlo hecho yo. Compruebo que contienen todo lo que un hombre que viaja solo por estas desoladas tierras pueda necesitar. Hay agua en un morral de cuero. Hay panceta seca, galletas y queso. También está mi sombrero de trabajo —sin alas—, mi jubón y mi capa para la lluvia. Veo la cucharilla de plata, nuestro regalo de boda, envuelta en uno de los pañuelos de Cecily. Alguien ha sacado mis endeble zapatos del hatillo y los ha sustituido por unas botas para caminar. También tengo un sólido cayado. Tengo los brazos recogidos a la espalda como alas. Y juro que tienen incluso el tacto de plumas.

Lo que más me sorprende en la casa del amo es cómo ha cambiado su olor desde que dormí allí por última vez hace dos noches. Hace meses que no huele así, no desde que murió Lucy. No diría que el olor es menos masculino, aunque recientemente, demasiado recientemente, la casa estuvo ocupada por seis hombres además del amo Kent. El mismísimo amo Jordan trajo consigo las esencias de su almohadilla aromática y su frasco de perfume, de modo que aún perduran en su habitación los efluvios de algo femenino y superior. En todo caso, la casa tiene un olor más hogareño esta tarde. Huele a familia, a cocina en familia. Incluso desde la entrada puedo percibir el aroma a pan recién horneado y carne asada y el frescor de la ropa recién lavada, además de otros olores menos nuevos. Es evidente que la señora Beldam ha querido conmemorar la liberación y el regreso de su marido acicalando este hogar y haciendo un buen uso de su despensa. Ha estado mimando a su hombre.

El salón de la planta baja donde solía dormir el amo Kent está cerrado. Vacilo ante la puerta. Es posible que estén al otro lado, a pesar del silencio, a pesar de la quietud de la casa. Una imagen me asalta entonces. El marido, sentado en un banco, desnudo y envuelto en el chal de terciopelo de su mujer. La ropa recién lavada que llevaba, hasta hace poco embarrada y sucia después de sus días en la picota y del trabajo de ayer en pos del arado, está a su lado y aún huele a lejía mientras se seca junto a las danzarinas llamas del hogar. La mesa de bastidor, la mesa de roble en la que desayuné por última vez con mis dos amos la mañana de su partida, está aprovisionada para una buena comida. Han puesto tres cubiertos. Me esperan. El pan, todavía caliente, está cortado en rodajas. Una olla humeante contiene un guiso de carne estofada. Y la señora Beldam sostiene el cucharón de madera, listo para servir. En fin, lo que veo, lo que deseo ver, no es más que la típica escena doméstica que cualquiera querría encontrarse al llegar finalmente a casa tras una larga jornada: la comida, la mujer, el fuego.

No tengo pruebas pero estoy seguro de que han sido los Beldam quienes han preparado mis cosas para el viaje, empaquetando todo lo necesario, desde agua hasta mi cucharilla de plata. Me gusta pensar que esa es su manera de darme las gracias. Intento contar los días. ¿Es hoy el sexto o el séptimo? No estoy seguro, pero lo que sí sé es que el marido aún estaría esta tarde en la picota de no haber sido por mi muestra de clemencia. Es posible que me encontraran perdido y trastabillando por algún camino, con la barbilla y el pecho cubiertos por el vómito ya seco, y me dieran algún tónico o unguento para salvarme de las setas y de la cerveza. Después prepararon los dos fardos con mis cosas y me dejaron junto a ellos en el patio de entrada para que la brisa me despejara las ideas y los pulmones mientras ellos entraban en casa y preparaban la comida. No puedo estar seguro de nada. Pero me gustaría que fuera así. Me gustaría pensar que me llevaron entre ambos, con mis brazos colgando sobre sus hombros, los del marido y los de la esposa, para ponerme a salvo y después

prepararme para el camino. Después me darán de comer y abandonaré este pueblo junto a ellos. Además, estoy famélico y ansioso por meter mi negro y brillante pico en un plato de comida.

Pero lo único que han dejado para mí son los olores. Sea lo que sea lo que cocinaron esta mañana ya se lo han comido y sólo quedan los restos. El único signo de que hayan horneado pan es la tabla de madera, un cuchillo y algunas migas. La única evidencia de carne o de algún guiso son los platos sin lavar, aunque bien limpios a base de lametones, con excepción de una corteza de tocino y algunas manchas de salsa y de mermelada de moras. Y no hay indicio alguno de que hayan lavado ropa salvo algo de humedad en el banco junto a la chimenea. El fuego ha estado encendido, de eso no hay duda, pero ahora apenas quedan unas ascuas. Cualquier escena hogareña que haya tenido lugar en la casa durante la noche y esta mañana hace tiempo que ha terminado. De hecho parece que la habitación ha sido desvalijada y no ha quedado ni rastro de los muebles ni de provisiones. Dos pares de expertas manos han rebuscado por todas partes. El cofre del amo, en el que guardaba sus papeles y documentos personales, está volcado en el suelo. El colchón que reposaba sobre el camastro en una esquina de la habitación ha sido arrastrado por el suelo y rajado con un cuchillo. Alguien esperaba encontrar plata escondida o quizá joyas. El pequeño telar de Lucy Kent, uno de los dos únicos recuerdos de su mujer que mi amo decidió conservar en esta sala, ha desaparecido. También el cepillo con el que ella se peinaba. Lo había colocado sobre la repisa de la chimenea y aún conservaba algunos de sus largos cabellos.

Camino hacia el otro extremo de la sala y, pasando por encima del colchón destripado, me dirijo a la trascocina. Las puertas de la vitrina de la vajilla están abiertas y cuelgan de sus bisagras, pero las piezas más antiguas de la dote de Lucy Kent han desaparecido. Los restos de una taza cascada, con el asa arrancada, yacen en el suelo balanceándose ligeramente. La despensa pequeña también parece vacía, aunque quizá fuera desvalijada por los hombres de Jordan durante su estancia en la casa. Sé que había jamones para el invierno, sal y sebo, y varias estanterías repletas de conservas. Alguien ha tirado un frasco de miel que se ha ido derramando lentamente sobre las baldosas. Mis botas están embadurnadas de dulce miel.

Me apresuro para descubrir el alcance de los daños en el resto de la casa, aunque con la esperanza de que los destrozos se limiten a las habitaciones y el pasillo de servicio. Pero lo que encuentro es el caos por todas partes. Una furia descontrolada ha barrido por completo este lugar. No hay ni una mesa o silla que no esté patas arriba. Ni una tela en su lugar. Los suelos se hallan atestados de objetos hechos añicos, incluido el violín de dulce timbre del señor Quill. Lo que no está roto es porque es irrompible. Lo que ha permanecido entero es sólo gracias a que era demasiado fuerte o duro para ser desgarrado o partido en dos. El desorden de todas las habitaciones es mucho peor que el que causaron en nuestras casas los esbirros de Jordan. Supongo que se debe a que el amo poseía muchas más cosas que destruir que cualquiera de

nosotros. No obstante, hasta cierto punto había, en el modo de comportarse de los tres subalternos de Jordan, cierto distanciamiento, algo de impersonal en cuanto hacían y no motivado por el desprecio o la venganza. Y en absoluto fueron tan concienzudos. El amo Jordan dio la orden y ellos se limitaron a cumplir con su deber. Lo ocurrido en esta casa, sin embargo, ha sido llevado a cabo por un entusiasta. Y un saqueador. Estoy demasiado ansioso como para realizar una inspección detallada. No pretendo hacer un inventario, pero a lo largo de los años he llegado a familiarizarme con estas habitaciones y sé bien dónde debería haber tapices y cortinas, dónde estaban las cosas de valor en armarios y cómodas, dónde se guardaban las copas de plata que el amo Kent recibió como regalo del primo político que por aquel entonces aún no conocía, cuáles eran los muebles más costosos y dónde reposaba el taburete labrado a mano por el padre de Fowler Goose que le había sido regalado al amo. Los Beldam encontrarán, en el primer pueblo al que lleguen, a un comerciante interesado o a algún ansioso chamarilero que les dará comida y dinero a cambio de los artículos de su valioso botín. Venderán los objetos más caros. Los Beldam han sufrido por nuestra culpa. Eso es innegable. Pero también se han estado alimentando a nuestra costa. Me siento traicionado por ella, por su afán por castigarnos y por culparnos a todos de sus calamidades. No puedo decir que ahora mismo sea capaz de pensar de un modo lógico o razonable. Especialmente cuando descubro sobre la repisa de la chimenea, ahora vacía de cualquier otra cosa, la piedra cuadrada ensangrentada utilizada para matar a Willowjack. Esta es la casa donde los horrores son conservados. Esta es la casa en la que Kitty Goose fue torturada e insultada, la casa cuyos suelos han quedado marcados con las lágrimas de Lizzie Carr, nuestra pequeña Reina de la Cosecha.

En la galería de la primera planta, el paisaje es muy parecido. Las paredes están desnudas y el escaso mobiliario que ha quedado aparece desperdigado por el suelo. Incluso el cuarto que el amo Jordan había elegido como alojamiento durante su estancia aquí, y en el que yo mismo y posiblemente también los Beldam pasaron la noche, ha sido saqueado y no quedan en él ni cortinas ni mantas ni alfombras ni tapiz alguno. La capa de montar de Lucy Kent ha desaparecido. Y también aquí el colchón ha sido destrozado a cuchilladas.

No creo que el hombre participara apenas en todo esto. Semejante furia contra los muebles y la decoración de una casa —hasta en los más nimios detalles— y contra todo aquello que no se pudiera aprovechar es más propio de una mujer, creo yo. Un hombre se toma su venganza cebándose en la carne. Una mujer ataca todo aquello que no sangra, a menos que se trate de un animal, de Willowjack en este caso. Muchas veces he escuchado los berrinches y discusiones de mis vecinos en sus casas. A veces los hombres regresaban al hogar al amanecer para descubrir que sus mejores calzones o su jarra favorita, o quizá la cena de esa noche, habían sido arrojados al camino por sus furiosas esposas. Las mujeres, en cambio, aparecían al día siguiente con las muñecas magulladas o luciendo moratones en la cara, o incluso en una

ocasión —de nuevo los Kip— una quemadura, cuando William golpeó en la frente a su parienta con una vela encendida. «La he marcado a fuego», solía alardear después. Mientras él estaba fuera de casa, ella partió en dos su pipa preferida y pisoteó los pedazos.

Por primera vez en muchos meses, estoy en la antecámara del extremo de la galería. Desde aquí, una escalera de caracol asciende hasta el ático, desde el cual se accede a la torreta, el escondrijo en el que hice mi nido durante la primera estación que pasé aquí, antes de conocer a mi Cecily y mudarme al pueblo. O al menos antes conducía a ese refugio aislado de techo abuhardillado, y así seguiría siendo si la madera no se hubiera hundido a causa de la humedad, el desuso y el paso del tiempo. La parte central carece actualmente de peldaños. Los escalones más bajos son traicioneros y poco seguros y quedan pocos tramos del pasamanos en los que apoyarse. El año pasado, a petición del amo Kent, bloqueé el acceso con cuerdas por si algún visitante caía en la tentación de subir, para evitar que su descenso fuera más rápido y accidentado de lo esperado y de cabeza. Ahora descubro que alguien ha cortado las cuerdas con un cuchillo o una espada. Las fibras no han sido seccionadas limpiamente sino desgarradas a base de violentos tajos. Imagino que habrá sido obra de uno de los esbirros de Jordan, aburrido después de horas sin hacer nada en la casa o, posiblemente, para probar el corte de su espada tras una tediosa sesión con la piedra de afilar. No me apetece en absoluto poner a prueba la resistencia de estos escalones, aunque está claro que alguien lo ha hecho recientemente. Uno de los peldaños aparece hundido, la madera astillada aún está fresca. Y se puede ver claramente dónde colocaron las manos en busca de apoyo, en el poste de la escalera, dejando marcas de... ¿De qué? ¿Sangre? ¿Grasa? O quizá se trate del contenido de alguna de las conservas desaparecidas de la despensa del piso de abajo. Me estiro y lo toco. Las manchas no son frescas pero sí están algo pegajosas todavía. Acerco los dedos a la nariz. El olor no es dulce ni salado.

Intento no hacer ruido, al menos en la medida en que estos viejos suelos de madera me lo permiten. Es difícil distinguir unos sonidos de otros. Los que producen mis pasos sobre el entarimado y los producidos por la misma casa. Una casa de madera de varias plantas como esta rara vez permanece en completo silencio. El edificio entero se mueve y respira. Es como un viejo que cambia de postura para estar más cómodo. Un crujido no necesariamente anuncia los pasos de alguien en el piso de arriba sino simplemente que la madera se dilata o se encoge en el tejado o que un fragmento del entarimado se ha asentado más firmemente sobre el entramado de vigas del techo. De cualquier manera, es demasiado tarde para acudir a soluciones razonables. En este momento las posibilidades más alarmantes parecen las más veraces. La primera de ellas es que los Beldam no hayan abandonado aún la casa como pensé al llegar sino que, al escuchar mis pasos, y creyendo quizá que los amos habían regresado, se hayan refugiado en las habitaciones más altas, dejando tras de sí manchas de su comida repentinamente abandonada en el poste de la escalera. Los

llamo como la noche anterior imaginé que los llamaba, necesitado de compañía como estaba. «Sólo soy yo, Walter, Walter Thirsk...». Pero por supuesto no hay respuesta. Es posible que hayan subido al ático y desde allí, por la escalerilla, hasta la torreta y puede que se encuentren demasiado lejos para escuchar mis gritos. Estarán acurrucados en un rincón de la estancia, temerosos por sus vidas.

Si me sintiera mejor, recuperado al menos en parte después de la única bebida y comida que tomé ayer noche y hoy por la mañana —las jarras de cerveza y las setas mágicas, aparte de eso no he probado bocado—, sería capaz de subir más rápida y silenciosamente por esta escalera. En todo caso, quizá sentiría menos miedo. De hecho, el valor que tanto ansiaba sigue sin aparecer. Si me caigo o la madera se hunde, ¿quién oír mis gritos y quién acudirá en mi ayuda? Y si mis torpes esfuerzos por subir son escuchados desde arriba, ¿qué impedirá que los Beldam me confundan con otra persona y esperen en silencio entre las sombras hasta tener ocasión de darme la bienvenida a garrotazos? En cualquier caso, sigo ascendiendo, agachado, y me apoyo como puedo con una mano en los peldaños superiores para avanzar, sin soltar ni un momento la otra del poste central de la escalera. Sigo hablando en voz alta, repito mi nombre y hago promesas que no significan nada salvo mi desesperado intento por firmar con ellos una pequeña tregua. Incluso les doy las gracias, si es que han sido ellos los responsables, por haber preparado mis cosas para el viaje.

La peor parte de la escalera es el tramo a oscuras, al que no llega ni la luz de la ventana de la antecámara de la galería ni la luz más intensa procedente del ático. Avanzo a tientas, posando el extremo del pie en busca del punto más sólido antes de aventurar el resto de mi peso en cada peldaño. Sólo en una ocasión pierdo el equilibrio y mi tobillo queda atrapado en la madera mohosa y astillada. Puedo oír cómo cae un trozo de madera, chocando con los peldaños, por el hueco de la escalera. Pero a partir de ese momento, o el camino es más fácil o quizá me he hartado de tener miedo y he conseguido reunir el valor necesario para avanzar con decisión. Las dos habitaciones del ático están vacías con excepción de algunos viejos trastos olvidados del amo Kent: una silla rota —no por los Beldam sino por el amo Kent en persona hace mucho tiempo, si no recuerdo mal—, arreos de cuero, el gran arcón de viaje en el que hace años guardé mis pertenencias, la cunita pintada a mano para el niño, que tristemente nunca se llegó a utilizar, cazos oxidados. A diferencia de lo ocurrido en las otras plantas, todos estos objetos están intactos. Nadie los ha roto o puesto patas arriba a golpes ni los ha desperdigado con furia por el suelo.

Me doy la vuelta de inmediato hacia la escalera apoyada en el muro y trepo por sus veinte peldaños hasta alcanzar la trampilla de entrada al habitáculo de la torreta. Por un momento casi espero que la portezuela se resista a mis empujones bajo el peso de la señora Beldam y de su marido que, de pie sobre las tablas, tratan de evitar que entre. Sin embargo, esta se abre fácilmente y una fina lluvia de polvo cae sobre mí. La luz del sol que entra a raudales por los huecos sin contraventanas de la torreta me ciega en cuanto abro los ojos, después de haberme sacudido el polvo. Me pongo de

pie, tratando de recuperar el aliento. El suelo está cubierto por la habitual mezcla de arenilla, polvo y humedad que se desprende de la parte interior del tejado en este tipo de construcciones. Hay restos de nidos de pájaro y también de un avispero que se habrá desprendido del bajo-techo. Es obvio que nadie salvo yo ha estado aquí en muchos años. Desde la ventana prácticamente sólo se ven algunas chimeneas y los tejados de una parte de la casa. Desde aquí no puedo ver el patio, como esperaba, para asegurarme de que los dos fardos para el viaje con mi brillante cucharilla de plata siguen sanos y salvos donde los dejé. Pero sí puedo contemplar el huerto y, más allá, el terreno de la iglesia, los campos de labor y los tejados de nuestras casas.

Lo que empieza con fuego con fuego ha de terminar, lo he oído en varias ocasiones. Al principio no me fijo en la delgada columna de humo que, reacia a ascender en este día sin apenas viento, se eleva sobre el tejado del granero de utillaje. En un primer momento pienso que debe tratarse de una nube de polvo, pero no se desplaza como si careciera de peso. El polvo no se eleva de ese modo ni adquiere formas redondeadas como las que ahora ascienden desde el tejado. Otro penacho de humo llama mi atención un poco más lejos, por el camino que conduce hacia las casas. Se trata del tejado de la casa blanca. Desde esta distancia y a esta altura no soy capaz de distinguir si hay llamas ni de oír su crepitar. De repente, del tejado de la primera de nuestras aproximadamente veinte casas habitadas —hasta hace poco, al menos— comienza a salir humo. Es la bonita vivienda en la que Thomas Rogers solía tocar su gaita y Anne, su madre, cantaba tan dulcemente como un pinzón. De momento el humo es tan escaso y su efecto tan poco dramático que, de haber salido tímidamente por la chimenea, habría pensado que sólo anunciaba la hora del té, con la habitual hilera de casas con sus cocinas y sus hogares encendidos. Pero para cuando la cuarta y la quinta casa han sido incendiadas, el cobertizo del utillaje y la casa blanca ya están envueltos en llamas y grandes lenguas de color naranja ascienden por sus paredes calcinando la madera. Y cuando la cuarta y la quinta casa están en semejante situación, el hogar de la viuda Goose ya respira humo negro y la mía tose sin cesar envuelta en una oscura humareda.

No tengo necesidad de hacer cábalas para saber quién está incendiando nuestro pueblo. Las evidencias son claras. Los Beldam se han buscado un carro y han tomado prestada la pareja de bueyes que ayer usamos para labrar por última vez el campo de cebada. El marido evidentemente me ha tomado la palabra. «Puedo haceros ricos a los dos», le prometí. Y si la vista no me engaña, y a juzgar por la carga que han dejado preparada en la explanada de la picota no me cabe duda, realmente nos han desvalijado. Menudo botín han reunido entre las casas del pueblo y la hacienda. Desde aquí distingo los tapices del amo Kent, sus mejores sillas y el viejo telar de su difunta esposa. Puedo ver incluso las partes del arado que ayer mismo ensamblamos antes de empezar a trabajar. ¿Pero de verdad fue ayer? Me resigno a encogerme de hombros. Este es el precio a pagar por la muerte de su padre, es justo decirlo.

Por el momento solamente puedo ver y oír al marido. Se dirige con paso decidido

a la picota, la gran cruz de madera a la que estuvo encadenado la mayor parte de la semana. Demuestra ser tan hábil con el hacha como lo ha sido con el arado. El primer golpe es un poco alto. El roble de la parte superior es demasiado duro para él. Más abajo sin embargo, donde la madera ha estado más expuesta a la humedad y su superficie se encuentra más deteriorada por el paso del tiempo y los elementos, el hacha consigue pegarle un buen bocado al poste de un solo topetazo. Desprende las astillas con un golpe lateral y continúa dando hachazos a lo que hasta hace poco fue su inhóspito hogar, hasta que yo mismo puedo ver desde donde estoy el hueco que el hacha ha ido dejando. Oigo cada uno de sus golpes. No creo que le lleve más de treinta echar abajo el poste, pero ya he dejado de observarle. Acabo de descubrir a la mismísima señora Beldam, atraído por una fina hebra de humo en movimiento producida por la tea ardiente que lleva en una mano mientras entra y sale apresuradamente de las últimas casas, comprobando si aún queda algo que puedan robar y a continuación prendiendo fuego a cualquier cosa que parezca lo suficientemente seca. Lleva la cabeza y los hombros envueltos en el chal para protegerse del humo, supongo. Y sostiene mi espada de hoja corta en la otra mano. Había olvidado lo pequeña que es. La estela de humo que va dejando a su paso me hace pensar en una polilla, errática e impredecible, voluntariosa y enérgica.

Sé que debo apartarme de esta ventana. No creo que la señora Beldam tenga intención de marcharse de aquí sin prenderle fuego a la hacienda. Tan pronto como llega a la última casa del pueblo —y al parecer se da por satisfecha con el botín reunido hasta el momento— echa a correr camino arriba rodeada por los animales atemorizados por el fuego que han escapado huyendo de las llamas hasta llegar junto a su marido, que ahora descansa, tras su esfuerzo y con la picota ya a sus pies, inerte como un trozo de carne. En breve se pondrán de nuevo en marcha y atravesarán el huerto, caminando entre las manzanas caídas, para poner fin a lo que empezaron Brooker Higgs, los gemelos Derby y su cuesco del diablo, incendiando los demás edificios de la granja del amo. Si su intención es incendiar la casa prendiendo fuego al seco entarimado de los suelos de la planta baja no podría encontrarme ahora mismo en un sitio peor. En la torreta de un viejo caserón, con una escalinata de madera, una escalera a punto de hundirse y una amplia escalerona interponiéndose entre esta trampa mortal en la que yo mismo me he encerrado y mi supervivencia. De hecho me pregunto si este no habrá sido su plan desde el principio. Atraerme con alguna hechicería que no alcanzo a comprender hasta esta torre para después asarme como a un pollo.

No sé qué es lo que me hace detenerme al llegar a las habitaciones del ático. Sé que debo seguir bajando hasta llegar a la planta baja en lugar de quedarme aquí. El descenso nunca es tan pesado como la ascensión. Podría simplemente cruzar los dedos y lanzarme escaleras abajo. Enseguida estaría a salvo en el patio. Después recogería mis cosas y me pondría en marcha antes de que esa mujer me atrapara. Cualquier sentimiento fraternal o más que fraternal que pueda haber albergado hacia

ella ha desaparecido. Ahora me asusta. Sólo siento miedo al pensar en ella. Esa mujer lleva una tea ardiente en una mano y una espada en la otra. Y a pesar de todo me detengo. De repente estoy ansioso, inquieto. No se trata de la posibilidad de que incendien la casa sino de algo que he visto sin apenas darme cuenta. Tanto es así que, al volver de nuevo la vista, no sé hacia dónde mirar. Después lo veo por segunda vez. En un primer momento había tomado esa silueta oscura bajo el gran arcón de viaje por una simple sombra pero ahora no hay duda, se trata de un charco de sangre.

Está boca abajo, apenas cubierto con el revestimiento de tela del interior del arcón, pero no necesito girar su cara para saber quién es. Reconozco sus delicadas ropas. Ya vestido como la última vez que lo vi, mientras corría hacia las profundidades del bosque en busca de la señora Beldam a medianoche en la explanada de la picota. Esas son sus botas de caballero, su ornamentado justillo, sus pantalones de ciudad y su sencillo sombrero sin pluma. Sus dedos y sus nudillos aún tienen manchas de pintura azul y verde. Reconozco su cuidada y encerada barba, recortada en forma de pala. Por un instante incluso me parece ver esa imborrable sonrisa dibujada en su cara. Me cuesta creer que haya podido desprenderse de esa sonrisa, incluso estando muerto. El cuerpo aparece plegado por la cintura, por supuesto. Extendido, sería demasiado largo para el arcón. Pero el suyo no es un cuerpo que yo haya visto nunca completamente erguido. Este cuerpo tiene el aspecto esperable en su caso. Rígido, torcido, desencajado. Ha muerto exactamente como vivió, tan falto de equilibrio como si hubiera sido alcanzado por un rayo. El cielo se abrió y una lengua de fuego le concedió el cuerpo de un viejo y nudoso árbol. No me cabe duda de que es él, el cojo, el Cartógrafo, el hombre que era demasiado valiente para darnos la espalda.

Después de examinar brevemente el cadáver y haber cerrado la tapa del arcón antes de lanzarme escaleras abajo a toda prisa para llegar a la galería, con más miedo del que haya sentido jamás en toda mi vida, tengo la certeza de que lo asesinaron con una espada. La misma, supongo, que cortó las cuerdas que bloqueaban el acceso a la escalera de caracol. A juzgar por las heridas, su cuerpo fue acuchillado con notable fuerza y determinación. La hoja atravesó su pecho una docena de veces, saliendo por la espalda y destrozando los pulmones y otros órganos vitales. La sangre ha teñido de negro sus ropas que, al secarse, han quedado rígidas. No sé demasiado sobre cadáveres, de modo que no puedo estar seguro de cuánto tiempo lleva aquí o de cuándo lo asesinaron. Pudo haber sido la pasada noche o la noche en que las mujeres dijeron su nombre al ser torturadas. Lo más probable, a juzgar por el deplorable estado de la escalera que conduce al ático, es que el asesinato tuviera lugar en las habitaciones de arriba y lo bastante cerca del arcón para haber empujado en su interior a la víctima antes de que se derramase demasiada sangre sobre el suelo. ¿Pero quién puede ser el culpable? Además de los Beldam y los hombres de Jordan ¿de quién sospechar? Por un momento, debo decir, yo mismo me siento culpable. Siento que le he fallado a este hombre. Y siento que de nuevo voy a fallarle porque voy a

abandonarlo aquí. Lo menos que podría hacer era llevarlo hasta el Cagadero para dejarlo junto al resto de los cuerpos de esta semana y marcar su tumba debidamente con un pequeño túmulo de piedras en un lugar con vistas a las clavellinas. Le encantaba ese lugar. Le gustaban las flores y la luz y también la soledad. Habría disfrutado escuchando el canto de los pájaros hasta el fin de los tiempos. Pero no puedo llevarlo hasta allí, no puedo hacerlo solo. No sería capaz de arrastrar su cuerpo por estas escaleras y menos aún con la dama de la antorcha persiguiéndome con el fuego de su venganza.

Lo extraño es que la Beldam no aparece. Quizá su marido ha decidido que ya valía de fuegos o estaba ansioso por marcharse antes del anochecer. Sabe que lo más inteligente es huir, dejar atrás los límites de esta parroquia antes de que la llegada de alguien se lo impida y comiencen las preguntas acerca de los bueyes o sobre por qué su carro está cargado de artículos tan impropios de su clase y condición. Es posible que ella misma esté cansada de todo este asunto. Su ira y su dolor se han consumido. ¿De qué serviría incendiar también la hacienda? ¿Para qué quemarla con el señor Quill en su interior y que su espíritu embruje los áticos de la casa por toda la eternidad? Quizá ella no sabe que está ahí. Quizá ella no sea la asesina. En cualquier caso, está claro que nunca sabré la verdad. Por fin llego al patio, recojo mis cosas y echo a andar sin volver la vista atrás. Desde aquí puedo ver a la pareja. Veo cómo avanzan camino abajo, cargados con su botín. El marido va a pie dirigiendo a los bueyes y ella está sentada en la parte delantera del carro con el faldón recogido hasta los muslos. Y la corta espada descansa al fin sobre sus rodillas, balanceándose al ritmo de la marcha. Naturalmente lleva el chal de terciopelo sobre los hombros. Y a medida que se alejan, batiéndose en retirada, perdiéndose más allá de muros y cercados, su cuerpo se hace más y más pequeño, como si estuviera a punto de desaparecer en otro mundo.

Pronto seguiré a esos Beldam, por supuesto. Aunque por el momento, sin el acicate de las setas o la cerveza, sólo lo haré en sueños. Me veo caminando a una distancia prudencial de su carro —digamos, como un vecino que va de camino al mercado en su misma dirección—, preparado para cubrir a toda prisa los escasos metros que nos separan en cuanto ella me llame y me invite a seguir viajando a su lado, diciendo que ya no es necesario seguir guardando las distancias y que no piensan hacerme ningún daño. Podemos reconciliarnos. Pero aún no quiero soñar con ellos. Lo que quiero es ver cómo arde la hacienda de mis amos. Lo que comienza con fuego termina con cenizas. Así ha de ser si quiero brindarle al señor Quill la honorable incineración que merece en lugar de abandonarlo para que sirva de alimento a las termitas, las ratas y los pájaros carroñeros en ese baúl. ¿Es esta finalmente la muestra del coraje que anhelaba encontrar esta mañana y la pasada noche, el valor que necesitaba para llevar a cabo al menos (o en el peor de los casos) una redentora travesura? ¿Impedirá este acto extremista mi permanencia aquí como hombre de confianza del amo Jordan para el invierno? ¿Satisfará esta pequeña hazaña

a mis siete testigos? ¿Y yo? ¿Quedaré satisfecho? Dejando a un lado ese último día de labor que tanto ansiaba, realmente no había trazado ningún plan hasta ahora, pero al fin he comprendido que debo terminar lo que los Beldam empezaron. Siento un repentino deseo de hacer arder toda esa madera y de contemplar cómo las mismas lenguas anaranjadas que ahora mismo consumen las casas de nuestro pueblo se alimentan también del aire limpio de esta hacienda devastando habitaciones, lamiendo muros y suelos y arrastrándose escaleras arriba hasta alcanzar los tejados. Quiero ver esa torreta iluminada como un faro, con llamas tan altas como el pináculo de un campanario de iglesia.

No me cuesta avivar los rescoldos de la chimenea del salón para encender una vela que en un instante llevaré desde el hogar hasta un rincón donde sea más fácil iniciar el fuego. Quizá necesitaría leña pero no, hay suficiente combustible en esta casa. El suelo del salón está cubierto de papeles caídos del cofre volcado de mi amo. Sus títulos, sus documentos y escritos. Tan secos y quebradizos como las cáscaras de cebada. No tengo más que rozarlos con la llama de esta vela y arderán como la yesca.

He llegado al final de nuestra aldea. En este camino principal, el límite del pueblo está señalado con un mojón en una de sus veras. Mide un metro de alto aproximadamente y es de un intenso color anaranjado a causa de los líquenes que lo cubren. Está vestido para salir de viaje. Hacía varios años que no me acercaba tanto a este lugar. Siempre me ha parecido algo desolado. Desde nuestro lado de la piedra, la norma es no traspasar ese umbral. Como el amo Kent nos dijo en muchas ocasiones: «Mientras permanezcamos en este lado de la frontera, no tendremos de qué preocuparnos». Pero si franqueas ese límite un solo paso, todo cuanto posees quedará atrás. Serás un renegado.

Arranco una brizna de hierba de nuestro lado para probar por última vez nuestro propio forraje, como si fuera un buey. Agarro el mojón con ambas manos y, llevando a cabo el viejo rito de paso, me golpeo la cabeza contra él. Todos los niños de nuestra aldea han de pasar por esta ceremonia en cuanto son lo bastante mayores como para correr el peligro de descarriarse. Yo soy uno de esos niños que necesita que le recuerden el lugar al que pertenece. Me golpeo tres veces, con la suficiente fuerza para abrir una herida en mi piel, para sentir algo de dolor.

Ya no hay nada que me detenga o que impida mi huida. Ahora tengo cuatro recuerdos de estos últimos siete días, todos ellos grabados en mi piel o más bien cincelados a partir de ella. Está mi frente ensangrentada después de haberla golpeado contra la piedra y también la marca de la quemadura en la palma de mi mano, de un tono rosado oscuro, y que todavía está algo tirante. Las magulladuras en la ceja y la mejilla a causa de las patadas aún me duelen, pero pronto mejorarán y desaparecerán. Y finalmente, enrollada en un pergamino atado con un cordel, la vitela de piel de ternero que yo mismo confeccioné en la antecocina de la hacienda y que por poco dejo olvidada en la casa para que fuera pasto de las llamas junto a los dos planos elaborados por el señor Quill. Sí, dejé que ambos se quemaran. Tanto el que detallaba nuestras tierras comunales, nuestros campos y veredas —el tejido mismo de nuestras vidas representado mediante trazos, líneas y colores—, como el otro, mucho más abigarrado, en el que se proyectaban en detalle los futuros pastos. Los quemé junto al hombre que los creó. Pero he conservado mi piel de ternero. Mi vitela aún está virgen. En ella se podría representar cualquier lugar.

Descanso unos instantes, apoyando la cadera contra el mojón, y contemplo por última vez, de esto estoy seguro, el pueblo que un día escogí. Reina el silencio a mi alrededor. No se escucha el golpeteo de las herramientas. Tampoco a los animales. No se oye nada. Todo está tranquilo, como ensimismado, es un Edén sin Adán y Eva. Mi trigo para este invierno se hincha ya bajo la tierra sin que nadie se dé cuenta. Dentro de pocos días, los surcos de los que hasta no hace mucho todavía brotaba la cebada de este año empezarán a cubrirse de verde. La tierra y las semillas son trabajadores silenciosos. Incluso en la casa del amo ha cesado el crepitar de las

llamas, aunque una densa columna de humo aún se eleva sobre los ennegrecidos tejados portando las cenizas del señor Quill entre sus residuos y dejando atrás el cortinaje de árboles que bordean la hacienda y que ya empiezan a amarillear. Hay una historia que puedo contar si por casualidad me encontrase por estos caminos con alguno de los Jordan de este mundo y me preguntaran por qué no supe proteger su hacienda. La bruja huérfana acarició esta vieja madera con su ardiente aliento. Esa señora Beldam no se dio por contenta inoculando su veneno primero a las palomas del amo y después a Willowjack, no. Insatisfecha tras derramar la sangre de Philip Earle, instigar con sus negras artes las heridas del caballero y prender fuego a nuestros hogares, estaba decidida aún a destruir también las propiedades de los Kent y los Jordan. Ese fue sin duda su acto más mezquino. Tengan cuidado con ella. Va subida a un carro, tiene los ojos y el cabello más negros que se hayan visto. Lleva consigo el pecado y el desorden a los confines de la tierra. Y no creo que se haya olvidado de mí.

Ya es la hora. Debo poner fin a las despedidas. Y sinceramente no hay mucho que ver aquí. Desde donde estoy, la perspectiva es bastante limitada y las vistas escasas: un camino, algunos muros de piedra, setos bien cuidados. Incluso las zarzas y el placer del viajero han sido recortados por una mano diligente, la de un aldeano con su guadaña que en este momento debe estar lejos de aquí, a salvo... y aturdido. Aparte del manto anaranjado de líquenes que cubre el mojón, el único color que destaca es el escarlata de las bayas de espino escondidas entre las zarzas.

En cualquier caso, las vistas más allá del límite de estas tierras son mucho más agradables. Más salvajes, de eso no hay duda. Más informes y desoladas. Nadie ha recortado los arbustos desde hace muchos años, si es que alguna vez han sido podados. Crecen cerrando el camino con sus fuertes tallos, como si pretendieran espantar al viajero o al menos dificultar lo más posible sus pasos. Puedo ver las huellas que el carro de los Beldam ha dejado en el barro y en qué lugares la parte cargada con más peso ha partido a su paso las ramas de dos avellanos cargados ya con los frutos propios de la estación. El mismo camino me dice que no he de temer lo que el futuro me depara. En cualquier caso no pasaré hambre. Cuando me canse de las avellanas, teñiré de negro mi lengua con bayas de espino y de rojo mis labios con frutos de saúco y endrinas. Me llenaré la boca de fruta y nueces a cada paso. La campiña me proveerá con sus inacabables excedentes durante el tiempo que me cueste encontrar otro lugar donde descansar y quizá echar raíces.

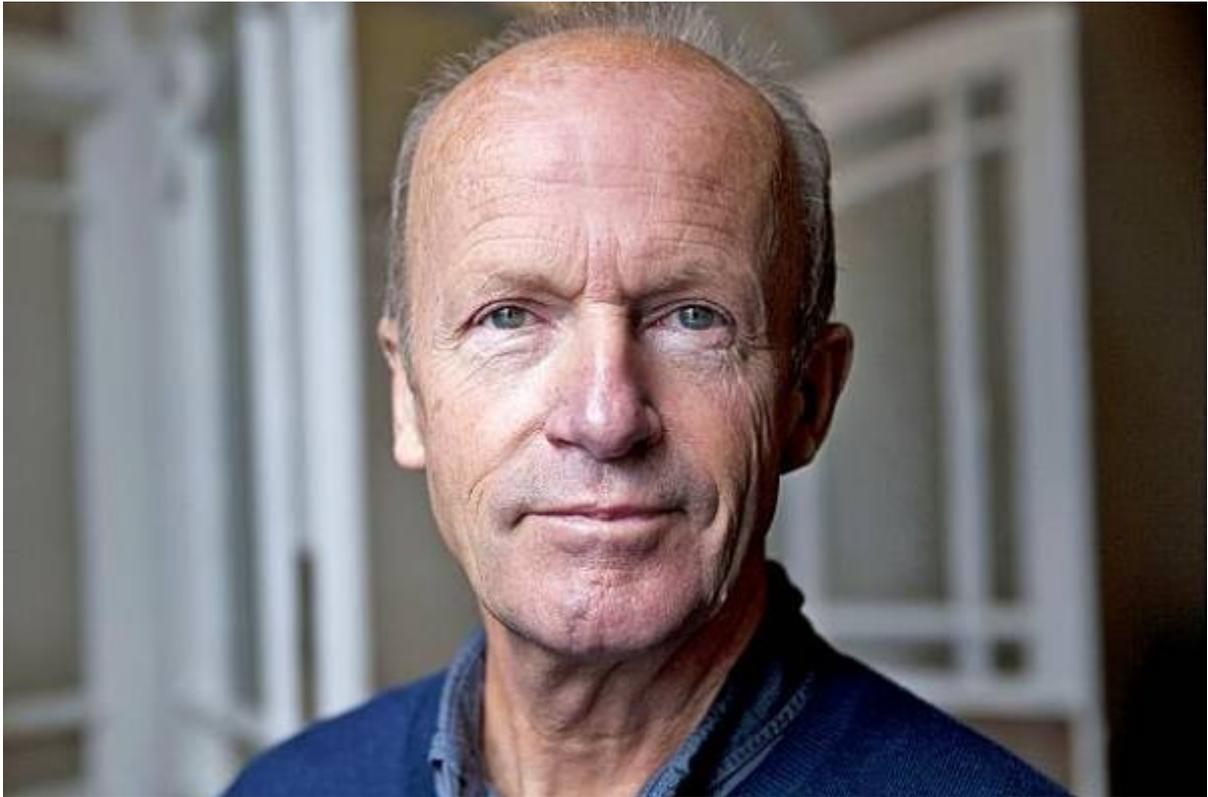
Un incauto y solitario ratón, olvidando su costumbre de proveerse durante la noche y demasiado corto de vista para percatarse de mi presencia, asoma su frágil y diminuta cabeza en la vereda del camino. Observo durante unos instantes su meticulosa búsqueda antes de hacerle notar que estoy cerca dando una patada a un terrón que hay a su lado. ¡Ten cuidado! El ratón se queda inmóvil un instante y después se escabulle entre las piedras y el musgo hasta desaparecer por la rendija que conduce a su madriguera. Si es listo permanecerá oculto hasta que caiga la noche. De

nuevo estoy solo. He de ponerme en marcha. De modo que sólo tengo que recoger los fardos con mis modestas pertenencias, mi fuerte cayado, el rollo de vitela aún virgen y mi cucharilla de plata y levantar la pesada carga de mis remordimientos y mis recuerdos. Esta es ahora la ardua tarea que he de llevar a cabo. He de abandonar estas tierras comunales. He de dar el primer paso y dejar atrás este pueblo. He de seguir caminando a solas hasta llegar al lugar que me está esperando, sea cual sea. Hasta que descubra lo que me deparará el porvenir.

A lo largo de estos años he disfrutado de una exitosa carrera en el mundo editorial.

Quiero dar la gracias a Pam Turton, Tom Crace y Lauren Crace por permitirme adoptar el hábito antisocial de escribir en un hogar feliz, estimulante y pleno de amor.

Estoy inmensamente agradecido a David Godwin por ser al mismo tiempo mi editor, mi agente y mi amigo desde que conseguí publicar mi primer relato. He tenido la suerte de poder trabajar durante varios años con (entre otros) John Glusman y Nan Talese en los Estados Unidos y Kate Harvey en Gran Bretaña.



JIM CRACE (St. Albans, 1946) es un escritor, periodista y guionista inglés. Sus obras se encuadran siempre en periodos de transición en los que los grupos humanos han de adaptarse a una nueva realidad. De entre su narrativa cabe resaltar *Continente* (1986, Seix Barral, 1989), galardonada con los premios David Higham, The Guardian y Whitbread a la mejor primera novela; *The Gift of Stones* (1988), ganadora del Premio GAP International, ambientada en el paso del Paleolítico al Neolítico; *Arcadia* (1992, Anagrama, 1994) y *Los cuarenta días* (1997, Ediciones B, 2002), que recrea el peregrinaje por el desierto de Jesucristo y que ganó el Premio Whitbread y fue nominada para el Booker Prize.

Cosecha, la última y, para muchos, más destacada novela de Crace, ha ganado los premios James Tait Black Memorial (2013) e International IMPAC Dublin (2015), además de ser nominada para el Goldsmith, el Walter Scott y, nuevamente, el Booker Prize en 2013.

Notas

[1] «Señor Plumilla». Mote irónico que hace referencia a sus habituales herramientas de trabajo. <<

[2] Juego intraducible en castellano. *Tax* significa «impuesto, esfuerzo». <<

[3] Juego de palabras entre Earle, su apellido, y *erlking*, gigante barbudo o duende de la mitología germánica que atrae y conduce a los niños hasta los dominios de la muerte. <<

[4] Juego de palabras en el original. *Walter* es fonéticamente similar a *water*, «agua», y del mismo modo *Thirsk* se parece a *thirst*, «sed». <<